

CLARA EISMAN PATÓN

LOS HIJOS DE LA PENUMBRA Y LA  
CUEVA DEL HECHICERO

NOVIEMBRE - 2008

## PROLOGO

Rold y Mat fueron creados por sus padres para hacer el mal, para destruir todo lo bueno que se les pusiera por delante. Esta creación ellos no la engendraron adrede, fue la ignorancia que trabajo en ellos, para que el mal triunfara en la tierra.

A la edad de quince años, Rold se dio cuenta de todo el daño que estaba cometiendo con sus padres y con todas las personas que conocía. Gracias al hechicero Silvey despertó de esa ignorancia, y fue haciendo el bien.

Mat no aceptó seguir a Rold por ese camino de bien, y fue destruyendo y cometiendo errores con su propia creación, que era su hijo Aleno. Los dos acabaron en la hoguera, para que el fuego purificara a esas dos malas personas que habían nacido por equivocación.

En este manuscrito, la magia esta presente casi en cada capítulo, de ella se puede aprender mucho para construir y evolucionar en la parte espiritual.

A finales del siglo diecisiete, 1796 una historia inmemorable sacudió en el norte de la ciudad de Londres. Terrorífica donde las haya, donde el pánico de las personas que la vivieron, hundieron sus almas en la más profunda oscuridad. La ignorancia de quién lo provocaron pagaron sus errores.

La pareja formada por el matrimonio Listel ocupaban el trabajo de sacristanes, desde hacía dos años, en una pintoresca iglesia que la mayoría de los ciudadanos ingleses asiduamente frecuentaban. La razón era por encontrarse cuya iglesia en las orillas del río Támesis, los domingos y fiestas de guardar, después de oír misa celebrada por el cura párroco Lewis, los asistentes, padre e hijos, pasaban un día agradable en el campo. Y cuando el buen tiempo lo permitía por el día soleado que calentaba todo aquél bonito lugar, se bañaban en las aguas tibias que, había calentado los rayos del sol.

Los sacristanes tenían la vivienda en la primera puerta a la entrada por detrás de la iglesia. Un dormitorio grande, y lleno de humedad, que el señor Listel a menudo se pasaba media mañana limpiando las paredes escarcochadas. Más tarde las pintaba con cal viva. La cocina también era grande, y a pesar de la limpieza continua que hacía la señora Listel, las cucarachas corrían por el largo y ancho suelo. Aunque vivían en estas condiciones, el matrimonio

daba gracias a Dios por haber conseguido ese trabajo.

Hacía tres años que el matrimonio Listel se había casado, y para ellos haber obtenido esa vivienda que entraba con el trabajo de sacristanes, fue un milagro.

La vivienda del cura párroco se encontraba en el piso de arriba. Lo tenía siempre limpio y bien pintado. La señora Listel era la que se ocupaba de todos esos menesteres, de hacerle la comida y servírsela en la mesa. También de hacerle la compra de mercado, y los recados personales de él.

El señor Listel ocupaba su trabajo de sacristán. Los candelabros de plata que servían cada domingo para decir la misa, tenían que brillar y dar resplandor con las velas encendidas. Todos los objetos de la misa, tenía que tenerlos limpios y a punto. Se encargaba de tocar la campana del campanario. También todas las mañanas se ocupaba del jardín, de trabajar la tierra y sembrar semillas, y recoger la fruta que daba algunos de los árboles frutales.

Hacía tres años que habían contraído matrimonio, y en este tiempo, su esposa no se había quedado embarazada. Era ella quién lo deseaba, el intento maternal hacía sentirse no valer para lo más importante, ser madre. Cada noche cuando se encontraba con su marido en la alcoba, le pedía un hijo. El señor Listel la complacía, y sino ocurría lo que ella deseaba no era culpa suya. Quería lo bastante a su esposa, y deseaba que fuera feliz a su

lado. Un hijo la colmaría de felicidad. El trabajo lo tenían asegurado de sacristanes. El cura párroco estaba muy satisfecho con la labor que ellos desarrollaban, aunque tuviese mal genio y en algunos momentos diera la impresión de que estuviera ofendido sin haber una causa.

El señor Listel comentaba con su esposa que no hiciera caso al comportamiento extraño del párroco Lewis. Lo hacía a propósito, para no darles confianza, y de esa manera lo serviría mejor, y rendirían más en el trabajo.

---

En el barrio Notting Hill al oeste de Londres, vivían y trabajaban en una gran posada para huéspedes, el matrimonio compuesto por los señores Glabill. Era un matrimonio de recién casados, solo llevaban seis meses. El marido se ocupaba junto con el dueño de la posada a mantener el orden en el establecimiento por todos los alborotadores que podían llegar, y cuando bebían dos jarras de cerveza, se liaban a gritos insultantes con otros huéspedes que llegaban, y terminaban a puñetazos, destrozaban el local. También se hacía cargo de los caballos y mulas que los viajeros traían, y les daba pienso para que comieran.

Su esposa la señora Glabill, su trabajo consistía en hacer la limpieza de las habitaciones. Era un

matrimonio joven y con buenas perspectivas, tenían asegurado el trabajo con el señor Xanders. Era un hombre de cincuenta años aproximadamente, de carácter algo tímido, era por esta razón, que no se había casado. Necesitaba a su lado un hombre fuerte de carácter como el señor Glabill, que no le tenía miedo a nada. También su corpulencia era fuerte, y podía manejar dos hombres a la vez en pelea hasta separarlos y sentarlos en sus respectivas mesas.

La señora Glabill gozaba de una gran lozanía, en su cara tenía un brillo especial que la hacía ser más joven y guapa. Mujer de veinticinco años con bonitos pechos, buenas caderas que hacía que los hombres se dieran la vuelta para mirarla como se movían, y por todos era deseada. El señor Glabill iba siempre de malhumor por esta consecuencia, y a más de tres les llamaba la atención duramente. Con su esposa mantenía muchas discusiones por este motivo. Ella aludía, que no era suya la culpa que los hombres la miraran del modo que lo hacían, y que sólo cumplía con su trabajo.

El primer domingo de Junio, la iglesia estaba abarrotada de feligreses que asiduamente asistían a la misa celebrada por el párroco Lewis. Había prevenido al matrimonio Listel, que la iglesia ese domingo la adornaran más de lo acostumbrado de flores.

Los sacristanes no hacían preguntas ni las podían hacer, ellos sólo se limitaban a trabajar y a recibir órdenes del jefe, que era, el párroco Lewis.

El jardín que había era espléndido, en abundancia y en especies de flores. El sacristán sabía cuidarlo bien y pasaba dos horas diarias a trabajar la tierra, y a abonarla.

En la iglesia no cabía ni un alfiler. Los feligreses unos con sus hijos y otros sin ellos por no tenerlos, esperaban atentos, y religiosamente el tema que ese día tocaba, y que diera el cura párroco. Todos se pusieron en pie al verlo aparecer. El aroma a incienso apaciguaba el olor a las descuidadas personas que el aseo pasaba en un segundo o tercer lugar, de sus menesteres cotidianos.

El sacristán estaba atento a la derecha del párroco para que de nada faltara en el altar, y observando sus gestos. La sacristana ocupaba el puesto de siempre, el lateral derecho del primer pupitre.

Al terminar la misa el párroco se dirigió a todos diciéndoles como recordatorio.

- El martes a las doce del mediodía hay previsto que se produzca un eclipse de sol total. La luna tapará totalmente al sol, y se hará de noche. Es importante que se produzca. Los antiguos sabios decían que mientras este fenómeno está sucediendo es, porque el sol y la luna están procreando, se están amando para engrandecer el universo, y también la tierra. El sol y la luna son los que dan vida y transformar lo que ellos deseen.

Mi consejo para todos es, el momento en que se produzca, o sea, a las doce del mediodía del martes, hacer cosas buenas, meditar y cantar canciones al Altísimo, para que esa bendición os llegué a todos, y seáis por siempre, felices.

Todos los asistentes agradecieron al sacerdote que les previnieran de tan fantástico prodigio que en solo dos días iba a producirse.

Al día siguientes lunes, los sacristanes trabajaron más de lo habitual, para dejar descanso la media mañana del martes, o sea, del día siguiente. Era la primera vez que iban a vivir un fenómeno tan emocionante en casi toda la ciudad de Londres.

Ese mes de Junio era bastante soleado, la tierra se había calentado con las filtraciones de los rayos del sol, las aguas del río Támesis bajaban templadas, se anunciaba un verano caliente y lleno de vida. Los campos florecían majestuosos dando las flores salvajes más bellas y coloridas.



Atrás había quedado un invierno frío y duro, con nieve que había caído en abundancia. La neblina hacía su aparición durante casi todo el día y parte de la noche.

Se notaba en los rostros de la gente alegría y relax, por el buen tiempo que se anunciaba.

El martes anunciado llegó. Los sacristanes empezaron la mañana como cada día, a las siete en punto estaban trabajando. El señor Listel, limpiando la iglesia por dentro. El cura párroco era muy exigente con la limpieza, y después de que hubiesen limpiado pasaban revista y verificaba que no quedara una mota.

La señora Listel esa mañana la empezó como otras, haciendo el desayuno para el párroco Lewis. Ese día, después de recoger la mesa del desayuno, hizo seguidamente la comida del párroco, y la dejó preparada para que él comiera a su hora, ya que le había dicho que ese día por el eclipse de sol, dejaba libre al matrimonio para que salieran fuera, y en el momento, vieran como iba anocheciendo según la luna se iba colocando delante del sol. Duraría este encuentro del sol con la luna aproximadamente dos horas. Pasado este tiempo, y cuando la luna y el sol hubiesen terminado de amarse para la procreación y la noche se fuera y llegara el día. El señor Listel tenía que hacer doblar la gran campana anunciando un hecho felizmente acabado entre el sol y la luna.

EL párroco Lewis se había quedado en su apartamento diciendo unas oraciones de bendición.

El matrimonio Listel no salió de su vivienda como habían prometido al párroco.

El reloj de la iglesia acababa de anunciar las doce del mediodía. El sol, empezó a oscurecerse, y según pasaban los minutos se hacía más de noche. El señor Listel propuso a su esposa de salir al campo y desde allí ver como pasaba la noche y se hacía de día. Su esposa lo retuvo en casa, y le dijo, como si de esto estuviese segura, que ese era el momento para que ellos procrearan también. El sol y la luna procrearían dioses, diosas y nuevas constelaciones en el firmamento, y del matrimonio Listel nacería un hijo o hija radiante como el sol y sabio como la luna.

El señor Listel se hizo el remolón por no estar de acuerdo con su esposa, y le dijo.

- Nuestro deber no es imitar al sol y la luna, somos muy poca cosa en comparación a ellos.

Ella estiraba de la mano de su marido llevándoselo a la cama, y con palabras melosas le dijo.

- ¡Quiero que mis deseos se cumplan, los de ser madre, y ahora mejor que nunca es cuando vamos a procrear un hijo maravilloso!

El señor Listel no estaba de acuerdo con lo que su esposa decía, era posible que ella lo creyera así, y no había maldad en sus palabras. El vivo deseo de ser madre hacía que actuara de ese modo.

Ella lo miraba con deseo para el acto sexual. Sentada en la cama se fue despojando de sus vestiduras, hasta dejar su cuerpo bien formado,

totalmente desnudo. Atrajo hacia ella a su esposo, y lo besó con verdadera pasión para provocar en él, el mismo deseo.

Según iba acariciando a su esposa echó la vista hacia la ventana, la oscuridad se filtraba hacía el dormitorio sin luz. Luego también quiso él, atender los deseos de su esposa, y sus dos cuerpos se juntaron.

---

En la posada todo se había quedado a oscuras. Los viajeros que acababan de llegar y los que ya había de antes, pedían pegando palmetazos sobre las mesas, armando un gran estruendo, que se encendieran velas para seguir bebiendo y apostando a las cartas. El señor Xanders propietario de la posada le había ordenado a su ayudante el señor Glabill que encendiera las gruesas velas que servían para iluminar el establecimiento, de noche.

El señor Glabill tenía un ojo que miraba a lo que estaba haciendo, y el otro ojo, puesto en su bella esposa que no cesaban piropoarla y tocarle el redondo trasero la mayoría de los viajeros. Su indignación había llegado casi a las manos con alguno de los huéspedes, cosa que le tenía prohibida el señor Xanders, porque a causa de estos acercamientos había perdido a varios de sus mejores clientes.

La ocasión era la mejor, fue lo que pensaron la señora Glabill y uno de los clientes que hacía tiempo tenía en mente, encontrarse a solas con ella en la oscuridad absoluta. Este viajero estiró de la mano de la señora Glabill, y juntos corrieron al abrigo del escondite más seguro, para ella lo mejor era la habitación que compartía con su esposo, allí solo iba él a la hora de dormir.

Ella era una devora hombres, los que le gustaba le hacían señas a escondidas de su marido que, todo el día lo pasaba trabajando, y cuando llegaba la noche, solo deseaba dormir y descansar.

En la habitación, ella a solas con el joven y apuesto viajero, se despojaron tranquilamente de sus vestiduras con miradas de deseo.

Habían consumido hasta el final el acto sexual, hasta quedar los dos satisfechos, descansando desnudos sobre la cama.

Abajo en el bar comedor, los clientes seguían bebiendo más y más jarras de cerveza. El dueño y el empleado no daban abasto a tantas demandas. Desde hacía un rato el señor Glabill se había dado cuenta de que su esposa no estaba, la iba buscando entre una columna y otra. En una de las mesas donde comían y bebían cuatro viajeros, sus miradas con risotadas iban dirigidas al ayudante del propietario de la posada. El señor Glabill los miró con descaro, esperando una respuesta a semejante burla. Uno de los viajeros le preguntó con sarcasmo.

- ¿No te interesa saber donde está tu mujercita?

El señor Glabill con el ceño fruncido y lleno de ira se aproximó a la mesa. Agarró al burlón por la camisa y levantándolo de la silla, le dijo.

- ¡Dime tú donde está!

El viajero que había a su lado fue quién respondió.

- ¡Tu querida esposa está con un amigo nuestro pasándoselo muy bien!

El señor Glabill soltó la camisa de su compañero que tanto se había burlado de él, y echó la vista hacia el piso de arriba, con los ojos ensangrentados por el odio y rencor. El señor Xanders dándose cuenta de lo que ocurría, tiró lo que estaba haciendo y corrió al encuentro de su empleado. Lo agarró del brazo derecho, y le dijo advirtiéndole.

- ¡No se te ocurra subir las escaleras!

- ¡Es mi esposa la que está arriba con un borracho miserable! ¡Tengo que defender mi honor! -  
Respondió el señor Glabill pegando un estirón, quedándose libre de la mano del señor Xanders que lo sujetaba.

Los clientes habían parado de gritar y de beber. Solo estaban atentos a lo que iba a suceder de un momento a otro.

Arriba en la habitación el joven amante acababa de oír y de ver por el ventanal que daba al bar comedor que, su vida corría peligro. Se vistió rápidamente y lo que no pudo ponerse lo cogió en un

brazado y sin despedirse de la bella esposa, abrió la ventana que daba a la calle y saltó al vacío.

Montó en su caballo y se fue a galope.

El señor Glabill había llegado al umbral de la habitación que ocupaba con la esposa, y sin pensárselo pegó una patada a la puerta y la abrió. Esperaba a su adúltera esposa copulando con ese joven seductor que aunque era bien parecido estaba hambriento de mujeres.

La esposa que estaba al corriente de lo que sucedía, se vistió con rapidez y se disponía a hacer la cama.

Su esposo se quedó parado al verla, no era lo que había pensado, todo había sido una burla hacia él, de un puñado de jóvenes envidiosos de no tener una mujer hermosa como la suya. Pero no las tenía todas consigo, entró en el dormitorio y buscó por detrás de un viejo baúl y también por dentro. Detrás de las cortinas también miró, debajo de la cama, dentro de la despensa.

El señor Xanders que había subido nervioso tras de él, respiró profundamente y dijo.

- ¡Hombre, se da cuenta que solo está su esposa!  
- Si - Respondió con la cara sudorosa - No he debido desconfiar de mi esposa, ella jamás me haría esto.

Ella con la cabeza levantada y la sonrisa en su rostro, dejó la cama como estaba y fue al encuentro de su marido, acarició su mejilla izquierda, y luego le preguntó.

- ¿Ocurre algo a parte de esta oscuridad que hay?

- No - Respondió él, mirándola con ojos de enamorado - Debe haberme afectado que la luz del día se haya ido y no te encontrara.

La voz del señor Xanders se oyó para decir.

- Los dos hacen falta abajo, el trabajo nos llama.

Los clientes esperaban impacientes sentados en sus mesas. Unos miraban hacia las escaleras, otros, los que mejor se sabían comportar trataban disimular cualquier disturbio que hubiese, pero todos estaban seguros que la señora Glabill le había sido infiel a su esposo, con un joven que ya no estaba.

---

Los sacristanes habían largamente consumido por dos veces el acto sexual. Y sin que se diesen cuenta la luz del día llegó, el sol entraba por la ventana, y a todo esto, los dos seguían abrazados besándose y amándose.

El cura párroco esperaba en la salita de estar, sentado en su butacón, entre sus manos sostenía la biblia abierta leyendo San Marcos. Echó la mirada al viejo reloj que colgaba de la pared y que marcaba las dos y quince minutos, y musitó.

- La gran campana se tendría que haber oído ya.

Cerró la biblia y la dejó sobre una mesita, luego se puso en pie y salió de la estancia. Se paró en el rellano donde empezaban las escaleras. Todo estaba en silencio, aunque era la época de moscas y mosquitos, no se oía ninguno de estos insectos

runrunear. Al final de las escaleras en la puerta de la izquierda, era la vivienda de los sacristanes, estaba cerrada.

Algo le chocaba y no sabía qué era, se dispuso a bajar las escaleras para comprobarlo. Al llegar a la puerta de los sacristanes esperó treinta segundos, y sin poderlo evitar agarró el pomo de la puerta, le dio media vuelta y abrió.

Fue asombroso lo que vio, el matrimonio de sacristanes tendidos y desnudos sobre la cama tratándose de amarse de nuevo. El párroco pegó un grito diciendo.

- ¡Insensatos! ¡Miserables! ¡Qué estáis haciendo!

El matrimonio asustado se sentó en la cama. Ella con las manos trataba cubrir sus pechos redondos y ardientes. El marido cubrió sus cuerpos con la sábana, con la mirada medio pérdida y desencajada los dos miraban al cura párroco que seguía en el umbral de la puerta con la cara roja y llena de ira.

- ¿Habéis consumido el acto? - Les preguntó.

El matrimonio se miró. Ella agachó la cabeza, fue el marido quién respondió.

- Si, señor párroco.

- ¡Estáis malditos! - Dijo a gritos - ¿Os creéis igual a los dioses?

El sacristán negó. Su esposa rompió en sollozos cubriéndose el rostro con las manos, y sollozando dijo.



- ¡Hace tiempo que quiero un hijo, y he creído, si lo buscamos ahora y si la providencia quiere, podría quedarme embarazada y nos nacería un hijo o hija especial!

- ¡Ignorantes! - Gritó el párroco - ¿Qué clase de hijo crees que os nacería?

- Hermoso, guapo, inteligente y sobretodo sabio - Respondió ella sin dejar de llorar.

- ¡Vanidad de las vanidades! - Dijo chillando el cura párroco - ¿Te crees una diosa que puede parir a un dios?

- ¡No señor! Solo soy una mujer que desea ser madre ¿Hay algo malo en ello?

- ¡Mucho! - Respondió el cura párroco con la mano derecha levantada apuntándola con el dedo - ¡Una mujer tiene que esperar que un hijo se forme en su vientre y cuando tenga que suceder, sucederá! ¡Si en tu vientre a partir de estos instantes se ha formado una criatura, no te aseguro un buen augurio!

El matrimonio al oír esto se miraron sorprendidos. Ella cesó de llorar, y secándose las lágrimas con el borde de la sábana, preguntó.

- ¿Qué puedo hacer si estoy embarazada?

El párroco levantó la vista pidiendo clemencia al cielo. Luego miró al matrimonio y respondió.

- ¡Nada, hay que dejar que la naturaleza siga su curso! ¡Pero no esperes que de tu vientre salga algo bueno! - El párroco terminó concretando dirigiéndose al sacristán - Vístase y suba al campanario, haga doblar la gran campana.

- Inmediatamente - Respondió el sacristán.

El sacerdote retrocedió dos pasos, y seguidamente salió y cerró la puerta. Tan acalorado estaba y ruborizado por lo que acababa de ver y de saber, que salió fuera de la iglesia y se dirigió al campo para relajarse y estar tranquilo. Desde lo alto de un cerrillo y sentado sobre la hierba oyó el doblar de la gran campana. Y mientras la oían musitó.

- Señor tener piedad de esos dos infelices que, por su ignorancia van a pagar caro el error que han cometido.

Miró la hora que era por la posición del sol, y calculó que debía ser las tres de la tarde. El sol tenía un resplandor dorado y a su alrededor brillaba un aro anaranjado.

Los sacristanes discutían casi todos los días, por una cosa o por otra. Ya no era el matrimonio respetuoso de antes. Ella esperaba con ansiedad ver llegar el día de su menstruación, aunque estaba segura de su embarazo por lo rara que se encontraba, y las molestias extrañas que tenía debajo de su vientre.

El cura párroco hombre raro donde los hubiera, vigilaba las horas que ella pasaba en su piso limpiando. Habían cosas personales de él, que no quería que ella tocara, su cama tampoco aceptaba que ella la hiciera ¡No consentía que rozara las sábanas! Ni que lavara sus calcetines ni calzoncillos, ni que limpiara sus zapatos Toda esta tarea la hacía él, la comida elaborada por ella en el momento de hacerla, el cura estaba delante. Apenas la dejaba lavar un pescado, él le decía mirándola de cerca.

- Coge el pescado con solo dos dedos, y cuando lo hayas lavado lo envuelves en un paño blanco, y directamente lo metes en la sartén para que se frían.

La señora Listel no podía por más tiempo soportar esta situación. Ella lloraba delante del cura que la miraba sin compasión, y le decía para consuelo de ella.

- ¡Mañana ven al confesionario, necesito saber cuantos pecados has cometido desde la última vez que te confesaste! ¡Estoy seguro que Dios te va a poner mucha penitencia!

Pasó la fecha que la señora Listel esperaba, y coincidió con sus cálculos. Ahora estaba segura de su embarazo. Ella que tanto deseaba tener un hijo, ahora ya no lo quería, incluso sentía asco por lo que estaba creciendo dentro de su vientre, y no quería ni podía admitir que, ese embarazo siguiera adelante. Se había vuelto desconfiada hacia todas las personas que conocía, y aún más con su propio marido, que ya casi no se dirigían la palabra.

---

En la posada la señora Glabill llegó a la conclusión de que estaba embarazada. Esto la estaba atormentando puesto que el acto sexual con su esposo hacía más de dos meses que no lo hacía. Él trabajaba muchísimo, todo el día hasta muy entrada la noche, y cuando se iba a dormir era ya de madrugada, su esposa dormía cuando él llegaba.

Ella estaba segura de que él, la amaba, y la cuartada que tenía era esta, no contaba con otra cosa. Pero de lo que no estaba segura era de la reacción de su esposo cuando se diese cuenta que su vientre iba cada mes en aumento.

El propietario de la posada el señor Xanders, era un hombre inteligente y de grandes valores. Él había visto aunque con poca luz al joven viajero subir a escondidas las escaleras del piso de arriba, después que la señora Glabill la subiera también. Estaba completamente seguro, que los dos habían tenido relaciones, y suerte tuvieron que el señor Glabill no los pillara juntos. Daba por seguro la lucha que los dos hombres hubiesen mantenido, y estaba dentro de lo posible que uno de los dos hubiese muerto.

Con un mes y medio de embarazo, el vientre de la señora Glabill había cogido forma. Ella trataba esconderlo con un refajo apretado que se ponía, tan fuerte lo sujetaba que apenas podía respirar. Su marido no se daba cuenta de nada, era tanto el trabajo que tenía que le faltaba tiempo hasta para comer. Hacía un tiempo atrás que había hablado con el señor Xanders, para que contratara a otro empleado más, puesto que ellos dos solos no daban abasto para servir adecuadamente a tantos viajeros que llegaban. El señor Xanders no estaba de acuerdo pagar un salario a otro empleado, y puso la excusa, que con ellos dos abajo sirviendo ron y cerveza a los que cada día llegaban, y su esposa ayudándolos después de haber limpiado las habitaciones, había bastante.

El propietario de la posada se había compadecido de la señora Glabill. Ella estaba ausente de que él, se había dado cuenta de su embarazo, y aún más, que trataba esconderlo con un

apretado refajo. El señor Xanders se aproximó hasta donde estaba ella, dispuesto a depositar dos jarras de cerveza sobre la mesa. El aire le faltaba, y el agotamiento de no poder respirar hacía, que su rostro estuviese enrojecido. El señor Xanders la llamó aparte y le dijo.

- No trates de esconder lo que no se puede.

Ella lo miró de frente pero sin reaccionar, no sabía a qué se estaba refiriendo, puesto que ignoraba que él, supiera lo de su embarazo. Seguía mirándolo pausadamente, pero quería saber porqué le había dicho eso, y le preguntó.

- Señor Xanders ¿Qué me ha querido decir?

- Demasiado lo sabes - Respondió Él.

- Por favor, explíquese de otro modo - Suplicó.

El señor Xanders echó su vista al vientre de ella y le dijo.

- Suéltate el refajo que te aprieta, puedes dañar al hijo que llevas dentro.

La señora Glabill muy sorprendida por lo que estaba oyendo se tapó la boca con su mano derecha para impedir que saliera un grito. Miraba al señor Xanders con temor. Más que un hombre corriente y normal, parecía que fuera un brujo.

El señor Xanders alargó su mano, y cogiendo la de ella, la separó de su boca. A continuación le dijo.

- No tengas miedo de mi, no creas que soy algo horrible y miserable. Solo quiero ayudarte, puesto que estás sola en esta difícil aventura, en la que te has metido. Dentro de poco tu marido se va a dar

cuenta, y cuando ocurra ¿Qué vas hacer? ¿Qué le vas a decir? Tal como lo conozco es capaz de hacer contigo cualquier cosa, algo irremediable.

Ella con dos gruesas lágrimas resbalándole por las mejillas, agarró la mano de él y le dijo.

- ¡Señor Xanders, no me deje por favor!

- No lo voy hacer. Por la edad que tienes podrías ser mi hija, y si yo tuviera una con el problema que tú tienes, la ayudaría hasta el final ¡La carne es débil!

- ¡Estoy muy arrepentida de lo que hice, pero lo hecho, hecho está! ¡Si pudiese sacar de mis entrañas al hijo que llevo dentro, lo haría!

- ¡Calla insensata y no digas eso! ¡Quiero ocuparme yo de ese hijo que llevas dentro!

Ella lo miró algo confusa, no comprendía lo que quería decir con esas palabras, y le preguntó.

- ¿De qué manera se va hacer cargo de la criatura que nazca?

El señor Xanders tragó saliva, y luego respondió.

- Le diré a tu marido que es hijo mío.

- ¡oh! Exclamó la señora Glabill ¿Va hacer usted eso por mi? ¿No le importa enfrentarse a mi marido?

- Por supuesto que me importa. Voy a correr ese riesgo por la criatura que va a nacer, también por ti, y por último porque deseo desde hace años tener descendencia para que hereden mis bienes.

- ¿Mi hijo será el dueño de todo esto? - Preguntó ella con las pupilas brillantes - ¿Le dará usted su apellido?

- Eso es lo que tengo pensado de hacer.

El señor Glabill hacia rato que observaba la conversación que mantenía su esposa con el dueño de la posada. Algo le decía que aquella conversación no estaba relacionada con el trabajo. Miraba el señor Xanders como le sonreía a su esposa, cosa que no era habitual en él.

Estaba seguro que tramaba algo y esto lo mosqueó. Cuando el señor Xanders se dio cuenta de que lo miraba con descaro, paró de conversar con la señora Glabill, y se separó de ella.

Muy entrada la noche el matrimonio se retiraron a su habitación, una vez que la posada se cerraba. Ella se había metido en la cama, y de reojo observaba las miradas que su marido le echaba mientras se estaba quitando la ropa para acostarse. Ella temblaba de la cabeza a los pies.

Él no podía contener su ira, con el semblante rojo a explotar se acercó a la cama, y de un tirón sacó a su esposa del lecho. La llevó arrastrando hasta la mitad de la estancia. Ella le suplicaba que no le hiciera daño y que la dejara. Él se puso de rodillas en el suelo junto el cuerpo de su esposa que se hallaba tendida y sujeta por el pecho y cuello, por las manos de él, y con voz trémula le preguntó.

- ¿De qué habéis estado hablando el señor Xanders y tú?

Ella no tenía palabras para responderle, no podía contestarle a un plan que el señor Xanders había preparado para ser explicado por él mismo.



Ella gritaba al tiempo que intentaba quitar las gruesas manos de su marido oprimiéndole su pecho y garganta.

La habitación del señor Xanders se encontraba al final del largo y ancho pasillo. Aún no se había ido a dormir, sentado en su butacón pensaba lo que le iba a decir a su empleado el señor Glabill.

Los gritos de auxilio que la señora Glabill daba, se extendieron por toda la posada. El señor Xanders salió rápidamente de su habitación, reconociendo la voz de su empleada, fue hacia la puerta de la habitación del matrimonio. La empujó con las manos, y al no abrirse pegó un empujón con el hombro derecho, al tiempo que decía gritando ante la mirada de algunos clientes que dormían esa noche allí.

- ¡Señor Glabill abra la puerta!

La puerta se fue abriendo lentamente, y delante estaba el señor Glabill con los pelos de punta, los ojos rojizos por la rabia contenida, y la cara encharcada en sudor. El señor Xanders se hizo paso y entró en la habitación, fue directamente al lugar donde seguía la señora Glabill tendida en el suelo. La ayudó a ponerse en pie. Había cinco o seis mirones observando en la puerta lo que sucedía. El señor Xanders después de sentar en una silla a la señora Glabill, luego fue hasta la puerta y dijo a los que miraban.

- Señores, váyanse a sus respectivas habitaciones, solo ha sido una discusión de matrimonio.

Los clientes se marcharon.

El señor Glabill se había quedado de pie mirando al vacío por no mirar a su esposa. Si por él hubiese sido, esa noche habría acabado con la vida de ella.

El señor Xanders cogió asiento en una silla de madera. Luego dirigiendo la vista hacia el señor Glabill le dijo.

- Siéntese, necesito hablar con usted.

Se sentó a dos metros de distancia de su mujer y del señor Xanders. Esperaba de él, una reprimenda por lo que acababa de hacer.

El señor Xanders aclaró su garganta y luego tragó saliva, a continuación se dirigió al señor Glabill.

- Quiero ponerle al corriente de lo que ocurre.

La señora Glabill rompió en sollozos, y con las manos cubriéndose el rostro, suplicó.

- ¡Señor Xanders, no se lo diga, esta noche, me mata!

El señor Xanders le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara. Y prosiguió.

- Su mujer está embarazada.

El señor Glabill de un salto se puso de pie, y exclamó diciendo con mucho enfado.

- ¡De mi no es! ¿Cómo sabe usted que ella está embarazada?

- ¡Siéntese señor Glabill! - Dijo el señor Xanders ordenándole - ¡Yo soy el padre de la criatura que va a nacer!

La única luz que había en la habitación era la que entraba por la ventana, de luna llena. El señor Glabill se aproximó al señor Xanders, hizo. Los dos hombres estaban encarados frente a frente. El señor Xanders, hombre más tranquilo, recomendó diciendo.

- ¡Vamos a comportarnos como dos hombres civilizados! Sé que por parte de su mujer y mía no está bien lo que hemos hecho, pero ya nada tiene remedio. El embarazo de ella tiene que seguir su curso.

El señor Glabill seguía de pie con los puños apretados, también las mandíbulas, en su mirada mantenía mucho odio. Después de expresar estos bajos sentimientos, con voz ronca preguntó al señor Xanders.

- ¿Quién se va hacer cargo de la criatura que nazca?  
¡Yo no soy el padre y no tengo porqué!

- ¡Muy bien señor Glabill! - Contestó el señor Xanders más aliviado - Soy yo el padre, y correré con la responsabilidad. Incluso, daré a la criatura mi apellido y lo inscribiré en el registro como hijo mío.

- ¿Porqué quiere hacer todo eso? - Preguntó el señor Glabill con recelo - ¿No acabó usted de decirme que es un fallo que ha cometido con mi mujer?

- ¡Exacto, y quiero pagarlo!

- ¡Prefiero que sea a mi a quién usted pague, y de ese niño o niña que va a nacer, ya me ocuparé yo de darle mi apellido! ¿No cree que eso sería lo mejor?

¡También quiero que ahora hablemos de tratos y de dinero! - Alegó el señor Glabill.

El señor Xanders y la señora Glabill se miraron. El señor Glabill los miró con desconfianza, pero le daba igual que los dos tuvieran algo tramado, lo importante para él era que, el señor Xanders le diera una gran suma de dinero, lo bastante grande para poder comprar su propio negocio. Según él, se había acostado con su mujer y eso se pagaba. El Señor Glabill no quería ni aceptaba al niño que iba a nacer, pero por una buena suma de dinero, haría lo que le pidiera ¿Y que momento mejor que este? De pronto se transformó en un hombre bueno y delicado con su esposa. Y acercándose a ella le dijo.

- Querida, tienes que descansar. Piensa en la criatura que llevas dentro, no podemos permitir que le ocurra algo malo.

Con suavidad cogió a su mujer en brazos y la llevó hasta la cama, dejándola caer sobre ella. Le sonreía con altanería, de nuevo hombre rico como si de él fuera ya la posada o, quizá otra más grande. Su avaricia era enorme, el chantaje que le había presentado al señor Xanders traspasaba todos los límites. Se dirigió a la cómoda, encima había una vela gruesa apagada, al lado, una caja de cerillas. La cogió y encendió una, y la arrimó a la mecha de la vela. Seguidamente abrió el cajón de la cómoda y extrajo una hoja de papel en blanco, un tintero y pluma.

El señor Xanders iba siguiendo con la mirada todos los gestos que hacia, y muy desconcertado advirtió que todo el papeleo que estaba preparando era para que le firmara con escritura su posada, y otras tierras que poseía aparte, una gran cantidad de dinero, que no sabía cual sería.

La señora Glabill tendida en la cama estaba que se destrozaba por dentro. No era justo lo que su avaro y odioso marido quería hacer con el honesto señor Xanders que, por desear y necesitar un heredero iba a quedarse sin nada. Todo lo que poseía era un patrimonio heredado por sus padres. Y ahora en un instante iba a ver como volaba.

Ella se levantó de la cama y se aproximó a su marido, en el momento de abrir la boca para hablarle, el señor Xanders se adelantó diciéndole.

- Neli, le he dicho a su marido, la verdad. No voy a consentirle que haga lo que tiene pensado.

El señor Glabill al escuchar estas palabras se dio la vuelta. El rostro rojo para explotarle y la mirada llena de rencor, miró con descaro al señor Xanders, y luego a su mujer. Se dirigió al señor Xanders con desparpajo, y le dijo.

- ¡No intente hacerse el listo conmigo! ¡No sabe bien con quién ha dado! ¡Le voy a sacar la piel, y hasta la última gota de sangre que tenga!

- ¡No puedes hacerle eso! - Dijo chillando su mujer - ¡El señor Xanders no es el padre del hijo que llevo dentro de mi vientre!

- ¡Cómo! ¿Qué estás diciendo? - Dijo su marido al tiempo que soltaba una carcajada - ¡Querida demasiado tarde, confío más en la palabra de un hombre que en la de una mujer! No sé por qué razón el señor Xanders estaría dispuesto a cubrirte a ti. Si no fuera el padre de esa criatura, no lo hubiese dicho.

El señor Glabill tenía preparada la hoja de papel y la pluma mojada en tinta. Hizo el gesto de entregársela al señor Xanders diciéndole.

- ¡Vaya escribiendo lo que yo le dicte!

- ¡Me niego hacerlo! - Respondió rotundamente - Reconozco que eres un hombre trabajador, pero también te dijo que, de oportunista, miserable, y ambicioso, no te gana nadie.

El señor Glabill se vio acorralado. El señor Xanders lo miraba, con firmeza, su esposa con desprecio. Tiró la pluma encima de la cómoda manchando de tinta la hoja de papel. Luego descarándose con el señor Xanders le dijo gritando.

- ¡Voy a salir fuera a decir a gritos lo que ha hecho con mi mujer!

El señor Glabill se dirigió hacia la puerta, agarró el pomo y la abrió. Se quedó delante dispuesto a gritar, a llevar a cabo la amenaza. En ese preciso momento el vientre de su esposa Neli, empezó a palpar de una manera desmesurada. Ella que se hallaba en camisón se llevó las manos al vientre. Muy asustada miraba como cada instante que pasaba se iba hinchando más, y más. El señor Xanders

miraba lo que sucedía con asombro, no podía creer lo que estaba viendo. De pronto sin que nadie lo pudiese evitar, el vientre de ella empujó con fuerza hacia afuera, tan fuerte era que, Neli corría a una gran velocidad en dirección donde estaba su marido. Él la vio, pero no tuvo tiempo de apartarse, el vientre de su esposa chocó contra el suyo. Lleno de espanto trató de agarrarse a una de las columnas que sostenía las escaleras, pero el golpe que acababa de recibir era lo bastante fuerte, y salió despedido rodando escaleras abajo.

El señor Xanders fue rápidamente al encuentro de Neli que se hallaba en el rellano muy asustada por lo que acababa de suceder. Con los ojos desencajados miraba al fondo de las escaleras, su marido trataba de ponerse en pie a duras penas.

El señor Xanders aterrado preguntó.

- Neli ¿Qué ha sucedido?

- ¡No lo sé! - Dijo ella con los ojos encharcados en lágrimas, y la mirada puesta en el mismo lugar donde su marido era ayudado por dos clientes a ponerse de pie.

El señor Xanders miraba el vientre de ella tratando de encontrar una anomalía. Él le dijo.

- ¡He visto como se inclinaba su vientre hasta coger un volumen de gestación de nueve meses!

- ¡Eso es lo que me ha parecido ver! - Respondió ella.

El señor Xanders meneó la cabeza y dijo.

- ¡Tu hijo cuando nazca será un vengador!

- ¿Porqué dice eso señor Xanders? - Preguntó ella bastante preocupada.

- ¡Solo ha faltado que la criatura salga de tu vientre y le pegara una paliza a tu marido!

- ¡Lo que dice usted es imposible! En mi vientre no hay nada todavía formado, puesto que estoy de un mes y medio.

- ¡Pues, con ese tiempo de gestación ya hay vida! Con lo que he visto ha sido suficiente para confirmarlo.

- ¡No se si eso es así, y si lo fuera, mi marido se lo tenía merecido!

- Neli, estoy de acuerdo con contigo - Confirmó el señor Xanders - Ahora voy a bajar las escaleras para verificar que tu marido no tiene nada roto.

Neli entró en la habitación buscando una bata que ponerse para ayudar a su marido.

El señor Glabill se quejaba de dolor. Entre varios hombres lo pusieron en pie. Se llevó las manos al costado derecho, y al tratar de andar cayó de bruces al suelo.

El señor Xanders pidió gritando.

- ¡Ir a buscar a un medico, es urgente!

Uno de los hombres que estaban ayudando en el bar, y que hacía poco el señor Xanders lo había cogido, dijo.

- ¡No soy de aquí, no conozco la ciudad como para ir a buscar uno!



El señor Glabill se quejaba con más fuerza, doblado de la cintura para abajo con voz de sufrimiento.

- ¡Llevarme al hospital! ¡Tengo las costillas rotas!

El señor Xanders preparó un carro y una mula. Una vez colocado el señor Glabill dentro, su esposa hizo el ademán de subir para acompañarlo, pero él no la dejó. Ella se quedó en la puerta de la posada viendo como se alejaba el carruaje conducido por el señor Xanders.

Neli posó las manos sobre su vientre, y mirando al cielo musitó.

- ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido suceder? ¡Yo que jamás me atrevo a levantarle a mi marido la voz! ¿Porqué mi cuerpo ha investido contra el suyo causándole graves lesiones?

Una voz de hombre adulto, que ella oyó pero no vio, dijo con voz espeluznante.

- ¡Tu marido puede estar satisfecho de haber salido con tres costillas rotas! ¡No era eso lo que yo quería, sino, haberle roto también la espalda!

Neli muy sorprendida miró a su derecha, y luego a su izquierda buscando la persona que había hablado, y dicho tal barbaridad. Al no hallar a nadie, se giró dándose la vuelta. Tampoco había nadie detrás de ella. La puerta de la posada permanecía abierta, pero no había nadie en el umbral. Los clientes hacia rato se habían ido a dormir, pues, pronto iba a amanecer.

Neli llena de espanto entró en la posada. Subió lentamente las escaleras, pensaba en las últimas palabras que oyó. Al llegar al rellano encontró la puerta de la habitación cerrada, ella trató de recordar en el momento de salir, de no haber cerrado la puerta. Miró por el ojo de la cerradura, no vio nada, pues, la gruesa llave estaba colocada por dentro. Aterrorizada cerró los puños y llevándoselos a las sienes rompió en sollozos.

- ¿Porqué todo me sale mal? - Decía llorando.

Apoyó la frente en la puerta tratando de sujetar el llanto. La puerta fue cediendo, y se iba abriendo muy despacio, haciendo un chirrido a bisagras oxidadas.

Neli no se atrevía a entrar. Miró de arriba abajo, la rendija de la puerta abierta, y el terror se apoderó de ella. Estaba la entrada tapada con tela de araña. La voz de antes y que procedía de dentro, le ordenó diciéndole.

- ¡Vamos no tengas miedo y entra!

Neli con la palma de la mano derecha fue empujando la puerta, y cuando traspasó el umbral, sus ojos se llenaron de espanto. La habitación de antes ya no lo era, una cueva profunda y oscura había en su lugar, vieja, y como decorado, las telas de araña, y un agujero oscuro y profundo empezando en el fondo de la cueva. La voz grave que se oía de hombre procedía de ese lugar. Volvió a oírse para decirle a Neli.

- ¡Aproxímate a mi morada! ¡Voy a darte instrucciones a que sigas!

Neli bastante temerosa avanzaba a paso lento hacia el agujero oscuro. Sus pisadas hacían crujir el suelo de madera viejo y roído. Al llegar a la boca de este animal siniestro, se dobló hacia delante para ver lo que allí había.

La voz grave dijo.

- ¡No puedes ver lo que hay dentro de tu útero!

Neli se llevó su mano derecha al pecho izquierdo sosteniendo su corazón que palpitaba a ciento veinte, y musitó - ¿Es mi útero?

- ¡Sí, Neli es tu útero! - Dijo la voz.

Ella se tapó la boca con la mano izquierda para no dejar escapar un grito, con los ojos que le salían de los huecos, y con las manos cubriéndose el pecho preguntó con voz débil.

- ¿Quién está hablando?

Después de una pausa la voz respondió.

- ¡Todavía no me conoces, pero me conocerás!

- ¿Cuándo te voy a conocer? - Preguntó ella.

- Neli, no seas impaciente, voy adelantarte, dentro de siete meses y medio me conocerás.

Neli escuchaba sorprendida las palabras que le decía la voz. Quería saber más, pero no se atrevía a preguntarle no fuera ser que se enfadara. No parecía que tuviese buen carácter.

Neli fue retrocediendo hasta encontrarse en la puerta de la habitación. Se detuvo para echarle otra ojeada y le llamó la claridad que en la parte derecha

había. Fijó su vista y con asombro descubrió que se trataba de la ventana, por ella entraba la luz del día. Recorrió la vista por toda la estancia y cada vez iba más en asombro. La habitación se había transformado en lo que era antes. Miró rincón por rincón buscando el agujero oscuro, también buscó las telas de araña y la cueva. No había rastro de tal cosa. La cama estaba en el lugar de siempre, la cómoda y la gruesa vela ardiendo la mecha. El baúl en su lugar, el armario y también las sillas.

Ella salía en camisón con la bata puesta y sujeta a la cintura. En esos instantes se escuchó la hora que daba el reloj de pared del comedor de la posada. Siete campanadas se oyeron. Y también el murmullo de los clientes que habían dormido allí aquella noche. Se hallaban en el comedor esperando que alguien les sirviera un buen desayuno.

Neli entró en la habitación para cambiarse de ropa y bajar al comedor. Al tiempo que ella hacía su presencia en la barra del bar, se oyó el paso de los cascos de la mula, y también el ruido inconfundible de las ruedas del carro que se aproximaba. Diez minutos más tarde el señor Xanders entraba por la puerta de la posada. Esta vez los clientes guardaron silencio, habían sido testigos de lo ocurrido al señor Glabill.

El señor Xanders llegó hasta la barra del bar, allí estaba Neli metida en la cocina haciendo los desayunos habituales, beicon frito y huevos.

El señor Xanders dirigiéndose a ella le dijo.

- ¡Tu marido se ha quedado ingresado en el hospital!  
¡Tiene tres costillas rotas, y un fuerte golpe en la columna vertebral! ¡Vamos, para haberse quedado en el sitio!

A Neli se le saltaron las lágrimas. Seis platos que habían vacíos, ella los fue llenando con el desayuno que acababa de preparar. Los llevó de dos en dos a las mesas ocupadas por los clientes que hacía un rato esperaban.

El señor Xanders destapó un tonel que contenía vino tinto, fue poniendo en jarras de arcilla, y las llevó a las mesas. Por la puerta entraban tres hombres relativamente jóvenes en edad comprendida entre 25 y 30 años. El atuendo que llevaban era viejo y roído, se dirigieron al señor Xanders que acababa de depositar la última jarra de vino en una mesa. Uno de ellos aproximándose a él, le dijo.

- Señor, acabamos de enterarnos de la desgracia ocurrida a vuestro empleado. Estamos necesitados y necesitamos trabajar, esa es la razón por la que estamos aquí.

El señor Xanders los revisó de la cabeza a los pies. Luego les preguntó.

- ¿Cual de vosotros habéis trabajado en una posada?

Los tres hombres se miraron. El señor Xanders siguió diciendo.

- Por lo que veo ninguno, pero no importa, este oficio se aprende pronto. Necesito a uno o máximo a dos, me da igual quien pueda ser, poneos vosotros mismos de acuerdo.

Luey, o sea la señora Listel, no quería seguir adelante con el embarazo. Ese trabajo el de sacristana era lo único que tenía el matrimonio. Ahí tenían un techo para vivir sin pagar nada, un pequeño sueldo para comer cada día y también podían disfrutar al igual que el párroco, de los frutos que daba el pequeño huerto.

Luey llevaba muy callado el modo de deshacerse de la criatura que llevaba en su vientre.

Conocía a un viejo hechicero que vivía en una colina. Era conocido por los prodigios que hacía y los remedios que daba para cada enfermedad, actuaba con certitud. Lo peor del caso era, el gran gentío que cada día desde que amanecía hasta que el sol se ponía, iba gente de todo Londres para que diera un final a sus males.

Luey trabajaba toda la mañana en el piso del cura párroco. Después bajaba a su casa a preparar la comida de su marido y de ella.

Reclamaba su presencia para estar con él y hablar de cosas que durante el día habían sucedido. Tenía que buscar una estrategia para liberarse una tarde, y subir a la colina. Y a saber si llegaría a entrar en la cueva, y contarle al hechicero a lo que iba. Se decía que la gente que no había podido hablar con él, pasaban la noche durmiendo sobre la hierba para no perder el turno al día siguiente. Luey de tanto pensar de la manera que lo podía hacer, le

vino a la mente la solución, si encajaba en las ideas sobretodo del cura párroco.

EL matrimonio Listel se levantaba cada mañana a las siete. Él, lo primero que hacía era desayunar y su esposa hacía la cama. En el instante de estar haciendo este menester, lanzó un grito fingiendo un dolor fuerte en el vientre. Se había quedado doblada con las manos puestas en la barriga, gritaba pidiendo ayuda.

Su marido que estaba a medio desayunar dejó el pan a un lado de la mesa, junto al tazón de leche, y fue a ver que era lo que le sucedía a su esposa, muy asustado le preguntó.

- ¿Qué te ocurre? ¿Por qué te quejas de ese modo?

- ¡El vientre, me duele mucho! – Contestó ella manifestando un fuerte dolor.

Él la dejó caer en la cama y le dijo.

- ¡Voy rápidamente en busca del médico!

- ¡No, no vayas! - Le sugirió ella - No tengo confianza en los médicos.

- ¡No puedo dejarte así! ¡Voy a casa del doctor Burdi, y lo traigo rápidamente!

Luey se incorporó y se sentó en la cama.

- Quiero ir a la cueva, llévame tú donde el anciano Silvey cura todos los males.

El señor Listel se quedó parado, miraba a su esposa desconcertado. Estaba seguro que ella no sabía lo que estaba diciendo, y le dijo.

- ¡El viejo Silvey es un hechicero, y sepa Dios que remedios utilizará para curar un mal! Es posible que

tenga pacto con el diablo. Eso es lo que dicen los médicos. Todos los clientes los tiene él, y las consultas de los doctores están vacías ¡Si se entera el cura párroco de lo que quieres hacer se va a enfadar mucho! Nosotros somos católicos, y nada tenemos que ver con la hechicería.

El párroco Lewis hacía rato que estaba despierto, arriba llegaba la discusión que mantenían los sacristanes. Había oído que repetían varias veces su nombre, él tenía que ver y oír lo que estaba sucediendo y se preparó para bajar las escaleras.

La puerta de la vivienda del matrimonio Listel estaba entornada, y desde fuera sólo podía verse al señor Listel yendo y viniendo por la habitación. Podía oír bien a Luey quejarse de dolor. Hizo el intento de llamar con el puño, pero pensándolo de otro modo, empujó la puerta con la mano. Se quedó en el umbral revisando lo que ocurría en el dormitorio. Luey al descubrir que el párroco Lewis la miraba con asombro, aceleró más el grito del dolor que imaginariamente tenía. El párroco se aproximó a la cama, cogió la mano de Luey verificando los grados de fiebre que podría tener, y al comprobar que la mano estaba más bien fría se incorporó y dirigiéndose al sacristán preguntó con mala gana.

- ¿Qué le ha sucedido a esta desgraciada? ¿Por qué grita?

El sacristán no sabía cómo decírselo, de qué manera contarle al párroco lo que a su esposa le



ocurría, y lo que quería hacer. Después de estar pensándolo unos instantes, respondió.

- ¡Se queja porque le duele el vientre!

Una leve sonrisa apareció en la boca del párroco. Se retiró de la cama y se acercó al sacristán, le susurró al oído.

- Es posible que vaya a abortar. La cosa que se está formando dentro, no es natural ni buena.

El sacristán lo miró con ojos desencajados, casi en orbita, el miedo se apoderó del él, el temor de poder perder a su esposa. Esto al párroco le daba igual, para él, quién pecaba tenía que pagarlo, no importaba de la manera que fuera.

El sacristán que lo conocía bien en ese aspecto y manera de pensar y de hacer, eso que tenía que decirle y que no le iba a gustar, se lo soltó.

- Luey me ha pedido que la lleve a la cueva del hechicero Silvey.

- ¡Qué barbaridad! - Exclamó el párroco - ¿No sabes que es un viejo charlatán y que además está maldito? ¡No ha estudiado medicina y sabe como curar las enfermedades! Es diabólico en todo lo que hace y lo que dice ¡Irás a buscar al doctor Burdi, es un buen médico y vendrá rápidamente!

Luey no pudo por más tiempo callar. Se levantó de la cama y le dijo.

- ¡La que está enferma soy yo! No quiero que me vea el doctor Burdi, sino el hechicero que vive en la colina. Todos los habitantes de Londres que sufren de alguna dolencia van a él, y pronto se curan.

El párroco Lewis no esperaba esa reacción de la sacristana, siempre había estado sumisa a todas las impertinencias que él estaba dispuesto a sugerirle. Y ahora no iba a ceder a su expresión arrogante ¿Quién era ella para poner un criterio?

El párroco se giró hacia el sacristán que se había quedado pasmado ante la reacción de su esposa ¿Cómo pudo hablarle en ese tono al párroco Lewis? El párroco estaba esperando que el sacristán castigara a su mujer por tanta impertinencia, y si no lo hacía, lo haría él ¿Desde cuando la palabra de una mujer valía? ¿Ante la de su cura confesor y de su jefe de trabajo?

Luey seguía fingiendo tener dolores en el vientre, y cada vez sus quejidos iban en aumento.

El sacristán al verla como se retorció pidiendo ayuda, salió de la habitación al tiempo que decía.

- ¡Voy en busca del doctor Burdi, y rápidamente estamos aquí!

Su esposa lo llamaba a gritos, y rápidamente intervino el párroco, con voz trémula de ira, le ordenó.

- ¡Desdichada, te espero en el confesionario!  
¡Seguro que tienes muchos pecados qué confesar!

Luey lloraba a lágrima viva, la tensión de nervios que tenía en esos instantes, le provocaron grandes arcadas. Se apresuró hasta la pila de lavar, y arrojó lo poco que le quedaba en el estómago.

El párroco que no le había quitado ojo del encima, llegó hasta ella, y sin mirar la vomitera, pero mirándola a ella, le gritó diciendo.

- ¡Eres una bruja diabólica, si aún existiera la santa inquisición morirías en la hoguera!

Luey se enderezó con las manos sujetándose el estómago. Ahora sentía auténticos dolores en este órgano digestivo. Su rabia, al verse indefensa ante un hombre de corazón duro como una piedra y negro como el carbón, mirándolo de frente, le respondió.

- ¿A qué llama usted santa inquisición si solo hicieron que cometer asesinatos?

- ¡Bruja chismosa! - Respondió el párroco saltándosele las babas, salpicando el rostro de Luey - ¡No te atrevas a llamar asesinatos a lo que Dios condena!

- ¡Dios jamás haría una cosa tan ruin! ¡Usted no sabe distinguir entre Dios y el diablo!

El párroco no pudo soportar más tanta verdad, y abriendo la mano, la estampó sobre la mejilla derecha de Luey. Al recibir el golpe, ella se tambaleó, y no cayó al suelo porque se agarró al borde de la pila de lavar. La mano derecha se la llevó a la mejilla al tiempo que se quejaba de dolor. En esos instantes y sin apenas pensarlo, rápidamente se vistió con una bata que había colgada en una percha detrás de la puerta. Se calzó con las únicas sandalias que tenía, y con la rapidez del rayo salió de la habitación ante la mirada atónita del párroco que, seguía todos sus movimientos con los ojos abiertos

como platos, y la boca abierta esperando ver que iba a pasar.

Luey salió de la habitación con paso rápido. El párroco le gritó llamándola para que volviera, en vista que no le hacía caso, salió corriendo tras de ella.

Luey corría todo lo que sus piernas le permitían, con el rostro de ansiedad giraba la cabeza hacia atrás verificando la distancia que le separaba del cura párroco. Este sujetaba con sus manos la sotana por encima de las rodillas, corría sin mirar donde ponía los pies. Luey había alcanzado la colina, se agarraba a las gruesas piedras para alcanzar la cima. Su respiración era agitada al tiempo que cansada. Tenía que llegar lo más pronto posible hasta la cueva del viejo hechicero.

El párroco Lewis tenía que impedirlo, ya no la llamaba a gritos, ahora corría y no le importaba caerse de bruces al suelo. La distancia que los separaba era corta, con un poco más de esfuerzo alcanzaría a Luey ¡Esa joven de cabellos oscuros, ojos azules y labios bien marcados, no se iba a reír de él! Iba a impedir a toda costa que se pudiese acercar a Silvey el hechicero. Seguro que llevaba con él, mil diablos, y se los transmitiría a la joven y dulce Luey. Tenía que impedirlo como fuera, costara lo que costase.

Por última vez, Luey giró la cabeza, el párroco Lewis le estaba pisando los talones. Él era más fuerte que ella, y también las fuerzas la habían

abandonado. Se quedó atrapada en el risco que intentaba alcanzar. Cayó al suelo mirando hacia arriba, los brazos en cruz y la boca abierta respirando con dificultad.

El párroco Lewis llegó hasta ella, se quedó de medio lado junto al cuerpo estirado todo lo largo que era, la respiración agitada por el esfuerzo que había hecho al correr.

Luey echó la vista hacia su derecha. Estaba recibiendo en su mejilla el aliento agrio y desagradable del párroco Lewis. Allí en medio del campo estaban los dos solos.

La neblina hacía que el cielo no se divisara bien.

El cansancio se reflejaba en el rostro de Luey. Los dos primeros botones de su bata los llevaba abiertos por todo lo que había corrido subiendo y bajando riscos. El párroco Lewis miraba con ojos desencajados los senos redondos y abultados de ella. Humedeció con la lengua sus labios. Llevó su vista hasta el rostro de Luey, lo contempló como si el de una madonna se tratara. Su vista siguió hacia abajo, hasta posarse de nuevo en los senos casi al descubierto de ella que, palpitaban de la agitación. Luey ante tal descaró llevó sus manos hasta el pecho para cerrar los botones de la bata. No le gustaba la manera de cómo la miraba el párroco, su mirada y su boca pedía el deseo de hacerla suya. El temor se apoderó de ella, se incorporó para gritar pidiendo auxilio, aunque por aquellos alrededores no había nadie que fuera en su ayuda. De poco le valió

incorporarse y gritar. Esto excitó aún más al párroco, con los deseos enormes que tenía de besarla, y acariciar toda su cuerpo, pasó a la acción.

Luey se defendía, luchaba contra una bestia rabiosa que solo buscaba satisfacer su más bajo deseo, un deseo ruin y miserable que lo llevó a violarla.

Encima de la hierba y con el párroco poseyendo el cuerpo de Luey, ella solo podía llorar y aguantar el dolor que le estaba produciendo.

Cuando eyaculó dentro de la vagina de ella, y con cara de haberse quedado satisfecho, de pronto sintió un fuerte dolor en el pene. Era horrible no podía aguantarlo, quiso retirarse de la vagina pero no podía, su miembro viril estaba cogido por dentro, estiraban y estiraban. El párroco ante tanto dolor que sentía y sin poder hacer nada para remediarlo, gritaba a Luey, maldiciéndola por hacer lo que estaba haciendo con él. Ella aterrorizada ante lo que estaba sucediendo y que tampoco podía remediarlo para que el párroco saliera de su vagina, lloraba desconsoladamente pidiendo ayuda al cielo. Entre tanto, el párroco se revolcaba en la hierba, pegado al cuerpo de Luey, tratando por todos los medios salir de ese horrendo sitio y terminar con los fuertes dolores que sentía, como si le estuvieran arrancando de cuajo su miembro viril. Él maldecía a Luey,  
- ¡Maldita seas bruja! ¡Suéltame!

Se oyó una voz de mujer que no procedía de Luey.

- ¡Hijo de todos los diablos, arde en los infiernos!

Los ojos rojizos del párroco se agrandaron, miraba con espanto a Luey, sabía que no era la voz de ella la que se había oído, y atemorizado gritó diciéndole.

- ¡Sal de mi, mujer diabólica! ¡Deja que me vaya!

Otra vez se oyó la voz de antes, diciendo.

- ¡Se te ha castigado por donde has pecado!

---

El señor Listel y el doctor Burdi estaban de regreso a la sacristía. Entraron directamente a la habitación que ocupaban. El sacristán buscaba a su esposa, al no hallarla en su dormitorio hablo con el doctor Burdi, diciéndole.

- Mi esposa puede que esté en el piso de arriba, el párroco Lewis la habrá necesitado para algo, subo rápidamente a buscarla.

El doctor Burdi hombre con aspecto rudo, barba larga y oscura, frunció el entrecejo, respondiendo malhumorado.

- ¿Para esto me ha hecho venir? ¡Su esposa podía haber ido a mi consulta!

- ¡No lo entiendo! - Dijo el señor Listel algo confuso

- Hace un rato la he dejado aquí gritando de dolor. El párroco Lewis se ha quedado con ella hasta que regresáramos.

- ¡Subo con usted! - Propuso el Doctor Burdi - Quiero ver con mis propios ojos el trabajo que puede estar haciendo una mujer a punto de abortar, no quiero perdérmelo.

Los dos hombres subieron escaleras arriba. La puerta estaba medio abierta, sólo fue necesario empujarla un poco para entrar. El señor Listel y el doctor Burdi se habían quedado en el umbral de la puerta, el silencio era absoluto, los dos hombres se miraron. El doctor Burdi negó y luego dijo.

- ¡Aquí no hay nadie! -

- ¡Párroco Lewis! ¡- Llamó de un grito el señor Listel!- ¿Luey estás aquí?

Al no hallar respuesta de ninguno de los dos, se introdujeron en el piso. El doctor iba detrás de señor Listel mirando en el comedor, en la cocina y por último en el dormitorio, se detuvieron a mirar la cama que estaba deshecha. De súbito una idea le vino al señor Listel y dijo.

- ¡Deben de estar en la iglesia, bajemos!

- ¿En la iglesia dice? - Reindicó el doctor que llevaba el maletín cogido de la mano derecha.

- ¡Sí, lo mas probable es que estén allí!

- ¡Yo no creo que se encuentren donde usted dice!

- ¿Por qué no? - Preguntó el señor Listel.

- ¡Por la sencilla razón que alguien que esté verdaderamente enfermo está en la cama!

- ¡Estoy seguro de que están en la iglesia! - Confirmó el señor Listel - ¿Dónde sino?

El doctor Burdi levantó los hombros.



El señor Listel bajaba las estrechas escaleras delante del doctor que iba siguiéndolo con una gran paciencia.

Al llegar a la gran puerta de la iglesia, la empujó con la mano y se abrió. El señor Listel entró primero y luego lo siguió el doctor.

Dentro reinaba la calma, ni un solo crujir de los reclinatorios se oía. El señor Listel llegó hasta el confesionario, descorrió la cortinilla buscando al párroco Lewis. Al hallarlo vacío, se dio la vuelta y miró al doctor cara a cara.

- ¿Dónde está el párroco y mi mujer? - Preguntó angustiado el señor Listel.

- ¡No lo se amigo mío! - Respondió el doctor también desconcertado.

De pronto, otra idea acudió a la mente del señor Listel y dijo.

- Esta mañana cuando mi esposa sufría de tantos dolores ella no quiso que yo fuera a buscarlo a usted, quería que lo acompañara a la cueva del viejo hechicero Silvey. El párroco Lewis se encontraba aquí cuando ocurrió.

El doctor Burdi iba de sorpresa en sorpresa, y sin poder más rompió el silencio, diciendo.

- ¡Si el párroco ha acompañado a su esposa a la cueva del hechicero, no merece mi respeto!

- ¡Yo sugiero subir a la colina! -Dijo el señor Listel- Doctor si usted no quiere acompañarme iré yo sólo, pero tengo que encontrar a mi mujer.

El doctor le miraba con el entrecejo fruncido. Se quedó unos instantes mirando fijamente al señor Listel y luego respondió.

- ¡Lo voy acompañar, pero no crea que me apetece hacerlo!

Los dos marcharemos hacia la colina.

---

En el risco de la colina donde se habían quedado el párroco Lewis y Luey, los dos sangrando por su lado con el dolor que los atormentaba. Los alaridos del párroco seguían siendo fuertes, lo más parecido a una bestia salvaje mal herida.

Luey sentía que se le desgarraba la vagina. Quería acabar lo más pronto posible con ese sufrimiento que, en cada instante que pasaba la iba matando.

De súbito ocurrió algo, la misma voz de antes, dijo bastante enfadada.

- ¡Sacar esa cosa asquerosa de aquí dentro! ¡Me dan ganas de vomitar!

Con el esfuerzo y movimientos que el párroco hacía, al fin se separó de Luey. Ella lanzó un grito de consuelo de sentirse liberada de tal sufrimiento.

El párroco Lewis, lo primero que hizo fue mirarse su miembro, estaba enrojecido, pero aún estaba más al comprobar que su órgano masculino se había inflamado de tal manera que le era imposible meterlo dentro de su pantalón. El color violeta que

había cogido y el dolor insoportable, hacía que gritara sin que se diese cuenta.

El señor Listel y el doctor Burdi, iban a medio camino de donde se encontraba el párroco y Luey. Prestaron oído a la voz de un hombre que se quejaba de dolor. El señor Listel y el doctor, se miraron sorprendidos.

- ¿Ha oído doctor? - Dijo el señor Listel.

- Si. Creo que los gritos vienen de aquella parte, vamos a coger por la derecha.

Los dos hombres se ladearon del camino para seguir avanzando y dándose prisa para llegar lo antes posible al lugar que conducía los gritos y lamentos.

Luey seguía tumbada sobre la tierra. El dolor la abatía. Tenía miedo a ponerse de pie y que sangrara aún más. De hecho, la bata azul celeste que llevaba puesta, tenía algunas manchas de sangre, pero ignoraba que fuera de ella o del párroco, procedente de su órgano masculino que a parte de estar hinchado y morado, le sangraba.

El señor Listel fue el primero en divisar al párroco, podía verle de medio cuerpo hacia arriba dando vueltas a su alrededor. Tocó el brazo izquierdo del doctor Burdi y, señalando frente a ellos, dijo algo sofocado por lo que estaba viendo.

- ¡Mire allí doctor! ¡Es el párroco Lewis!

- ¡Madre del santísimo! - exclamó el doctor Burdi.

Los dos hombres se apresuraron dando grandes zancadas para llegar lo antes posible al sitio.

El párroco Lewis que ya los había visto, agitó los brazos para señalarle el lugar exacto donde se encontraba. Sin dejar de quejarse y con las manos cubriendo su miembro viril se dirigió a Luey que seguía tirada sobre la hierba, no podía ponerse en pie por el dolor horrendo que sentía en la vagina. Le dijo a ella con palabras groseras.

- ¡Furcia, todo ha sido por tu culpa!

Luey lloraba cubriéndose el rostro con sus manos. Era una mujer, su palabra no valía nada contra la del párroco Lewis. Era a él, a quién iban a creer.

Los dos hombres habían llegado al sitio donde se encontraba el párroco y Luey.

El señor Listel lo último que esperaba era encontrar a su mujer tendida en el suelo, llorando como una magdalena, y con la bata manchada de sangre. Por otro lado estaba el párroco cubriendo su miembro con las manos, y dando saltos de dolor. No sabía a quien socorrer antes, porque tanto el párroco como su mujer daban pena.

El párroco grito, diciendo.

- ¡Doctor Burdi, voy a morir!

El doctor fue en ayuda del párroco. Separó las manos de su miembro y al verlo exclamó.

- ¡Cielo santo! ¿Qué le ha ocurrido?

El párroco señalaba con el dedo tembloroso a Luey.

- ¡Esa mujer diabólica es la culpable de todo!

El señor Listel al oír esto, se arrodilló junto al cuerpo de su mujer que no paraba de llorar. Le echó una ojeada a las manchas de sangre que cubría la bata que llevaba puesta. Con la boca seca y la voz ronca por ese horror que estaba viendo, le preguntó.

- ¿Mujer dime que ha ocurrido?

Luey solo hacía que llorar, de nada serviría darle una explicación a su marido. Tanto él, como todos los que escucharan la versión del párroco Lewis, iban a creerlo a él. También sabía ella que sería repudiada por su marido cuando testificara el párroco.

- ¿No tienes nada que decirme? - Siguió preguntando mientras que el doctor Burdi se ocupaba del párroco. Este no quitaba la vista y el oído de lo que pudiese decir la mujer del sacristán.

- ¿Cómo han llegado los dos hasta aquí? - Preguntó al doctor Burdi, una sospecha había en su mirada que no encajaba con lo que el párroco había declarado.

- ¡Esta maldita mujer! - Contestó el párroco - ¡Ha fecundado el día del eclipse de sol!

- ¿Y que más? - Pregunto el doctor - ¿Qué le ha hecho a usted llegar hasta aquí con la señora Listel?

- ¡Su marido es testigo de lo que voy a decir! Ella gritaba esta mañana de dolores, como para abortar, esa es la razón por la que el sacristán ha ido para traerlo a usted aquí. ¡Esta mala mujer! pedía a gritos subir a la cueva del hechicero, confía más en ese diabólico anciano que en usted. Cuando el sacristán

se ha marchado, nos hemos quedado los dos solos. Ahí, ha sido cuando ella me ha propuesto hacer hechos deshonestos, como deberá usted comprender yo me debo a la iglesia y al servicio de Dios. Mi respuesta ha sido rotundamente, no. Esta mujer traidora, ha salido de la sacristía corriendo como alma que lleva el diablo hacia aquí. Yo he querido impedirle por todos los medios que llegara a la cueva del hechicero, y en este mismo lugar donde nos encontramos, se ha sacado uno de sus pechos y me lo ha mostrado. Tan cerca estaba ella de mí, mostrándome su joven cuerpo que, ha hecho de mí lo que ha querido. Me sentía un juguete entre sus manos.

El doctor Burdi escuchaba estos relatos, poco convencido de la verdad que el párroco le estaba contando. Echó la vista hacia la señora Listel, lo que él vio en esa pobre mujer desvalida, tirada encima de la hierba, con la bata medio destrozada, como de haber luchado con una fiera salvaje para defenderse, era muy distinto a lo que estaba oyendo. Hacía veinte años que ejercía la profesión de doctorado y en ese tiempo había visto de todo. La señora Listel no daba el perfil de esa clase de mujer que el párroco Lewis le quería hacer creer.

El señor Listel se había quedado con la boca abierta oyendo lo que el párroco decía. Echo la vista hacia su mujer, y con una mueca de desprecio le pregunto.

- ¿Qué tienes que decir a todo esto?

Luey no respondía ¡Para qué lo iba a hacer si nadie la creería! ¿Como había podido el párroco inventarse tantas mentiras como las que contó? Necesitaba que un arzobispo lo confesara y le sacara del cuerpo centenares de demonios que lo habitaban.

El sacristán volvió de nuevo a preguntarle a su esposa, pero ahora poniéndose algo borde para que le dijera la verdad.

- ¡Mujer, defiéndete ante estas acusaciones! ¿Qué te ha llevado a que cometas este gran pecado? ¿Te das cuenta como has dejado al párroco Lewis?

Luey rompió en sollozos diciendo.

- ¡No soy una pecadora, nunca he pecado ni he podido hacerlo, porque mi ser, no es de esa condición!

Luey observaba con horror el rostro de los tres hombres que, la miraba como un ser malvado y sin entrañas. El doctor Burdi acababa de hacerle al párroco una cura provisional, se aproximó a Luey para explorarla a ella. El temor de ser maltratada se apoderó de ella, trató levantarse del suelo para huir. Al tiempo que gritaba diciendo.

- ¡Se lo suplico no me haga daño, yo no he hecho nada, solo quería llegar hasta la cueva del hechicero!

El doctor extendió sus manos en señal de paz, y con voz pausada le dijo.

- ¡Criatura, no voy hacerte ningún daño, solo quiero mirarte por si estuvieras herida!

El párroco al ver esto, lo cogió como otra cuartada y rápidamente dijo.

- ¿Se da cuenta doctor? ¡La voz de la culpabilidad ha hablado! ¡Está horrorizada de que usted la descubra! ¡Es el único que puede saber la verdad cuando la examine!

El doctor Burdi lo miró, lo revisó de la cabeza a los pies. El párroco advirtió el modo en que el doctor lo miraba y no le gustó la manera.

El señor Listel había visto algo pero no podía comprender que podía ser, y distraídamente se quedó mirando al párroco. Este, descaradamente le reprochó.

- ¡Qué estas mirando!

- Nada, nada párroco Lewis - Contestó con la cabeza agachada.

- ¡Si hubiese educado mejor a su mujer, ahora no estaría en el punto en que se encuentra!

El doctor Burdi intervino de inmediato.

- ¡Párroco Lewis no busque culpables!

El párroco lo miró secamente, parecía que se lo fuera a comer con la mirada, y sin poderse contener, le contesto de mala manera.

- ¿Cree más a gente pagana que a mi, que soy párroco de la iglesia?

- Yo soy médico, no juez. Como médico, tengo que cuidar de la salud de las personas, y para mi es, igual que sean creyentes o no.

El señor Listel se encontraba en una situación desesperada. Lo más probable era que, se quedara sin trabajo. No tendría otro igual con un techo donde vivir y además, con su esposa embarazada ¿Dónde



iban a ir? El trabajo de sacristán le gustaba, aunque no creyera demasiado en los sermones que cada domingo diera el párroco. Ahora era el momento de dirigirse a él, mientras que el doctor Burdi estaba reconociendo a su mujer. Se acercó al párroco, y como cada mañana al darle los buenos días le besó la mano, en ese instante hizo lo mismo. El párroco lo miró con rareza, no sabía a qué venía tal cumplido.

El sacristán seguidamente después de besar la mano del párroco, dijo con palabras humildes.

- Quiero pedirle perdón por el comportamiento que ha tenido mi mujer con usted. Cuando estemos a solas, la voy a castigar. Tenga usted por seguro, que es un hombre de Dios, y no es capaz de matar a una mosca.

El párroco Lewis llamó la atención del doctor Burdi, era el momento que se diera cuenta de que él, no era el culpable de lo que había ocurrido.

- ¿Doctor está oyendo lo que dice el marido de esta desgraciada? yo no tengo nada que ver con lo que esa desdichada a hecho conmigo. Su marido a si lo está declarando.

- ¡No quiero saber nada de este sucio asunto! ¡Si usted así lo desea, puede ir a los tribunales para salvar su honor como sacerdote, si me llama para declarar, diré la verdad!

El párroco se alteró y contestó algo violento.

- ¿De qué verdad habla usted? ¡No ha visto nada, y si dice algo, es inventado!

El doctor Burdi también subió el tono de voz.

- ¡Párroco Lewis, no le permito que me hable de ese modo, como si yo fuera un sirviente suyo! ¡Mi verdad está basada en los estudios de mi profesión, y mi declaración sería esa!

El párroco miraba fijamente al doctor Burdi, buscaba algo que lo impresionara. Y de pronto se acordó y dijo.

- ¡Mientras que esa diabólica mujer me estaba poseyendo, se oyó de su vientre una voz trémula de hembra, que me asustó!

- ¿Qué clase de voz era esa? - Preguntó el doctor Burdi.

- ¡Una voz que me hizo temblar, y que me pareció que procedía de las tinieblas!

El Doctor Burdi levantó los hombros sin darle mucha importancia, luego dijo.

- Esa voz que escuchó debía de ser la de la señora Listel quejándose de dolor.

- ¡No! - Respondió el párroco malhumorado - ¡Ella también tuvo que escucharla, porque salió de sus entrañas! ¡Pregúntale! ¡En esos momentos fue cuando quise salir de ella, entonces, ya no podía, y parecíamos perro y perra enganchados después de que hubiesen copulado!

El doctor Burdi se dio la vuelta y miró a Luey. Ella agachó la cabeza. El doctor le preguntó.

- ¿Es cierto lo que dice el párroco Lewis?

Luey tardó en responder, luego dijo.

- Sí doctor, pero de mi vientre no salieron las palabras que se oyeron. Yo las oí como si hablaran por encima de mi cabeza.

- ¿Qué fue lo que escuchó? - Preguntó el doctor.

- No lo recuerdo bien - Dijo Luey - Pero algo así como ¡Sacar esa cosa sucia, que me dan ganas de vomitar!

- Señora Listel ¿Está segura que no fue usted quién pronunció esas frases?

- ¡No se lo puedo asegurar doctor, estaba temblando de miedo! Pero lo más probable es que fuera yo. Cuando una persona enloquece, dice barbaridades ¡Eso debe usted saberlo como médico que es!

El párroco que no se perdía ni una sola palabra de lo que dijera la sacristana, la cortó diciendo al instante.

- ¡Miente mujer maldita! ¿Por qué no dice la verdad? ¿Tan endemoniada está que va buscando engañar al que sabe más que usted? - Y dirigiéndose al doctor Burdi le preguntó ¿Usted la cree?

El doctor levantó los hombros al tiempo que respondió.

- ¡No es cuestión de creerla o no! ¡Le voy a dar un consejo párroco Lewis!

Al escuchar esto, el párroco se sublevó diciendo.

- ¡Cómo se atreve a darme un consejo! ¿Ha olvidado que soy un representante de la iglesia, y quien da consejos soy yo?

- ¡Me da igual quien sea usted! - Replicó el doctor bastante enfadado - ¡Para mi como médico me es indiferente que sea usted un representante de la iglesia o, ministro de justicia! ¡Antes, le he dicho y le vuelvo a repetir que, me doctoré en medicina por amor a las personas! ¡No soy juez!

- ¡De acuerdo! - Dijo el párroco tratando de tranquilizarse.

El señor Listel seguía pegado al párroco con la mirada puesta en la hierba. No replicaba nada por conservar su trabajo. El doctor Burdi lo miró y le dijo.

- Señor Listel, ayude a su esposa, y llévela a su casa, no sea brusco con ella y trate de entenderla.

El señor Listel se giró hacia el párroco, y le preguntó con mucho tacto.

- ¿Nos da el permiso para entrar en la vivienda?

El párroco asintió sin abrir la boca.

El doctor Burdi cerró su maletín y llevándolo en la mano derecha se acercó al párroco, le dijo.

- ¡No me ha dejado usted que le diera un consejo, pero éste, no tiene más remedio que aplicarlo! Se trata de su órgano masculino. No puedo hacer nada más de lo que he hecho. Y lo que le voy a recomendar es, un remedio casero que no falla. Con dos huevos bien batidos en un recipiente hondo, meta su miembro y lo deja diez minutos. De esa manera lo hace cada día hasta que coja su estado normal.

Luego el doctor Burdi se dirigió a Luey diciéndole.

- Pásese esta tarde por mi consulta quiero examinarla mejor.

El doctor Burdi mirando a los tres presentes, les dijo.

- Tengo que marcharme, mi trabajo me llama.

Después de un mes convaleciente en el hospital, el señor Glabill volvió a la posada. Había sufrido tal escarmiento, y tan dolorosa fue la caída que dio por seguro ser el padre, el señor Xanders, de la criatura que su esposa llevaba en su vientre. No quiso seguir durmiendo en la misma habitación que ella ocupaba, y habló con el señor Xanders para darle una solución a esta tan horrible tragedia, le dijo.

- Señor Xanders ¿No cree que Neli debería compartir dormitorio con usted? Es el padre del hijo que pronto va a nacer. Y lo normal es que, Neli y usted hagan una vida marital. Yo no la amo ya como antes, y como esposa, la desprecio. Intentó matarme, aunque no lo consiguió. Creía conocerla pero no es así. Ya que usted ha tenido la osadía de acostarse con ella estando yo cerca, tenga ahora la hombría de llevársela a su habitación.

El señor Xanders no sabía que responder a todo esto. Neli era joven y hermosa, bastante apetecible para todos los hombres, él, le doblaba la edad a ella, el hijo que naciera no sería suyo, él lo confirmó por dos razones. La primera, para tener un descendiente y pasarle todos sus bienes. La segunda, evitarle a Neli una sonada paliza por parte de su marido el señor Glabill, al enterarse de que estaba embarazada. Tal como lo conocía, seguro que hubiese acabado

con la vida de ella. Era un hombre tremendamente bruto, no conocía su fuerza. El señor Xanders estaba seguro de que ocurriría de esa manera, porque noche tras noche, cuando ya casi de madrugada, se le oía a Neli reprocharle a su marido no quererla ya, no la deseaba. Algo pasaba desde hacía un tiempo por la cabeza del señor Glabill.

El señor Xanders ya se había hecho cargo de esa criatura que en pocos meses iba a nacer, y no iba ahora a echarse atrás, puesto que era un caballero de la cabeza a los pies. Neli le había gustado desde el momento que la conoció, pero respetó que estaba casada.

Al terminar de escuchar el dilema que el señor Glabill le planteó, respondió.

- Estoy totalmente de acuerdo con lo que dice.

El señor Glabill ante esta rápida respuesta del señor Xanders, se mosqueó. Lo miró de mala manera y de la misma forma, luego a su mujer. Su cara enrojeció de ira, y seguidamente dijo descaradamente.

- ¡Señor Xanders! ¡Este juego sucio hace tiempo que lo viene haciendo! ¿Me ha tomado por un imbécil? ¿Cree que estoy loco?

El señor Xanders era un hombre alto y fuerte, pero de temperamento tranquilo. La fuerza de él con la del señor Glabill podía medirse, aunque su adversario era bastante más joven. Acababa de salir del hospital, y ya estaba buscando camorra. Se estaba contradiciendo asimismo, no sabía lo que

quería. En el fondo tenía bien merecido que lo tiraran escaleras abajo.

El señor Xanders tragó saliva para responderle, no era porque le tuviese miedo, sino porque lo alteró. Era difícil llevarlo a ese extremo, pero terminó con sus nervios. Le respondió.

- ¡Señor Glabill, jamás he jugado sucio! Tampoco creo que sea un imbécil, pero de lo que sí estoy seguro es, de que no le funciona bien la cabeza.

He sido leal diciéndole que soy el padre de la criatura que Neli pronto dará a luz. Quiero reconocerlo como hijo mío, y cuando sea mayor de edad, pasarle todos mis bienes. Lo que no entiendo es, su actitud ¿Por qué me ofrece a su mujer y seguidamente después cambia de opinión?

El señor Glabill soltó una carcajada, y luego descaradamente se dirigió al señor Xanders diciéndole con sarcasmo.

- ¡Señor Xanders hace seis meses que Neli y yo trabajamos para usted, en todo este tiempo no lo he llegado a conocer, ahora es el momento! ¿Se ha creído la propuesta que le he hecho? ¡Lo he querido probar, y ahora que sé como es usted, lo voy a patear hasta lo más profundo!

El señor Xanders meneó la cabeza ante algo tan bajo y ruin que tenía delante.

- ¿Cuál es su plan? - Preguntó el señor Xanders.

El señor Glabill soltó otra carcajada, y luego dijo.



- ¡El proyecto que le tengo preparado es sencillo, yo no me rompo la cabeza en cosas difíciles, puesto que mi cerebro no da para mucho, pero la intención que tengo, me va a valer para el sustento de toda mi vida!

- ¡Explíquese por favor! - Inquirió con inquietud el señor Xanders.

- ¡Tranquilícese! ¿No quiere usted un heredero? ¡Soy yo quien va a heredar!

- ¿Qué estás diciendo? - Protestó el señor Xanders - ¿Piensa que estoy tan loco como para hacer tal desajuste en mi vida?

- ¡El desarreglo lo hizo usted el día que cogió a mi mujer por suya! ¡El niño que va a nacer llevará mis apellidos y el día que la criatura nazca usted hará el testamento cerrado a mi nombre!

Neli no podía por más tiempo quedarse callada, y saltó diciéndole a su esposo.

- ¡El señor Xanders te ha mentado, él no es el padre de la criatura que llevo en mis entrañas!

El señor Glabill se encendió de locura. Se giró hacia su mujer y le pegó una bofetada, tan fuerte fue, que la tiró al suelo. El señor Xanders fue rápidamente para socorrerla, la ayudó a levantarse, y la dejó sentada en una silla con síntomas de mareo.

El señor Glabill no tuvo suficiente con lo que le propinó a su esposa, que fue hacia el señor Xanders y, agarrándolo por los hombros lo estampó contra la pared. Le gritaba para asustarlo y cediera a su chantaje, le dijo.

- ¡El que va a heredar soy yo! ¿Me está oyendo? ¡O quiere usted que le deje los sesos pegados en la pared!

Mientras que los dos hombres mantenían esta lucha, Neli abrió los ojos del mareo que la mantenía fuera de sí, se sobresaltó al apercibir la pelea a muerte que mantenía su marido con el señor Xanders. Un fuerte temblor se apoderó de ella, le era imposible controlar su cuerpo que sacudía todos sus miembros al borde de la locura. Su mirada se transformó, los ojos iban a salirles del hueco. La boca se le abrió, la lengua salió fuera, larga, y gruesa, de su garganta se escapó un grito agudo. De un salto se puso de pie, trató de andar pero no podía, los pies se le habían quedado clavados en el suelo. Su cuerpo lo echó hacia delante, se fue estirando al tiempo que sus brazos también se alargaban, hasta que las yemas de sus dedos, largos, finos y huesudos, tocaron los hombros de su marido. Tanto él como el señor Xanders había advertido la transformación de Neli. Los dos con gran espanto querían huir. Pero la mano derecha de Neli lo impidió cerrando la puerta del un golpe. Los dos hombres estaban aterrados, corrían a cobijarse cada uno a un rincón de la habitación, aunque sabían que allí estaban desprotegidos. Miraban la cara exaltada de Neli, que no parecía que fuese ella, su largo y movable cuerpo podía alcanzarlos en todos sitios que se escondieran, corrían peligro donde se metieran. Los brazos y manos de ella podían traspasar las

paredes. Su abominable cara estaba llegando a la de su esposo. El terror y el pánico era lo único que en esos instantes estaba con él. Sabía que de nada le iba a servir, que la detuvieran, su fuerza era poca comparándola a la de ella. Él ya no podía por más tiempo resistirse, y le dio un grito diciéndole.

- ¡Neli! ¿Qué te ocurre?

Neli tenía su cara casi pegada al oído derecho de su marido. Ella con voz ronca respondió.

- ¡Ese no es mi nombre! ¿Por qué me llamas así?

El señor Xanders en un descuido de Neli llegó hasta un viejo y destartado baúl, lo abrió y se metió dentro, y luego se encerró.

Neli había alcanzado el cuello de su esposo. La mano huesuda que lo sujetaba lo levantó hasta el techo dándole un fuerte golpe en la dura y redonda cabeza, que apenas sintió por la forma y fuerza del cerebro.

Neli lo tenía levantado del suelo con los pies a medio metro. Él la miraba con espanto y terror, con la cara enrojecida, el sudor resbalándole por el rostro y el cuello. En esos instantes no era capaz, las fuerzas lo habían abandonado para luchar contra el ser maligno que se había metido en el cuerpo de Neli, y la estaba dirigiendo para hacer lo peor de todo. Ella le estaba causando el miedo más aterrador que jamás hubiese sentido.

La ventana que daba a la calle estaba a dos metros de él. Hacía gran esfuerzo para llegar sin hacer ver a Neli el deseo más profundo que sentía en

esos momentos, la cautela era poca la que estaba usando, no deseaba nada más en el mundo que llegar al gran ventanal. Eran dos pisos lo que había de altura, y estaba seguro que cuando se echara al vacío se rompería algún que otro hueso. Esto no le preocupaba, prefería incluso romperse la cabeza a seguir en la situación en la que se encontraba, expuesto a morir en manos de Neli, con una fuerza espantosa del ser horrendo que la estaba dominando.

Ella no era consciente de lo que estaba sucediendo, el golpe que había recibido en la cabeza cuando su marido de una bofetada la tiró al suelo, perdió el control de sí misma, y en esos instantes no era ella. El señor Glabill estaba seguro, pero tenía que escapar de sus garras lo más rápidamente posible, si no quería ser degollado por la mano larga y esquelética de este malvado ser.

Neli no había despegado los pies de donde se había quedado al principio, y su cuerpo movable como una vara de bambú podía llegar hasta lo más profundo de la habitación. Su cuerpo media de altura más de tres metros, y dos más de brazos y manos. Tenía los pelos de punta, los ojos desencajados y casi fuera de los huecos. Los dientes los rechinaba, de su garganta salían grande alaridos, lo más parecido a una bestia salvaje que está malherida, era escalofriante.

El señor Glabill había llegado a grandes esfuerzos al gran ventanal. De reojo miró al vacío, a pesar de la altura que había, podía ver frente de la

ancha calle a gente que miraban lo que sucedía en la habitación. También clientes que no se atrevían a subir las escaleras para comprobar los hechos que estaban sucediendo.

El monstruo que guiaba a Neli, hacia todo lo necesario para que el señor Glabill no se escapara, con sus fuertes rugidos aterradores, sujetaba su garganta y cabeza con las dos manos esqueléticas. De pronto una voz rugiente salió de la boca de Neli.

- ¿Huyes de mi, esposo mío? ¿No te asusta esta forma que he cogido y me tienes miedo?

El señor Glabill iba a volverse loco. Había perdido el control de sí mismo y también se puso a gritar, y dijo con voz desesperada.

- ¡No se quien eres! ¿Qué quieres de mí?

Nada más acabar estas dos frases, se desligó de Neli, y saltó por el gran ventanal al vacío. El griterío de la gente ante esta acción fue espeluznante, todos corrían para apartarse del golpe que podría recibir. Dos hombres que estaban de espectadores, terminaron debajo del señor Glabill que, con un peso de 100 kilos que tenía, y tirarse desde esa altura, era para haber acabado con los dos hombres.

Las demás gentes quedaron con la boca abierta ante esa gran caída. Todos fueron a socorrerlos puestos en lo peor. Se tranquilizaron al presenciar que el señor Glabill se levantó por su propio pie, y atormentado por lo que acababa de sucederle. Los otros dos hombres presentaban heridas en la cabeza y en los codos. El señor Glabill y todo el gentío

miraban hacia arriba aterrorizados, esperaban ver aparecer por el gran ventanal al monstruo que había provocado tal situación. El señor Glabill era consciente de haber provocado esa parte terrorífica y dramática. En esos instantes no recordaba bien la forma física que Neli había adoptado. Llegó a pensar que ella había enfurecido por el comportamiento que él tuvo con el señor Xanders, tratándose del hijo que ella estaba esperando, queriéndole quitar la herencia que el señor Xanders estaba dispuesto a ofrecerle al niño. Tenía que subir y hablar con Neli, también pedirle que lo perdonara por la bofetada no merecida que le pegó, y que la dejó sin sentido en el suelo. También necesitaba encontrar al señor Xanders y pedirle disculpas por el mal trato que le había dado. Ahora después de todo lo ocurrido podría encontrarse sin trabajo, si así el señor Xanders lo deseaba. Habían demasiados hombres esperando esa plaza vacante ¡y que mejor momento, para que alguien la supliera!

El señor Glabill antes de disponerse a subir las escaleras, tocó con las manos todos los miembros de su cuerpo para comprobar que no tenía nada roto, y que todo estaba en su sitio. Le dolía todo el cuerpo, pero era debido a la caída que decidió tener desde una gran altura.

---

En la habitación había un gran silencio. Neli había vuelto a perder el conocimiento y se hallaba en el suelo como si durmiera del lado derecho.

El señor Xanders seguía escondido dentro del baúl desde hacía un rato. Al no oír nada y que todo estaba en silencio, fue abriéndolo despacio, necesitaba aire para respirar. Desde una pequeña rendija iba observando lo que ocurría en la habitación, por el momento no se veía nada, solo la cama, el viejo armario, la mesa y dos sillas de madera vieja y llenas de carcoma. La rendija la iba abriendo cada vez más, hasta que por fin abrió la tapa del baúl y se puso en pie. Su sorpresa fue enorme al hallar a Neli tirada en el suelo, rápidamente salió del baúl y fue a socorrerla, en el momento de tomarle el pulso, llamaron a la puerta. Era la voz del señor Glabill llamando a Neli de buenos modales.

- Neli, ábreme la puerta, necesito hablar contigo.

El señor Xanders que tenía una rodilla en el suelo para mejor poder palpar el pulso de Neli, dejó la mano de ella reposando sobre su cintura. Se puso en pie, y fue hacia la puerta, estaba bien encajada, estiró con fuerza de un trozo de madera que sobresalía, y de esa manera la pudo abrir. Delante estaba el señor Glabill con el semblante más tranquilo y dispuesto a dialogar. Cruzó el umbral y en lo primero que se fijó fue en Neli tendida en el suelo. Giró su vista hacia el señor Xanders, este levantó los hombros, y luego dijo.

- No sé exactamente lo que ha podido suceder. Desde el principio de empezar todo, me escondí dentro del baúl, sé que no puedo presumir de valentía, pero me causó un miedo espantoso ver a Neli como se transformaba en algo horrendo que yo jamás había visto antes ¡Usted lo vio todo, se quedó a solas con ella! ¿Qué recuerda?

Los dos hombres mientras hablaban habían llegado hasta Neli. Su esposo la cogió en brazos para depositarla sobre la cama. La observaba como respiraba, y pensó, que era un pequeño mareo que había tenido y que pronto se pondría bien.

El señor Xanders volvió a preguntarle.

- ¿Qué ha podido suceder?

El señor Glabill lo observó tranquilamente y luego respondió.

- ¡Parece que sea un sueño que he tenido! ¡Mírela señor Xanders como duerme ahora! ¿Cree que un rostro tan hermoso como el de ella puede coger una forma maligna?

- ¡Qué se yo! - Respondió el señor Xanders todavía preocupado, y repuso - ¡Será mejor que vaya a buscar al médico para que la examine! ¡Es posible que sea el embarazo que haya provocado todo esto!

En esos instantes Neli abrió los ojos, no parecía lo más mínimo que estuviera enferma, ni siquiera cansada. Pero si miró sorprendida a su esposo y al señor Xanders con rasgos en su rostro de preocupación. Advirtió que estaba acostada y los dos hombres la miraban.



- ¿Ocurre algo? - Preguntó ella.

Los dos hombres intercambiaron miradas, de no entender lo que estaba ocurriendo en la cabeza de Neli. Al no hallar ella respuesta a su pregunta volvió de nuevo a repetir.

- ¿Porqué me miráis de ese modo?

- Te... ¿Encuentras bien? - Titubeó su esposo.

- ¡Claro que sí! - Respondió Neli saliendo de la cama - ¿Quién me ha acostado?

- Yo... ¡Te habías caído al suelo, y te traje hasta la cama! ¿No recuerdas lo que te ha ocurrido?

Neli andaba por la habitación buscando un por qué a las preguntas que su marido le estaba haciendo, y rápidamente recordó reprochándole.

- ¡Me has pegado una bofetada, esa es la razón por la que caí al suelo, y perdiera el conocimiento!

Los dos hombres se miraban sorprendidos, por el modo en que Neli le estaba hablando a su marido. En otras circunstancias, no lo hubiese hecho, su carácter no era ese, aunque era alegre y estaba llena de vida, con su marido se comportaba como una mujer sumisa y callaba a todo. Él tenía un carácter muy difícil, y sobretodo machista por encima de todas las cosas. No era la primera vez que había pegado a Neli, se sentía de esa manera más hombre.

En un instante, Neli había cambiado, eso lo tenía seguro el señor Glabill, esta sería la última vez que le pegara por los problemas que le pudiese acarrear, tendría que ser mejor esposo con ella y también porque estaba esperando un hijo, y si lo

perdía, también perdería los derechos de herencia provenientes del señor Xanders.

El señor Glabill era ambicioso y con pocos escrúpulos. Estaba seguro que su mujer Neli le había dado una buena lección, pero pronto se le pasaría y sería la mujer dócil de antes.

El señor Xanders se disponía a salir de la habitación, había recibido en dos horas que llevaba dentro muchas emociones, y no quería seguir por más tiempo allí, no fuera a ser tuviese que vivir nuevos sobresaltos.

El señor Glabill llamó su atención preguntándole.

- ¿Señor Xanders, quedo despedido?

El señor Xanders que era un pedazo de pan y que no conocía el rencor, se dio la vuelta y respondió.

- Le voy a dar una oportunidad, y empiece a trabajar ahora.

El señor Glabill sonrió y dijo.

- ¡Le pido disculpas por todo lo que le he dicho!

- ¡Se las acepto! - Respondió el señor Xanders disponiéndose a bajar las escaleras.

El señor Glabill fue al encuentro de su esposa que con curiosidad miraba a la gente que todavía seguían algunos curiosos con la vista puesta en el gran ventanal.

- ¿Por qué hay tanta gente pendiente de lo que está sucediendo aquí? - Preguntó Neli a su esposo.

- ¿Sigues sin recordar nada? - Le preguntó él.

Neli lo miró mientras trataba recordar, un pequeño suceso por muy pequeño que fuera, luego negó y dijo.

- Recuerdo haberme sentido algo extraña, como si no fuera yo la que te miraba en el momento que me diste la bofetada ¿Por qué lo hiciste?

- ¿No recuerdas tampoco porque sucedió? - Le preguntó su marido a tiempo que le quitaba un mechón de cabello que cubría su frente, y lo colocaba en la parte derecha de su cabeza.

De pronto sucedió lo que el señor Glabill no se esperaba. Neli agarró con fuerza y rabia, con su mano derecha la de su esposo, y con voz firme y seca le dijo mirándolo a los ojos sin pestañear.

- ¡Jamás! ¿Me oyes? ¡Nunca jamás vuelvas a ponerme la mano tuya encima!

El señor Glabill retrocedió tres pasos, al tiempo que daba un estirón y se desligaba de la mano fuerte de Neli. Ella avanzó tres pasos, y se quedó frente a frente de él. Su mirada en esos instantes era perversa, y sin sentimientos. Estaba dispuesta a hacer cualquier locura si su marido cometía alguna torpeza más. Aunque ella no abrió la boca para mencionar tal cosa, su marido se había percatado de que Neli había dejado de ser la mujer sumisa y amable que hacía pocas horas era. Él quiso hablar, levantó su mano derecha en son de paz, y dijo con voz suave.

- Neli, solo deseo que me aclares una cosa ¿De quien es el hijo que estás esperando?

Neli con la mirada alta y fija en la de su esposo le respondió.

- ¡Tuyo, tuyo desde luego no es!

- ¡Tampoco del señor Xanders! ¿No es cierto? – Preguntó él.

- ¡Tampoco! ¡Esa es la razón por la que no quiero que le hagas chantaje! ¡Necesita un heredero para dejarle sus bienes, eso es lo que va hacer!

El señor Glabill sin poderlo evitar soltó una carcajada, su cara enrojeció, luego dijo ofendido.

- ¡Soy el mayor cornudo de la historia, y no puedo decir o hacer lo que yo quiera! ¡Te guste o no, tengo que sacar tajada de todo este enredo!

Neli se avanzó sobre él, lo agarró por el cuello de la camisa, y con voz potente le advirtió.

- ¡No voy a consentir que cometas una peripecia con el señor Xanders, él no se lo merece! - Neli puso las palmas de las manos en su vientre y siguió diciendo- ¡La criatura que llevo aquí, vendrá con un pan debajo del brazo, y ni tú ni nadie lo va a impedir!

- ¡Le daré mis apellidos! - Respondió gritando - ¡De todas maneras tú eres mi esposa, la señora Glabill! Es lógico, el hijo que nazca lleve mis apellidos.

- ¡Sí, es cierto si lo fuera, pero no lo es! ¡Diré a gritos que el padre es el señor Xanders!

Algo inesperado y terrible sucedió en ese preciso instante. El Señor Glabill se disponía a zarandear por los hombros a su mujer, pero no le dio tiempo a ponerle sus enormes manos en los hombros frágiles de ella. Su vientre se movía formándose

bultos de arriba hacia abajo, de derecha a izquierda. Él miraba con espanto el vientre redondo y abultado de su mujer, no podía separar la vista. Y de pronto, salió del centro del vientre de Neli, rasgando su ropa, una mano larga y huesuda que, fue directa al cuello del señor Glabill. Él tenía el cuello grueso, pero la mano esquelética lo rodeaba todo. Lo levantó del suelo, sacudiendo el cuerpo de él, igual que un látigo. Se encontraba indefenso entre ese gran poder, no le dejaba tiempo a recapacitar. La cara la tenía avioletada por falta de aire. La boca abierta y la baba cayéndole, los ojos enrojecidos y desencajados, de su garganta salía gritos de desesperación.

Neli horriblemente asustada miraba con verdadero pavor la horrible mano, midiendo un metro de larga, y apretando el cuello de su marido. Ella con los brazos en cruz con miedo a tocar la mano, gritaba con verdadero espanto.

- ¡Vete de aquí! ¡Déjame en paz!

Se oyó una voz ronca que procedía de su vientre y que dijo.

- ¡Madre, no temas! ¡Cuidaré de ti!

A los gritos que lanzaban Neli y su marido pidiendo ayuda, subió corriendo las escaleras el señor Xanders acompañado de algunos clientes. Se quedaron en el umbral de la puerta mirando con ansiedad y angustia el terror que el matrimonio estaba viviendo. El señor Xanders no era capaz de entrar, y aún menos los clientes que lo acompañaban. El terror se apoderó de ellos, y

bajaron las escaleras saltándolas de tres en tres, y cuando llegaron abajo, salieron por la puerta lo más rápidamente posible. El único que se mantuvo en pie y en el filo de la puerta fue, el señor Xanders. Quería ayudar pero no sabía como hacerlo. Dijo lo que se le ocurrió y pensó en ese momento.

- ¡Voy en busca de ayuda!

Bajó con rapidez las escaleras. El matrimonio Glabill necesitaban que alguien viniera a socorrerlos, pero no sabían a quién llamar. Lo que acababa de ver arriba, era difícil de saber si el caso le pertenecía a un médico, a la policía o, a un sacerdote exorcista. Corría prisa, antes que esa mano larga y huesuda terminara con la vida de Neli y de su marido. Se dirigió al mozo que estaba sirviendo en las mesas, y le dijo con voz agitada.

- ¡Corre y trae al doctor Masdri! ¡Dile, que se trata de un caso urgente, y que corre mucha prisa!

- ¡Sí señor Xanders, rápidamente voy! - Respondió el mozo mientras se quitaba con habilidad el delantal azul oscuro. Salió por la puerta como si llevara fuego en el trasero.

Arriba en la habitación, el matrimonio Glabill no podía parar la situación. La mano se hacía cada minuto que pasaba más larga y fuerte. Neli se había quedado sin fuerzas, y estaba a punto de desvanecerse. Su esposo se hallaba de rodillas en el suelo, con sus manos pudo coger la muñeca de la huesuda mano, y con grandes esfuerzos estiraba para despegarla de su garganta que estaba a punto de

explotar. Cuando parecía que lo había conseguido, la voz ronca de antes se volvió a oír, y dijo.

- ¡Madre, perdona mi atrevimiento, jamás te lo volveré hacer!

La esquelética mano se separó del grueso y rojizo cuello del señor Glabill, y con la misma rapidez que salió del vientre de Neli, volvió a entrar.

Neli cayó al suelo en un mar de lágrimas, al tiempo que decía entre sollozos.

- ¡Dios mío! ¿Por qué me castigas tan severamente? ¡No dejes que me vuelva otra vez a suceder!

El señor Glabill había llegado a ponerse en pie, con el cuello hacía movimientos para colocárselo bien, lo hacía girar con sus manos de derecha a izquierda, hasta oírlo crujir. Miraba a Neli totalmente desconcertado, sin saber que hacer en esos instantes, quedarse con ella o, salir corriendo para ir a vivir a otro lugar. Esa era la tercera vez que Neli lo atacaba de una manera espantosa. En sí, no era ella quien producía tal terror, pero sí, la criatura que había concebido en su vientre, era una clase de monstruo que más tarde cuando naciera, daría muchos problemas, y mucho que hablar.

El señor Glabill se acercó a Neli. La miraba como lloraba desconsoladamente, se fijó en el vientre de ella esperando descubrir su bata rasgada, por donde esa mano horrenda, y que tanto lo hizo temblar de miedo, no estaba rota, ni señal de rasgadura ¿Qué misterio había en todo aquello? Jamás lo iba a entender. No iba a dejarla, ni se

alejara de su lado. Estaba ansioso por que diera a luz, deseaba con todas sus fuerzas conocer la criatura que vivía en su vientre.

Retiró con su mano derecha la mata de pelo que cubría la cara de ella. El contacto de su cabello era húmedo. La levantó del suelo, y la llevó hasta la cama. Neli no separaba su vista a la de su marido. Él le preguntó.

- ¿Cómo te encuentras?

- ¡Nada bien, por todo lo que ha ocurrido! ¿Qué nos está pasando?

- ¡Neli, no lo sé! ¡Pero de lo que sí estoy seguro es que quieren acabar con mi vida!

- ¿Sabes quién? - Preguntó ella con ganas de saberlo todo - ¡Estamos viviendo un calvario, y ya no puedo más!

- ¡Hay que esperar a que nazca tu hijo, y cuando llegue el momento, miraré su cara y luego su cuerpo!

- ¿Qué estás insinuando, que el hijo que llevo en mis entrañas es un demonio?

El señor Glabill no respondió. Dejó de mirarla y seguidamente se separó de la cama.

---

El sonido de dos ruedas de carruaje, hizo girar la cabeza hacia la puerta al señor Xanders. Esperaba impaciente al doctor Masdri. Después de todo lo que



había visto arriba en la habitación, tenía trabajo con el matrimonio Glabill, y decidiría, si era necesaria otra clase de ayuda.

El doctor Masdri apenas cabía por la puerta del local, ciento cincuenta kilos hacía bien pesados, y más ancho que alto, llegó con la respiración agitada, llevando su maletín en su mano derecha. El señor Xanders salió a su encuentro.

- ¡Buenas tarde doctor Masdri! ¡Los enfermos están arriba en la habitación!

El doctor se fijo en donde empezaban las escaleras, y dando un paso hacia atrás, dijo.

- ¡Buenas tardes señor! ¿Cómo se llama?

- Xanders - Respondió.

- Como verá señor Xanders, yo no puedo subir esas escaleras altas, y más bien estrechas ¿No hay posibilidad de bajar a los enfermos aquí?

El señor Xanders negó rotundamente, con el semblante asustado, respondió.

- ¡Es imposible!

- ¿Por qué es imposible? ¿Tan enfermos están que no pueden bajar las escaleras?

El señor Xanders quería responderle pero no se atrevía hacerlo. No sabía como decirle al doctor que el matrimonio necesitaba un exorcista más que sus atenciones. Después de estar pensándolo unos instantes, respondió.

- ¡Más que enfermos están enloquecidos!

- ¿Quiere decir que están locos? - Preguntó el doctor-Si ese es el caso, no me pertenece a mi tratarlos, yo soy médico de cabecera.

- ¡No sabía a quién recurrir! - Contestó el señor Xanders - Usted es médico, y cuando los vea juzgará.

- ¡Sí de acuerdo! - Contestó el doctor - ¡Alguien tiene que ocuparse de bajarlos! Yo no quepo por esas escaleras, y aunque así fuera, no las puedo subir.

En ese instante el señor Glabill bajaba las escaleras. El señor Xanders lo miraba sorprendido, tragó saliva por miedo a atragantarse, y señalándolo con el dedo, dirigió su vista hacia el doctor Masdri indicándole.

- ¡Él... es uno de los enfermos!

El doctor fijó su vista en el señor Glabill, y luego en el señor Xanders, y le preguntó.

- ¿Ese señor dice usted está enfermo?

El señor Xanders meneó la cabeza en actitud de no entender nada. Se acercó al doctor Masdri diciéndole al oído.

- Está endemoniado, y también su mujer. Hace como una hora quiso acabar con la vida de ella.

El doctor miró de reojo al señor Xanders, y levantando los hombros, se aproximó a recibir al señor Glabill, preguntándole.

- Caballero ¿Se encuentra bien?

El señor Glabill miró al doctor que no lo conocía de nada, luego fijó su vista en el señor

Xanders y en los clientes que había presenciado su caída por la ventana. Respondió al doctor.

- Mucho mejor que antes, gracias.

El doctor se arrascó la oreja izquierda por lo sorprendido que estaba ¿Lo habían hecho ir allí para nada?

- ¿Su esposa que tal está? - Preguntó el doctor.

- ¡Bien, muy bien! Está ahora descansando.

El doctor y el señor Xanders se miraron.

- ¿No ha sucedido nada allí arriba? - Preguntó el señor Xanders al señor Glabill, puesto que lo estaba dejando en ridículo delante del doctor Masdri.

- Es cierto señor Xanders, han sucedido cosas que, yo mismo no entiendo. Pero no quiero darle mayor importancia de la que tiene.

El doctor Masdri meneó la cabeza. El señor Xanders que no cesaba de observarlo, bastante decepcionado se disculpó.

- ¡Perdone doctor por haberlo hecho venir! ¿Qué se le debe?

- Le voy a cobrar el desplazamiento que es, 10 peniques.

El señor Xanders abrió la bolsa donde guardaba el dinero. Extrajo dos monedas de cinco centavos, y las dejó caer encima de la palma de la mano del doctor Masdri. Este cerró la mano, y las depositó en el bolsillo derecho de su chaqueta. Seguidamente con la mano levantada como saludo, dijo al señor Xanders.

- Si me necesita de nuevo, no dude en venir a avisarme.

- De acuerdo doctor, y perdone las molestias -  
Respondió el señor Xanders.

El doctor salió de la posada, y se dirigió a su carruaje. El sonido de las ruedas avisó que se alejaba.

El señor Xanders miró fijamente al señor Glabill. Había algo que no le encajaba, era muy extraño todo lo que había sucedido arriba en la habitación ¡Lo había visto él, con sus propios ojos! ¿A qué estaban jugando el matrimonio Glabill? Como no podía retener por más tiempo esa extraña incógnita, le pregunto.

- ¿Dónde se encuentra Neli?

- La he dejado en la cama, tiene que descansar.

El señor Xanders sin perder la paciencia, le preguntó.

- ¿Por qué no ha dejado que el doctor Masdri lo examine, y tampoco a Neli?

El señor Glabill se alzó de hombros, y luego respondió.

- Tanto mi mujer como yo, estamos bien.

- ¿Ha pensado usted en la criatura que lleva en su vientre, y si también lo está?

- ¡Me tiene sin cuidado! - Respondió con sinceridad.

El señor Xanders estaba viviendo la situación con bastante dificultad. Se daba cuenta por lo que estaba pasando el señor Glabill, con una esposa que no lo amaba, y que estaba esperando un hijo que no

era de él. Difícil situación la suya, aunque la culpa era solo de él, dejaba a su mujer demasiado tiempo sola, siendo joven y hermosa. El trabajo le importaba más que su vida de matrimonio, aunque no lo parecía era egoísta y avaro. El señor Xanders estaba dispuesto a dar sus apellidos al hijo de Neli, le había dado a ella su palabra, y la cumpliría como un hombre cabal que era.

Fuera de la cueva del viejo hechicero Silvey, la gente se acumulaba a pelotones. La colina era el sitio ideal que ocupaban sentados sobre la hierba, hasta que les llegaba su turno.

El hechicero no disponía de tiempo para él, demasiadas personas esperaban ser atendidas, su presencia era necesaria. Había dedicado toda su vida al servicio de los que más lo necesitaban. Venía de una familia de hechiceros videntes. Su abuela que murió a la edad de 102 años, mantuvo cerca de ella el mediano de sus tres hijos. Estaba dotado de sus mismos dones, y desde que era un niño le enseñó magia para ver y oír a través del agua, y de la naturaleza, también leer y entender el lenguaje de las estrellas, y de las nubes que se forman en el cielo. También entender a los animales, y hablar con ellos. Toda la magia dentro de las cosas que tienen más vida y poder.

Su abuela la hechicera Magi había estado toda su vida al servicio de la magia, con el fin de ayudar a todo ser viviente. Gente de todos los lugares iban en busca de su ayuda como remedio a sus males. También se entendía con las aves del cielo, según el ave que venía a visitarla, posándose encima del cobertizo de su choza, era para ella un mensaje que le enviaban los dioses, y lo ejecutaba durante todo el

día. Si la visita que había recibido al empezar el día era la de un cuervo, ese día se comunicaba con los espíritus, y solo concedía visitas a personas que necesitaban saber de padres, hijos o hermanos que hacía poco habían muerto. Si la primera ave en posarse era una lechuza, ese día lo concedía para hablar de magia. Muchos eran los interesados que iban a verla para aprender magia a través de la naturaleza. El amanecer que se posaba un gorrión y entonaba su trino, ese día ella daba comida a los pobres. Hacían cola gente que no tenía nada para comer. La mañana que se posaba un pelícano, ese día trataba a mujeres embarazadas, les comunicaba como era el hijo o hija que iba a nacer, y también, si iban a tener un buen parto, y la suerte del recién nacido.

El trabajo de la hechicera Magi era diferente cada día, no sabía qué tarea le tocaba al día siguiente, dependía del ave que se posaba al amanecer en el cobertizo de su choza, y al empezar por la mañana su tarea, pedía a la gran muchedumbre que esperaba que, solo podía recibir a las personas con el tema que ese día le habían indicado los dioses.

Era mágica como su nombre indicaba.

Los dioses decidieron que volviera a ellos cuando sus simientes en la tierra ella las habría sembrado, y habían crecido con el fruto de la magia más maravillosa que se pueda crear. Ella decía que no sabía nada, y que eran los dioses los portadores

de conocimientos y sabiduría, y por mediación de ellos, ella lo recibía. Las gracias había que dárselas a los dioses de la creación.

Al morir la hechicera Magi, su hijo Theymol Silvey se quedó en su lugar. Era muy hábil con el arte de la magia, pero nunca llegó a superar a su madre. El más pequeño de sus cinco hijos, había heredado el poder de la magia de su madre Magi y de él, que murió a los 89 años, quedándose en su puesto su hijo Silvey.

El hechicero Silvey era ya avanzado en edad, 80 años, y desde que era un niño había estado al lado de su padre Theymol, hasta que murió.

Silvey heredó de su abuela, la hechicera Magi, los conocimientos más elevados que un humano pueda recibir de los dioses. Él se comunicaba con la madre naturaleza, con la madre luna y la madre tierra. Usaban un lenguaje especial al comunicarse con los animales. Tenía poder con las serpientes, vivían con él, varias, y le transmitían a través de su cuerpo la mayoría de problemas y dolencias con las que la gente iban a consultarle.

Con él siempre llevaba dos serpientes enroscadas, macho y hembra, que se deslizaban parándose en un sitio de su cuerpo, mostrándole donde tenía la dolencia, el visitante. Pedía que la persona se acercara a él. Lo hacían con miedo tratándose de dos serpientes pitones, aunque sabían que estaban domesticadas por el hechicero Silvey, y que de su cuerpo no se separaban.



El hechicero, él mismo iba a las montañas y cogía hierbas que curaban las enfermedades. A cada persona le daba la que necesitaba.

Siempre tenía un caldero de cobre lleno de agua de lluvia, y a través de esta agua veía las cosas que con los ojos no pueden verse. Su abuela la hechicera Magia ejercía la clarividencia de este modo, veía el destino de las personas, y lo que pronto iba a suceder en el mundo, mirando el agua de lluvia. La explicación de ella era sencilla y sabia, le decía a su hijo Theymol, y a su nieto Silvey, que el agua de lluvia había vivido un tiempo en el cielo haciéndose formas, era por esta razón que esta agua pura y celestial, daba con figuras las cosas que iban a suceder, pero solo lo transmitía a los limpios de corazón, a todas esas personas que tenían un contacto divino con la madre naturaleza, con la divina madre luna, y con el esplendido padre sol que está iluminando día y noche toda la tierra.

Dentro de la cueva del hechicero Silvey, no cabía ni un alfiler. La gente que iba a pedir su ayuda, se agrupaba estrujándose los unos contra los otros, la demás gente que no podían entrar antes, se quedaban en la entrada de la cueva hasta llegarles su turno.

El hechicero Silvey mantenía en su mano derecha una rama de laurel fresco, y otra de menta, para curar y purificar. Cogidas de un manojo, las iba pasando por todo el cuerpo del visitante que estaba atendiendo, lo hacía diciendo una plegaria que su

abuela la hechicera Magi le enseñó, y que ella decía al tiempo que curaba.

El caldero de agua de lluvia quedaba a su derecha, antes y después de curar a la persona que tenía delante, miraba el agua, antes de empezar este trabajo, tenía una forma el agua y después de realizarlo cogía otra.

Delante de él, había una mujer joven de aspecto pobre y desgredada. Las facciones de su rostro eran ligeramente bonitas, y el color de su piel, pálido. El hechicero había puesto su mirada fija en ella. Estaba viendo en su rostro la muerte que la acechaba. El hechicero Silvey sintió un fuerte calor en el pecho, que bajaba hasta el estómago, apretó los dientes en señal de aguantar el dolor. Su vista la giró hacia la derecha, la fijó en el caldero de agua de lluvia. De pronto, sus ojos se agrandaron de espanto, no podía separarlos de la gran luna que formaba el agua, porque dentro se habían formado tres figuras de bebes, eran igual a recién nacidos, un niño y dos niñas. El hechicero todavía con más espanto, clavó su vista en el vientre de la mujer joven que estaba curando. Se llevó las manos al pecho tratando de controlar los latidos agudos que salían de su corazón, queriendo partirse en pedazos. Un ahogo fuerte llegó a su garganta y que trataba acabar con su vida. Pegó un grito tratando sacar el ente maligno que quería acabar con él. Desgarró sus vestiduras, rompiéndolas por el cuello.

Delante de sus ojos y dentro del vientre de la mujer joven, vio a unos de los bebes que figuraban en la luna del agua.

- ¡Gran Espíritu del cielo! - Exclamó gritando.

La mujer en ese instante perdió el conocimiento, y cayó redonda al suelo. El murmullo de la gente que esperaba el turno y que llenaba la estancia de la cueva, y que estaban más cerca de la joven, fueron rápidamente a socorrerla, levantándola del suelo. El hechicero dio la orden para que la sacaran de la cueva y respirara aire puro. Seguía aterrorizado, con la mirada puesta en la joven. Y gritó, repitiendo mientras la sacaban.

- ¡Me ha mirado! ¡Ha puesto sus ojos en mí! ¡Me ha mirado el niño que lleva en su vientre! ¡Será maligno, y nacerá para hacer el mal!

Ocurrió de pronto algo inesperado. De los tres bebes que aún seguían formados en la esfera del agua, uno de ellos, el que estaba creciendo en el vientre de la mujer joven, de un salto salió del agua, y fue a posarse cada uno de sus pies en los hombros del hechicero. No eran pies de un bebe, sino los de un hombre de edad avanzada. Sus piernas eran delgadas y largas. El cuerpo pequeño, los brazos largos y delgados, las manos grandes y arrugadas, el rostro deformado y blancuzco. Con una mano tapó la boca del hechicero para que no siguiera gritando su identidad. Su fuerza era como la de un gigante.

La gente que esperaban dentro de la cueva y que estaban viendo con horror por lo que el

hechicero estaba pasando. Se daban empujones para salir de la cueva, y se herían los unos a los otros. Las mujeres se cogían del pelo para hacerse paso a la salida. Los hombres se pegaban puñetazos y empujones para llegar antes a la puerta. Los niños y niñas quedaron en el suelo pisoteados.

El hechicero seguía luchando con el ser horrendo por el que estaba atrapado, y que trataba con sus viejas y arrugadas manos, arrancarles los ojos.

Las dos serpientes que iban deslizándose por el cuerpo del hechicero, fueron en su ayuda, estaban amaestradas por él, para que en un momento determinado actuaran en su auxilio. El hechicero no podía aguantar por más tiempo el dolor en los ojos que ese malvado ser le estaba causando. Por el lagrimal le brotaba dos hilos de sangre, y su grito de dolor se escuchó fuera de la cueva.

Las serpientes habían cogido posición para atacar al ser inmundo que había salido del caldero y del agua de lluvia. Los dos reptiles apuntaban a los oídos del desgraciado ser corrupto que intentaba acabar con la vida del viejo hechicero. De pronto, como si las dos serpientes se hubiesen puesto de acuerdo, clavaron sus dos colmillos afilados, en los oídos de este desgraciado ser, introduciéndole dentro el veneno. Un chillido agudo y desgarrado salió de la boca de este maligno ser. Su pequeño y delgado cuerpo se dobló hacia atrás, y cayó al suelo de

espalda totalmente muerto. Rápido al tocar el suelo desapareció, se desintegró por completo.

El hechicero con voz temblorosa pidió una palangana con agua de lluvia. Rápido dos mujeres de mediana edad y que ayudaban al hechicero en sus trabajos, le pusieron el recipiente delante. Metió la cabeza y se limpió la cara, hasta que la sangre de los ojos desapareció, y la visión que había perdido, le vino en esos instantes. Justo acababa de recuperarse, cuando se escuchó fuera de la cueva un gran vocerío. Las que gritaban eran mujeres pidiendo ayuda. No tardaron en entrar en la cueva, dos mujeres de edad avanzada con las manos levantadas llamando al hechicero. Al llegar hasta donde él estaba, una de ellas dijo muy alarmada, y con la cara descompuesta.

- ¡Señor! ¡Señor! ¡La joven que hace escasamente media hora tenía usted aquí delante, está tendida en el suelo, con sus partes reventadas y ensangrentadas!

El hechicero se quedó como estaba, esperaba que alguien fuera a darle esa noticia, luego respondió con tranquilidad.

- Hay que dejar que la joven se vacíe totalmente.

- ¡Se está desangrando, y va a morir! - Gritó una de las mujeres con desespero.

- No ocurrirá eso - Contestó el hechicero - Solo saldrá de ella lo que no le pertenece a su cuerpo.

El hechicero acarició con suavidad y cariño la cabeza de las dos serpientes, ellas lo habían salvado de una muerte segura. El hechicero miró dentro del

caldero, verificó si seguían allí reflejados los otros dos bebés, de la superficie del agua habían desaparecido. Sabía que dos mujeres más habían concebido a un niño y a una niña, perversos como el que acababa de morir. Era necesario encontrarlas para que abortaran, si esas dos criaturas o lo que fueran, nacieran, sería un peligro para la sociedad, capaces de cometer hechos terribles y crueles. Si nacían, las personas que los conocieran confiarían en ellos por su dulce apariencia, sus rostros angelicales y sus deliciosas sonrisas, engañarían de tal manera que, la confianza puesta en ellos sería plena.

Las dos mujeres se quedaron perplejas ante la mirada distante del hechicero que solo hacía que acariciar sus dos hermosas y seductoras serpientes. Con los reptiles enroscados en su cuerpo accedió a salir de la cueva. Un corro de gente rodeaba el cuerpo de la mujer joven que se hallaba en el suelo retorciéndose de dolor. Hicieron paso al hechicero para que pudiese acercarse a ella, que sufría grandes convulsiones, y daba alaridos que estremecía la llanura de la gran pradera.

El hechicero fijó sus ojos en la joven. Ella clavó los suyos en los de él, y le rogó.

- ¡Haga que desaparezca el daño que estoy sufriendo!

El hechicero asintió, y luego le preguntó.

- ¿Recuerdas cuando concebiste al hijo que llevabas dentro de tu vientre?

Ella haciendo una pausa para aguantar el dolor, respondió ante la mirada de muchos que la observaban.

- En los primeros días de junio, en el momento del eclipse de sol.

- ¡Rayos y centellas! - Gritó el hechicero - ¡Ese momento solo pertenece a la creación!

- ¡Quítame este sufrimiento, se lo suplico! - Pidió la joven - ¡Siento que algo maligno quiere acabar con mi vida!

El hechicero se dirigió a las mujeres que habían a su alrededor, y les ordenó diciéndoles.

- ¡Coged a esta mujer, y llevarla al río, introducirla dentro, lavadla bien por dentro hasta que quede limpia! ¡Luego traerla a mi cueva para que yo la bendiga!

Entre dos mujeres se llevaron a la pobre mujer cogida por las axilas, iban seguidas de más mujeres que querían presenciar como lo hacían, y qué ocurría con esta desventurada joven.

El hechicero ahora sabía que había dos mujeres más que concibieron el día y la hora del eclipse de sol. Tenía que mirar en el oráculo y preguntarle en qué lugar se encontraban las dos futuras madres de tan horrendas criaturas que, en pocos meses iban a nacer.

---

Al llegar la madrugada era el tiempo que el hechicero Silvey descansaba de toda la labor que había realizado durante 16 horas. Dejaba 8 horas para sus cosas personales y para su descanso.

A las dos de la madrugada salió de la cueva y se dirigió a un lado de la ancha pradera, caminaba por ese lugar donde él solo tenía acceso. Allí se encontraba un hermoso y robusto árbol de laurel, sus ramas eran largas y repletas de majestuosas hojas verdes y sanas. Uno de los oráculos que el hechicero hacía era, con 13 hojas de este laurel. Él mismo las elegía siempre de madrugada, y en luna llena. Cuando salía de la cueva a estas horas lo acompañaban sus dos perros mastines blancos, eran dos hermosas criaturas que esperaban en el fondo de la larga cueva para dar un largo paseo con su amo, todas las noches de madrugada.

Las 13 hojas de laurel elegidas en aquél momento, las colocó bien dentro de una bolsita de tela color rojo, y la introdujo en el bolsillo de su túnica marrón.

La luna llena iluminaba toda aquella tierra plegada de hierba y de florecillas salvajes. El hechicero echó su vista al cielo, lo estuvo contemplando durante unos minutos. Y maravillado contó las poblaciones de estrellas que lo bordaban. Uno de sus lenguajes era hablar con ellas. Esta vez les preguntó por lo que más le interesaba en aquellos instantes, una vez terminada su petición, miró a la luna, por el lugar en el cielo en el que se encontraba,



determinó la hora que era. Los dos mastines seguían a su lado esperando una decisión de él, decidió regresar a la cueva.

La luna apuntaba las tres de la madrugada, era hora de que se fuera a descansar por lo menos dos horas, pues, a las cinco de la madrugada haría el oráculo, corría prisa saber que dos mujeres más aparte de la joven habían concebido durante el eclipse de sol.

Caminaba seguido de sus dos mastines alumbrados por la luz de la luna. De pronto escuchó la voz de una mujer que lo llamaba.

- ¡Hechicero! ¡Hechicero! - Fue lo que pronunció ella.

El hechicero se dio la vuelta para verificar quién lo llamaba a esa alta hora de la madrugada. De lejos divisó la sombra de lo que pudiera ser una mujer, pues, vestía con capa y capucha cubriéndole la cabeza. Según ella iba avanzando, lo hacía con rapidez, era como si no andara, iba trasladándose de luz a luz.

El hechicero introdujo su mano derecha en el bolsillo de su túnica y agarró con fuerza el cuarzo blanco transparente de poder que, siempre llevaba consigo. Estaba frío, lo más parecido al hielo. Aunque así era, lo mantuvo apretándolo en el puño de su mano. La silueta de mujer, había llegado hasta él. La capa que cubría su esbelto cuerpo, era negra, con mucho brillo. Su rostro lo tenía cubierto con encaje negro, formando dibujos armoniosos. A

través del encaje podía ver bien el rostro de la gran belleza que ella poseía.

- ¡Hechicero! – Dijo armoniosamente ella con voz suave.

El hechicero no tardó en reconocerla, y dijo respondiendo a su saludo.

- ¡Bien recibida eres por mi! ¿Vienes para llevarme contigo?

Ella sonrió, luego respondió.

- ¡Hechicero, no ha llegado todavía tu hora! ¡La próxima vez que aparezca ante ti, será para que me acompañes!

- ¿En qué puedo servirte esta vez? - Preguntó el hechicero.

La dama ocultaba sus manos bajo la túnica negra, las sacó fuera. Estaban cubiertas del mismo encaje negro que cubría su joven y bello rostro, que era igual que sus manos, de blanco mármol. Avanzó dos pasos, colocó sus finas manos sobre los hombros del anciano Silvey, y con suave voz le dijo.

- Necesito a la joven que ha abortado la mañana pasada. En el estado en que está, no puede seguir viviendo aquí en la tierra. Te pido que no trates de querer salvarla ¿Entendido, hechicero?

- Tú eres la dama muerte, y tus deseos son órdenes para mí - Contestó el hechicero con la mirada puesta en los ojos grandes y negros de la dulce dama.

- Siempre has sido un hombre bueno y honesto, y de esa manera te trataré el día o la noche que venga a buscarte.

El hechicero sin apartar la mirada de la dama, asintió.

La dama apartó sus finas manos de los hombros del hechicero, y con una sonrisa retrocedió, dio la vuelta y desapareció en la noche iluminada de luna llena.

Los dos mastines seguían a derecha e izquierda del hechicero, él miró a cada lado y hablando con ellos, les dijo.

- Habéis conocido a la dama muerte, también yo, aunque ya la conocía de haberla visto en sueños ¿Verdad que es bella y elegante?

Los dos mastines a la vez como respuesta, aullaron mirando a la luna. El hechicero también miraba a la diosa y madre luna. Y en esta posición fija, dijo como respuesta a los mastines.

- Es otra diosa la madre luna, es la dama muerte. La madre de todos los hechiceros y hechiceras.

El hechicero introdujo su mano derecha en el bolsillo de su túnica, palpó con los dedos la bolsita donde había depositado las 13 hojas de laurel, y dirigiéndose a sus dos mastines les dijo.

- Es hora que volvamos a la cueva, tengo que hacer un trabajo antes de irme a descansar.

Ese verano había sido caluroso, más de lo que se había previsto. En Londres no estaban acostumbrados a semejante fiebre veraniega. Las mujeres habían recortado sus vestidos a media pierna para que la piel respirara mejor.

En la iglesia, el cura párroco Lewis había perdido la mitad del sentido. El hecho ocurrido con Luey en el mes de junio, le había trastornado la cabeza, en ella tenía metida a la joven Luey, la deseaba con una pasión que trataba de ocultar a ella y a quien lo conocían.

El embarazo había hecho que embelleciera aún más de lo que Luey era. La lozanía que había adquirido se podía ver en su rostro de facciones finas y delicadas.

Luey le había manifestado a su marido el temor que sentía al encontrarse a solas en el piso con el párroco Lewis. El señor Listel después de todo lo que había visto y oído decir de la boca del párroco, no creía mucho las palabras de su esposa. La palabra de una mujer no era válida comparada a la de un cura párroco que todos los días confesaba a hombres y mujeres, decía misa, y daba la comunión ¡Su mujer se lo inventaba para que él le hiciera más caso, y estuviera pendiente de ella!

La mañana era fría y lluviosa. La niebla había cubierto el río Támesis, la iglesia y la mitad de

Londres. En el mes de noviembre no podía esperarse otra cosa. Después de haber pasado un verano caluroso, ahora se esperaba un invierno muy frío y con mucha nieve.

En el piso del párroco Lewis, las ventanas permanecían cerradas. Por los cristales de los ventanales sólo se veía el humo de la espesa niebla.

Luey había acabado de hacer el dormitorio del párroco. Se disponía a salir para entrar en la cocina y prepararle la comida. Este, rígido como un palo y la cara seca, con dos profundas arrugas que le empezaban a los dos lados de la nariz y le terminaba debajo de la barbilla. Los ojos pequeños y oscuros, como una noche sin luna, y con la sotana negra y ajustada, daba la impresión de estar viendo a un zombi.

Luey estaba de cinco meses. El vientre abultado y bien redondo, la hacía más hermosa haciendo su rostro de más mujer, y mucho más deseable. Ella estaba trabajando con miedo, de reojo no hacía más que vigilar al párroco, que con disimulo iba fijándose de cómo movía las caderas al andar. Esta vez Luey estaba aterrada, el corazón le iba a cien, si algo le ocurría, de nada le servía gritar, el párroco le echaría la culpa a ella de todo el mal que le hiciera, no tendría más remedio que callarse y aguantar al diabólico párroco que, con su falsedad de hombre de la iglesia, estaba engañando a medio Londres, que eran los feligreses que acudían asiduamente a misa.

La pasión que sentía hacia Luey, se había convertido en una obsesión, en locura persecutoria que lo hacía tirano, vengativo y despreciable. Solo lo demostraba a Luey cuando a solas con él haciendo la limpieza en su piso la perseguía por todas partes.

Luey se encontraba de espaldas a la entrada de la cocina, lavaba una lechuga para la ensalada que iba a comer el párroco, con un filete de carne.

El párroco Lewis se había quedado en el umbral de la puerta de la cocina, con la obsesión que lo estaba matando. Miraba como un obseso el cuerpo de Luey, sus piernas bien formadas, el trasero redondo por el embarazo y su espalda estrecha. La melena le llegaba por debajo de los hombros, dando una forma muy femenina a su silueta.

El párroco sin que se diese cuenta, hacía con sus manos la forma de Luey. Ella que no se fiaba ni un pelo de él, y que había oído su respiración agitada muy cerca de ella, se dio la vuelta. Estaban los dos frente a frente, salir de la cocina no podía, el párroco le estaba impidiendo la salida, gritar de nada serviría, puesto que sería aún peor para ella. Luey estaba dispuesta a cometer una locura si era necesario. La criatura que llevaba en su vientre no le importaba ni más mínimo, su marido tampoco, puesto que le había mostrado ser un mal esposo. Tampoco ella deseaba vivir, incluso, prefería morir que estar esclavizada por el indeseable párroco. Éste, lejos de lo que ella tenía pensamientos de hacer, se iba aproximando, seguro de que iba a triunfar en su

hazañosa aventura. El párroco estaba a tres metros de Luey. Ella con desespero, miraba de izquierda a derecha buscando rápidamente lo que iba a hacer. Las pupilas de los ojos pequeños del párroco, parecía que de un momento a otro, iban a salirse de los huecos. La boca se le hacía agua, la baba le caía por la comisura derecha de la boca, era como si tuviese entre sus brazos el cuerpo joven de Luey. Ella medio enloquecida, le gritó diciendo.

- ¡No se acerque más a mí!

El párroco negó al tiempo que iba avanzando.

La ventana que había en la cocina, se encontraba a la izquierda de Luey. Para ella era su única salida, saltar por ella o, dejar al baboso del párroco que la destrozara entre sus brazos, y que hiciera con ella lo que quisiera. Sin pérdida de tiempo y rápida como el aire, se trasladó hasta la ventana, la abrió de par en par, como no alcanzaba a saltar, rápidamente cogió una silla de madera que había cerca. Con una mano la cogió y la colocó debajo de la ventana. Se subió encima de la silla. El párroco al ver lo que se proponía hacer, le gritó advirtiéndole al tiempo que la insultaba.

- ¡Desgraciada, hija de satanás! ¿Qué vas hacer?

Luey ya no escuchaba las palabras malignas del párroco Lewis. Su cuerpo saltó al vacío. El párroco fue corriendo hacia la ventana y miró. Desde un primer piso la niebla no dejaba ver nada, pero si se oyeron los lamentos de Luey pidiendo auxilio.

Abajo, fuera de la iglesia solo estaba Luey tendida en el suelo. Con una herida abierta en la cabeza. Su marido el señor Listel se hallaba en esos instantes dentro de la iglesia limpiando los santos con un paño limpio.

El párroco bajaba las escaleras dándose mucha prisa. Cuando estuvo fuera de la iglesia llegó hasta donde se encontraba Luey tendida en el suelo. Revisó con rapidez el cuerpo hasta comprobar que solo tenía una herida en la sien derecha. Un hilo de sangre resbalaba por la mejilla de ella. El párroco nada más comprobar el daño que se había hecho, fue corriendo y entró en la iglesia, fingiendo que algo grave acababa de suceder.

El señor Listel al verlo con los brazos levantados al tiempo que pedía ayuda, dejó el paño a los pies de la estatua de un santo, y corrió a su encuentro.

- ¡Párroco Lewis! ¿Qué le ocurre? - Le preguntó.

El párroco seguía haciéndole alardes, necesitaba que le creyera, y le respondió.

- ¡La desgraciada de tu mujer, acaba de tirarse por la ventana de la cocina!

- ¡Que Dios nos asista! - Exclamó el señor Listel.

Al llegar hasta donde se encontraba Luey, que pretendía incorporarse apoyando un codo en el suelo. El párroco empezó a darle explicaciones falsas al señor Listel.



- ¡He intentado detenerla cuando estaba tirándose por la ventana! ¡Esta mujer está endemoniada, y se ha propuesto acabar con mi reputación!

El señor Listel que era un hombre fuerte, cogió a su esposa en brazos, y entró en su habitación, la depositó sobre la cama, mientras que ella se quejaba de dolor. El señor Listel abrió el cajón de la cómoda y extrajo un trozo de tela blanca, fue hasta la palangana que estaba a media de agua, introdujo la tela, y cuando estuvo bien empapada fue hasta la cama y limpio la herida que Luey tenía en la sien.

El cura párroco trataba no darle importancia a la herida, y dijo.

- ¡No es nada lo que se ha hecho, podía haber sido peor!

El señor Listel parecía no haber oído las palabras del cura párroco, y con más anhelo limpiaba la herida que no paraba de sangrar.

El párroco se puso algo nervioso al no hallar respuesta por parte del señor Listel que, le preocupaba más el estado en el que se encontraba su esposa que las palabras de él. Era su miedo, su gran temor a que no lo creyera.

Pasados unos minutos el señor Listel dijo.

- Está embarazada de cinco meses, y la caída que ha sufrido no es buena en el estado en el que ella se encuentra.

El párroco siguió hablando, y tratando de inventarse una historia.

- Le advertí que no se acercara a la ventana, la niebla que hoy hay es, bastante espesa. Se le metió en la cabeza subirse en una silla para limpiar la ventana.

Luey solo hacia que quejarse, le dolía todo el cuerpo, y sobretodo, lo que más, la cabeza.

El señor Listel estaba muy preocupado por lo que a su esposa le pudiese ocurrir, y dirigiéndose al cura párroco, le dijo.

- Voy a buscar al doctor Burdi, es necesario que vea a mi mujer.

Luey al oír a su marido decir esto, se incorporó en la cama, y suplicándole le dijo muy asustada.

- ¡No me dejes sola!

Su esposo trataba de que se tranquilizara, le respondió.

- No estás sola, se queda contigo el párroco Lewis, haciéndote compañía hasta que yo vuelva con el doctor Burdi.

Luey quiso salir de la cama, apenas podía ponerse en pie, era demasiado fuerte el golpe que había recibido, pero aún con todo eso prefería ir con su marido a quedarse a solas con el párroco.

- ¡Quiero ir contigo! - Suplicó Luey.

- ¡No sea niña! - Respondió el párroco - ¿No se da cuenta que no puede andar?

EL señor Listel había decidido ir a por el doctor Burdi. Se daba cuenta que su esposa no podía andar, apenas se tenía de pie, incluso era posible de que perdiera al hijo o hija que esperaba para poco más de tres meses.

Luey no soltaba la mano de su marido, con la voz que apenas le salía de la garganta, le volvió a suplicar.

- ¡No me dejes sola con el párroco Lewis!

El párroco salió rápidamente en su defensa propia, diciendo.

- ¡Señor Listel, váyase pronto y traiga al doctor, Luey está delirando, es fuerte el golpe que ha recibido en la cabeza!

El señor Listel con la confianza puesta en el párroco, se dispuso a salir de la habitación, en el umbral se dio la vuelta para especificar.

- ¡Solo tardaré media hora en volver con el doctor!

Luey iba a ser de nuevo derrotada por el párroco Lewis. Hundió su rostro en la almohada y lloró amargamente.

El párroco con el entrecejo fruncido se acercó a la cama. Miraba con desprecio a la desvalida Luey que, cubría el rostro con sus manos para no mirarlo. El párroco con voz áspera le advirtió amenazándola.

- ¡Tenga cuidado ahora con lo que dice! ¡Echaré de aquí a su marido, y diré, que es usted una mujer provocadora, y que me ha querido robar!

Luey solo tenía lágrimas para llorar, no habría la boca para mencionar al párroco Lewis que, lo que decía era incierto.

El párroco prosiguió diciendo.

- ¡El doctor Burdi me tiene manía! Cuando le pregunte que le ha sucedido, le dice, lo mismo que yo le he dicho a su esposo, que estaba limpiando la

ventana de la cocina y se ha caído por ella ¿Me ha comprendido?

Luey seguía llorando cubriéndose el rostro con sus manos. Al no responder a la pregunta, volvió a repetírsela el párroco.

- ¿Sabe lo que tiene que responder cuando el doctor Burdi le pregunte lo ocurrido?

- Si - Respondió Luey con llanto.

- ¡Deje ya de llorar! ¿Se cree una niña de dos años?- Le recriminó el párroco - ¡Tiene que dar gracias a Dios de no haber abortado!

- ¡Es lo que menos me importa! - Respondió Luey.

- ¡No es usted una buena cristiana si piensa de ese modo! ¡Una buena católica, que creo que lo es, no diría de abortar, aunque el hijo que espera sea creado por el pecado!

Luey se sublevó y respondió indignada.

- ¡La criatura que está creciendo dentro de mi vientre, la creamos mi esposo y yo con amor! ¡Es fruto de lo que él y yo, nos queremos! ¡Usted no puede saber nada sobre el amor aunque mucho hable de este don divino!

El párroco Lewis se quedó parado y sin poder articular palabra, no esperaba esta reacción de Luey, y mucho menos que le hablara en ese tono. Él la miraba con los ojos desencajados, llenos de odio y de ira. Necesitaba descargar soberbia contra algo. Luey que conocía bien el mal genio y pésimo carácter del párroco, se cubrió el rostro con los brazos, al tiempo que decía sofocada.

- ¡Déjeme por favor, sólo le pido que me deje en paz!

El párroco se había quedado con la mano levantada para estamparla en el rostro de Luey. No la dejó caer al oír la voz del señor Listel, entrando por la puerta con el doctor Burdi, y diciendo.

- ¡Luey cariño ya estamos aquí!

- ¡Gracias a Dios que has llegado! - Dijo Luey tratando de sentarse en la cama.

El párroco Lewis rápidamente se apartó del lecho, se puso contra la pared. Se cruzó de brazos, y esperó para ver que sucedía.

El doctor Burdi dejó su maletín sobre la mesa. Se aproximó a la cama y lo primero que hizo fue mirar la herida que Luey tenía en la sien. Mientras lo hacía le preguntó.

- ¿Cómo se lo ha hecho?

Luey revisó con la mirada la del párroco Lewis, que observaba atento lo que iba a decir.

El doctor Burdi que no se le escapaba nada, giró su vista en el lugar donde Luey miraba. El párroco ante tal insinuación agachó la cabeza, y se dispuso a salir de la habitación. Cuando estaba atravesando el umbral de la puerta, el doctor Burdi le llamo.

- Párroco Lewis, necesito hacerle unas preguntas.

El párroco se dio la vuelta, dio tres pasos hacia delante, quedándose a dos metros del doctor, y le preguntó.

- Doctor ¿Qué preguntas quiere usted hacerme?

El doctor Burdi mirándolo de frente, le dijo.

- El señor Listel me ha dicho, que su esposa se ha caído desde la ventana, de la cocina de la vivienda de usted ¿Ha visto cuando se caía?

El párroco buscaba las palabras exactas que iba a decir, luego respondió.

- ¡Sucedió todo muy rápido! ¡Cuando vi que subía a la silla a limpiar la ventana, se lo advertí!

El doctor Burdi se quedó plantado mirándolo. Luego le preguntó.

- ¿Qué fue lo que usted le advirtió?

- Pues...pues... que se iba a caer por la ventana pero no me hizo caso - Dijo con voz trémula.

- ¿Otra vez estaba usted cerca de la señora Listel?

El párroco miró por encima del hombro al señor Burdi y con desprecio le preguntó.

- ¿Es usted juez?

- No párroco Lewis, pero estoy en el derecho como medico que soy de preguntar cualquier cosa que vea rara en uno de mis pacientes.

- ¿Porqué no le pregunta a la señora Listel?

- Sí desde luego - Respondió el doctor Burdi - Cuando esté más tranquila.

- ¿Deja usted que me marche? - Dijo con enfado el párroco.

- Puede marcharse cuando quiera. Pero quiero hacerle la última pregunta y respóndame con sinceridad.

- ¿Me esta tratando de mentiroso? - Preguntó indignado el párroco Lewis.

- ¡Le estoy diciendo que sea sincero! - Respondió tajante el doctor Burdi.

El párroco se volvió a enfadar, de esa manera podía esconder su delito.

- ¿Ha olvidado que soy el cura párroco de esta iglesia?

- No ¡Y tampoco he olvidado el día que usted agredió sexualmente a la indefensa señora Listel! - Contestó el doctor Burdi.

El párroco se subía por las paredes, sus gritos se oían fuera de la iglesia amenazando.

- ¡Doctor Burdi! ¿Esto que acaba de decirme lo diría delante de un juez?

- ¡Por supuesto! - Afirmó el doctor Burdi - ¡Soy médico y sé de lo que estoy hablando! ¡No lo denuncié la otra vez por respeto a la sotana que lleva puesta, y para que no, pasara vergüenza delante de un juez, pero si usted quiere, podemos hablar de este tema en un juzgado!

El señor Listel que toda su confianza la tenía puesta en el párroco Lewis, y que fuera de su pensamiento no había duda de que era un hombre que cumplía con la iglesia y con sus feligreses, se llevó las manos a la cabeza. Miró de cerca al párroco pidiéndole una explicación. Este le echó una mirada con descaro, y seguidamente le preguntó.

- Señor Listel ¿Cree toda esta patraña que esta contando el doctor Burdi? ¿Me cree capaz, yo que soy un hombre de la iglesia, de cometer tal propicio?

El señor Listel echó la vista hacia su esposa, y con cara de imbécil y atrasado, le preguntó.

- ¿El párroco Lewis a abusado de ti?

Luey estaba muy asustada. A parte de que todo el cuerpo le dolía y le temblaba, tenía miedo de que se quedaran sin trabajo. Los tiempos que corrían eran bastante malos, tuvieron mucha suerte de encontrar el trabajo de sacristanes, de tener una humilde vivienda, y con la pequeña paga que se hacían, podían comer. Ella estaba esperando a un hijo o hija, con un bebe entre sus brazos ¿Dónde iban a ir? Luey respondió a la pregunta que su marido le hizo, desviándose de la verdad.

- La culpa es mía por no saber comportarme ante él.

El doctor Burdi meneó la cabeza en señal de no aprobar la respuesta de Luey. Dirigiéndose al señor Listel, le dijo.

- Su esposa tiene que ir al hospital. Ha sufrido una caída desde un primer piso, está embarazada, y puede que corra peligro el hijo que esta esperando. La voy ha trasladar en mi carruaje. Ayúdeme a incorporarla.

El párroco Lewis ya más tranquilo de que nada podían contra él, salió del dormitorio. Subía las escaleras despacio y tranquilo, manifestando en sus labios una sonrisa triunfal.

Entre el señor Listel y el doctor Burdi llevaron a Luey al carruaje. Al tiempo de acomodarla, dijo ella con voz débil.



- No quiero ir al hospital. Necesito ver al hechicero Silvey.

El señor Listel y el doctor Burdi se miraron, fue este quien preguntó a Luey.

- Señora Listel ¿Porqué quiere ver al hechicero?

Luey miraba al doctor Burdi pasivamente. La herida de la sien que se había hecho al tirarse por la ventana, había parado de sangrarle. El codo derecho también recibió un fuerte golpe, poniéndosele morado.

- El hechicero es un hombre bueno y compasivo, a parte, puede ver la verdad de las cosas. Nada más me vea, me dirá, como está la criatura que llevo en mi vientre, tengo miedo que le haya sucedido algo malo.

El doctor Burdi estaba seguro que Luey tenía razón. ÉL solo buscaba la solución para cualquier enfermo que llegara para ser curado. Como Luey no podía andar, decidió el doctor Burdi conducirla con el carruaje hasta la cueva del hechicero, acompañados por el señor Listel.

Delante de la cueva había aproximadamente unas treinta personas que esperaban ser atendidas por el hechicero Silvey. Hasta la entrada llevaron a Luey entre su esposo y el doctor Burdi. Un hombre que pertenecía al grupo del hechicero, era el encargado en poner orden para que la gente entrara en la cueva. EL doctor Burdi se aproximó a él, para hablarle. Eran muchas personas las que había delante, Luey no podía esperar hasta que se hiciera de noche, ese sería el momento en que le tocaría entrar a la cueva.

- Soy el doctor Burdi - Dijo presentándose - Traigo a una mujer que ha tenido un accidente, es necesario que el hechicero Silvey la visite lo más pronto posible.

El hombre que hacía de portero, echó la vista hacia donde se encontraba Luey junto a su esposo. Después de observarla unos instantes, él le preguntó.

- ¿Dice usted que es médico?

- Sí.

- ¿Porqué razón no la atiende usted?

- Ella quiere ver al hechicero Silvey.

El hombre se fijó en toda la gente que esperaban desde la siete de la mañana. La mayoría tenía vendajes, unos en la cabeza, otros en las manos y en los pies. Luego le dijo al doctor Burdi.

- Todos ellos también han sufrido alguna clase de accidentes, hace horas que están esperando.

- Está embarazada la mujer que traigo - Dijo el doctor Burdi.

El hombre estuvo pensando unos instantes, después dijo.

- Tengo que hablar con el hechicero, le diré, que se trata de una emergencia.

El hombre entró en la cueva.

El hechicero tendía delante a una niña que estaba curando, y a su madre también la iba a curar de un mal de ojo que decía que le habían echado a ella y a su hija.

El hechicero echó la vista al caldero de cobre. Su gran sorpresa fue, ver reflejado en el agua de lluvia, a unos de los bebés que hacía meses había visto. Se detuvo a mirar al portero de la cueva, y seguidamente le preguntó.

- ¿Fuera está esperando una mujer embarazada?

- A eso venía, la trae un doctor y dice que es urgente que usted la vea.

- Sí, muy urgente. Hazla que pase.

El doctor Burdi esperaba la respuesta, no se había movido de donde se quedó. El portero de la cueva, salió y llegó hasta él, le dijo.

- El hechicero Silvey pide que entre la mujer que está embarazada.

- ¡Gracias! - Contestó el doctor Burdi.

Fue hasta donde se encontraba el matrimonio de sacristanes, y dijo.

- Entren en la cueva, el hechicero quiere ver a Luey.

El señor Listel miró al doctor, y bastante sorprendido le preguntó.

- ¿Eso ha dicho el hechicero?

- Es lo que me ha contestado el portero ¡Vamos, no se demore y entren ya! - Dijo el doctor Burdi.

El señor Listel acompañaba a su esposa cogida del brazo. Ella andaba a paso lento, le dolía todo el cuerpo, en el brazo derecho le apareció un gran moratón. El tobillo también derecho, había recibido un golpe, tan fuerte que lo tenía hinchado, y aparecía otro morado. La frente también se le había inflamado, y otro morado había quedado en ella. A parte, la herida que se había hecho, la pobre Luey no parecía que fuera ella.

Según iban avanzando el matrimonio Listel por el pasillo largo y ancho de la cueva, Luey sentía un gran alivio en ese lugar, andaba mejor, los golpes no le dolían tanto. En el medio de la cueva se hallaba sentado en un sillón de madera de cedro, el hechicero Silvey, con sus dos fieles serpientes enroscadas en su cintura, y circulando por todo su cuerpo. Los pies descalzos del hechicero reposaban sobre una alfombra ancha y gruesa traída de Persia. El matrimonio Listel recibió órdenes de parte de las dos mujeres que trabajaban con el hechicero, y que situaban a la gente donde debían quedarse, de no pisar la alfombra.

Luey estaba frente el hechicero, era eso lo que más deseaba desde que se quedó embarazada, en el mes de junio.

El hechicero echó la vista al caldero, y miró el agua de lluvia. En ella había reflejada el rostro de una niña, con la carita bella como un rayo de sol. El hechicero se puso en pie, y avanzó hasta quedarse a medio metro del matrimonio Listel. Miraba con mucha compasión a Luey. Sus ojos azul cielo, los tenía tristes y apagados. Pudo ver en ella a una mujer valerosa y fuerte, pero en esos instantes, no era ninguna de esas dos cosas. El hechicero le sonreía como si la conociera de toda la vida. Luey trataba corresponderle del mismo modo, pero el dolor que sentía en su cuerpo, aunque había disminuido, le impedía sonreírle abiertamente. El hechicero le preguntó.

- ¿Quién te ha hecho todo ese daño que tu cuerpo siente?

Luey estaba tan emocionada de encontrarse frente el hechicero que, no hallaba las palabras adecuadas para responderle. Fue su marido quién respondió por ella, diciendo.

- Mi esposa se ha caído desde una ventana de un primer piso.

El hechicero negó, y luego dijo.

- No se ha caído es, ella quién se ha tirado, porque un malvado hombre la puso a prueba.

El señor Listel al oír esas palabras del hechicero, miró con sorpresa a su esposa, y le preguntó.

- ¿Fuiste tú quien te tiraste por la ventana?

Dos gruesas lágrimas aparecieron por los ojos de Luey, al tiempo que afirmaba.

El hechicero con su mano derecha acarició la cabeza de Luey, seguidamente le dijo.

- En una niña preciosa la que va pronto a nacer, pero nacerá con instintos malignos. Vendrá al mundo sin luz, aunque sea bella y hermosa.

El matrimonio Listel se miraron sin entender nada de lo que había pronunciado el hechicero.

Luey secó las lágrimas con las yemas de los dedos de su mano derecha. Miró al hechicero diciéndole.

- ¡No quiero a esta niña que va a nacer! ¡Necesito abortar lo más pronto posible!

El hechicero negó, y después de hacer una pausa sin dejar de mirar a Luey, le respondió.

- No es posible lo que me pides, con seis meses de embarazo que llevas, la criatura está totalmente formada. Tampoco podría ser aunque llevara menos tiempo, esta niña tiene que nacer.

- ¿Por qué tiene tanto interés porque la niña nazca? - Preguntó Luey.

En la boca del hechicero apareció una suave sonrisa. Acarició de nuevo la cabeza de Luey y después respondió diciendo.

- No puedo decirlo ahora, pero según vaya creciendo la niña, encontraréis la respuesta ¿Porqué no quieres a la criatura que llevas en tus entrañas?

Luey echó la mirada al suelo, tratando de ocultar su pena. El hechicero con su mano derecha cogió la barbilla de Luey, e hizo que lo mirara. Cuando sus miradas se encontraron, Luey respondió a su pregunta.

- Desde que me quedé embarazada, esta niña que usted dice que es, me está dando muchos problemas. Me han sucedido cosas terribles.

El señor Listel que todavía no había abierto la boca, se pronunció cortando la palabra a su esposa.

- Luey ¡Vasta ya!

El hechicero no estando de acuerdo reprochó al señor Listel.

- No debe usted desaprobarme que su esposa manifieste el pesar que le atormenta ¿Tiene usted miedo de algo o, de alguien?

El señor Listel quedó callado. Luey afirmó.

El hechicero miraba al matrimonio esperando una respuesta del señor Listel. Él no tenía ganas de hablar, si decía algo se jugaba su empleo, y no era el momento de quedarse sin trabajo y en la calle.

Luey tocó con el codo el brazo izquierdo de su esposo. Él la miró, ante la mirada atenta del hechicero que hacía unos minutos estaba esperando que hablaran. El señor Listel aclaró su garganta y después de tragar saliva dijo.

- Tenemos mi esposa y yo, un trabajo que nos permite vivir y tener una pequeña vivienda sin pagar nada.

- ¿En qué trabajáis? - Preguntó el hechicero.

- Somos los sacristanes de la iglesia que está junto al río Támesis.

El hechicero guardó silencio mientras observaba al matrimonio. Luego preguntó.

- ¿Sigue allí el párroco Lewis?

- Sí - Confirmó el señor Listel.

El hechicero respiró profundamente, después de hacer una pausa, se dirigió a Luey, y le preguntó.

- ¿Ha sido el párroco Lewis que le ha provocado la caída que ha tenido por la ventana?

Luey rompió en sollozos.

El hechicero ordenó a una de las dos mujeres que lo ayudaban, a que trajera una silla para que se sentara Luey. Rápidamente su orden fue atendida, y cuando Luey se sentó el hechicero le dijo.

- ¡Quiero que me lo cuentes todo!

- ¡No podré hacerlo! - Respondió Luey llorando - ¡EL dolor que siento dentro de mi, es tan fuerte, que no podré resistirlo!

El hechicero se hacía cargo del sufrimiento por el que Luey estaba pasando. No siguió preguntando y terminó diciendo.

- Hace años que voy detrás del párroco Lewis. Sus hazañas, las que él cree que son religiosas, solo le permite poder esconderse detrás de una máscara, horrible y peligrosa.



Luey el rato que hacía y que llevaba dentro de la cueva del hechicero, el dolor que sentía en su cuerpo había mejorado mucho. El tiempo de estar frente al hechicero Silvey, había terminado, sólo le quedaba darle las gracias por todo lo bien que se portó con ella. También tenía otra pregunta que hacerle, referente a la niña que pronto iba a nacer.

- Usted ve los acontecimientos que van a surgir siempre que quiere ¿Podría decirme en qué día nacerá la niña?

El hechicero fue hasta el caldero de cobre, y miró en la gran luna que hacia el agua de lluvia. Después de mirar unos minutos, volvió a donde estaba el matrimonio Listel. Dirigiéndose a Luey, le respondió.

- El nacimiento será en los primeros días del mes de febrero, a la hora y minutos que se producirá un eclipse de luna total, también nacerá el mismo día y a la misma hora, un niño, y serán compatibles. Uno pensará igual que el otro, les gustará hacer las mismas cosas, tendrán los mismos gustos, es como si uno fuera el otro, dos personas y una sola alma.

Luey seguía sentada, y al oír las palabras del hechicero se desplomó. Un mareo le vino de súbito, la cabeza la inclinó dejando caer la barbilla sobre su pecho, había quedado deslumbrada con los ojos cerrados. Su marido que se hallaba a su lado la sujeto por los hombros para que no cayera hacia delante.

El hechicero rápidamente intervino haciéndole una limpieza de aura. Dos minutos después, Luey habría los ojos. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Cuando obtuvo respuesta del desmayo, dijo con voz d6bil al hechicero.

- He sentido algo raro que corría por todo mi cuerpo, era una sensaci6n de sentirme entre corriente.

El hechicero pas6 su mano derecha sobre la cabeza de Luey, y le pregunt6.

- ¿Es la primera vez que te ocurre?

- SÍ. ¿Qué me ha podido suceder?

Al terminar de hacer esta pregunta, y sin que el hechicero le diese tiempo a responder, se oy6 un gran murmullo en la entrada de la cueva. Los gritos llegaban hasta el fondo, las voces que se oían procedían de varios hombres que discutían a la vez.

El guardián de la cueva trataba de poner paz, pero todo era en vano lo que hacía y decía. Las voces se iban oyendo cada vez más fuerte. En el recodo que hacia en la entrada hasta donde trabajaba el hechicero, aparecieron tres hombres, uno era el guardián de la cueva, otro el doctor Burdi y el párroco Lewis. Este sujetaba los brazos del guardián, que impedía su entrada al recinto donde se encontraba el hechicero y el matrimonio Listel.

El doctor Burdi colaboraba con el guardián. Aunque llegaran a pensar, que como médico no valía nada por ceder a una paciente que la visitara un hechicero, le daba igual. Había pocos médicos progresistas o, mejor dicho, uno solo, él. Aunque había estudiado medicina, y había jurado curar el cuerpo humano, también creía, que los hechiceros, curanderos podían curar a las personas, cada uno utilizaba un método diferente, y los dos eran válidos.

El párroco Lewis trataba deshacerse de estos dos hombres. No llegó a conseguirlo por la intervención del hechicero que, donde estaba le dijo al guardián.

- Alwin, no impidas la entrada al párroco Lewis también puede entrar el doctor Burdi.

El párroco al sentirse libre de las manos del guardián Alwin, sacudió con las suyas las mangas de

su sotana, queriéndose quitar el polvo que le hubiese dejado Alwin al sujetarlo.

El párroco Lewis, avanzaba con paso rápido. El cuello erguido, la mirada seca y dura, mostraba un redondo vientre de la buena alimentación que tenía y de no hacer casi nada.

El señor Listel al ver lo que se acercaba, se retiró, poniéndose en el lateral de la cueva. Luey se levantó de la silla y fue a quedarse junto a su esposo. El párroco ya frente al hechicero, giró la vista, y con voz seca y severa le ordenó al matrimonio Listel, que salieran de allí inmediatamente. Ellos obedecieron saliendo de la cueva. El doctor Burdi también iba a acompañarlos, y en ese instante, la voz del hechicero hizo que se detuviera, cuando le dijo.

- Doctor Burdi, puede quedarse para que sea testigo de los que el párroco y Lewis y yo vamos a hablar.

El párroco Lewis rápidamente protestó diciendo.

- ¡No pienso estar aquí más de cinco minutos! ¡Lo que le voy a decir son unas palabras! ¡Deje al matrimonio Listel tranquilo, ellos son los sacristanes de la iglesia, y trabajan para mí!

Con tanto alboroto y tanta mala energía que el párroco Lewis llevaba, las dos serpientes se alteraron, y empezaron a inquietarse, el propósito de los dos reptiles era de acabar lo mas pronto posible con todo este enredo que el alborotado párroco estaba tramando, y hasta ver cuando, terminaría.

Las dos serpientes iban deslizándose del cuerpo del hechicero, sus cabezas sobresalían de la de él, la inclinación que tenían, era hacia delante, buscando tocar al párroco que seguía con el rostro enrojecido de ira, y los ojos fuera de su sitio, creyéndose el dueño y señor de todo aquél lugar. Sus gritos e insultos que daba al hechicero se oían fuera de la cueva. Cuando las serpientes estaban a un palmo de él, y que el hechicero había advertido lo que pronto iba a suceder, por introducirse y adueñarse de lo que no era suyo.

De pronto el párroco retrocedió dando tres pasos, sus ojos desencajados miraban a las dos serpientes como monstruos horribles y destructores. Se quedó callado con la mirada puesta en los ojos de los dos reptiles. En vista de que el hechicero no hacía nada para impedir una posible mordedura, le sugirió con rabia.

- ¿No va a hacer nada para que estos dos asquerosos animales se alejen de mi?

El hechicero guardaba mucha calma, agarró a las dos serpientes por debajo de la cabeza, y con suavidad, las llevó a que se quedaran enroscadas en su cuerpo. El hechicero sin mediar palabra, dio la vuelta y fue a sentarse en el sillón de madera de cedro. Una vez acomodado dirigió su mirada al párroco Lewis que seguía encendido, pero sin decir nada, había estado vigilando los movimientos del hechicero y a sus dos serpientes.

La silla donde había estado sentada Luey, permanecía en el mismo lugar, y cerca del párroco que seguía de pie, con intenciones de explotar siguiendo el tema que se había dejado a medias. Ahora había una distancia de cinco metros que lo separaban. El hechicero hizo un gesto con la mano para que se sentara, al tiempo que le decía.

- Párroco Lewis coja asiento por favor.

El párroco miró a sus dos laterales, advirtió una silla de madera que había a su izquierda, la agarró con mala gana colocándola detrás de él.

El hechicero ordenó a las dos mujeres que le ayudaban a que trajeran otra silla para el doctor Burdi, que se había quedado de pie. Ya sentados los dos, se oyó la voz del hechicero que dijo.

- Párroco Lewis ¿Quiere decirme para que ha venido?

El párroco puse cara de sorpresa, miró a su derecha donde se hallaba sentado el doctor Burdi, y con un meneo de cabeza, se encendió aún más fuerte.

- ¡Por el amor de Dios! - Exclamó el párroco dirigiéndose al hechicero - ¿Tanto le cuesta entender que el matrimonio que acaba de salir son los sacristanes de mi iglesia? - ¡No les doy permiso para que vuelvan a entrar aquí! ¿Queda entendido?

El doctor Burdi hizo el gesto de encontrarse incómodo ante tal sandez que, el párroco acababa de pronunciar.

El hechicero miró el agua de lluvia que había dentro del caldero. Observaba los movimientos y formas que se iban haciendo. El párroco se sintió ofendido creyendo que no lo escuchaba, y que pasaba de él. Con mucho enfado protestó diciendo, y dirigiéndose al hechicero.

- ¡Quién se cree usted que es!

- ¿Y usted quien es? - Le contestó el hechicero mirándolo de frente.

- ¿Cómo? - Protestó el párroco - ¡Soy en la tierra un ministro de Dios, no lo olvide!

El hechicero asintió al tiempo que alcanzaba la cabeza de las serpientes.

- ¡Uf! Está usted poniendo las cosas feas - Dijo el hechicero Silvey.

- ¿A que se está usted refiriendo? ¡Hable, y diga lo que piensa de mí! - Sugirió el párroco Lewis.

El doctor Burdi se removió en su asiento algo molesto e intranquilo, sospechando que, el párroco debía pensar que él, le había contado al hechicero lo último ocurrido a Luey con él. Puesto que el párroco Lewis no cesaba echar la mirada hacia su derecha buscando el rostro del doctor Burdi. Este le señaló diciendo.

- Al hechicero no le he contado nada de lo que la pobre Luey tuvo que sufrir y aguantarlo a usted.

El párroco lo miró de reojo, no necesitó las palabras para saber que lo estaba maldiciendo en esos instantes. No le convenía que el hechicero supiera la atrocidad malvada que, cometió con Luey,

que para él, fue al que traicionaron, y con quien cometieron aberraciones de las más salvajes y escandalosas.

El hechicero Silvey que de esto no estaba al corriente, pero que algo intuía, pregunto al doctor Burdi.

- ¿Qué es lo que no debo saber?

El párroco hizo el gesto para levantarse de la silla, pero el hechicero con la mano le indicó que se sentara. Y seguidamente le preguntó.

- ¿Es vergonzoso para usted que yo sepa de que se trata?

- ¡No voy a seguir este interrogatorio! - Dijo con el semblante rojo como un tejón - ¡Usted no tiene derecho a saber nada de mi vida! ¡No es usted de la iglesia, no es un ángel, para mi es más demonio que otra cosa!

El hechicero seguía tranquilo, no se alteraba por muy fuerte que le presentaran un problema. Eran muchos años los que llevaba al servicio de los más desvalidos, aprendió técnicas y conocimientos desde que nació, y junto a su abuela, la hechicera Magi aprendió, cuando alguien al hablar decía la verdad o no. Ella fue su primera Maestra, después siguió con su padre haciendo los mismos trabajos y conjuros para llevar a un buen puerto las cosas más esenciales. La fuente de toda esta riqueza la adquirió la hechicera Magi, de su madre, y de su abuela en el bosque donde vivieron y murieron. Eran varios



siglos de sabiduría y conocimientos ocultos, que guardaban.

El doctor Burdi que había estudiado medicina para curar el cuerpo de los seres humanos, y que ponía toda su entrega en las personas, fue él, que cortó al párroco Lewis diciéndole.

- ¡Nadie le está interrogando! ¡Deje ahora a un lado su vestidura de sacerdote, y hable como un hombre, el mal que le ha causado a Luey!

El párroco Lewis se giró en su asiento para mirar de frente al doctor Burdi, y con un descaro impresionante, le respondió alterado.

- ¡El daño me lo hizo ella a mi! ¡Me puso el pene rojo a explotar! ¿Eso no es maldad?

Al hechicero se le escapó una leve sonrisa.

El párroco Lewis se enderezó en el asiento, esta vez se puso de pie y dispuesto a marcharse. El hechicero lo retuvo diciéndole.

- No tiene que avergonzarse, pero me gustaría saber como ocurrió, si usted lo acepta.

- ¡No tengo que decirle nada! - Respondió el párroco.

- ¿Es indecente lo que usted hizo con la pobre Luey?-Le preguntó el hechicero - ¿La violó?

El párroco que permanecía de pie, apuntó con el dedo al hechicero, y lleno de ira le dijo.

- ¡Usted es un gran pecador, y puedo asegurarle, que va a arder en el infierno!

- ¡Oh! - Exclamó el doctor Burdi - ¡Como se atreve a decir eso! ¿Qué sabe usted lo que es el infierno?

- ¡Soy sacerdote, y se de lo que hablo! - Respondió indignado.

- Cada día veo el infierno - Dijo el hechicero con voz pausada - A cada momento estoy recibiendo gente que sufre de enfermedades, que gritan por no tener nada para darle a sus hijos de comer, la mayoría de niños y niñas, no llegan a cumplir los tres años de edad porque están desnutridos y deshidratados. Mueren en los brazos de sus madres, que lloran desconsoladamente sin que nadie pueda hacer nada para salvarlos ¿Es a este infierno al que usted se está refiriendo? A su lado tiene usted sentado al doctor Burdi, sé muy bien por gente que me viene a ver que a muchos de ellos cuando van hacerle una visita, no les cobra, incluso, él les compra los medicamentos que necesitan. El doctor Burdi también día a día está viviendo en el infierno. Ahora quiero que me diga ¿Qué clase de infierno vive usted?

El párroco echó la vista hacia el doctor Burdi, y luego se dirigió al hechicero diciéndole.

- ¡También yo tengo un pequeño infierno en el que vivo casi cada día, son mis pecados, pero al ser yo católico y sacerdote, me confieso casi a diario con el padre Clay, nos vemos a menudo, él es mi confesor. Pues, cuando confieso mis pecados se evaporan y me siento libre.

El doctor Burdi meneó la cabeza, no aprobando el discurso barato del párroco Lewis.

- ¿En verdad cree usted párroco Lewis, que sus pecados desaparecen cuando se los cuenta a otros sacerdotes? - Preguntó el hechicero - ¿Las maldades que haya hecho se quedan impunes?

- ¡Claro que lo creo, es lo que dice nuestra madre iglesia católica! ¡Si nos arrepentimos de todo lo malo que hayamos hecho, seremos salvados! ¡Eso lo dice nuestro señor Jesucristo!

Hubo silencio, solo se oía arder las mechas de las dos antorchas que ardían a los dos laterales de la cueva. Las dos serpientes estaban tranquilas, rodeando el pecho y cuello del hechicero, que sin inmutarse no habían dejado de mirar al párroco Lewis.

- ¡Párroco Lewis! ¿Usted cumple con las mandamientos que dejó Moisés escritos? - Preguntó el hechicero.

- ¡Trato de hacerlo! - Respondió de inmediato.

- ¡Oh! - Exclamó el doctor Burdi.

El párroco ladeó la vista y lo miró, le preguntó.

- Doctor Burdi ¿Lo pone usted en duda?

- ¡Por supuesto! - Respondió.

- ¡Párroco Lewis! ¿Ha deseado usted la mujer de su prójimo?-Le preguntó el hechicero.

Otra vez ladeó la vista para mirar al doctor Burdi, que estaba atento esperando su respuesta.

El párroco miró de frente al hechicero, y le dijo.

- ¡Hago todo lo posible por no desear a la mujer de mi prójimo, pero yo no tengo la culpa de que sean ellas las que me deseen a mi y me busquen!

El doctor Burdi se echó hacia atrás del asiento y respiró profundamente con resignación.

Otra mirada le echó el párroco Lewis.

- Párroco Lewis ¿Está sugiriendo que son las mujeres quién lo buscan a usted? - Le preguntó el hechicero - ¿Respetas el voto de castidad?

- ¡Hago todo lo posible por respetarlo! Pero también hay que darse cuenta de que soy un hombre, y si me provocan tengo mis fallos como humano que soy.

Todo este dialogo se estaba convirtiendo en un interrogatorio, el párroco Lewis había provocado esta situación. Irrumpió entrar en la cueva del hechicero para protestar que, no recibiera en el lugar donde hacia hechizos, según él, al matrimonio Listel, y la situación se iba agravando cada vez más.

El guardián de la cueva entró aterrorizado. El hechicero hizo un alto con la mano derecha al párroco, para hacer una pausa.

- ¿Qué ocurre Alwin? - Preguntó el hechicero.

- ¡Señor, ahí fuera hay dos hombres con la cabeza abierta!

El doctor Burdi se puso de pie, y mirando al hechicero le dijo.

- ¡Este trabajo me corresponde hacerlo a mí!

El hechicero asintió, y le preguntó al guardián.

- ¿Has hablado con esos dos hombres?

- Sólo les he preguntado de qué manera se lo han hecho. Uno de ellos, el que parece que es menos grave la herida que tiene, me ha comentado que, han discutido por unas tierras que tienen lindando, y que dice, son tuyas.

El doctor Burdi salió de la cueva para encontrarse con esos dos heridos.

En la cueva quedó el hechicero, las dos mujeres que le ayudaban, y el párroco Lewis, que ya tenía ganas de marcharse, pero antes quería decirle al hechicero tres cosas más, que creía era su deber. Mirándolo de frente le preguntó sin reparo.

- Hechicero ¿Has mencionado alguna vez el nombre de Nuestro Señor Jesucristo?

El hechicero lo miró pausadamente, sin apenas inmutarse. Acarició la cabeza de sus dos serpientes y luego le preguntó a él.

- ¿Lo menciona usted? Sea sincero y dígame la verdad ¿Cuántas veces al día piensa usted en que Dios existe?

El párroco se picó, y lo tomó como una indirecta, y aún más, como un insulto. De nuevo lo señaló con el dedo diciéndole.

- ¡Nunca se ha confesado usted, es por esa razón que está lleno de pecados!

El hechicero sonrió, esto mosqueó aún más al párroco, y de nuevo lo atacó reprochándole.

- ¡Esas dos serpientes que están enroscadas en su cuerpo y que viven con usted, son el pecado del mundo! Son bichos asquerosos y repugnantes, que hizo, que la primera mujer pecara.

- ¿A qué primera mujer se está usted refiriendo?

- ¡Por supuesto a Eva! - Respondió el párroco bastante alterado.

- No se agite párroco Lewis - Le aconsejó el hechicero - ¿Es por esa razón que cree usted son las mujeres fáciles de conquistar? ¿Es usted de esos que piensan que, María Magdalena era prostituta?

- ¿Ha leído usted la biblia?

- No – Respondió el hechicero rotundamente.

- ¿Entonces porqué sabe lo de María Magdalena? ¿Quién le ha contado la historia?

- Mi abuela la hechicera Magi lo sabía, porque su madre que también era hechicera, se lo contó. Y a mi bisabuela se lo transmitió su madre que también era hechicera, y a punto estuvo que la quemaran en la hoguera por saber demasiado la vida de Jesús en la tierra.

El párroco se quedó parado ante todo este argumento que no se esperaba que el hechicero supiera.

- ¡La biblia dice sobre María Magdalena que, era una mujer alegre, y también, que intentó conquistar a Jesús! Era una mujer que estaba llena de pecados, pero al confesárselos a Jesús, él la perdonó - Relató el párroco Lewis - Las mujeres iban detrás de él por lo seductor que era, por su mirada enamorada, por su talante como hombre. Pero de ahí ya no había más.

- ¿Se está refiriendo a sus discípulas que eran muchas y que confiaba en ellas más que en los hombres?

Otra vez el párroco se quedó parado ante lo que dijo el hechicero ¿Cómo podía saber tanto sobre la vida de Jesús? Pasó a preguntarle por la curiosidad que lo comía.

- ¿Su abuela sabía leer?

- No. Tampoco su madre, ni su abuela. La sabiduría y conocimientos que poseían, era del bosque, de la madre naturaleza que es, la más sabia, y la que lo sabe todo.

- ¿Sabe usted leer?

- Sí, pero de todo esto de lo que estoy hablando, no lo he leído en el libro de la biblia. Lo crea usted o no, son conocimientos que la Diosa Naturaleza transmitió a la bisabuela de mi abuela, y quizá, su abuela, y bisabuela de ellas, se lo transmitieron.

El párroco estaba seguro que se estaba burlando de él. Había estudiado muchos años la carrera de sacerdocio para sólo quedarse a leer la biblia, oír los pecados de la gente, y decir misa. Estaba seguro que el hechicero aunque supiera leer no había estudiado nada, ni siquiera había leído una página de la santa biblia. Y estaba seguro, si le hablaba de otro tema, también respondería hasta la más difícil de las preguntas. Era la primera vez que se veían cara a cara, realmente lo estaba dejando impresionado, pero hacía un gran esfuerzo para que no se lo notara. Y pasó a preguntarle.

- ¿En verdad cree que la naturaleza del bosque puede saber hechos que ocurrieron hace más de dos mil años?

El hechicero afirmó, al tiempo que respondía.

- No sólo de más de mil años, sino de toda la existencia desde los principios del mundo.

El párroco sonrió con sarcasmo, se fijó en las dos serpientes que el hechicero manejaba con habilidad y le dijo.

- ¡El demonio es quien sabe todo eso! ¡La prueba está en esas dos criaturas venenosas que circulan por su cuerpo! ¿Sabe usted que se trata de dos demonios?



El hechicero sonrió haciéndole gracia la fabula que el párroco acababa de inventarse o, mejor dicho, lo que en la biblia está escrito.

- ¿Cree usted en los demonios, párroco Lewis?

El párroco puso cara de espanto. Y respondió.

- ¡La santa biblia está constantemente hablando de ellos! ¡Nuestros primeros padres Adán y Eva, pecaron por la intervención del demonio, que se les apareció en forma de serpiente!

El hechicero reposo la espalda en el respaldo del sillón. Atrajo la cabeza de las dos serpientes hasta sus labios, y las besó. Luego dijo.

- Antes le he confirmado que no soy hombre de estudios, sino de sabiduría, y como tal, no creo nada de lo que me dicen. Los demonios que cree usted que existen están dentro de cada persona, cada uno de nosotros tenemos mil demonios, que actúan cada uno de manera diferente. Lo importante es, saber dominarlos para hacer las cosas mejor. Jamás podremos exterminarlos, son necesarios para nuestro desarrollo espiritual, porque nos ayudan a lo imprevisto a nuestras vidas. En saber guardar los misterios de la madre naturaleza. En poder mirar hacia delante sin miedo, porque sabemos vencerlos. Los demonios influyen en nosotros cada día al amanecer, y cada tarde cuando anochece. Los llevamos consigo las veinticuatro horas, y lo más sublime de todo es, saber conducirlos, llevar las riendas de nuestros más bajos instintos y pensamientos, y las más bajas pasiones. También

saber guiar la soberbia, que es otro de los demonios con más poder que poseemos, incluyendo la avaricia.

El párroco Lewis se había quedado de brazos cruzados ¡El hechicero sabía más que él, y sin haber estudiado! Aunque no le iba a decir la verdad le preguntó.

- Hechicero Silvey, esta enseñanza que acaba de darme ¿Quién se la ha transmitido?

El hechicero afirmó sonriendo, luego dijo.

- Mi abuela la hechicera Magi, era la mujer más sabia que he conocido. Cuando yo era un niño, me daba clases de religión y de ética. Era una mujer extraordinariamente inteligente.

- ¿Qué clase de religión le enseñaba? ¿Seguro que alguna pagana!

- Párroco Lewis, yo aprendí con mi abuela a conocer y a comunicarme con los espíritus del bosque, ellos son lo que guardan las tablas del conocimiento y de la ley de toda la verdad.

El párroco Lewis exclamó diciendo al tiempo que sentenciaba.

- ¡Usted tiene contacto con los demonios, solo un demonio puede conocer la historia de los conocimientos del mundo! ¡No se si sabe que Jesús espantaba a los demonios! ¡Después de la muerte de Jesús, lo hicieron sus apóstoles! ¿Está al corriente de todo esto?

El hechicero seguía impasivo, pero veía lo que pronto se avecinaba, era importante decírselo al arrogante y lleno de soberbia párroco Lewis.

- Sé muy bien de que me esta usted hablando - Respondió el hechicero - También estoy seguro de que hubiese usted sido un perfecto inquisidor, malvado, traicionero y asesino. Y si hubiese existido la inquisición en la época de Jesús, lo hubiesen quemado en la hoguera, y por supuesto, a María Magdalena antes que a nadie, y no sólo a ella también a las demás mujeres que eran muchas en el apostolado que hizo Jesús, y también a los apóstoles.

El párroco Lewis se levantó de su asiento, y con la cara encendida como una ascua, dio un paso hacia delante pisando la gruesa alfombra, con el dedo apuntó al hechicero, y con voz trémula lo amenazó diciéndole.

- ¡Nos veremos las caras ante los tribunales, y responderá a todas estas blasfemias!

- ¿Tanto le duele la verdad párroco Lewis?

- ¡Son blasfemias lo que está echando por su boca! ¡De hecho la biblia no habla de más mujeres que estuvieran cerca de Jesús, a parte de su madre!

El hechicero quería llegar hasta al final, era preciso que dijera toda la verdad que desde el principio de la cristiandad se estaba ocultando.

- La verdadera biblia no es la que leen en la actualidad, solo unos pocos de hombres de la iglesia- Dijo el hechicero - La verdadera, la tienen bien guardada, encerrada con llave y custodiada por dos

guardianes. No conviene que se sepa la verdad de lo que ocurrió con Jesús y con sus apóstoles, hombres, y aún más mujeres que lo seguían a todas partes. Las que sabían escribir como era el caso de María Magdalena, dejaron escrito toda lo que vieron acerca de Jesús. Sus rasgos físicos, su personalidad, su gran fuerza, su enorme carisma, digna de un Dios. Párroco Lewis ¿Ha llegado a sus manos algunos de estos manuscritos hechos por las mujeres que seguían a Jesús?

El párroco se quedó parado, casi congelado por la tremenda confesión que estaba haciendo el hechicero Silvey ¿De qué sabía él todo eso? Ignoraba la existencia de esos manuscritos, no sabía ni había oído que existiera ¿Cómo podía saberlo el hechicero? El párroco no podía seguir al hechicero, era imposible para él, llevar esa confesión, y para terminar con el tema le dijo.

- ¡Esta metiéndose usted con Dios!

El hechicero sonrió, y luego respondió.

- Amigo mío, no estoy metiéndome con Dios, sino con la iglesia.

- ¡Es lo mismo! - Contestó el párroco Lewis.

- Es diferente Dios y la iglesia, nada tiene que ver una cosa con la otra. Es fácil coger la imagen de algo divino y comercializar con ello.

El párroco clavó sus pupilas en las dos serpientes.

- ¡Es imposible de esos dos asquerosos reptiles que solo son dos demonios, le estén hablando al oído, y

usted larga lo que ellas le dicen! - Dijo el párroco Lewis muy alterado, igual que una rapiña que vuela buscando su presa.

El hechicero sonrió al tiempo que decía.

- Párroco Lewis ¿Ha olvidado que usted es un animal?

- ¡Lo que me faltaba oír! - Replicó muy enfadado el párroco - ¡Recuerde que soy, y somos humanos, hechos a la misma imagen de Dios!

- Los animales también vienen de Dios. Ellos fueron creados antes que los humanos, por la razón que Dios tenía que crear el alma, y la creó a través de los animales.

El párroco hizo un ademán con la mano derecha despreciando esto último que dijo el hechicero. La boca la tenía seca, en las comisuras se le había formado una espuma que resultaba molesta a los ojos del hechicero. Le hizo un gesto a una de las mujeres que se encontraba a la derecha, para que llevara al párroco un pañuelo. Este al ver lo que sucedía, y porqué le entregaban un trozo de tisú blanco, metió la mano en el bolsillo de su sotana, y extrajo un pañuelo blanco, planchado y bien doblado. Tal como lo tenía, se limpió las comisuras de la boca. Se sintió mas tranquilo después de que la boca la dejara limpia. Retrocedió dos pasos y se sentó en la silla que ocupaba.

El párroco Lewis, metió el pañuelo en el bolsillo de su sotana. Sentía un deseo fuerte, era poder hablar con el hechicero Silvey de algo que no

supiera, quería vengarse por todo lo que le dijo, y que no pudo ni supo defenderse.

- Hechicero Silvey ¿Es cierto que no ha leído nada de la biblia? - Preguntó el párroco.

- Antes le he dicho que no, y ahora le digo que no he tenido en mis manos nunca una biblia. Todo lo que se de religión y de misterios, lo he aprendido de los espíritus del bosque.

Esta vez el párroco sonrió, cosa rara en él, estaba seguro que cuando saliera de la cueva, su salida sería triunfal. Y le dijo.

- Hechicero, no ha tenido entre sus manos una biblia, eso es lo que usted dice. Por último si me contesta a lo que le voy a preguntar lo creeré o, dejaré de creerlo por el contrario. Se trata de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y concretamente de la vida de los apóstoles ¿Quiere hablarme de ellos?

Las pupilas del hechicero las tenía puesta en las del párroco, aunque su mirada era suave y tranquila. Se mantuvo derecho en el asiento y luego preguntó.

- ¿Por cual apóstol quiere usted que empiece?

El párroco levantó los hombros en señal de darle igual, al instante rectificó, y dijo con ironía.

- ¡Por ejemplo del apóstol san Pedro que, fue el que edificó la iglesia! ¿Qué sabe usted sobre él?

El hechicero asintió. En su cara se reflejaba preocupación y tristeza.

- Si hablo del apóstol Pedro tengo también que mencionar a Saulo de Tarso.

El párroco lo miro de lado, poco confiado sospechando que algo fuerte iba a decirle.

- ¿sabe usted quien era Saulo de Tarso? - Preguntó el párroco Lewis.

- Pablo ¿No es cierto? - Contestó el hechicero.

- ¡Querrá usted decir San Pablo! - Rectificó el párroco.

- ¡Quiero decirle lo que he dicho, Pablo! - Contestó el hechicero.

El párroco Lewis levanto la mano con desprecio hacia las palabras pronunciadas por el hechicero, luego dijo.

- ¡Prosiga con su relato que, estoy seguro no tiene pies ni cabeza, pero tengo curiosidad por escuchar lo que sabe acerca de ese hombre santo como fue San Pablo!

- Usted también puede ser santo si la iglesia se lo propone - Contestó el hechicero.

El párroco se puso en pie dispuso a dejar esa conversación que estaba acabando con sus nervios, y salir lo mas pronto posible de la cueva.

- Párroco Lewis - Dijo el hechicero - Siéntese, aún no he empezado hablar de Saulo de Tarso.

- ¡Es que no quiero oír sandeces! - Dijo el párroco, manteniéndose de pie.

- Siéntese por favor - Insistió el hechicero.

El párroco se sentó con desgana. Y con alarde dijo.

- ¡Esta bien, pero si lo que va a decir es una estupidez, me levanto y me voy!

- ¿Sabe usted bien quien fue Saulo de Tarso? - Preguntó el hechicero.

El párroco Lewis se santiguó, y seguidamente contestó.

- ¡Válgame dios! - ¿Cómo no voy a saber quien fue san Pablo?

- Ese tal san Pablo que usted menciona a cada instante, se llevo por delante la vida de muchos mártires cristianos, de centenares de gente humilde y sencilla que seguían a Jesús.

El párroco levanto la mano para responder en defensa de Saulo de Tarso.

- ¡Es cierto lo que dice, pero se arrepintió de sus pecados, y escribió con mucho amor, más que ningún otro apóstol!

- Párroco Lewis ¿Ha comido usted alguna vez la sopa con tenedor?

El párroco se le escapo una sonrisa, y contestó.

- ¿Eso que tiene que ver?

- Todo - Respondió el hechicero - Alguien que echa firmas para darle muerte horrible a centenares de personas, merece ser condenado a muerte.

El párroco levanto al dedo índice de la mano derecha y dijo.

- ¡Jesús lo perdonó, y también le dio un castigo dejándolo ciego!

El hechicero afirmó, y luego dijo.

- Eso es lo que la iglesia dice.



- ¡No, lo que está escrito en la santa biblia! -  
Respondió el párroco - La iglesia no se ha inventado nada.

- Sí, eso es verdad ¿Por qué no habla la biblia de quien fundó la primera iglesia?

- ¡San Pedro! - Contestó el párroco - Jesús le otorgó ese poder.

- ¿Porqué no se escribe la verdad del comienzo de la iglesia? - Dijo el hechicero.

- ¿Esa verdad la conoce usted? - Preguntó el párroco.

- ¿Quiere oírla?

- Sí ¡Quiero que me ponga al corriente lo que millones de personas desconocemos! ¡Pero no voy a poder evitar reírme!

- Da igual, yo no tengo complejos - Dijo el hechicero.

El párroco hizo un ademán con la mano para que siguiera, con un perfil burlón en su rostro.

- Saulo de Tarso, era un hombre rico, con estudios, además muy listo y avaro. Cuando conoció a los apóstoles, ellos lo pusieron al corriente de la decisión que Jesús había tomado, de que Pedro fundara su fe. Saulo que conocía rápidamente el carácter de las personas por estar a menudo en contacto con ellas más bien para hacer el mal. Advirtió rápidamente que Pedro a pesar de ser un hombre bruto, de malos modales, era un ignorante y se le podía fácilmente engañar. Y aún todavía más, cuando por el miedo a ser prendido, negó a conocer

a Jesús. Su egoísmo y cobardía superó su fe, y que en el fondo no creía mucho en Jesús, y aún menos de que fuera el hijo de Dios.

El párroco Lewis se le había cruzado los ojos, su semblante era rojizo, los labios los tenía pegados por la rabia contenida. Con un movimiento de cabeza gritó.

- ¡Pare de decir tantas injurias! ¿Quién le ha enseñado tantas mentiras? - Lo que estoy narrando es cierto - Dijo el hechicero con el semblante serenos y la mirada limpia - Los espíritus del bosque no mienten, incluso desconocen esa palabra. Pero aún todavía no he terminado, queda mucho más. El párroco Lewis estaba lleno de furor y dijo.

- ¡Por todas estas blasfemias que está contando, se habría quemado en la hoguera en los tiempos de la inquisición! ¡No me extraña que quemaran a tantos pecadores y pecadoras!

- Párroco Lewis, quiero acabar mi relato ¿Quiere oírlo todo?

- ¡Puede proseguir si así lo desea, de todas maneras soy oídos sordos! ¡Pero recuerde! ¡Va a arder en los infiernos, acompañado de sus dos demonios!

- El hechicero que nada de lo que el párroco dijera le afectaba, siguió su relato.

- Saulo de Tarso habló a solas con Pedro y le propuso de construir una iglesia donde todos los días se reunieran los cristianos, para hablar de Jesús. Saulo mandaría edificar dicha iglesia con su dinero, pero los cristianos pagarían una cantidad económica,

esta cantidad iría a las arcas que Saulo guardaba con recelo. Para no hacer de menos a Pedro lo nombró Papa, donde todos tenían que inclinarse ante él. Pedro fue el primer Papa, un hombre que no sabía leer ni escribir. Los demás apóstoles que eran muchos entre hombres y mujeres, estuvieron un poco de tiempo con ellos, y cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo se dispersaron. Las mujeres fueron las que se enfadaron más y no aceptaron seguir con Saulo y Pedro. Ellos se quedaron en la iglesia y de esa manera, los soldados romanos prendieron a los dos. Estuvieron un tiempo encarcelados, y más tarde le dieron muerte.

El párroco se había quedado con la boca abierta, con los ojos fijos, sin parpadear mirando al hechicero. Este, lo miraba del mismo modo, parecían dos estatuas. Fue el párroco que despertándose del trance, pregunto.

- ¿Jura usted no haber leído la santa biblia?

- Yo no juro, los que pertenecemos a los espíritus del bosque y concretamente al gran espíritu, decimos siempre la verdad.

Los ánimos del párroco Lewis se habían suavizado. No parecía que tuviese ganas de marcharse, era como si el hechicero le hubiera dado lecciones sobre la vida de los apóstoles. Y bastante intrigado por la curiosidad le pregunto.

- Cuando se refiere al gran Espíritu ¿Quién es?

El hechicero sonrió, y con la mirada serena, respondió.

- Al Dios de toda la creación.
- Se está refiriendo a Dios ¿No es cierto?
- Exacto - Contestó el hechicero.
- ¿Cree usted en Dios? - Preguntó el párroco.
- Creo en Dios, también en la Diosa y en los dioses y diosas.

El párroco Lewis meneó la cabeza, demasiado lío era ese para los años de estudios que tuvo para llegar a sacerdote. En todo ese tiempo no había oído hablar de dioses y diosas. Él conocía un solo dios que se hacía en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo ¿Quién podrían ser los demás dioses? Tampoco encontraba respuesta a esa pregunta. Suponía que se refería a Jesús y a sus ángeles, pero tampoco estaba seguro.

Habían pasado dos horas que estaba sentado frente al hechicero, su estado agresivo y despiadado, había disminuido. Pero en el fondo de su ser, era un hombre sin poder contener sus actos, por mucho que se esforzara siempre sería el mismo, sabía que era así, y nunca iba a cambiar. La soberbia era otra de sus grandes facetas incontrolables.

El hechicero miraba al párroco con intensidad, de tal grado que lo puso al desquite de toda cuestión, y rápidamente preguntó.

- Hechicero ¿Por qué me miras de esa manera?

Un minuto tardó en responderle.

- He limpiado su aura.
- ¿Que ha limpiado! ¿Qué?
- Su Aura - Respondió por segunda vez el hechicero.

- ¿Quiere decirme que es, y para qué sirve?
- El aura es una corteza que protege la cabeza y todo el cuerpo de las personas, también la tienen los animales, los árboles, plantas, flores, minerales y la tierra está protegida por una gran y enorme aura azul cielo, incluso todo lo que tocamos con las manos, coge el aura que tenemos en ese momento.

El párroco se sonrió, y dijo muy seguro.

- El aura que usted dice, sólo la tienen los santos, es el aro que llevan alrededor de la cabeza.

El hechicero asintió, y luego rectificó.

- Es cierto lo que usted dice, pero también es cierto que poseen el aura todo lo creado por Dios. Dios es, el aura del universo.

El párroco Lewis se llenó de ira. Se puso en pie y señalando al hechicero con el dedo le reprochó.

- ¡Está mintiendo! ¡Hace poco me ha dicho que no había estudiado, y al fin veo, la mentira!

- ¿En qué se basa, párroco Lewis?

El párroco se había quedado con el dedo apuntando al hechicero. En esos instantes no quería decirle la verdad de lo que pensaba, por vergüenza a él mismo. El hechicero volvió a preguntarle.

- ¿Quiere decirme en qué he mentado?

El párroco agachó la mano escondiendo el dedo, quería responderle pero se quedó en la incertidumbre, si lo debía hacer.

El hechicero por tercera vez dijo.

- Párroco Lewis ¿Quiere responderme por favor?

El párroco se mordió el labio inferior, y sentándose en la silla, dijo a continuación.

- Creo que ha mentido al decirme que no ha estudiado. Sabe mucho sobre la creación Divina, y muchas más cosas que yo ignoro, con todos los años me he llevado estudiando, para llegar a sacerdote.

- Párroco Lewis - Dijo el hechicero - En esta cueva nací, en ella me crié y en el corazón del bosque. Mi abuela la hechicera Magi, no sabía leer ni escribir, tampoco nunca le hizo falta. Mi padre fue muy poco a la escuela, y me enseñé lo que él había aprendido. Ni él ni yo, hemos necesitado estudios. El corazón del bosque está lleno de pequeños seres que lo habitan, pero de grande inteligencia que saben todo acerca de la creación, y de la historia del mundo.

El párroco miraba pensativo al hechicero, por todo lo que debía saber, parecía que fuera un hombre santo, pero estaba seguro que de santo no tenía nada, y pasó a preguntarle.

- Hechicero ¿Peca muy a menudo?

- ¡Lo suficiente para darme cuenta que lo hago mal!  
¿Y usted peca mucho?

El párroco selló sus labios, se echó hacia atrás del asiento, y se cruzó de brazos. Su mirada era desafiante. Preguntó con ironía.

- A parte de ser hechicero ¿Es usted también confesor?

- Si. Todos podemos ser confesores. No ha respondido usted a mi pregunta ¿Peca mucho? ¿Se flagea a menudo?

El párroco ante esa interrogación que parecía más inquisitoria, se levantó de la silla dispuesto para marcharse. El hechicero había entrado en un terreno bastante profundo, y lleno de cieno, había penetrado en lo más bajo de él mismo, y sin mediar palabra para despedirse, dio la vuelta y se marchó. Antes de llegar a la salida de la cueva, oyó la voz del hechicero, diciéndole.

- Párroco Lewis, que tenga un buen día.

Neli seguía con duras penas el embarazo. Ella era de tener buen apetito, sentía hambre a cada hora, decía que el niño también comía, era esa la razón con la que siempre tenía entre sus manos algo para comer. Aumentó bastante de peso, a pesar de toda esta gordura no cesaba de trabajar. Su marido el señor Glabill, pidió al señor Xanders una habitación para el sólo, ya que Neli ocupaba toda la cama de matrimonio, debido a los 20 kilos que había engordado, y con el enorme vientre que se le había puesto necesitaba espacio, para darse la vuelta de un lado a otro.

Por debajo cuerda había presentado el señor Glabill una querrela judicial para llevar ante un tribunal al señor Xanders, por haber cometido adulterio con su esposa, y que el hijo que ella esperaba era de él. Le reclamaba de indemnización por haberlo engañado tan inmundamente le pedía la posada, la quería para él. Apenas tenía trato con el señor Xanders, y muy a menudo le reclama la escritura del establecimiento.

Neli no quería seguir con esa falsa, deseaba decirle la verdad a su aprovechado esposo, que tan pocos escrúpulos tenía. El señor Xanders no la dejaba que diera ese paso, el niño no había nacido, y ya, le tenía cariño. Lo imaginaba jugando con él y dándole todos los caprichos.



El problemático señor Glabill, su chulería había llegado lejos, su descaro era incontrolable para el señor Xanders que, ya no le mandaba a hacer nada, estaba harto de tantos desplantes, y de malas contestaciones, que lo ponía en evidencia delante de los viajeros que estaban comiendo o, tomándose una jarra de cerveza. El caso había llegado a tal extremo que no se dirigían la palabra.

El señor Glabill daba por seguro que el señor Xanders no era el padre de la criatura que esperaba su esposa Neli, pero la ocasión única que se le presentaba de adueñarse de la posada, no la podía dejar escapar. También tenía por seguro que hijo de él, tampoco era. Su esposa había coqueteado con hombres jóvenes que llegaban a quedarse una o dos noches a dormir en la posada, y estaba seguro que con uno o varios de ellos, mantuvo relaciones sexuales, en el tiempo que él estaba trabajando. El señor Xanders era quien iba a pagar los platos rotos, de todas maneras, se había prestado como padre a darle sus apellidos a la criatura que naciera.

---

El gran deseo de Neli era, dar a luz lo más pronto posible, solo le faltaba una semana para que su hijo naciera.

El invierno que estaba haciendo era muy frío, y por supuesto, muy húmedo. En la posada no faltaban

trozos de chopos que ardían las 24 horas en la chimenea. Abajo se estaba bien, donde hacía mucho más frío era en la parte superior, concretamente en las habitaciones que por muchas mantas que tuviesen las camas, el frío congelaba los cuerpos de las personas que dormían.

A eso de las tres de la madrugada, el frío había calado y hecho hielo a todo Londres de la nieve que caía.

Neli no podía conciliar el sueño, tapada hasta la cabeza sujetaba con las manos su vientre que no paraba de darle patadas, el feto. Pedía salir, y lo más pronto posible.

Aquella fría noche todo estaba en silencio, el único ruido que se oía era, el crujir del somier metálico al moverse Neli en la cama. Otro sonido que era totalmente distinto, y que Neli oyó de inmediato, hizo que sacara la cabeza, de debajo de las mantas. No era habitual tal silbido que se oía dentro de la habitación. Neli jamás lo había oído antes. El miedo se apoderó de ella, pues, ese extraño silbido cada vez estaba más cerca de ella. Se enderezó sentándose en la cama, la oscuridad lo hacía todo más difícil. De pronto, algo duro y que tenía vida, rozó su cabeza. Esto la puso en alerta, y dando un salto, salió de la cama. Necesitaba ver que era ese misterioso silbido que, tanto se había acercado a su oído derecho, produciéndole una leve molestia.

La única luz que podía tener era la de la gruesa vela que se hallaba encima de la cómoda, pero estaba apagada. Se dirigió al mueble, con manos temblorosas, iba tanteando el sitio donde podían estar las cerillas. Con el meñique rozó la caja larga y gruesa, por nada del mundo quería que, con el temblor, la caja la tirara al suelo, entonces sería más difícil encontrarla, fue levantando el meñique muy despacio, hasta lograr posar la palma de su mano derecha encima de la caja. Respiró profundamente, y luego echó el aire por la boca. Agarró la caja de cerillas y la fue abriendo poco a poco, a parte de temblarle las manos, se le habían quedado heladas. Chasqueó una cerilla contra el cartón de lija, de inmediato la cerilla se encendió, la acercó a la mecha de la vela, hasta que prendió.

Neli se dio la vuelta buscando el silbido que la llenó de terror, y que la hizo levantarse de su lecho.

Pegó un grito al fijar su vista en la cama, y ver a una serpiente de dos metros de larga posada sobre la almohada a todo lo largo. Los ojos los tenía desencajados, la boca abierta intentando gritar sin que la voz le saliera de la garganta.

---

A estas altas horas de la madrugada, el hechicero se había quedado solo en la cueva. Tenía enroscada en la parte izquierda de su cuerpo, a la serpiente macho, acariciaba su cabeza al tiempo que

miraba en el caldero de agua de lluvia. En esta luna brillante, estaba reflejada la habitación donde Neli se hallaba, con el terror en el cuerpo sin poder quitar la vista de la de la serpiente hembra, que la miraba con intensidad, con más de medio metro levantada de la almohada.

Los pies de Neli se habían quedado pegados en el suelo de tejón. Su inmovilidad era absoluta, la mirada de la serpiente, la atraía hacia ella, sin que pudiese hacer nada. De pronto oyó una voz de hombre en la lejanía, que le decía.

- Neli, no tengas miedo de la serpiente que tiene delante de ti, está ahí para protegerte.

Neli creía haberse vuelto loca. Llevó las manos a la cabeza y en dos puñados agarró sus cabellos, no sabía qué hacer, necesitaba gritar para que alguien fuera en su ayuda. Decidió llegar hasta la puerta para pedir auxilio, en el instante que agarraba la llave, volvió a oír la misma voz de antes aconsejándole.

- Neli, no lo hagas, no intente abrir la puerta.

Neli se quedó parada, miraba el techo alto y con gruesas vigas de la habitación, no veía a nadie, su vista fue recorriendo las paredes y el suelo. Luego se paró en la serpiente que la seguía mirando fijamente sin moverse de cómo estaba.

- ¿Quién... me está hablando? - Preguntó Neli con voz temblorosa.

- Soy el hechicero Silvey - Respondió la voz - No me conoces, ni has oído hablar de mí. Yo sí sé,

quien eres tú, te estoy viendo a través de los ojos de mi serpiente hembra.

- ¿Qué quiere de mí? - Preguntó Neli todavía temblorosa - ¿Yo no he hecho nada?

- Desde luego que no - Contestó el hechicero - Quiero ponerte al corriente de tu próxima maternidad que, se adelantará, y que será en dos días, justo parirás en el momento del eclipse de Luna. Será un niño el que nazca.

Neli seguía de pié, y embelesada, solo le faltaba dos días para que conociera al hijo que llevaba en su vientre. Lo dio como verdadero lo que el hechicero Silvey le atestiguaba. No sabía quien podría ser ni donde se encontraba. Cuando se dio cuenta, la serpiente ya no estaba, no pudo ver la manera de desaparecer de la habitación.

---

Neli se había desvelado. El miedo lo seguía sintiendo presente, como si algo la estuviese acechando. Ya de fijo sabía que la estaban vigilando, era un tal hechicero Silvey, y no tenía ni remota idea de quién era ni en qué lugar se encontraba.

El frío había calado sus huesos, temblaba de la cabeza a los pies. Necesitaba acostarse, miraba la almohada, el sitio donde se había posado la serpiente, sólo pensarlo le daba escalofrío de poner su cabeza donde el reptil había reposado un rato. Se

aproximó a la cama, miró la almohada, no había marca del que el animal hubiese estado allí. No debía pensar nada más, y meterse en la cama lo más rápidamente posible, antes de que se quedara congelada. Decidió hacerlo dejando la vela encendida. Metida en la cama, su mirada vagaba por toda la habitación, no se dejó un solo rincón que recorrer. Se quedó mirando la llama de la vela, de la manera como ardía, le chocó ver como subía bastante alta, y al tiempo que salpicaba chispas. Era la primera vez que lo veía hacer, nunca se había fijado de cómo ardía la llama de una vela, la tranquilizó, y se quedó dormida.

Tanto era el sueño atrasado que tenía, que la despertó los golpes del puño del señor Xanders golpeando en la puerta.

- ¿Neli, está bien? - Preguntó.

- ¡Sí muy bien señor Xanders! - Respondió desde la cama ¡Pronto bajo para preparar los desayunos!

- ¡No se preocupe, quédese el tiempo que quiera en la cama!

- ¡Gracias señor Xanders!

Se oyeron las pisadas del señor Xanders bajando las escaleras.

La llama de la vela seguía encendida. Neli se levantó de la cama, calzó sus pies con zapatillas gruesas de paño, cogió la bata gruesa y se la puso por encima del camisón. Se dirigió al gran ventanal y abrió los dos postigos. Por los cristales miraba la nieve caer, hacía dos días que había empezado y no

paraba. Ese mes de febrero estaba haciendo estragos, y sólo había hecho que empezar.

Neli se acercó a la palangana a pie que estaba colocada en el mueble de madera, quedaba agua limpia del día anterior, pero helada como la nieve que estaba cayendo. Metió las yemas de los dedos, de las dos manos, y con el agua fría como la noche, se lavó los ojos y también la cara. Mientras que hacia este menester, se escuchó un fuerte golpe en la puerta, tratando de abrirla. Al no llegar a ese propósito, se oyó la voz seca del señor Glabill llamando a su esposa.

- ¡Neli, baja a preparar los desayunos!

Neli secó el rostro con la toalla y con el paño en la mano fue hasta la puerta y la abrió. Allí delante la estaba mirando con frialdad su esposo.

- ¿No sabes que son las nueve de la mañana? ¡Los clientes están sentados en las mesas esperando los desayunos de cada día!

El señor Glabill la miraba de la cabeza a los pies, con un gesto de asco en la boca, y la mirada de odio.

- ¡He dormido muy mal esta noche! - Replicó Neli.

- ¡Nada de excusas, y baja ya! - Exigió el señor Glabill.

Neli agachó la cabeza y no respondió. El señor Glabill bajó las escaleras, y al llegar a la mitad se paró, rodeó la cabeza y miró a la puerta de la habitación observando a su mujer que, cumpliera sus órdenes. Ella metió la cabeza, y cerró la puerta muy

despacio. El señor Glabill ya creía ser el dueño de la posada, aclaró su garganta, colocó con chulería el cuello de su gruesa chaqueta, y siguió bajando escaleras hasta llegar a la barra del bar.

El señor Xanders no quería nada con él, le daba asco tenerlo a su lado, y aún más verlo de cara, la situación que estaban viviendo era insostenible, quizá llegaría a algo peor si el señor Glabill no venía a razones y ocupaba su puesto, el de obrero.

Neli bajaba las escaleras con mucha dificultad. Era consciente con lo que el hechicero Silvey le anunció que, sólo faltaban dos días para que pariera, creyó que había sido un sueño, pero estaba totalmente convencida que fue realidad. Cuando recordaba a la serpiente posada sobre la almohada, se le ponía la piel igual que la del reptil. Este comunicado tenía que transmitirlo al señor Xanders, que era quien la escuchaba y la comprendía.

En ese mes de febrero de tanto frío, lluvia y nieve, eran pocos los viajeros que se ponían en camino para hacer un largo recorrido. Eran pocos clientes los que había en el restaurante de la posada, se podían contar con los dedos de las dos manos.

El señor Glabill echó una mirada a su esposa de la cabeza a los pies. Tenía ella cara de cansancio, el cuerpo grueso y pesado. No sentía la menor pena por ella, pero estaba deseando que el niño naciera para llevarse todo lo que quisiera de la propiedad del señor Xanders. Sólo tenía en mente poder poseer, y ser dueño de la posada.



Los pocos clientes que había y que desconocían todo lo que allí estaba sucediendo, notaron un comportamiento extraño entre el señor Glabill y su esposa Neli. Él la mandaba igual que a una criada, no miraba, en el estado en que ella se encontraba. Neli con un plato de comida en cada mano, se acercó a una mesa donde esperaban los viajeros el desayuno. Depositó los platos sobre la mesa al tiempo que una inmensa sudor se apoderó de ella. El rostro y el cuello lo tenía encharcado. Un mareo le vino de súbito, se agarró a la mesa para no caerse al suelo. Al instante, los dos viajeros se levantaron de sus asientos para socorrerla.

El señor Xanders que desde la barra del bar estaba siguiendo todos los movimientos de Neli, fue en su ayuda. El joven que le servía de ayudante, sin que recibiera una orden, salió de la posada, para dirigirse a casa del doctor Masdri, y llevarlo a la posada. El señor Glabill no se movió de donde estaba.

Tardó poco en volver el ayudante acompañado del viejo doctor. A Neli la habían sentado en una silla, se hallaba rodeada del señor Xanders y el señor Glabill. El doctor Masdri, nada más oscultarla, dijo.

- Hay que llevarla al hospital.

El señor Xanders fue quien preguntó.

- Doctor ¿Es grave lo que tiene?

El doctor Masdri se encogió de hombros, y dijo.

- Esta mujer va pronto a dar a luz.

- ¿Cómo de pronto? - Preguntó el señor Xanders - ¿Hoy?

- Exactamente no se lo puedo decir, lo que sí le puedo asegurar es, que no va a tardar. En el hospital estará mejor atendida que aquí. Ella es la única mujer que aquí hay ¿No es cierto?

- Sí doctor, todos somos hombres.

- Voy hacerle un papel escrito para que en el hospital principal, sea ya mismo atendida.

El doctor Masdri extendió un papel en blanco que a continuación escribió. Cuando hubo acabado se lo extendió al señor Xanders indicándole.

- Lleve a esta señora, y entreguen la carta a la entrada del hospital.

El doctor Masdri se despidió y luego se marchó.

El señor Xanders se quedó con el papel en la mano. Él y el señor Glabill que no había abierto la boca, se miraron con desafío, con testarudez por parte del señor Glabill que esperaba que le entregara el papel. El señor Xanders dirigiéndose a su ayudante le ordenó.

- ¡Prepara el carruaje rápidamente!

El ayudante sin hacer ninguna pregunta salió de la posada, y se dirigió al establo.

El señor Glabill mantenía la mirada altanera, no le importaba lo más mínimo escuchar quejarse a su esposa de dolor.

El ayudante entró en la posada y llegó hasta ellos, y dirigiéndose al señor Xanders le dijo.

- El carruaje está a punto.

El señor Glabill con voz seca dijo al señor Xanders.

- ¡Entrégueme ese papel, voy a llevar a mi esposa al hospital!

El señor Xanders negó, al tiempo que doblaba el papel y lo guardaba en el bolsillo derecho de su pantalón, luego respondió.

- ¡El niño que va a nacer, es mi hijo! ¡Me corresponde a mí llevarla!

Los clientes que desde hacia rato estaban de espectadores, y que compadecían en el estado en que se encontraba Neli, uno saltó diciendo.

- ¡Da igual que la lleve uno u otro! ¡Esta mujer se está desvaneciendo!

El señor Xanders cogió a Neli por un brazo y le ayudó que se pusiera de pie. El señor Glabill para no ser menos, la agarró del otro brazo, y de esa manera salieron de la posada. Una vez subidos en el carruaje tirado por una mula, marcharon, camino del hospital.

Luey acababa de hacer el dormitorio del párroco Lewis. Ella se movía con facilidad, a pesar de no desear ese embarazo físicamente no la había pasado mal, incluso, había embellecido.

El párroco Lewis hacía todo lo posible para no verse cara a cara con Luey. La entrevista que tuvo meses atrás con el hechicero Silvey, lo dejó fuera de su sitio, ya no le importaba lo más mínimo Luey, ni donde fuera ni lo que hicieran, tampoco podía despedir al matrimonio Listel. Pesaba sobre él, la acusación por parte del doctor Burdi, de haber violado a Luey estando embarazada. También el hechicero Silvey le había hablado diciéndole la verdad de cómo era, el terror que iba sembrando por donde pasaba. Deseaba olvidarlo todo, pero le era imposible, su endemoniado carácter y su manera malvada de ser, lo perseguían, y también en los sueños causándole grandes pesadillas. Se despertaba muchas madrugadas gritando, al punto de despertar al matrimonio Listel, en plena madrugada.

El párroco Lewis subió las escaleras para entrar en su vivienda, convencido que Luey había terminado de hacer la limpieza de su piso. Traspasaba el umbral cuando se dio de cara con Luey. Ella se sobresaltó al ver frente a ella, al hechicero Silvey, que la miraba sonriente. Luey se

quedó quieta en donde estaba. Esta apariencia del hechicero, le dijo.

- Luey, mañana a las doce en punto de la noche y con el eclipse de luna total, nacerá tu hija.

El párroco Lewis se había quedado quieto, como congelado, un frío seco corría por todo su cuerpo. Cuando recobró su estado normal, se dio cuenta de cómo Luey lo estaba mirando, con los ojos como platos, y la boca abierta. El párroco agachó la cabeza y pasó por delante de ella sin mencionar palabra. Luey rodeó la cabeza observándolo como andaba, y se metía en su dormitorio cerrando la puerta tras de él.

Luey salió del piso y bajo las escaleras despacio, iba pensando en lo que el hechicero le acababa de decir, tampoco se paró a pensar ¿Por qué razón el hechicero se encontraba en el piso del párroco Lewis? No dirigía bien sus pasos, era lo más parecido a una sonámbula que llevaba la mirada puesta frente de ella, tampoco dirigía sus pasos. Lentamente salió al jardín. Allí se encontraba su marido colocando un trozo de estaca al tronco de un manzano que se había torcido. Él levantó la vista, y la miró, la vio rara, no parecía ella. El señor Listel se puso de pie y fue al encuentro de ella.

- Luey ¿Te encuentras bien? - Le preguntó.

- Mañana a las doce de la noche daré a luz - Dijo ella con la mirada fija en él - Durante el eclipse de luna total.

Su marido se quedó confuso, era imposible que ella supiera el día y la hora que pariría, y le preguntó.

- ¿Por qué lo sabes?

- Ha venido el hechicero Silvey a decírmelo.

El señor Listel miró a su alrededor buscando al hechicero, pero de sobra sabía que no salía hacer visitas a domicilio. Y de esa manera se lo comunicó a su esposa.

- ¡No es posible que hayas hablado con él, no sale de la cueva!

- Lo he visto en la vivienda del párroco Lewis, y me ha hablado. Todavía tiene que estar allí.

- ¿Dices que está en el piso del párroco?

Luey afirmó. Su marido aligeró el paso y se dirigió a la vivienda del párroco para comprobar que el hechicero se encontraba allí. Subió las escaleras de dos en dos. La puerta estaba entornada como Luey lo había dejado. Llamó dos veces con los nudillos, y esperó. En unos segundos apareció el párroco, abrió la puerta en su totalidad, y preguntó algo distante.

- ¿Qué quiere señor Listel?

- ¡No sé si es verdad! Luey me ha hecho creer que el hechicero Silvey está aquí.

El párroco echó la mirada al cielo, y con un meneo de cabeza dijo con brusquedad.

- ¿Cree que voy a recibir en mi morada al hechicero?

¡Hace tiempo que le estoy diciendo que su esposa no está bien de la cabeza! ¡Se inventa todo lo que

quiere y mucho más! ¡Yo que usted tendría cuidado con ella!

El señor Listel se quedó sin saber qué decir, por nada del mundo replicaría al párroco, pero estaba allí para averiguar lo que Luey le había dicho era verdad. Ella no mentía la conocía bien en este terreno, y siempre había dicho la verdad. No era mujer de inventarse historias sin haberlas visto.

El párroco al ver que el señor Listel no se marchaba, era cómo si no hubiese creído en su palabra, y pasó a preguntarle.

- Señor Listel ¿Quiere algo más?

- Es...que... Luey me ha mencionado que el hechicero le ha dicho que, dará a luz mañana noche, exactamente a las doce, justo en el momento del eclipse de luna que, se producirá a esa hora.

- ¡Paparrucha de mujer! - Gritó el párroco con el rostro encendido - ¿Cuándo ha podido el hechicero decirle eso?

El señor Listel mantenía la vista hacia abajo, tenía que decírselo pero tenía vergüenza, y todavía peor que, el párroco Lewis podía enfadarse con él, y el miedo era que lo pudiese despedir. Fue lentamente levantando la mirada hasta la del párroco, después de mantenerla unos segundos respondió.

- Él... hechicero se encontraba dentro del piso, eso es lo que me ha dicho Luey.

- ¡Basta ya de tonterías! - Dijo el párroco al tiempo que cerraba la puerta de un golpe.

El señor Listel se quedó con la nariz pegada en la puerta. Retiró la cabeza, con la mano derecha se tocó la nariz, había recibido un golpe. Bajó las escaleras con lentitud, bastante preocupado por el problema que se le presentaba, Si era cierto de que su esposa iba a dar a luz dentro de dos noches, tenía que solucionar lo mas pronto posible donde llevarla, para este alumbramiento.

En el jardín encontró a Luey en el mismo lugar donde lo había dejado. Se acercó a ella con el semblante triste, y la nariz roja. Le pregunto.

- Luey ¿Estás segura de haber visto al hechicero en la vivienda del párroco?

Luey afirmó, y luego respondió.

- Sí. Allí estaba en la mitad del pasillo, vestido con su túnica larga, y un bastón en su mano derecha que, más que servirle para ayudarlo a andar, era como un atuendo que llevaba.

- El párroco Lewis niega tal cosa. Piensa que estas loca, que deliras.

- Habla con el doctor Burdi - Dijo Luey - Dile lo que tú y yo sabemos, es inteligente y comprensivo.

El señor Listel se puso en marcha, no tenía mucho tiempo que perder. Luey pariría en el hospital, ya que solo tenía a su marido.



Luey se dirigió a su habitación, y al momento de entrar, la voz del párroco se oyó tras de ella. Se dio la vuelta, allí estaba el cura con el ceño fruncido, con la mirada altanera, le dijo con voz seca.

- ¡La encerraré en un manicomio por loca! ¡Se inventa todo lo peor, donde no hay nada!

Luey agachó la cabeza y lloró en silencio. No tenía nada que responderle al cura, de nada serviría contarle la verdad de lo que hubiera visto y oído.

El párroco seguía acosándola.

- ¡Nada bueno va a nacer de tu vientre! ¡Cuando nazca esa criatura, os marcharéis lejos de aquí, de eso ya me encargará yo!

De pronto se oyó una voz chillona y potente que dijo.

- ¡Yo voy a ser la que me voy a encargar que mueras como una rata rabiosa!

El párroco retrocedió tres pasos, con su brazo derecho y doblado se cubrió el rostro. Había percibido que esa voz desgarradora no era la de Luey, tampoco ella había abierto la boca. Recordó en esos instantes la voz idéntica al día que violó en la pradera a Luey. Lleno de terror y de espanto, se dio la vuelta y subió las escaleras, entró en su vivienda cerrando la puerta con llave. Llegó hasta la sala de estar y con el pánico en el rostro, se sentó en su sillón preferido. El corazón le palpitaba a una gran velocidad. El pecho lo tenía a punto de explotarle, las manos temblorosas, el rostro y el cuello encharcado en sudor.

De pronto hubo una gran sacudida que tiró el sillón, él también rodó por el suelo. Quería levantarse pero no podía, cuando volvía hacer el intento era despedido a dos metros. Sólo se oía el rugir de alguien muy furioso. Los cristales de la ventana temblaban y crujían espantosamente, la puerta de salida a la escalera, estaba siendo golpeada por un vendaval que no existía, y que atormentaba al párroco.

Él se agarró fuerte a la pata de la gruesa y pesada mesa que se hallaba en medio de la sala. Era como si una corriente de fuerte aire se lo llevara, esa fuerza invisible se apoderó totalmente de él. Las fuerzas lo estaban abandonando, las manos apenas las sentían, y se iba despegando de la gruesa madera. Otro golpe de viento aún más fuerte hizo que saliera disparado, el párroco gritaba pidiendo auxilio y ayuda al cielo. Recorría a lo largo el suelo de la sala, dándose golpes en las paredes, buscaba donde agarrarse, pero todo estaba ocurriendo tan aprisa que, no le daba tiempo a pensar lo que estaba sucediendo. Se quedó en un rincón agarrado al suelo porque no tenía otra cosa. La tormenta invisible parecía haber pasado de largo. Se puso de rodillas y cruzó las manos pidiendo perdón al cielo, rezó un credo y un padre nuestro. Según él, no tenía suficiente penitencia, y poco a poco se fue poniendo de pie, con temblor en todo su cuerpo, se dirigió a su dormitorio, se quitó la sotana y el jersey que tenía debajo. Abrió el primer cajón de la vieja cómoda y

extrajo el flagelo, se hincó de rodillas y se flageló varias veces hasta hacerse daño en la espalda, mientras que lloraba amargamente. En la piel le quedó grandes marcas rojizas, casi saltándole la sangre. En treinta años que llevaba de sacerdote, esta era la segunda vez que había flageado su espalda.

Luey había ingresado en el hospital, la noche que iba a dar a luz. Ella advirtió al doctor Burdi, que el alumbramiento se produciría a las doce en punto de la madrugada, en pleno eclipse de luna. El doctor Burdi entre creerla o no, le hizo el ingreso para estar más tranquilo.

La comadrona que iba ayudar a Luey a parir también estaba prevenida, aunque le daba igual por el hecho de que era primeriza, y de que no podía saber la exactitud del alumbramiento.

El señor Listel estaba en su vivienda esperando que el párroco Lewis lo necesitara para algo urgente. Hasta que Luey se repusiera sería él quien limpiaría el piso del párroco, y todo lo que le pidiera.

A las doce de la noche, Luey se puso de parto. Los dolores cada vez eran más fuertes y más continuos. La comadrona al reconocerla supo que no tardaría en parir y junto a la enfermera prepararon la sala paritoria.

A las doce en punto cuando el eclipse de luna era total, Luey estaba pariendo.

En el hospital principal del otro extremo de Londres, Neli también estaba pariendo, tanto ella como Luey dieron a luz en el mismo momento.

El hijo de Neli era grande y hermoso, de rostro angelical.

La niña de Luey no era menos. Habían nacido dos criaturas de una gran belleza y de inteligencia que superaría a las demás personas de la tierra.

---

El señor Xanders y el señor Glabill, discutían en la puerta del juzgado, este último le impedía al señor Xanders que inscribiera al recién nacido dándole sus apellidos. Los dos luchaban para pegarse, un guardia que vigilaba la puerta, se acercó a ellos advirtiéndoles.

- ¡Señores, dejen de discutir como mercaderes, y compórtense como personas civilizadas, de lo contrario, me veré obligado a detenerles!

El señor Xanders paró, hizo un gesto con la mano al guardia, de haber terminado la pelea. El señor Glabill no puso atención a la advertencia, era borde de nacimiento y de pocos modales. En un descuido del señor Xanders le pegó un puñetazo, tirándolo al suelo. El guardia en vista que el señor Glabill seguía desobedeciendo su orden, y que había lesionado al señor Xanders, tocó el silbato para que

acudieran más guardias. Fue un combate sin cuartel el que mantenía el señor Glabill con dos guardias, tan fuerte era que podía con los dos agentes. Al final consiguió uno de los guardias, ponerles las esposas, y lo condujo al calabozo.

El señor Xanders tenía lesionada la mejilla izquierda, del golpe que había recibido. No le dio importancia, incluso pensaba que era lo mejor que le podía haber sucedido, tenía el campo abierto para llevar a cabo su propósito sin que el señor Glabill se lo impidiera.

El guardia que se encontraba en la entrada le preguntó, si quería denunciar al que le había agredido. El señor Xanders se negó a ello, y decidió entrar en el juzgado, se dirigió a la ventanilla que correspondía hacer este trámite, y ya delante del guardia que inscribía en el registro, dijo.

- Vengo a dar mis apellidos a mi hijo.

El guardia puso sobre el pequeño mostrador de la ventanilla el grueso libro de inscripciones de nacimiento, y en una hoja en blanco colocó la pluma mojada en tinta, y preguntó.

- ¿Qué apellidos son?

- Xanders Wual.

Cuando hubo acabado de inscribir los dos apellidos, el guardia le preguntó.

- ¿Y el nombre?

El Señor Xanders se quedó parado, tenía que ponerle un nombre, y de pronto pensó y dijo.

- Rold. Quiero que se llame así.

El guardia obedeció al pie de la letra. Le entregó al señor Xanders un documento, confirmando que él era el padre del niño que había nacido.

El señor Glabill pasó 15 días encerrado en el calabozo, un lugar siniestro con ratas que paseaban pegadas a las sucias y pintorreadas paredes, las cucarachas negras y rojizas, corrían por el suelo durante la noche. La comida que le daban a él y a otros presos más, era asquerosa, con moscas muertas dentro de los platos.

Pasado los quince días se presentó en la posada oliendo que apestaba, con la ropa negra de sucia que la tenía, y con una barba que le llegaba por la mitad de la garganta.

Neli hacía diez días que había vuelto del hospital. El señor Xanders se encargó él mismo de ir a buscarla con su carruaje. Se sentía orgulloso de tener un hijo, ahora si que tenía un heredero, aunque no fuera el padre biológico, le daba igual, era como si lo fuera, en el registro civil así figuraba.

Neli seguía viviendo en la misma habitación que siempre había ocupado. Rold, su hijito dormía con ella en la cama. El señor Xanders no quiso por el momento que ella trabajara en la posada, prefería que se quedara cuidando de su hijo que era un gran tragón, tenía que darle el pecho cada hora y cada dos horas. El niño era más grande y fuerte de lo normal. Chupaba en los pechos de su madre como un desesperado. Neli tenía los pezones avioletados y

lentos de grietas que le sangraba. Era un sufrimiento para ella cada vez que tenía que darle el pecho.

El señor Glabill sin pedirle permiso al señor Xanders, se instaló en la habitación que había ocupado antes. El señor Xanders no se opuso, quería que siguiera trabajando en su posada, y que el señor Glabill compartiera el trabajo con él.

---

El señor Listel al inscribir en el registro civil a su hija, le puso de nombre, Mat.

Luey quería mucho a su hija Mat, ella al igual que Rold, era grande, fuerte y de una gran belleza angelical. También era muy tragona, necesitaba comer mucho, para mantener la gran estatura y la corpulencia. Las dos criaturas nacieron con una marca en el entrecejo, con forma de triangulo hacia abajo.

Mat se quedaba sola en la habitación bastantes horas del día, el tiempo que Luey subía a la vivienda del párroco Lewis para hacerle la comida y la limpieza, luego tenía que ir hacerle la compra y otros recados.

El señor Listel estaba prácticamente todo el día trabajando en el huerto, en el jardín y otro tiempo, para preparar la iglesia cada día antes de la misa, y también después, para dejarlo todo en su lugar y en orden.



El párroco Lewis a pesar de la advertencia que había tenido un mes antes, lo mal que lo pasó, y arrepintiéndose de sus pecados, martirizando su espalda con el flagelo. Todo lo había olvidado, era un pecador nato, después de un tiempo mantuvo que lo sucedido en su vivienda, era provocado por una fuerte tormenta de aire, estaba convencido de ello.

A Mat la había visto solo una vez, el día que la bautizó con sólo una semana de vida. En el bautismo todo transcurrió normal, a excepto que la niña lo miraba sin cesar. Esto lo mosqueó, y dejó de prestarle atención a Mat. Tenía ojos negros, grandes y de mirada profunda, abundante pelo negro, piel morena, boca grande y labios carnosos. Llamaba la atención el triangulo hacia abajo en un rojo vivo, y para más detalle, en el entrecejo.

Era una niña que no se le oía llorar en toda el día, a pesar de las horas que se quedaba sola.

El señor Listel tenía que trabajar más, también Luey.

El párroco Lewis pidió al matrimonio que se ocupara de hacer todos los menesteres, ya que tenía que pagarles un centavo más a la semana por el alimento que la niña consumía, aparte del pecho que Luey le daba. El Párroco estuvo peleando bastante para no pagar ese centavo. Decía que lo necesitaba la parroquia para pagar arreglos y ayudar a los pobres. Esto último, no vieron que lo hiciera con nadie, si no todo lo contrario, pedía al párroco en las

misas, decía a los feligreses, que para alcanzar el cielo, tenían que ayudar con limosnas.

El señor Glabill ya no hacía su trabajo como antes, daba órdenes al ayudante, también al señor Xanders, los dos discutían por esa razón el dinero recaudado cada día de la posada. Se lo quedaba el señor Glabill, era él quién pagaba al ayudante el sueldo que le daba era menos que el que le pagaba el señor Xanders.

Este obrero de nombre Clovis, no podía por más tiempo aguantar la situación, el asqueroso chantaje que el señor Glabill le estaba haciendo al dueño de la posada. Él estaba recibiendo un pequeño, pequeñísimo salario, y parte de esa cantidad económica se la estaba quedando el señor Glabill. Clovis no pudo aguantar por más tiempo, sabía que con el señor Glabill no podía encararse, rápidamente mostraba su agresividad y su mal carácter, y lo ponía de patitas en la calle.

Clovis se dirigió a la comisaría y denunció al señor Glabill por traidor y por chantajista. Un día más tarde un guardia fue hasta la posada para entregarle al señor Glabill en mano, una cita con la policía. El señor Glabill pensó, que la denuncia era del señor Xanders para echarlo de la posada. Cuando se vio cara a cara con Clovis, no supo qué decir, su sorpresa fue enorme al oír que lo acusaba de apoderarse de la posada sin ser el dueño. El señor Glabill se abalanzó a él, cogiéndole por el chaleco,

le preguntó gritándole al tiempo que lo sacudía con fuerza y rabia.

- ¿Te ha pagado el señor Xanders para que vengas a denunciarme?

Un guardia inmediatamente intervino, y se paró al señor Glabill de Clovis. Este respondió mientras se ponía bien el chaleco y el cuello de la camisa.

- ¡Al señor Xanders, no le queda dinero para pagarme, después de que usted se lo quite! ¡He sido yo quién lo he denunciado, quiero cobrar mi dinero!

El señor Glabill avanzó dos pasos para pegarle otra vez. El mismo policía de antes, se puso por medio para evitar el golpe que iba directamente a la cara de Clovis.

El comisario que ya estaba perdiendo la paciencia, y los nervios los tenía de punta, dio un palmetazo encima de la mesa, y dijo con voz ronca.

- ¡Basta ya! - Y dirigiéndose al señor Glabill, le preguntó - ¿Qué tiene usted que decir ante esta acusación? ¿Es cierto que se está quedando con la recaudación de la posada?

El señor Glabill aclaró su garganta, y luego respondió con tímida voz.

- En parte de lo que dice este, es cierto, porque el señor Xanders, o sea, el dueño de la posada, me ha traicionado.

El comisario frunció el entrecejo, y antes de que el señor Glabill acabara, le preguntó.

- ¿En qué lo ha traicionado el señor Xanders?

El señor Glabill tragó saliva y después de humedecer sus labios, respondió.

- Ha cometido adulterio con mi mujer, ella ha tenido hace pocos días un hijo, fruto de la relación de los dos. Es por esa razón que cometo ese acto, para vengarme de él.

El comisario asentía, al tiempo que lo oía hablar al señor Glabill, pero como no disponía de mucho tiempo, le preguntó.

- ¿Es por esta razón que usted está robando al señor Xanders?

- ¡No lo robo, solo me quedo con la parte que me corresponde! ¡Ha sido él, quién me ha robado a mi mujer, por su culpa no vivo con ella!

- ¿Dónde vive su esposa ahora?

- En la posada - Respondió el señor Glabill.

- ¿Y usted donde vive? - Le preguntó el comisario.

- También en la posada.

El comisario con la paciencia ya casi acabada, le inquirió.

- ¡Explíquese mejor! ¿Por qué dice que no vive con su mujer?

- Porque esa es la verdad. Mi esposa ocupa un dormitorio y yo otro.

- ¿Me está diciendo que su esposa ocupa el mismo dormitorio que el señor Xanders?

- No, ellos tienen habitaciones separadas.

- ¡Sigo sin comprender nada! - Gritó el comisario con indignación - ¿Quiere empezar desde un principio?

Clovis que a pesar de sus diecisiete años era un chico muy cabal, salió a la pregunta del comisario, y dijo.

- Señor comisario lo que el señor Glabill quiere decirle, es que el señor Xanders propietario de la posada, es el padre de la criatura que ha tenido su mujer.

El comisario rápidamente intervino diciendo.

- ¡He comprendido bien antes! - Y dirigiéndose al señor Glabill le preguntó - ¿Le quiere poner una denuncia al señor Xanders por haberlo traicionado con su mujer?

Después de pensarlo unos segundos, luego dijo.

- ¿Cree usted que sacaría algo de todo esto?

El comisario lo miró fijamente, al tiempo que le dijo.

- ¡No puedo saber lo que un juez puede dictaminar! ¡Pero como tiene usted derecho de hacerlo, puede probar!

De repente el señor Glabill dijo.

- ¡Quiero demandar al señor Xanders! Es posible qué, hasta tenga que indemnizarme entregándome la posada.

El comisario se encogió de hombros, y luego dijo.

- ¡Antes de que ponga esa denuncia, tiene que arreglar ahora la que le ha puesto este joven!

- Sí, eso es lo que quiero, y en estos instantes voy a pagarle el resto que le debo de su salario.

El señor Glabill metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, y extrajo un puñado de monedas de centavos, depositó la cantidad en las manos de Clovis, que las esperaba con necesidad. No contó los centavos que había, con eso era suficiente para que su madre pagara el alquiler de la casa que tenían atrasado.

El señor Glabill denunció al señor Xanders por cometer adulterio con su mujer y tener un hijo en común.

De regreso a la posada, encontró al señor Xanders sirviendo cerveza a unos viajeros recién llegados. Estos al ver entrar al señor Glabill, que no lo conocían de nada, creyeron que se trataba del dueño de la posada por los aires que se daba de arrogancia, de grandeza y de mandato dentro del establecimiento. El señor Glabill sin ponerse el delantal habitual, se fue a poner detrás del mostrador y desde esa distancia grito a los viajeros que acababan de llegar, preguntándoles.

- ¿Están bien servidos los señores?

Ellos asintieron.

El señor Xanders miró de reojo al señor Glabill. Los dos se echaron ojeadas de la misma manera.

Neli bajaba al bar comedor cuando había muchos clientes que esperaban comer. Era ella la que se ocupaba mayormente de la cocina. En la época de invierno no paraban muchos viajeros, los

caminos estaban tapados por la nieve, y el frío calaba los huesos.



Había transcurrido un mes de la denuncia que el señor Glabill pusiera al señor Xanders. Los dos se encontraban delante del juez. Neli también quería participar en el juicio, estaba dispuesta a decir toda la verdad en relación con su hijo Rold. Lo llevaba en brazos y esperaba sentada en un banco del pasillo del juzgado.

El juez requirió al señor Xanders.

- ¿Es cierto lo que el demandador señor Glabill le acusa de haber cometido adulterio con la esposa de él, y de que tengan un hijo en común?

- Sí, señor juez - Confirmó el señor Xanders sin rodeos.

El juez siguió.

- El señor Glabill pide ser indemnizado por el daño que le ha causado usted.

- Sólo tengo la posada, y unas tierras que no cultivo-  
Respondió el señor Xanders - La posada quiero que la herede mi hijo Rold cuando sea mayor de edad. Yo puedo ofrecerle al señor Glabill, las tierras, puede trabajarlas y construirse su casa.

El señor Glabill al instante respondió, y dijo.

- ¡Quiero la posada! ¡Tiene que pagar su falta!

El juez hombre ya mayor y con mucha experiencia, no apartó su vista de la del señor Glabill. Después de estar un minuto examinándolo de la cabeza a los pies, dijo.

- ¡Creo que es mas razonable lo que el señor Xanders le ha propuesto! ¡Yo le sugiero que lo acepte!

- ¡Señor juez! - Replicó el señor Glabill - ¡Soy yo victima del engaño, y quiero que se haga justicia!

- ¡Esta bien! - Dijo el juez malhumorado - ¡La señora Glabill está esperando para ser interrogada por mi! –

El juez dirigiéndose al guardia que custodia la puerta, le ordenó.

- ¡Haga entrar a la señora Glabill!

Neli algo aturdida y llevando a su hijo en sus brazos, entró lentamente con la vista puesta en el juez, con un poco de miedo y temor. El guardia la condujo hasta el sitio donde debía quedarse.

El juez la observaba con detenimiento, pudo comprobar que era una mujer hermosa. Pasó a preguntarle.

- Señora Glabill ¿Cuánto tiempo hace que mantiene relaciones amorosas con el señor Xanders?

Neli llevó la vista hacia su marido, y luego al señor Xanders. Se había despistado, el juez le dijo.

- ¡Señora Glabill! ¿Ha oído mi pregunta?

Neli medio asustada, respondió.

- ¡Señor... juez... nunca he tenido relaciones con el señor Xanders!

- ¡Cómo! - Exclamó el juez - ¡Señora Glabill, no tenga miedo de decir la verdad! ¡Nada le va a suceder!

- Señor... juez, le estoy diciendo la verdad. Mi hijo Rold no es del señor Xanders, y tampoco de mi esposo.

El juez miraba a Neli con curiosidad. Meneó la cabeza, sin comprender nada, y pasó a preguntarle.

- ¿Quién es el padre de su hijo? - Preguntó el juez, al tiempo que se levantaba de su asiento para verle la cara al niño. Rold con sus ojos grandes negros, se quedó fijo mirando al juez, este se volvió a sentar con cara de espanto, esperando la respuesta de Neli.

- Verá señor juez - Dijo Neli - El padre de mi hijo Rold sólo lo vi un día. Era un viajero que iba de paso, los dos nos gustamos, y subimos a mi habitación.

El juez frunció el entrecejo, miró al señor Glabill, y luego al señor Xanders. Le preguntó.

- ¿Es cierto que no ha tenido usted relaciones con la señora Glabill?

El señor Xanders respiró profundamente, se quedó callado unos instantes, y luego dijo.

- Es cierto lo que dice la señora Glabill.

El señor Glabill protestó al instante, diciendo.

- ¡Señor juez, no los crea, están mintiendo los dos! ¡Están conchabados para dejarme en la calle!

El juez actuó haciendo lo más adecuado. Le hizo señas al guardia, y le ordenó.

- Coja la biblia, y póngala delante de la señora Glabill.

Cuando el guardia estaba ejecutando esta orden, dijo el juez.

- ¡Señora Glabill, ponga su mano derecha encima de la biblia, y haga juramento respondiendo otra vez a mi pregunta! ¿Es el señor Xanders el padre de su hijo Rold?

Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Neli. Y respondió diciendo.

- ¡No señor juez! ¡Antes le he dicho quién es el padre!

El juez respiró profundamente, se echó hacia atrás del asiento, pasado unos segundos preguntó al señor Glabill.

- ¿Porqué ha mentido diciendo que el señor Xanders es el padre?

El señor Xanders replicó diciendo.

- ¡No señor juez, ella no ha mentido!

El juez se enfado y perdió un poco la compostura.

- ¿Por qué no se explica usted de una vez y dice la verdad? ¡Hoy tengo más juicios que me esperan!

- Al quedarse embarazada la señora Glabill - Dijo el señor Xanders - Tuvo miedo de la reacción de su esposo al momento que se enterara. Yo soy soltero, y como no tengo hijos le pedí a la señora Glabill de ser yo el padre de la criatura que iba a nacer, y dejarlo de heredero mío. La posada será para Rold Xanders, cuando sea mayor de edad o, si yo muero antes.

El juez asintió, y sonrió, luego dijo.

- Señor Xanders ¡Es una buena acción por parte suya!

El juez se dirigió al señor Glabill y le preguntó.  
- Señor Glabill ¿Por qué ha querido hacer chantaje al señor Xanders?

- ¡No creo todavía lo que mi esposa ha confesado, y tampoco lo que ha dicho el señor Xanders! Él me confirmó que era el padre de la criatura, y yo, así lo creí.

Neli intervino rápidamente, diciendo.

- Señor juez, puse al corriente al mi esposo de que el señor Xanders no es el padre de mi hijo, cuando llevó a cabo el chantaje que lo ha traído hoy aquí.

El juez desvió la vista hacia el señor Glabill, y lo miró detenidamente.

- ¿Es cierto lo que su esposa dice? ¡Lo está acusando de chantajista! ¡Responda a esto por favor!

- Señor juez ¡Son líos y patrañas de mujer! ¡Que yo recuerde, no he hablado con ella sobre esto!

El juez ya harto de tanto especular sobre este tema, dio por terminado el juicio, sin condenar a nadie de ningún delito. Y les dijo, que se marcharan.

El señor Glabill que tenía la cara muy dura, se quedó a vivir en la posada. Aunque no había ley que lo dijera, se unió al señor Xanders como socio suyo. La recaudación que se hacia cada día, la repartían para los dos, pero los impuestos los pagaba el señor Xanders que era un pedazo de pan, y que no habría la boca por miedo a pecar.

El señor Xanders quería que su hijo, o sea, Rold, que ya iba creciendo, se criara fuera del griterío que cada día se oía en la posada, los viajeros que iban llegando eran turbulentos y ruidosos. Nada más se tomaban tres copas de más, se liaban a pegarse y a insultarse unos con otros. Las sillas y las jarras de vino y de cerveza, volaban por los aires. A menudo Clovis tenía que salir corriendo en busca de la guardia.

El señor Xanders era propietario de un terreno. Hizo construir una casa para que viviera Neli y su hijo Rold, que ya tenía tres años. Era aun niño más alto de lo normal a su edad, con una inteligencia fuera de lo normal.

Neli guardaba un libro de aventuras amorosas de un hidalgo caballero, por las tardes se sentaba en el jardín de la casa y leía un capítulo. Rold que no se separaba de su lado iba leyendo también, al tiempo que su madre leía en voz alta. A los tres años, Rold sabía leer y escribir e incluso mejor que Neli. Ella iba de sorpresa en sorpresa con las cosas que sabía Rold, y que se las decía sin ocultarle nada. Un día Neli se quedó de piedra al oírlo que le decía.

- Eres mi madre porque de ti he nacido, pero la verdad es, que soy hijo de la penumbra.

Neli con el terror en el cuerpo, le preguntó.

- ¿Quién es la penumbra?

- La oscuridad, la soledad. Ella fue la que me engendró, a ella le debo estar ahora aquí contigo. Pero tengo una misión que cumplir.

Neli con voz trémula le preguntó.

- ¿A... que... misión te estas refiriendo? ¿Qué sabes tú de esas cosas?

Neli se hallaba sentada en una silla de madera. Rold de pie con la vista clavada en las pupilas de su madre, le sacaba de altura más de la cabeza de ella, era un niño gigante y corpulento.

- Madre, hay una niña que ha nacido al mismo tiempo que yo, y la misión de los dos es, encontrarnos - Dijo Rold sin chapurreo, hablaba perfectamente a los tres años.

Neli se asustó al oírlo decir esto. No decía su hijo las cosas por decirlas, no se inventaba nada. A su edad hablaba y pensaba como una persona mayor, tenía gran responsabilidad del deber.

Neli le preguntó poniendo en sus palabras mucho tacto.

- ¡Hijo! ¿Dices que nació una niña el mismo día que tú?

- Madre, el mismo día y, a la misma hora, los dos juntos tenemos muchas cosas que hacer. Hace un año estoy oyendo su voz fuerte y potente como una roca.

Neli aunque el temor no se le iba, pensó que debía tratarse de las historias que los niños a la edad de Rold se inventan, creando otro niño o niña para hablar y no estar solos.

Neli siguió preguntándole, necesitaba averiguar más cosas, aunque las daba por un juego.

- Hijo ¿Dónde está esa niña?

- ¡Aquí en Londres! - Respondió seguro.

Neli se sobresaltó. Y con el mismo tacto le preguntó.

- ¿Cómo sabes que vivimos en Londres? Cuando vinimos a vivir aquí, sólo tenías un año. Estamos alejados de la ciudad y de la gente, este es un sitio tranquilo y poco frecuentado.

- Madre, cuando estaba dentro de tu vientre, sabía en que lugar iba a nacer. Oía tu voz, tu dulce voz de mujer sumisa y maltratada por el indeseable esposo tuyo, que más adelante, me haré cargo de él. Va a maldecir el día en que nació.

A Neli se le encendió la cara y todo el cuerpo. El terror se apoderó más de ella, y cuanto más miraba a su hijo, más temblaba de la cabeza a los pies, más extraño y raro lo veía ¿Habría engendrado un monstruo? ¿Un ser malvado y ruin? O por el contrario ¿Un dios? ¿Pero que clase de dios podría ser? ¿Uno que construye o que destruye? Neli estaba echa un lío, su cabeza en esos instantes no coordinaba. Se levanto de la silla sin saber donde dirigirse. Rold la seguía con la mirada, y con una sonrisa irónica. Sabía que había apuntado bien a su madre. Jamás le haría algún mal, era su madre y la quería. La iba a defender aunque tuviese por eso que dejar su sangre. Dentro de su vientre fue feliz, si no hubiese sido por su esposo que le hacía la vida



imposible, hasta el punto de pegarle, tirándola por el suelo. Esos golpes, los sintió como si a él, se lo hicieran, también se sintió ofendido por los insultos.

Neli necesitaba aire fresco, aunque en el jardín lo podía tomar, pero no era lo suficiente. Salió fuera, y se puso a pasear por el campo. Las ideas las tenía perturbadas, un manojo de cables sueltos, que no sabía donde iba cada uno, eso era lo que tenía por cabeza en esos instantes. Rold la siguió, y al llegar a ella, la cogió de la mano, e hizo que se detuviera, y le dijo.

- ¡Madre, te he asustado con mis palabras! ¿No esperabas que supiera de ti tantas cosas? También sé mucho sobre mi padre aunque no haya estado contigo nunca, sólo el rato para engendrarme a mi.

De la garganta de Neli salió un grito que hasta ella se asustó. Tenía cogido de la mano a su hijo Rold, la sensación del contacto que tenía era normal, se sentía bien y protegida por un niño de tres años. Pero lo que a su hijo le estaba sucediendo no era normal. Le intrigó que le hablara de su padre, era cierto lo que dijo, ella sólo lo había visto un par de horas ¡Pero era tanto lo que deseaba pasar un rato de amor con un hombre! Porque su marido la tenía abandonada, y se dejó llevar por la pasión de ese joven apuesto. Aunque Neli nunca lo había dicho se enamoró del padre de Rold. Ahora Rold, si él quería, podía hablarle de su padre.

Neli le preguntó según iban paseando cogidos de la mano.

- Hijo ¿Qué sabes de tu padre?
- Te enamoraste de él ¿No es cierto madre?
- ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes saber lo que yo sentía por él?

Rold sonrió y meneó la cabeza, y luego dijo.

- En el momento que entré en tu óvulo, vi su rostro y el tuyo llenos de felicidad, y os besasteis con ardiente pasión, hasta que irrumpió en la habitación tu marido lleno de ira, con un ataque de cuernos, dispuesto a clavárselo al primero que encontrara contigo en la cama haciendo el amor. Ahí desconecté con mi padre, cuando por temor huyó saltando por la ventana. No lo hizo por cobardía sino para salvar su vida, que en las manos del bruto y borde de tu marido, hubiese acabado mal herido o, quizá muerto, sólo por pasar un rato de amor con una mujer hermosa.

Por las mejillas de Neli resbalaron dos lágrimas, recordaba el momento tan feliz, que paso junto al padre de Rold. Él la miró y vio que estaba llorando. En su pecho sentía lastima por su madre, por esa mujer sensible e indefensa que solo había recibido de la vida, ingratitudes, pero ahora él, iba con ella, todo cambiaría, iba a tener una vida digna, de hecho ya la tenía, gracias al bueno y compasivo señor Xanders, su padre adoptivo.

Neli estaba intrigada por saber el paradero del padre de Rold. Las dos horas que pasó con él, valió más que los cuatro años que hacía que estaba casada con su marido el señor Glabill. Este sólo le dio

empujones, malas contestaciones, desprecios y desaires. Gracias que apareció un ángel en su vida, el señor Xanders.

Neli paró de andar, cogió las manos de su hijo, y mirándolo de frente, le preguntó.

- Hijo ¿Sabes donde vive tu padre?

Rold se rió con ganas, luego contestó.

- Sí me lo propongo conoceré su paradero ¿Por qué quieres saberlo?

Neli ordenó su mente, le pareció que con esa pregunta había ido demasiado lejos. Rold a sus tres años sabía más que un hombre con cincuenta. No era un niño como los demás. Neli estaba acostumbrándose a las virtudes de su hijo, no sabía si llamarlas virtudes, cualidades o, conocimientos extra-sensoriales. Fuera lo que fuese, estaba dotado de un don que solo él, poseía, no había conocido a nadie igual. Respondió a la pregunta de Rold.

- Hijo, es simple curiosidad ¡Era tan guapo y galante, que me cuesta olvidarlo!

- Madre, te voy a dar un consejo. No dejes de pensar en él, porque de esa manera, el destino de él y el tuyo, se encontraran un día.

- Hijo ¿Qué quieres decir con eso?

- ¡Lo has entendido muy bien madre!

Neli guardó silencio, sosteniendo en su boca una suave sonrisa de esperanza.

De regreso a su casa con su hijo de la mano, les esperaba una no grata sorpresa. El señor Glabill, el esposo de Neli, sentado sobre una gran piedra del jardín, miraba con sonrisa irónica como se aproximaba ella y su hijo Rold. Al entrar los dos en el jardín, él se quedó como estaba, como si nadie hubiese entrado, sin guardar ningún respeto hacia su esposa Neli. Al pasar ella por su lado, la cogió de la mano reteniéndola. Y sin que ella mediara palabra, su esposo le dijo.

- ¿De donde vienes con tu hijo bastardo?

Rold lo miro de frente, y al igual que puede reaccionar cualquier niño, le pegó una patada en la espinilla de la pierna derecha. El señor Glabill lanzó un grito de dolor, al tiempo que se levantó del asiento, y le pegó un revés en la cara de Rold. Al tiempo Neli gritó diciéndole.

- ¡Deja tranquilo a mi hijo!

El señor Glabill sin ningún tipo de vergüenza, y sin escrúpulos, le habló a Neli como dueño y señor de ella, diciéndole.

- ¡He venido para llevarte conmigo! He construido mi propia casa, y desde ahora, tú y tu hijo vais a vivir bajo mi tutela. Eres mi esposa, y tienes el deber de obedecerme, y si no vienes por la buenas, te llevaré por las malas - Dijo en plan de inquisidor,

con el brazo derecho cogido de Neli y zarandeándola.

Rold por segunda vez se metió contra el señor Glabill, pegándole otro puntapié en la espinilla de la otra pierna.

- ¡Maldito mocoso! - Gritó el señor Glabill en el momento que le dio un empujón a Rold y cayó al suelo de culo. Cuando se puso de pie con la cara de indignación y las mejillas encendidas, fue hasta el señor Glabill, con la mano derecha abierta lo agarró del cuello y lo levanto hacia arriba. Los ojos del señor Glabill le salían de los huecos, de su boca despedía espuma, la lengua la tenía medio palmo hacia fuera. Quería gritar pero no podía, de su garganta salían ruidos de asfixia. Con las manos temblorosas trataba de alcanzar las de Rold que apretaba con más fuerzas el cuello del odioso señor Glabill.

Neli con terror y espanto, miraba sin poder hacer nada como Rold, trataba de acabar con la vida de su marido. De nada iba a servir que ella le gritara para que le soltara, Rold en esos instantes no era un ser humano, incluso, no sabía si en su estado normal lo era. Su comportamiento era el de una bestia mal herida dispuesto a devorar a quien tuviera delante y lo odiara.

En ese lugar solitario y sin ruidos, nadie podía oír los gritos de auxilio y de dolor del señor Glabill.

Rold estaba lleno de rabia y de furia, no era él quién había buscado ese mal trance por el que estaba

haciendo pasar al señor Glabill. Era miserable, borde y de malos entresijos, nadie le importaba lo más mínimo, él era y tenía que ser el primero en conseguirlo todo. Ahora se encontraba bajo presión mortal de un monstruo que no le importaba lo más mínimo de matar a quién fuera, menos a su madre que la adoraba.

Neli como no sabía que iba hacer más para que Rold soltara el cuello de su marido, se hincó de rodillas y con las manos cruzadas, le suplicó.

- ¡Hijo, no sigas! ¡Le estás quitándole la vida a mi marido! ¡Te estás convirtiendo en un asesino!

Rold miró a su madre, hincada en el suelo, y sintió compasión por ella. Compasión era un sentimiento que él no conocía, pero se trataba de su madre. Fue aflojando las manos del cuello del señor Glabill, y cuando lo soltó, le dijo con voz áspera haciéndole una advertencia.

- ¡Márchate y que no te vea nunca más por aquí! ¡No molestes más a mi madre! ¡Y vete de Londres! porque el día que vuelva a verte, acabo con tu miserable vida.

Una tos aguda apareció en la garganta del señor Glabill, tan fuerte era, que vomitó todo lo que había comido. Cuando se repuso del grave suceso, salió corriendo por la puerta como alma que lleva el diablo. Nada más llegar a la posada, hizo su maleta y sin despedirse del señor Xanders desapareció.

Mat era una niña guapa, de una gran belleza y mirada que cautivaba, sonreía con mucha gracia. Quién la conocía decía de ella que era lo más parecido a un ángel. Los feligreses más adinerados, había domingos que le llevaban regalos, por ser la hija de los sacristanes. Mat tenía a los tres años un desparpajo y unas ideas que sorprendía a los mayores. De los regalos que obtuvo, una señora le llevó un domingo una muñeca pulida en madera fina, también hecha que parecía que fuera una niña de verdad. Mat hablaba mucho con su muñeca Sali, ese era el nombre que le puso.

Luey escuchaba detenidamente a su hija Mat hablando con su juguete preferido. Llevaba a la muñeca a todas partes, dormía con ella, le regañaba como si fuera su hija, y la besaba de la misma manera. Luey iba cada vez de sorpresa en sorpresa, pilló un día a su hija hablándole al oído de su muñeca. Luey se aproximó a Mat y le preguntó.

- ¿De qué le hablas a tu muñeca?

Mat alzo la vista y miró fijamente a su madre, le respondió con voz potente.

- ¡La estoy poniendo al corriente de lo que tiene que hacer! ¡Y no es una muñeca, es una niña y se llama Sali!

Luey le seguía el juego como una niña de tres años que era, aunque aparentaba muchos más. Luey

en su niñez no tuvo nunca ningún juguete, sus padres eran demasiado pobres, y los pocos centavos que poseían era para comer y pagar el alquiler de la vivienda. Pero sabía de otras niñas, y las veía como jugaban con sus muñecas, y las hacían partícipes del juego de ellas. Las comparaban con sus mejores amigas confidentes. Este podría ser el caso de su hija Mat, y no lo dio la mayor importancia. Lo que si la tenía algo intrigada, era la cara de la muñeca, recordaba el día que se la regalaron, era como tantas muñecas, pero el físico le había cambiado. Los ojos eran muy parecidos a los de Mat, incluso la mirada era la misma. La boca algo abierta mostrando una leve sonrisa maliciosa. Los brazos, manos, piernas y pies, eran parecidos a los de una niña que poco a poco iba cobrando vida. La cabeza la tenía rapada, esa parte del cuerpo no había evolucionado.

Luey estaba algo atormentada por este cambio físico del juguete que solo ella había advertido. Su esposo el señor Listel no se fijaba en estas cosas, demasiado trabajo tenía con arreglar la iglesia y hacerse cargo del muerto, como para estar mirando el juguete preferido de su hija. Pero aún con todo eso, Luey quiso hablar con él de esto que a ella tanto le intrigaba. Lo busco por el huerto, y lo encontró haciendo surcos con el azadón, se aproximó a él, y le dijo.

- ¡Necesito hablar contigo!



El señor Listel levantó la vista de la tierra, y la posó en la de su esposa, se puso derecho y le preguntó.

- ¿No puedes esperar a la cena?

Luey negó, y respondió.

- En la mesa siempre te duermes, nunca acabas la comida.

Es que voy muy cansado, y prefiero dormir que comer.

Luey levantó los hombros, y luego dijo.

- Es preciso que te hable de Mat.

El señor Listel frunció el entrecejo y preguntó.

- ¿Qué ocurre con ella?

Luey humedeció sus labios, no sabía como empezar el tema, puesto que su esposo tenía poca paciencia con lo que ella le decía. Y empezó diciéndole.

- ¿Te has fijado como juega Mat con su muñeca?

EL señor Listel hizo una mueca de cansancio. Miró fijamente a su esposa y le dijo con un poco de malhumor.

- ¿Para esto me entretienes? ¡Mujer, tengo mucho trabajo, no puedo estar pendiente de cómo juega nuestra hija, con su muñeca!

Luey meneó la cabeza, por no querer escucharla. Y siguió diciendo.

- Más que por nuestra hija quiero hablarte de su muñeca.

El señor Listel lanzó una carcajada.

- Luey - Dijo el señor Listel con guasa - ¡Qué mosca te ha picado! ¿Qué le ocurre a la muñeca de Mat?

Luey se acercó al oído derecho de su esposo y le susurro.

- La muñeca que tiene no me gusta.

- ¿Por qué hablas por lo bajo? - ¿Preguntó el señor Listel?

- Es que la muñeca - Siguió por lo bajo Luey - Puede oírnos, solo le falta hablar.

El señor Listel dejó caer encima de la tierra el azadón, y con cara de preocupación cogió a Luey por los hombros y le preguntó.

- ¿Te asusta la muñeca de Mat?

- Sí.

- Mañana voy a ver al doctor Burdi para contarle lo que está sucediendo.

Luey se echó a llorar. Retrocedió unos pasos para marcharse, pero su esposo la detuvo diciéndole.

- Luey, reconoce que no estás bien ¿Qué persona en su sano juicio se preocupa como una niña juega con su muñeca?

- ¡Está bien, sabía que no me ibas a creer! ¡No vayas a casa del doctor Burdi!

- ¡Luey, lo hago por tu bien! - Afirmó el señor Listel.

- ¡Pues ahora en adelante, no te ocupes de mi!

El señor Listel se enfadó. Cogió a Luey por el brazo y zarandeándola, le dijo.

- ¡No me hables de ese modo! ¡Soy tu marido!

Mat que parecía que no se daba cuenta de nada, pero que estaba en todos los sitios, apareció de repente con su muñeca en los brazos. Se acercó a su padre, y ofreciéndole su muñeca le dijo.

- Padre, Sali quiere que la cojas en brazos.

El señor Listel soltó de golpe el brazo de su esposa, y con la cara blanca como el papel, miró a su hija que esperaba con las manos en alto, sosteniendo a su muñeca para que la cogiera. El señor Listel retrocedió dos pasos y fue a toparse con el azadón. Del mismo miedo que le entró, perdió el equilibrio y cayó de culo al suelo. No se podía mover de cómo se había quedado. EL terror invadió su rostro al ver acercarse a su hija Mat, portando entre las manos a su muñeca. Volvió hacer la misma operación de antes.

- ¡Padre, Sali quieres que la cojas en brazos, también ella es hija tuya!

El señor Listel miró a Luey. Ella permanecía esperando a ver qué pasaba. Él le gritó diciéndole.

- ¡Luey, quítame a la niña de encima!

La cara de la muñeca con la del señor Listel estaban juntas frente una con otra. La muñeca sonreía cada vez más. El señor listel no resistió y se dio la vuelta mirando la tierra, hundió la cara en ella. El terror sacudía su cuerpo, temblando como una vara de mimbre, de la cabeza a los pies. Sólo hacía que repetir.

¡Luey! ¡Luey ayúdame! ¡Pide ayuda!

Mat se puso a la altura de la espalda de su padre, se abrió de piernas y se sentó encima. La muñeca la acercó al lado izquierdo de la cara de él, la hundió en la tierra para que estuviera más cerca de su padre. Ahora no era Mat quién le hablaba, sino la muñeca, con voz gruesa y ronca.

- ¡Padre, hazme un hueco para que descanse contigo!

El señor Listel todavía más aterrado y sin fuerzas para gritar, iba haciendo con la cara, el pecho y el vientre, un gran agujero en la tierra, para esconderse. Luey no sabía que hacer, ni a donde acudir. Veía a su marido enterrado a más de medio metro de profundidad, boca abajo. Mat sonreía viendo como cada vez se iba hundiendo más. Luey sin fuerzas ya en su pecho por la gran agitación que tenía, gritó.

- ¡Mat, para ya esta broma macarra!

- ¡Madre, no tengas miedo! ¡Jamás yo te haría a ti ningún daño!

- ¡Se lo estás haciendo a tu padre! ¡Va a morir de asfixia! - Seguía gritando Luey - ¡Tira esa muñeca, que desde que la tienes está trayendo el mal a casa!

Mat al oír estas palabras de su madre, su cara se le transformó. Con su muñeca apoyada en su pecho avanzaba hacia ella, con el rostro encendido, la mirada atravesada y los labios sellados. Luey al verla, retrocedió para echarse a correr, pero no le dio tiempo. Mat se encontraba frente a ella impidiéndole el paso. Y cara a cara, Mat levantó su muñeca a la altura de Luey, mirándola. Mat le dijo.

- ¡Madre pídele perdón a Sali! ¡Está llorando por lo que has dicho!

Luey tenía la cabeza cogida entre sus manos. Quería gritar pero el terror se lo impedía. Miraba de frente a la muñeca, calva como una bola de billar, con la cabeza redonda, los ojos grandes y negros, por donde le iba brotando dos lágrimas que resbalaban por las mejillas.

Luey pudo lanzar un fuerte grito de desesperación que llegó hasta la vivienda del párroco Lewis. Él se sorprendió al reconocer la voz de Luey. Fue a mirar por la ventana de la cocina, pero al no ver a nadie, bajo a las escaleras.

La puerta de la vivienda del matrimonio Listel, estaba abierta, miró dentro, y como ahí tampoco había nadie, salió fuera, y siguiendo los chillidos de Luey que no cesaban, llegó hasta el huerto. Se acercó a Luey y a Mat, y sin comprender que era lo que ocurría, y porque gritaba de ese modo, le preguntó.

- ¿Qué le ocurre Luey?

Fue Mat quien respondió, y dijo.

- ¡Párroco Lewis! ¿Cómo es que, es usted ahora un hombre educado? ¿Y un hombre compasivo?

El párroco tenía los ojos como platos. Miraba a Mat, en pocas en horas que hacía que la había visto, su transformación era enormemente grande. Había crecido como dos palmos, las facciones de su rostro también eran más grande y con más forma de mujer. La muñeca que mantenía en sus brazos había cogido

el físico de ella, y lo peor de todo era, que lo miraba con la idea de destruirlo, de devorarlo, si era preciso en esos instantes. El párroco trató tranquilizarse, puesto que se trataba sólo de una muñeca, aunque no era una muñeca como las demás.

Luey seguía con el grito en la garganta. Una mano la mantenía sobre su pecho, con la otra tapaba su boca para evitar que el grito saliera.

El párroco cada vez más aturdido, buscaba con la vista por el huerto. Y preguntó a Luey.

- ¿Dónde está su esposo?

Luey se dio la vuelta y señalando con el dedo a un lado de la tierra, dijo.

- ¡Está allí!

El párroco Lewis de donde estaba no veía nada, y preguntó.

- ¿Qué me está indicando? - ¡Le estoy preguntando por su marido! ¿Dónde está?

Luey que el miedo no se separaba de ella y que temblaba como hoja en un árbol en una tormenta de aire. Fue hacia el lugar donde su marido trataba de incorporarse para ponerse de pie. Al párroco le chocó enormemente, ver al sacristán, levantarse de una tumba en la tierra. El señor Listel al ponerse de pie, lo primero que hizo fue, buscar a Mat, al hallarla, que la miraba de frente, fue a refugiarse a los brazos del párroco Lewis pidiéndole ayuda. El párroco estaba tan asustado o más que él, lo cogió por los brazos y gritándole le dijo.

- ¡El diablo ha estado aquí! ¡Todavía estoy siento su presencia, y su olor a azufre!

- Si...yo también - Dijo el señor Listel - Hay...que quemar el huerto para que muera dentro achicharrado.

- ¡Qué dice insensato! - Contestó el párroco - ¡Se quemaría todos los árboles frutales y las hortalizas! ¡El diablo es como el viento, va de aquí para allá, y no se puede tocar!

- ¿Entonces que podemos hacer? - Preguntó el señor Listel.

- ¡Parar los dos de decir sandeces! - Dijo Mat. - ¡Aquí el único diablo que hay es el párroco Lewis! ¡Y si alguien hay que quemar, es a él!

Mat se aproximó a ellos que permanecían abrazados y blancos como la hoja de papel. Luey se había separado hacia unos instantes sin saber a donde esconderse. Mat siguió hablando, y dirigiéndose a su padre le dijo.

- ¿Padre, has olvidado el día que el párroco Lewis violó a mi madre estando yo en su vientre? Se escuchó un grito que procedía de Luey, y seguidamente de los dos hombres aterrorizados al oír la verdad de Mat.

- ¿Quién le ha contado esa historia? - Preguntó el párroco.

El señor Listel negó. Luey respondió diciendo.

Nadie. Yo jamás le diría tal cosa a una niña de tres años.

- ¿Por que lo sabe? - Inquirió el párroco Lewis.

- ¿Por qué no me lo pregunta usted a mi? -  
Respondió Mat.

El párroco se alarmó tanto que iba a volverse loco. Se santiguó tres veces. Se despojó de los brazos del sacristán, y salió corriendo del huerto, repitiendo.

- ¡Necesito al párroco Lambey, para que me ayude a sacar el demonio que lleva Mat en el cuerpo!

De pronto y sin esperarlo Mar apareció delante de los ojos del párroco. Lo miraba con dureza, y no solo ella también su muñeca. El párroco se quedó clavado en el suelo, congelado, parecía más una estatua que humano. No pudo más y gritó pidiendo ayuda.

- ¡Que alguien me saque de aquí! ¡Por Dios, quitarme este demonio que me está mirando!

- ¿De qué demonio huye, del suyo? ¿De los mil demonios que viven en su cuerpo? - Inquirió Mat.

De pronto el párroco Lewis se enderezó, y le plantó cara diciéndole.

- ¡Yo soy ministro de Dios en la tierra! ¡Los demonios van a los erróneos ignorantes como tú y tus padres!

- ¡Párroco Lewis! - Dijo Mat - ¡Está demostrando tener un gran temor! ¿Le tiene miedo a una niña de tres años y a su muñeca?

El párroco con los ojos llenos de espanto respondió.

- ¡No eres una niña y tampoco tienes tres años! ¡Eres la reencarnación del diablo! ¡Lo sabía el día que tus



padres te engendraron en el eclipse de sol! ¡Y tu muñeca es parte tuya, le estás dando parte de tu vida!

- ¡Entonces, no soy un demonio, sino hija del sol!

- ¡No, no! - Repitió el párroco con el dedo levantado-¡En el momento de engendrarte, no había sol, era el día en la noche! ¡Es por eso que eres hija de la penumbra! ¡Y tienes poder para crear seres como tú! ¡Y también es el caso de tu muñeca!

El párroco Lewis en un arrebató, pegó un empujón a Mat, y la tiró al suelo. De una zancada pasó por encima de ella, y a prisa salió del huerto.

Mat se puso en pie. La cara de su muñeca se había ensuciado al caer, le quitó con la mano la tierra húmeda que la envolvía. Cuando quedó satisfecha de la limpieza que le hizo, miró a sus aterrados padres que la observaban con espanto. Se acercó a ellos, con la mirada tierna de un corderito, y la voz suave, les dijo.

- Necesito hablar con el hechicero Silvey.

El matrimonio se miró. Luey muy extrañada le preguntó.

- Hija ¿Quién te ha hablado del hechicero Silvey?

- Madre, fuiste a verlo estando yo en tu vientre. Él se fijó en mí, sabe como soy, y quien soy.

- ¿Para qué quieres ir a verlo? - Preguntó Luey.

- Otro niño nació el mismo día que yo, y a la misma hora, necesito encontrarlo. Los dos hemos nacido para hacer cosas, juntos.

El señor Listel, con bastante dificultad, por lo agotado que estaba, miró a su esposa, y con voz cansada le dijo.

- ¿Qué clase de monstruo hemos engendrado?

- ¿Padre, es así como hablas de tu hija? - Replicó Mat.

Luey que desde que sintió a Mat en su vientre, sólo le dio disgustos y muchos problemas, no pudo más, y rompió a llorar. Debió abortar cuando se lo propuso, ahora empezaba a comprender por qué el hechicero Silvey no aceptó que lo hiciera.

- ¿Qué le vas a decir al hechicero Silvey? - Preguntó Luey.

- Madre, es él quién quiere hablar conmigo.

El señor Listel que no quería abrir la boca para no excitar a su hija Mat, lo sacó de sus casillas, y sin poder frenarse, dijo con voz chillona.

- ¡Ya estoy harto de soportar a esta loca! ¡Esta noche mientras duerme, le corto el cuello!

Luey se llevó la mano a la boca y con espanto exclamó.

- ¡Oh cielos! ¡Dios mío, no tengas en cuenta sus palabras!

Mat se aproximó a su padre, y con voz trémula le advirtió.

- ¡Padre, no debías haber dicho eso! ¿Crees que no se lo que estás pensando desde el día que nací? ¡Sali se va a ocupar de ti!

El señor Listel miraba a su hija con ojos de desesperación, sin quitar la vista de ella le preguntó a su esposa.

- ¿Quién es Sali?

- Su muñeca - Respondió Luey.

- ¡Todo lo que toca lo deja endemoniado! - Dijo él.

Mat avanzó dos pasos hacia su padre, y le dijo.

- ¿Crees que no se todo el daño que le has hecho a mi madre? ¿Qué has consentido al párroco Lewis que la deshonrara como mujer?

- ¿Qué podía yo hacer? - Contestó el señor Listel - ¡Este es mi trabajo, y no quiero perderlo!

- ¡Eres tan hipócrita para el párroco Lewis, como él lo es para la iglesia!

- ¡Eres una mocosa! - Dio como desplante el señor Listel a su hija - ¡No tengo que darte explicaciones!

- ¡Te equivocas con lo de mocosa, si piensas que soy una niña!

- ¿Qué eres? ¿Una bestia inmunda? - Gritó él.

Luey no pudo por más tiempo estar callada, y dirigiéndose a su esposo, le indicó.

- ¡Deja de hablarle de esa manera a nuestra hija!

Luey en ese mismo instante convino con Mat, que al día siguiente la llevaría a la cueva del hechicero Silvey.

De madrugada cuando los padres de Mat dormían, ella se levantó de su cama con su muñeca en brazos. Salió de la habitación, y se dirigió al río Támesis. La luna llena hacía esfera de luz en el agua. Mat se había previsto de unas tijeras de cocina. Se sentó en la orilla del río. A su muñeca la sentó sobre su regazo, y con las tijeras en la mano derecha, fue cortándose largas mechas de su negro cabello, hasta dejarlo a la altura de las orejas. Con la punta de la tijera, fue introduciendo estas mechas de su largo cabello, en la cabeza de su muñeca. Cada vez que le pinchaba le pedía perdón diciéndole.

- ¡Te hago daño, pero es para que estés más guapa!

La muñeca estaba cobrando vida total, hasta el punto, de que cada vez que Mat iba a marcarla, la miraba de reojo, y le decía con voz temblorosa.

- ¡Eres mala y perversa! ¡No me hagas más daño!

- ¡Lo hago para que seas como yo! - Respondió Mat.

- ¡Nunca lo voy a ser, demasiado lo sabes! ¡Cuando te hartes de mi, me tirarás a este río para que muera ahogada!

- ¡No digas eso! - Gritó Mat - ¡Eres lo que yo más quiero!

- ¿Me quieres como si fuera tu hija?

- ¡Claro que sí Sali, y ahora voy a acercarte al agua para que te mires, y veas lo guapa que te he dejado!

- ¡No me gustaré verme hecha una piltrafa!

Mat se enfadó mucho, y le pegó tres azotes en el trasero, al tiempo que le reprochaba.

- ¡No llames piltrafa al trabajo que yo hago!

La muñeca Sali, sintió dolor al golpearla Mat, y se echó a llorar, diciendo.

- ¡No te quiero!

- ¡Chiii! ¡No grites tanto que te pueden oír! - Dijo Mat - ¿Quieres hacer algo bueno para mí?

- ¿Qué es? - Preguntó Sali apartando de su frente los mechones de su pelo largo que le caían.

Mat acercó su boca al oído derecho de Sali, y le susurró.

- Ahora vamos a regresar a casa, pero antes quiero que subas al piso de arriba. Y llames a la puerta del párroco Lewis, esperas a que abra, y cuando te esté mirando de frente, le dices ¡El río Támesis lo está esperando!

Sali giró la cabeza y miró a Mat. Le sonrió mostrándole su dentadura afilada, y de su garganta salió una carcajada tan profunda como el filo de un cuchillo.

El dormitorio del matrimonio Listel, todo estaba en silencio, los dos dormían placidamente. Mat entró sin hacer ruido para no despertarlos, y se metió en la cama.

Sali aunque le costaba subir las escaleras por su pequeña estatura, las iba escalando derecha y sin doblársele las piernas. Solo podía vérsese la boca grande, también los dientes grandes y afilados cómo agujas.

Al llegar al rellano de las escaleras, se quedó quieta. Miró sus manos que eran pequeñas como las de una muñeca. Sali no las quería, no podía hacer nada con ellas. Sus deseos fueron cumplidos, y sus pequeñas manos empezaron a crecerle, los dedos se le alargaron, las uñas también. Sali sonrió, y se dispuso a llamar a la puerta del párroco Lewis, dio tres golpes con el puño cerrado, y esperó. Pasados cinco minutos, la puerta no se abría y siguió llamando hasta seis veces más. La voz del párroco Lewis se oyó que decía.

- ¡Ya voy!

Los pasos del Párroco Lewis se oían aproximándose a la puerta. Sali escuchó quitar una vuelta de llave, y luego descorrer el cerrojo. La puerta se abrió, el párroco miró frente a él, y al no ver a nadie, se dispuso a cerrar la puerta, al tiempo que mencionaba estas palabras.

- Son las cuatro de la madrugada ¿Quién ha venido a molestarme a estas horas?

La voz fina y chillona de Sali se oyó diciendo.

- ¡El río Támesis lo está esperando!

El párroco Lewis echó la vista hacia abajo y a medio metro de sus pies, estaba Sali riendo, viéndosele solo la boca y los dientes afilados.

El párroco Lewis había visto a Mat jugar con su muñeca, pero en esos instantes, no la reconoció, estaba transformada, en la cosa más horrenda y asquerosa. Los ojos del párroco le salían de los huecos, la boca abierta observando ese fantasma horroroso que daba pavor mirarlo.

Sali volvió a repetir la frese haciendo eco su VOZ.

- ¡Párroco Lewis! ¡El río Támesis lo está esperando!

Un agudo ahogo inundó el pecho del párroco Lewis. Apoyando el brazo izquierdo en el quicio de la puerta, tratando de coger aire en los pulmones. Su mirada no podía apartarla de la horrenda Sali. Cuando el párroco se recuperó, dio un grito maldiciendo.

- ¡Demonios inmundos, arder en los infiernos!

Su ira la descargó pegándole a Sali una enorme patada que voló por los aires, fue a estrellarse contra la pared y perdió la pierna derecha cayendo por otro lado.

Los gritos que Sali daba eran desesperados. Su voz afilada y chillona se oía fuera de la iglesia.

Llamaba a chillidos a Mat para que fuera en su ayuda.

Mat que esperaba que sucediera esto, se levantó de la cama rápidamente. Sus padres lo hicieron al mismo tiempo, con el miedo y temblor en el cuerpo. De Mat se lo esperaban todo, y también de su muñeca, que día a día iba transformándose en la niña.

Mat apareció debajo de las escaleras completamente desnuda. El párroco Lewis al mirarla se tapó los ojos con su mano derecha, y exclamó.

- ¡Por el amor de Dios!

Luey que con antelación había visto en el estado en que Mat salía de la habitación, llevaba en sus manos el abrigo de ella. Rápidamente se lo puso por encima, Mat la miró de reojo diciéndole.

- Madre ¡Es mi cuerpo que está desnudo, no el tuyo!

Ante los chillidos que no cesaban de Sali, el señor Listel se disculpó con el párroco Lewis.

- ¡Perdónela, es una niña y no sabe lo que dice!

- ¡Maldita sea! - Gritó Mat - ¡No soy una niña! ¿No vine al mundo desnuda? ¿Por qué tienen los humanos tanto interés en taparse? ¡Todos sois hipócritas, y grandes pecadores!

Mat acabando de decir esto, se apresuró para ir a coger a su muñeca. Sali la miraba sin comprender por qué la dejaba tanto rato en el suelo con la pierna rota. Al tiempo que la cogía en brazos dándole mimos y cariños. La voz potente del párroco Lewis



hizo temblar el hueco de las escaleras, diciendo con el dedo levantado.

- ¡La serpiente tuvo la culpa de que nuestros primeros padres se avergonzaran de verse desnudos!

Mat que a pesar de sus tres años de edad, hablaba como si tuviera cuarenta, se dio la vuelta, miró al párroco Lewis de frente, y le recriminó.

- ¡No es usted un hombre inteligente si cree esto!

El párroco Lewis se alteró aún más.

- ¡Es natural que hables como un demonio!

El señor Listel salió de nuevo a la defensa de Mat.

- ¡Párroco Lewis no le tenga en cuenta sus inocentes palabras!

- ¡Yá! - Protestó el párroco con burla - ¡Es usted el inocente! ¡Su hija lleva en su cuerpo, mil demonios!

Mat lo miró con descaro, y le advirtió.

- ¡Esos mil demonios, van a acabar con usted!

El párroco Lewis al oír esto, cerró la puerta de un golpe, y seguidamente se oyó echar dos vueltas de llave y luego el cerrojo.

Mat en su mano derecha sostenía su muñeca y con la izquierda su pierna arrancada por la inglete.

El señor Listel que sabía lo que su hija le iba a pedir, entró lo más rápidamente posible en la habitación, y se acostó. Luey que era la que más comprendía a su hija, le dijo.

- Mañana cuando amanezca y con la luz del día, entre tu y yo, le pondremos a Sali, la pierna de en su sitio.

- ¡Madre, tiene que ser ahora, Sali está sufriendo!

Luey no se atrevía a mirar a la muñeca, el día anterior, fijó su vista en la de Sali y sintió que corría por su cuerpo un escalofrío muy fuerte, dejándola helada de la cabeza a los pies. Se fijó en el cabello mal cortado de su hija Mat, y lo acopló con el cabello implantado que la muñeca tenía. No se atrevió a replicar por miedo a que Mat le hiciera algo. No sabía exactamente lo que estaba ocurriendo entre Mat y su muñeca Sali, pero desde luego algo bueno no era. Podía ser algo más, le había parecido ver a la muñeca que movía los ojos, y también el cuerpo. Era consciente de que a Mat no se le podía contrariar, si se enrabiaba le cogía un ataque de locura y llegaba a destruir todo lo que se le pusiera por delante.

Luey se serenó, tenía que mantener la calma, y hacer lo que su hija le estaba pidiendo. Decidió que salieran fuera, y a la luz de la luna repararía la pierna a la muñeca.

Ya sentadas a la orilla del río, Luey haciendo un esfuerzo y poniendo todo el amor de madre, cogió entre sus manos a Sali, y también su pierna. Trataba de encajarla en su sitio, tardó un poco, pero al fin consiguió arreglarla. Y contenta por el trabajo que había conseguido hacer, se la entregó a Mat.

- Hija, coge tu muñeca - Le dijo en el momento de entregársela.

Sali miró a Luey. Mat que estaba en todo y que nada se perdía, le sonrió a su madre. Luey prefirió no hablarle de su cabello, ya nada le importaba.

El amanecer apuntaba por el horizonte, Luey apenas había dormido, el día que le esperaba era de mucho trabajo. El párroco Lewis se iba a vengar de ella por lo ocurrido con Mat y su muñeca. Le quedaba solo dos horas para que empezara su trabajo, y decidió irse a dormir ese tiempo.

---

Cuando se quedó sola Mat con su muñeca en los brazos, y pegada a su pecho. Una sonrisa le vino a los labios, se puso de pie, y empezó a andar hacia la colina. Sali que había visto el rumbo que había cogido, le preguntó con su voz chillona.

- ¿Vamos donde yo creo?
- Sí, Sali, tengo que hablar con el hechicero Silvey, él es quién me pondrá en contacto con mi otra parte.
- ¿No le vas a decir a tu madre que vamos a la cueva del hechicero?
- ¡No Sali, quiero ser yo quien haga la labor que tengo encomendada!
- ¿Quién te ha dicho que la hagas?
- Los dirigentes.
- ¿A quien te estás refiriendo?
- Tú no los conoces.
- ¿Son amigos tuyos?
- No.
- ¿Son enemigos?

- ¡Tampoco!
- ¿Soy yo tu amiga?
- ¡Claro que sí! - Respondió Mat mirándola de frente.
- ¿Por qué no me lo cuentas?
- ¡Sali, no puedo!
- ¡No puedes o no quieres! - Dijo Sali enfadada.
- ¡Las dos cosas! - Contestó Mat ofendida - ¡No quiero que me preguntes más sobre este tema!

Mat siguió andando hacia la pradera con los primeros rayos del día. Hacía un rato que no hablaba con Sali, las dos mantenían silencio.

Luey al despertarse lo primero que hizo fue mirar hacia la cama de Mat, al ver que no se encontraba allí, salió fuera y miró a la orilla del río, donde hacía dos horas la había dejado con su muñeca. Al llegar a la orilla y ver que no estaba, se puso en lo peor, y pensó, que podría haberse caído ella y su muñeca al agua. Gritó llamando a su esposo para que fuera lo más rápidamente posible. El señor Listel no tardó en llegar. Encontró a Luey llamando a su hija a voces.

El párroco Lewis ante tanto alboroto se asomó ante la ventana de la cocina. Y dirigiéndose al señor Listel, le preguntó de mal talante.

- ¡A que vienen tantos gritos!
- ¡Mat, no está aquí! - Contestó el señor Listel.
- ¡No se preocupe! - Dijo el párroco Lewis - ¡Habrá ido a visitar a algunos de sus amigos los demonios! ¿Sé ha dado cuenta de la hora que es? - Siguió

insistiendo el párroco - ¡Ya tendría usted de haber empezado su trabajo! ¿No cree?

El señor Listel sin mencionar palabra agachó la cabeza y se dirigió al huerto. Luey siguió llamando a Mat. El párroco Lewis también tuvo para ella, pegándole un grito le dijo.

- ¡Luey, le advierto que hoy tiene mucho trabajo aquí, para hacer!

- ¡Estoy buscando a Mat! - Contestó ella - ¡Y hasta que no la encuentre, no subiré!

- ¿Cómo se atreve hablarme de ese modo? ¡He dicho que suba, y deje de buscar a esa mocosa!

Luey se sublevó, y contestó con rabia.

- ¡Antes de todo, voy a buscar a mi hija, y cuando la haya encontrado, subiré a hacerle la limpieza!

El párroco Lewis se quedó con la boca abierta, mirando como Luey cogía el camino de la pradera, mientras que iba gritando el nombre de su hija. Luey tenía en mente lo que un día antes le pidió Mat. Que necesitaba hablar con el hechicero Silvey, y sin pérdida de tiempo se puso a escalar el monte, para llegar lo más pronto posible a la cueva del hechicero.

El hechicero Silvey se preparaba para sentarse cómodamente en su sillón de madera de cedro. Sus dos inseparables serpientes enroscadas en su cuerpo hacían de él, un hombre de mucho poder, y de magia elevada. Ya sentado en su cómodo sillón, echó la vista al caldero de agua de lluvia, que las dos mujeres ayudantes le habían preparado cómo cada mañana hacían.

Su sorpresa fue enorme al mirar la luna del agua y ver a Mat que esperaba en la entrada de la cueva, con mucha más gente, a que el portero Alwin diese la orden de entrar.

El hechicero hizo una señal para que se acercara una de las mujeres, y cuando la tuvo delante, le dijo.

- Dígale a Alwin que haga entrar a la niña.

La mujer se dirigió hacia la salida, y ejecutó la orden del hechicero.

Mat con su muñeca en brazos y pegada a su pecho, avanzaba con ligereza al encuentro del hechicero Silvey. Las dos miradas se encontraron de frente, una no podía apartarla de la otra. Las dos serpientes se alborotaron hasta el punto de deslizarse del cuerpo del hechicero. Él con suavidad las agarró por debajo de la cabeza, y con caricias volvieron a colocarse donde antes estaban.

Sali la muñeca de Mat, fijó su vista en los dos reptiles. Las dos serpientes fueron al encuentro de ella. Sali gritaba pidiendo ayuda a Mat, pero nada de esto tuvo poder para retener a los dos reptiles que al instante se deslizaron del cuerpo del hechicero, y como si tuvieran alas saltaron por encima de él, y sin que pudiese hacer nada, con espanto de todos, y aún más de Mat. Una de las serpientes con su enorme cola arrancó de las manos de Mat a su muñeca. La serpiente en el aire, daba vuelta y más vueltas con la muñeca enroscada, hasta que la soltó a una gran velocidad, y fue a estrellarse contra el muro de la cueva. Se rompió a pedazos sin posibilidad de repararla. La otra serpiente que no había actuado se quedó vigilando en el aire, en el centro de la cueva.

Mat gritó a los dos reptiles, estaba enloquecida.

- ¡Malditas seáis!

Mat dio un salto, y se encaramó encima de las dos serpientes. En ese instante creció tres palmos más de lo que era. Sus manos habían crecido en adaptación de su cuerpo. Agarró con sus manos a los dos reptiles por la mitad del cuerpo. Mientras que daba vueltas con la serpiente manteniendo una lucha con ellas, y maldiciéndolas al mismo tiempo. Había enloquecido de tal manera que no tenía control de sus actos.

El hechicero iba rodeando la cabeza y la vista hacia todos lados, siguiendo la lucha encarnecida que mantenía Mat y las dos serpientes. Era un

verdadero delirio de cómo combatía con las dos enormes serpientes en el aire.

Las dos mujeres ayudantes del hechicero, nada más empezar la lucha se quitaron del medio, para ir a refugiarse al interior de la cueva. Dentro era muy profundo, con varios departamentos que hacían de habitaciones, y de un salón donde los dos mastines blancos descansaban todo el día.

El hechicero se puso en pie, y con la ligereza que le permitían sus piernas, entró en lo más profundo de la cueva, tenía que actuar lo más rápidamente posible. Aquél lugar tenía una abertura redonda, que se comunicaba con el exterior. En ese gran agujero redondo, era la entrada y salida de una bandada de cuervos, que el hechicero manejaba en ocasiones muy precisas. En esos instantes, el momento había surgido, corría prisa acabar lo más pronto posible con el combate provocado por Mat.

El hechicero llamó a toda la bandada de cuervos, que eran treinta, y le dio la orden para que volaran dentro de la cueva y acabaran con la lucha a muerte que Mat mantenía en el aire, con las dos pitones.

Los cuervos volaban por todo lo largo y ancho de la cueva, formando un gran estrépito al agitar sus alas. Sólo tardaron unos segundos en hacer su aparición en el gran recinto, donde se hacía la lucha encarnecida, que sólo faltaba ya que Mat se quedara sin ojos, los tenía medio arrancados, con dos hilos de sangre que le resbalaba por las mejillas. Las



serpientes también sangraban, eran las heridas que Mat les había provocado clavándoles sus uñas.

Los cuervos que no se andaban con rodeos, fueron directamente a derribar, para que cayeran al suelo Mat y las dos serpientes pitones.

La batalla que se había formado entre las tres especies, era lo peor que había sucedido en la cueva del hechicero Silvey, y eso que él, se las tuvo que ver en muchas ocasiones con espectros difíciles de controlar, y que le hacían la vida imposible.

La batalla ahora era más grande y feroz derramando mucha agresividad en el combate.

El hechicero no podía por más tiempo aguantar la situación. Con el bastón de mando en la mano derecha que le ayudaba a caminar de madrugada por las praderas, lo levantó apuntando a esa enorme guerra que iba acabar en muerte con alguna de las criaturas que combatían. Les lanzó un grito agudo para que parasen.

- ¡Basta ya! ¡Quiero que todos estéis a mis pies inmediatamente!

Las dos serpientes fueron las primeras en obedecer, llegaron al suelo como trapos que se tiran. Mat llegó abajo desvanecida y ensangrentada, no solo por las mordeduras de las serpientes, sino también por las picaduras de los cuervos, que gracias a ellos y a la intervención radical del hechicero Silvey, no terminaron todos muertos. Los cuervos salieron de la cueva en bandada para ir a descansar al árbol más alto que tenía la pradera.

Mat seguía tirada en el suelo sin conocimiento. El hechicero se aproximó a ella, le tocó el rostro y las manos, luego hizo una señal a las dos ayudantes para que se acercaran. Las dos mujeres junto al hechicero, él les dijo.

- Traer una palangana con agua, y una toalla, y limpiar a esta niña.

Las dos mujeres se alejaron para hacer el encargo, y no tardaron en acercarse a Mat dispuestas a lavarle las heridas que tenía por el rostro, cuello, brazos y piernas. Ya lavada, la cogieron y la depositaron donde el hechicero les indicó, sobre la alfombra.

Las dos serpientes que también habían salido heridas, fue el hechicero Silvey quién se ocupó de ellas, en dejarlas bien, ya enroscadas en su cuerpo despertó a Mat que seguía mareada.

Ella fue a gatas hasta las rodillas del hechicero, lo miró de frente y le dijo.

- He venido para que me ponga en contacto con mi otra parte. Los dos hemos nacido juntos, y nos iremos de la tierra del mismo modo.

El hechicero la cogió por las manos y la puso de pie. Los dos se miraban fijamente a los ojos. El hechicero Silvey le contestó.

- Deja que el destino haga su trabajo, y cuando llegue la hora, te encontrarás con esa parte que te falta y que es, parte de ti.

- ¡Lo necesito ahora! - Dijo con exigencia Mat.

- Sois todavía dos niños, aunque atrapados en mentes de mayores, instinto y sentimientos de 30 años de edad.
- Es que oigo su voz. Tanto él como yo estamos deseosos de conocernos.
- Más adelante ocurrirá, los dos quedaréis en un lugar concreto para que os conozcáis.

En ese instante se formó un gran alboroto en la entrada de la cueva. El hechicero llamó a Alwin para pedirle explicación a tal jaleo.

- Señor - Dijo Alwin - Está en la entrada la madre de esta niña. Quiere entrar, y las demás personas que están esperando desde el amanecer, no la dejan, puesto, que ella acaba de llegar.

- Alwin déjala entrar - Dijo el hechicero.

Luey avanzaba hacia el hechicero con paso lento y cansado. En lo primero que se fijó fue, en Mat que estaba arrodillada a los pies de él. El hechicero le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Luey se llevó las manos a la cabeza al ver a Mat en el estado en que estaba. Los ojos se le habían inflamado, tenían un color amoratado, su cara había quedado deformada, a Luey le daba miedo mirarla.

Mat estaba segura que se iría de allí sin conseguir lo que se proponía. Su madre había ido para verla. Mat se agarró con fuerza a las rodillas del hechicero, hasta el punto de causarle dolor. Los ojos del hechicero Silvey se le encendieron, y mirando fijamente a Mat, le gritó, cosa rara en él.

- ¡Impertinente! ¡Suéltame!
- ¡No! - Contestó Mat soltando la rodilla, y agarrándose a una pierna de él - ¡Necesito conocer a mi otra parte! ¡Y no saldré de aquí hasta que me diga donde puedo encontrarlo!
- ¡No puedo hacerlo de inmediato! - Contestó muy ofendido el hechicero Silvey - ¡Sólo tenéis tres años!
- ¡Necesito conocerlo! - Siguió gritando Mat - En ese caldero que tiene a su izquierda lo puedo ver.
- ¡Ahí solo miro yo! - Contestó el hechicero poniéndose en pie - ¡Y basta ya!

Mat llena de rabia y de ira soltó la pierna del hechicero, y se puso en pie. Con la velocidad del rayo corrió hasta llegar al caldero que contenía agua de lluvia. Al inclinarse para mirar dentro, descubrió su propio rostro medio destrozado, y feo por los moratones e hinchazón de ojos, pómulos y boca. Pegó un grito maldiciendo.

- ¡Maldita sea! ¿Quién es ese monstruo que aparece en el espejo del agua?

Mat se abalanzó hacia el hechicero, pero más concretamente el ataque iba hacia las dos serpientes. Su grito de guerra se oyó haciendo eco dentro y fuera de la cueva.

- ¡Seres destructores y malvados! ¡Me habéis destrozado el rostro! ¡Habéis roto en pedazos a mi mejor amiga! ¡Mi muñeca! ¡Quiero que muráis!

Luey era la primera vez que veía a Mat actuar tan violentamente. Sintió mucha lastima por ella, fuera de la manera que fuese, era su hija, y la quería

dentro del miedo que a veces le hacía sentir. Se daba cuenta que no era una niña como las demás, aunque Mat tuviera diez niñas cerca de ella, no participaría en los juegos infantiles con ninguna de ellas. Los juegos de Mat, no los conocía ninguna niña, y si alguna los conociera, no jugaría.

El hechicero Silvey se vio en la necesidad de actuar de la manera más rápida e eficaz. Agarró a Mat por el cuello, le apretó la garganta, hasta el punto de no dejarla respirar. Cuando se quedó sin respiración, dejó los hombros caer, y los brazos a lo largo de su cuerpo. En ese instante el hechicero pronunció unas palabras mágicas, y seguidamente soltó a Mat del cuello, y la dejó estirada sobre la alfombra.

Luey fue rápidamente a su lado, hincada de rodillas y con lágrimas en los ojos, acariciaba el rostro desfigurado de su hija.

El hechicero Silvey llamó a Alwin para que cogiera a Mat en brazos y la sacara fuera de la cueva, para depositarla sobre la hierba hasta que recobrará el conocimiento.

Una vez hecho este servicio Alwin, volvió a su puesto de portero. Pero la gente que esperaba desde hacia horas, estaban más interesados por ver como había quedado Mat, que por entrar en la cueva. Se formó un gran corro alrededor de Luey y de Mat. Todos querían saber qué había ocurrido con la niña.

El hechicero Silvey al descubrir este acontecimiento, se enfadó, y ordenó a Alwin que

echara la cortina en la entrada de la cueva, en señal de haber terminado por ese día su trabajo.

Luey era una madre desesperada que no sabía en esos momentos tan difíciles, que iba a sucederle a su hija Mat. Las reacciones de la niña las conocía o, creía conocerlas, porque dentro de la cueva del hechicero, se asustó enormemente al verla enloquecida hasta perder el sentido. En esos instantes sentada sobre la hierba junto a su hija, recordaba el mal rato que le hizo pasar a ella, y a su marido en el huerto. Por un momento creyó que iban a morir los dos, a manos de Mat y de su diabólica muñeca.

Mat acababa de despertarse. Miró a su alrededor, estaba observada por mucha gente medio harapienta, que la miraban con curiosidad. Como una niña asustada se abrazó al cuello de su madre, con la cara pegada a su pecho, e hizo lo que nunca se le ocurriría hacer echarse a llorar, como una niña de su edad.

Luey se levantó de la hierba con Mat en brazos, y con ella bien cogida, fue caminando en dirección a la iglesia.

A la mitad del camino se encontró con su esposo, que iba en su busca. Él, al mirar a su hija Mat, se asustó, estaba desconocida, el rostro tan bonito que tenía se le había desfigurado.

Fue el señor Listel quien cogió a Mat en brazos, y bajaron de la pradera. Este sufrimiento, el matrimonio lo llevaban con resignación. Para ellos

Mat era una niña enferma, las cosas que hacía, no las hacía cómo otra niña. De hecho, las demás niñas que acompañaban a sus padres todos los domingos a misa, rehuían encontrarse con Mat, todas le daban de lado. No tenía amigas con quién jugar, era rechazada por quién la conocía. Su única amiga había sido Sali, su muñeca. La perfeccionó tanto, que casi le dio vida, de hecho, Sali hacía lo que Mat le ordenaba, y actuaba como una muñeca diabólica. Esa fue la razón por la que una de las serpientes del hechicero, la destrozara quitándole todo el poder que Mat le había transmitido.

El señor Listel con Mat en brazos cogió el camino del hospital, donde tenía visita el doctor Burdi. Era necesario que viera el rostro que le habían dejado las serpientes a Mat, en la lucha que mantuvieron dentro de la cueva y en el aire.

El hospital estaba abarrotado de gente que esperaban entrar en la consulta del doctor Burdi o, de otros dos más doctores que tenían guardia.

Mat llevaba la cara escondida en el pecho de su padre. Ella era consciente de cómo estaba, y del repudio que podía transmitir a las demás personas que la miraran.

El doctor Burdi al ver al matrimonio Listel que esperaban en el pasillo, se temió lo peor, y los hizo entrar en la consulta. Mat se cubrió el rostro con las manos, para que el doctor no le viera la cara. Él, que conocía demasiado bien a Mat, y todos los problemas que causaba debido, a no ser una niña



como las demás. Fue con mucho tacto, sin obligarla a nada, le habló con suavidad para que se descubriera el rostro.

- Hola Mat - Le empezó diciendo - ¿Me recuerdas?

Mat seguía con el rostro cubierto con las manos.

- Soy el doctor Burdi ¿Te acuerdas de mi?

Mat siguiendo en la misma postura, dijo con seca y potente voz.

- ¡Quiero mi muñeca!

El doctor Burdi miró al matrimonio Listel para que le explicara ¿Por qué Mat pedía su muñeca?

La única que sabía algo, era Luey, y fue ella quien contestó.

- Mat subió esta mañana con su muñeca a la cueva del hechicero Silvey. Las dos pitones que tiene enroscadas en su cuerpo, se abalanzaron sobre Mat, le destrozaron su muñeca. Mantuvo Mat con los dos reptiles una lucha casi mortal.

El doctor Burdi tenía los ojos como platos. Le parecía una fantasía lo que Luey le estaba contando.

El doctor Burdi no quería saber nada más de este tema. Las cosas con Mat estaban yendo demasiado lejos. Él, mejor que nadie sabía que Mat era una niña sobrenatural, y de ella podían esperarse muchas sorpresas desagradables. Y sobradamente bien sabía, que aunque Mat tuviera tres años, no pensaba ni actuaba como una niña de su edad. Ya no quería reconocerla, era como si de pronto le hubiese

cogido miedo. Y para concluir la consulta, el doctor Burdi dijo.

- No puedo hacer nada por Mat, los moratones e hinchazones que tiene en el rostro y en el cuerpo, se le irán yendo, todo es cuestión de tiempo.

El matrimonio Listel salió de la consulta del doctor Burdi, y se dirigieron a la iglesia.

Entraban por la puerta de la habitación, y precisamente el párroco Lewis bajaba las escaleras en ese instante. Mat bajó de los brazos de su padre para meterse lo más rápidamente posible en la habitación, no quería que el párroco viera su rostro. El señor Listel se adelantó para disculparse.

- Párroco Lewis, perdone mi tardanza, pero, es que hemos tenido que llevar a Mat al hospital.

El párroco le faltó tiempo para responder, y dirigiéndose a Luey, le dijo.

- ¡Luey, ha estado fuera de aquí casi todo el día! ¿Puedo saber por qué?

Luey respondió y dijo.

- ¡He estado con mi hija!

- ¡Os recuerdo, que quién os pago soy yo! ¡Y gracias a mi, tenéis esa vivienda! - Dijo con mal genio el párroco - ¿Dónde habéis estado?

- En la cueva del hechicero Silvey - Contestó Luey.

- ¡Dios, todopoderoso! - Exclamó el párroco - ¿Qué líos os tenéis montados con ese viejo loco? ¿Para qué habéis subido a la cueva?

El matrimonio Listel, permanecieron callados. Y de pronto apareció en la puerta de la habitación la

silueta desfigurada de Mat. El párroco al verla se asustó, y lanzó un grito diciendo.

- ¡Asqueroso demonio, vete de aquí!

Mat sacó los dientes, y las garras. Y señalando al párroco con el dedo, le amenazó diciéndole.

- ¡Esta noche nos veremos en el río!

- ¿Que está diciendo esta descerebrada? - Gritó el párroco haciendo un ademán de desprecio - ¡No tenías que haber nacido!

Seguidamente el párroco Lewis se dirigió a Luey ordenándole. Sin prestarle atención a lo que Mat le dijo.

- ¡Quiero verla ya mismo arriba! ¿Sabe que se ha dejado mi cama sin hacer, los suelos sin fregar? ¿Y la comida sin hacer?

- Rápidamente voy - Dijo humildemente Luey.

El párroco Lewis, después se dirigió al señor Listel.

- ¡Necesitan ser podados los árboles frutales! ¿Tengo yo siempre que estar al tanto para que haga usted bien las cosas?

- No se preocupe Párroco Lewis, empiezo ahora mismo.

El párroco los miró de reojo. Seguidamente subió las escaleras, entró en su vivienda dejando la puerta entornada.

Para Luey era difícil dejar a Mat sola en el estado en que se encontraba, pero no tenía más remedio que acatar las órdenes del párroco Lewis.

A media tarde, Luey acabó todo el trabajo que tenía que hacer en la casa del párroco. Ya anocheciendo calentó agua en una gran cacerola, y la vertió en una gran palangana de metal, para bañar a Mat. Era necesario que limpiara su cuerpo, lo tenía encenegado por todo lo que había sucedido en la cueva del hechicero.

Cuando todo este menester lo hubo acabado, se limitó hacer una cena rápida para irse pronto a dormir. Tanto ella como su esposo, estaban que no se mantenían en pie.

El matrimonio Listel dormía profundamente. La luz de la luna llena se filtraba por los cristales viejos y rallados, de la ventana de la habitación. Mat aunque hacía dos horas que se había acostado, no dormía, tenía una deuda pendiente, y era preciso cumplirla.

Salió de la cama, sin apenas hacer ruido, y en camión. Salió de la habitación, y subió las escaleras, se detuvo delante de la puerta de la vivienda del párroco Lewis. Su propósito lo tenía que llevar a cabo. Sus uñas eran largas y fuertes como el hierro, las clavó en la puerta arañándola varias veces, y luego bajó las escaleras y salió fuera. Se dirigió al río, y allí esperó sentada en la orilla.

El párroco Lewis lo despertó el ruido de los arañazos. Se levantó de la cama y fue a mirar quién hacía tal chirrido en la madera de la puerta. La abrió, miró de frente, y al no ver a nadie, echó la vista hacia la derecha y luego a la izquierda. Los

resultados eran nulos nadie había en la puerta ni en las escaleras, lo podía ver bien con la claridad que daba la luna, y que entraba por el ojo de buey de encima de la puerta de salida. A sus oídos llegó la voz transformada de Mat, profunda como la noche, oyó que le decía.

- ¡Párroco Lewis, el río lo está esperando!

El párroco con el pijama de una sola pieza gris oscuro, y descalzo, bajó las escaleras, era lo más parecido a un sonámbulo, que sólo seguía la voz que lo estaba llamando.

Mat agazapada detrás de un matorral, y con los pies dentro del agua, observaba al párroco como se iba aproximando sin poner ninguna resistencia. Andaba con paso lento, la mirada puesta en el agua plateada por la iluminación de la luna que se reflejaba en ella, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Las piedras que cubrían este recorrido, hacían ruido al chocar unas con otras en el momento de poner los pies encima.

Mat calculó dos metros de distancia para que el párroco Lewis llegara a la orilla del río. Entre las ramas de un arbusto, lo iba siguiendo con la vista, esperaba a que llegara el momento que ella tanto había deseado, y que en pocos instantes se iba a cumplir como una realidad.

La luna majestuosa, esa noche lucía un aro brillante a su alrededor. El agua del río con el resplandor se podía apreciar su bajada limpia y cristalina, el ruido de fondo de la fuerza que llevaba.

El párroco Lewis seguía avanzando. En sus oídos había quedado el eco de la voz que lo llamaba, y lo más parecido a un zombi andaba con una gran paz interior, ausente a todo lo que le rodeaba.

Al pisar el borde del agua, se paró. Mat lo volvió a llamar de nuevo, con la misma voz transformada, le dijo.

- ¡Párroco Lewis, el río lo está esperando!

En ese instante el párroco siguió andando, cada vez entraba más en el río y más profundamente. La luz de la luna permitía ver por donde iba avanzando. El agua le cubría la mitad de la espalda. Cinco minutos después le cubría los hombros. Y cinco minutos más tarde, le cubrió la cabeza.

Mat salió de entre los matorrales y fue a sentarse a la orilla del río. La mirada la tenía puesta en el agua, en el lugar donde había desaparecido el párroco Lewis para siempre. Después de estar mirando, echó la vista hacia arriba, y observó la luna un rato, con su esplendor.

Los rayos del día aparecían por el horizonte.

Mat se puso de pie y se dirigió a la habitación que ocupaban sus padres. Al llegar al umbral de la puerta, oyó los ronquidos de su padre. Ella era consciente de no ser una persona normal, una niña como las demás. Solo por eso sentía compasión por sus padres, aunque ella carecía de sentimientos, pero comprendía que su madre la llevo en su vientre nueve meses, y la estaba criando con mucho amor y

esmero. Por su madre sentía un cariño especial, pero por su padre, no sentía nada.

Llegó hasta su cama y se acostó, se durmió, como si nada hubiese sucedido.

El matrimonio Listel se levantaban a diario al rayar el día. Él, lo primero que hacía era, entrar en la iglesia y encender las velas, pues, el párroco Lewis todos los días a la misma hora bajaba a la iglesia para hacer sus plegarias. El señor Listel lo esperaba limpiando, era él, quién se encargaba de hacer este menester de la iglesia.

Luey, una hora más tarde subía al piso para prepararle al párroco el desayuno.

El señor Listel ya terminada la tarea de la iglesia, advirtió que el párroco Lewis no estaba, no había bajado para rezar. Le chocó bastante puesto que era puntual. Hacía una hora que debía de estar allí, rezando. La iglesia se comunicaba con la vivienda del párroco. Las escaleras que daban al piso de arriba, el señor Listel las subió, estaba seguro que el párroco debía de encontrarse mal para no haber bajado a la iglesia. Al entrar en el piso, oyó ruido de platos en la cocina. Se dirigió allí, y encontró a su esposa Luey preparando el desayuno del párroco. El señor Listel creyendo que el párroco se encontraba en su dormitorio le preguntó a Luey por lo bajo.

- ¿Está el párroco Lewis todavía en la cama?

Luey se encogió de hombros, y luego contesto.



- Yo no lo se ¿Por qué lo preguntas?

El señor Listel se acercó más a ella y le susurro al oído.

- No ha bajado a la iglesia.

El matrimonio se miró extrañado. Luey también susurró a su esposo diciéndole.

- Llega hasta la puerta de su dormitorio, y mira si está durmiendo.

El señor Listel salió de la cocina, y anduvo unos metros del pasillo, lo hacía despacio para no hacer ruido. Al llegar a la puerta del dormitorio, se paró. Inclino su cuerpo hacia delante y sacó la cabeza para mirar. La cama se encontraba justo en frente de la entrada de la puerta. Se quedó parado y frío, al comprobar que la cama estaba deshecha, las zapatillas del párroco en el suelo, y su ropa de diario colgada en el respaldo de una silla. El señor Listel cogió la opción de entrar, puesto que el párroco Lewis no estaba en su dormitorio. Se quedó plantado delante de la cama observando las zapatillas, y la sotana del párroco. Fue con rapidez al encuentro de su esposa. Ella al verlo no supo que decirle, y advirtió que algo raro estaba pasando. Su esposo le dijo con asombro.

- ¡El párroco Lewis no está en su dormitorio!

- Es posible que haya ido a la iglesia - Contestó Luey.

- ¡Tampoco! Hace una hora que estoy allí, y no ha bajado. Sus zapatillas de estar por casa están delante de la cama y la sotana colgada sobre una silla.

Luey con ojos de asombro cogió el paño de cocina y se secó las manos, seguidamente dejó el paño estirado en el filo del fregadero. Salieron los dos de la cocina y fueron mirando en las otras dos habitaciones que las utilizaba de trastero.

Habían verificado toda la vivienda, y no hallaron rastro del párroco Lewis. Para el matrimonio Listel era evidente que del piso no había salido, sin estar vestido y calzado, pero no quedaba sitio ya donde mirar.

El matrimonio Listel, salieron del piso cerrando la puerta con llave. Luey la guardó en el bolsillo derecho de su delantal. Ella entró en su habitación, había dejado a Mat durmiendo.

Mat se encontraba sentada en una silla, con un trozo de pan en la mano derecha y en la izquierda una rebanada de queso. Lo iba comiendo despacio y tranquila, después de morder el pan, levantó la vista y miró a sus padres. Luey le sonrió, la acarició con su mirada.

El señor Listel se encargó de buscar al párroco Lewis por el huerto, lo anduvo todo. Aunque le parecía raro que saliera de su vivienda en pijama y descalzo, el párroco no haría eso, era un hombre demasiado precavido y resguardado de la mirada de las demás gentes. Nadie lo había visto sin sotana, ni siquiera el señor Listel, que era el primero en verlo cada mañana. Ya harto de buscarlo por el huerto y los alrededores de la iglesia, volvió a la habitación.

Luey estaba preparando el desayuno. Té, pan y fruta del huerto. Él se sentó en la silla que ocupaba cada día. Luey le sirvió un tazón de té humeante, a un lado dejó un trozo de pan. En el centro de la mesa había una fuente con fruta del tiempo. Luey iba bebiendo el té a pequeños sorbos. Su esposo no había tocado el tazón con té, y mirando a Luey de frente le dijo.

- No hay rastros del párroco Lewis, no se donde buscarlo, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

- ¿No será mejor que vayas a comisaría y lo denuncies? ¿Los guardias son quien tienen que buscarlo! - Dijo Luey.

Mat se veía tranquilamente mordiéndolo el pan y el queso, era como si estuviera ausente de lo que sus padres decían.

El señor Listel solo tomó el té, quería dar parte de la desaparición del párroco Lewis lo más pronto posible. No tardaría el ir gente para oír la primera misa que era, a las nueve de la mañana, y se encontrarían de la sorpresa de que el párroco había desaparecido. Rápidamente se preparó y marchó.

---

Dos guardias de la policía se presentaron en la iglesia acompañados por el señor Listel. Luey les entregó la llave de la vivienda del párroco Lewis. Ellos y el señor Listel subieron y miraron hasta el último rincón del piso. Seguidamente salieron, cerrando la puerta con llave, y se la volvieron a

entregar a Luey, a eso de la una de la tarde, llegaron más policías para rastrear el huerto, los campos y el río. Nada dio resultado, el párroco Lewis no aparecía, ni siquiera una pequeña pesquisa de por donde había ido por última vez.

La iglesia se cerró hasta nueva orden. Se comunicó al obispado de Londres la desaparición extraña del párroco Lewis.

La policía empezó a rastrear el río en barca. A los tres días, el cuerpo del párroco Lewis flotaba por encima de las aguas. La policía dio por cerrado el caso por tratarse de un suicidio, eso fue lo que dio la autopsia.

El obispado de Londres se ocupó de recoger las pertenencias del párroco Lewis, también mandó a un hombre para que pintara de blanco el piso. Otro párroco iba a ocupar ese puesto en breves días.

Neli no quería seguir viviendo con su hijo Rold a las afueras de Londres. Aunque la casa que el señor Xanders había hecho construir para ella y Rold, llena de comodidades y lejos del ruido de la gente, que hablaba a gritos, se resistía a quedarse sola con un niño de tres años. Rold le había causado miedo, pues un niño a esa edad era imposible que se enfrentara a un hombre, como había hecho con su esposo el señor Glabill, que apunto estuvo de quitarle la vida. Decidió volver a la posada, prefería trabajar al lado del señor Xanders.

A la edad de quince años, Rold había desarrollado su cuerpo. Era un joven alto, fuerte y de facciones finas, pero varoniles. El señor Xanders que hacía de padre y que llevaba sus apellidos, era un orgullo para él, tener un hijo que era la envidia de todos.

Los viajeros que llegaban a la posada se quedaban maravillados del hijo del posadero, amable y bien educado hacía que, cada día llegaran nuevos clientes. Rold era quien se ocupaba de revisar las mesas para que de nada faltara.

Neli no cabía de felicidad, lo tenía todo, único ejemplar, su hijo que se desvivía por ella, un trabajo que la llenaba mucho, y el respeto y afecto del señor Xanders que le profesaba.

Rold desde hacía un tiempo se comunicaba por telepatía con Mat. Tanto él como ella sabían que habían nacido para encontrarse y vivir unidos en amor. Este amor sería el que ellos utilizarían, el único que sabrían vivir. Se conocían pero no físicamente, todo ocurría por encuentros visionarios y telepáticos, a través del viento se habían visto en varias ocasiones.

Mat también era alta, bien proporcionada de cuerpo, y de una gran belleza.

Hacía dos días que en el almacén y la cocina de la posada, se habían filtrado una manada de gatos hambrientos, estaban acabando con la reservas de carnes y pescados secos. Clovis seguía trabajando en la posada desde antes que Rold naciera, él en persona se encargó de echar a los gatos fuera del establecimiento. Pero era una tarea muy difícil para que la llevara él solo, cada vez que se metía en el almacén para echar a algún gato, salía con el rostro y las manos arañadas y ensangrentadas. Hasta que decidió no entrar más veces solo. El señor Xanders era mayor, y algo torpe, como para ofrecerse a acompañar a Clovis a tan difícil tarea. Rold era el más indicado, y fue él, quién decidió entrar con Clovis.

En el almacén al no filtrarse la luz del día, Clovis llevaba en su mano derecha una antorcha de llama gruesa para que iluminara bien el sótano de la posada.

Los gatos que eran cinco o seis, nada más ver el fuego de la antorcha saltaron por las paredes lanzando grandes maullidos, daban grandes saltos, y de una pared saltaban a otra. Clovis estaba acobardado, la mano con la que sostenía la antorcha, le temblaba.

Rold permanecía tranquilo, observando los saltos de los felinos. Uno de los gatos, el más grande, dio un salto y fue a posarse encima de la cabeza de Rold. En ese preciso instante que el gato rozaba con sus patas traseras la cabeza de Rold, él alargó la mano y atrapó al gato por el cuello. Lo apretaba ante la mirada horrorizada de Clovis. El gato se defendía clavaba sus afiliadas uñas en el brazo de Rold. Él tiró el gato contra la pared, y del golpe, el felino se quedó atontado, y cayó al suelo. Con el cuchillo de cortar carne, Rold lo cogió, y como si de una hacha se tratara, pegó un golpe seco en el cuello del gato, separándole la cabeza del cuerpo. Clovis conmocionado por lo que acababa de ver, dio un grito exclamando.

- ¡Rold! ¿Qué has hecho?

Rold miraba a Clovis con una sonrisa perversa. Le ordenó con sarcasmo.

- ¡Coge a este animal, y súbelo a la cocina, servirá de cena a los viajeros, llegaran pronto!

Clovis no podía responder, los labios se le habían quedado sellados. Rold le pegó un grito.

- ¡Me has oído, pedazo de imbécil!

Clovis no reconocía a Rold, era la primera vez que descubría su verdadera personalidad. Sintió fuertes dolores en el estómago, lo tenía revuelto de ver al gato sin cabeza y ensangrentado. Echó la vista hacia Rold que lo observaba con impaciencia como cogía del suelo al felino, ensangrentado.

Clovis no podía mirar al gato, se agachó y con la mano izquierda tanteo el sitio. Sus dedos tocaban las patas traseras del pobre animal, las cogió casi sin fuerza y lo fue levantando poco a poco del suelo, cuando sintió por el peso que lo mantenían en el aire, lo miró, y vio como salía del cuello del animal dos chorros de sangre.

La antorcha que mantenía en la mano derecha se le cayó al suelo, y rodó por el largo pero estrecho pasillo. Le vinieron arcadas, y sin poderlo evitar vomitó tres veces seguidas. Había acabado con la paciencia de Rold. Miró a Clovis con desprecio, y con la voz y el mandato de un inquisidor, le ordenó.

- ¡Recoge la antorcha! ¡Eres un inútil!

Clovis anduvo por encima de su vomitera, y fue a ejecutar la orden. Con la antorcha en la mano derecha y el gato decapitado en la izquierda, fue a encontrar la salida. En el momento de salir por la vieja y agujereada puerta, Rold le pidió.

- ¡Dame la antorcha, y ven pronto! ¡Quedan más gatos para decapitar!

Clovis creía que era una pesadilla, y que estaba soñando, y que pronto despertaría de ese mal sueño. Al entrar en la cocina con el gato colgando de su



mano. Neli se disponía a preparar la cena, ella con la cara de espanto al ver a Clovis, gritó.

- ¡Cielo santo, que has hecho!

Clovis tragó saliva, y luego respondió.

- ¡Yo no he sido! ¡No he matado a este gato!

- ¿Qué haces aquí con ese animal muerto?

- ¡Lo ha matado Rold! ¡Y dice, que servirá de cena!  
¡Hay cuatro o cinco gatos más que van a correr la misma suerte!

El señor Xanders en ese instante entraba en la cocina con dos jarras vacías de cerveza en las manos, al ver a Clovis le advirtió.

- ¡No me gusta esta clase de gracia! ¿Qué haces en la cocina con ese animal decapitado?

- Dice Rold que se guise para esta noche -  
Respondió Clovis con la cara blanca como el papel.

- ¿Qué clase de broma es esta? - Preguntó el señor Xanders.

- ¡No es ninguna broma! - Contestó Clovis - ¡Rold parece haberse vuelto loco!

Neli sabía que Rold había bajado al almacén, se dirigió allí rápidamente, y bajó las escaleras. Encontró a Rold preparado para darle muerte a otro gato, de la misma manera.

- ¡Hijo que estás haciendo! - Intervino Neli.

Rold la miró de frente fríamente. Su manera de mirarla era mezquina y aún más diabólica.

- ¡Madre, no quiero que estés aquí! Le inquirió con voz seca y desagradable - ¡Esto no va a ser agradable para tus bellos ojos!

- ¡No quiero que sigas con ese macabro hinchamiento que estás llevando a cabo con esos pobres animales!

Rold soltó al gato que sujetaba, el felino al verse libre salió disparado buscando una salida. Rold con paso lento y mirada desafiante se aproximó a Neli, ya frente a ella la revisó de la cabeza a los pies, y con gesto de desprecio, le advirtió.

- ¡Madre no vuelvas más a meterte en lo que yo haga!

En ese instante apareció el señor Xanders. Tenía palpitaciones en el pecho de bajar las escaleras a prisa, y de lo que había visto del pobre gato decapitado. Él oyó las palabras que Rold utilizó con su madre y le recriminó.

- ¡No le hables a tu madre de ese modo!

Rold dio dos pasos hacia delante, y manteniendo la mirada alta, le contestó al señor Xanders.

- ¿Quién crees que eres? ¿Cómo te a través ha decirme lo que hago bien o mal?

El señor Xanders se quedó parado ante esa respuesta. Le mantuvo la mirada firme, y dijo.

- ¡Soy tu padre!

- ¡No lo eres! - Contestó Rold - ¡Y aunque lo fueras, no te iba a permitir que me hables de esa manera!

Neli quiso intervenir, pero Rold no la dejó.

- ¡Madre! ¿Sabes que resultas a veces estúpida?

El señor Xanders sin atender más razones dio un paso hacia delante, y estampó su mano derecha

en la mejilla izquierda de Rold. La bofetada sonó como una gran palmada dada en el aire.

Las pupilas de Rold cambiaron de forma, no parecían las de una persona, tampoco podía verse a que ser o animal podían pertenecer. De su garganta salió un rugido, que la inflamó al instante, hinchándosele el rostro al igual que la garganta, enrojeció.

El señor Xanders no esperó más tiempo a quedarse allí, el pánico se había apoderado de él. Neli no sabía que hacer ante esa situación tan peligrosa, era su hijo y no lo conocía, su comportamiento era el de un ser malvado y destructor, sin sentimientos.

El señor Xanders agarró el brazo de Neli que se había quedado helada como el hielo, y subieron rápidamente las escaleras. Arriba se encontraron con Clovis. El gato lo había envuelto con papeles y dejado en la basura, la inquietud que tenía por dentro se veía. Tanto él, como Neli y el señor Xanders estaban pasando por una situación desesperada, angustiada, con un hijo que poco sabían de él.

---

Los viajeros ausentes de todo trance, pedían cenar y beber. Neli y Clovis se metieron en la cocina para hacer la cena. El señor Xanders se ocupó de servir bebidas a los clientes que, desesperadamente daban palmetazos encima de las mesas. Muchos de ellos conocían a Rold, reclamaban su presencia. El

señor Xanders iba totalmente angustiado, no sabía que responderles.

Hacia dos horas que Rold seguía en el almacén, o sótano de la posada. Las escaleras para llegar eran estrechas y muy profundas, la oscuridad era absoluta. La puerta que daba al sótano, estaba cerrada, Rold la había cerrado e incluso, el silencio hacia oscuridad, tenía para alumbrarse la antorcha, y por norma, la mecha debía estar casi consumida. La desesperación de Neli era enorme, sabía que su hijo la adoraba, y aún así, no se atrevía a bajar las escaleras y menos llamar a la puerta.

El señor Xanders era otro tanto igual, él todavía menos haría el gesto de bajar a llamarlo. Le había pegado una bofetada por hablarle mal a su madre, era la primera vez que se dirigió a él, para corregirlo.

La noche siguió avanzando con resultados nulos de Rold, seguía encerrado en el sótano.

Los clientes se marcharon, unos a las habitaciones que habían reservado para esa noche, y otros siguieron el viaje hacia otros lugares. Clovis que no dormía en la posada se marchó. La desesperación de Neli y del señor Xanders había aumentado. Sus mentes estaban llenas de confusiones, puesto que había llegado la madrugada, y Rold seguía metido en el almacén. El señor Xanders se armó de valor, y le expuso a Neli.

- ¡Voy a bajar las escaleras! Son las tres de la madrugada, Rold lleva diez horas encerrado abajo.

Neli se cogió con fuerza a las manos del señor Xanders, sentía mucho miedo por lo que le pudiese suceder, Rold podía hacer mucho daño, de eso estaba segura. Su hijo no era como ella pensaba.

- ¡Señor Xanders tenga mucho cuidado! - Le advirtió Neli.

- Sí, no se preocupe Neli - Dijo él, bajando el primer escalón, y portando en su mano derecha una vela encendida para alumbrarse.

Neli se quedó mordiéndose los puños, y mirando como iba el señor Xanders bajando despacio las oscuras y estrechas escaleras. Se quedó de pie esperando.

Una pequeña luz de vela alumbraba el hueco de las escaleras de un tono amarillento. La larga sombra de la silueta de Neli, se quedó pegada en la pared inmóvil.

El señor Xanders había llegado al filo de la escalera, y se encontraba delante de la puerta. Rodeó la cabeza y miró hacia arriba. Neli le hizo un gesto de nerviosismo, de estar pasándolo muy mal, y deseando acabar lo más pronto posible con esa situación absurda, que no conducía a ningún lugar.

El señor Xanders golpeó dos veces la puerta con los nudillos de su mano derecha, y esperó. Pasados bastantes segundos volvió a llamar de la misma manera dos veces más, al tiempo que gritaba diciendo.

- ¡Rold abre la puerta!

Pasado un minuto no esperó más, y empujó la puerta con la palma de su mano izquierda. La puerta cedió y se fue abriendo muy despacio haciéndose oír un chirrido de bisagras viejas y oxidadas.

Por una rendija de un palmo, la puerta se quedó atascada, algo fuerte había que impedía que se abriera en su totalidad.

La voz de Neli se oyó, que preguntaba.

- ¿Por qué la puerta no se abre?

- ¡No lo sé, Neli! - Respondió el señor Xanders.

Él forzó la puerta empujando con la mano y el pie derecho. De pronto la puerta cedió y se abrió de par en par. Dentro estaba oscuro, el silencio era absoluto.

- ¿Qué está ocurriendo? - Preguntó Neli.

No hubo respuesta, el señor Xanders había entrado en el almacén. Levantó la vela para poder ver algo. En la sombra de la poca luz que daba la mecha de la vela, sólo podía ver el señor Xanders, la reserva de víveres que quedaba en las estanterías clavadas en la pared, y algunas cestas de frutos secos en el suelo. Hacía cuarenta años que bajaba al almacén, y por primera vez el miedo se apoderó de él, sentía terror encontrarse a las tres de la madrugada en ese sótano frío y oscuro. Sólo unas rendijas se advertían en la parte superior de la pared. Era una pequeña ventana que servía de respiración del sótano. Aunque así era, tampoco entraba ninguna luz, la noche era oscura como la boca de un lobo.

De pronto se oyó un fuerte golpe que parecía venir de la pared de enfrente, y un aire lo suficientemente alto que apagó la llama de la vela. Al instante la puerta del sótano se cerró pegando un portazo. El señor Xanders tiró la vela apagada que sostenía en la mano, y se volvió hacia la puerta para abrirla y salir de allí corriendo, con un temblor que paralizaba su cuerpo. El sudor apareció en su rostro, cuello y manos. Sentía que algo o, alguien estaba detrás de él, percibía su respiración y el calor de su cuerpo.

- ¡Señor Xanders! - Gritaba Neli desde arriba de la escalera - ¡Que está ocurriendo! ¿Por qué la puerta se ha cerrado?

- ¡Neli, llame a alguien por favor! ¡Que alguien venga a abrirme!

- ¡Chiiiiist! - Se oyó marcar silencio - ¡Padre adoptivo no pidas ayuda! - Era la voz de Rold.

El señor Xanders se dio la vuelta. La impresión que se llevó fue casi mortal. Sólo vio delante de él, dos ojos luminosos del color del cobre, que lo miraba con crueldad.

- ¡Hijo, no me hagas daño! - Rogó el señor Xanders.

- ¡Mira el viejo, ahora ruega! - Dijo Rold.

- ¡Te suplico, abre la puerta! ¡Déjame salir de aquí!

- ¡Chiiiiist! - ¡No llores como una mujer!

- ¡Si todo esto lo haces por la bofetada que te he dado, te pido perdón! ¡Pero deja que me marche!

- ¡No grites que estás asustando a mi madre! - Dijo Rold con sarcasmo.

- ¡En el nombre de ella, te pido que me abras la puerta! ¡Está tan asustada como yo!

En ese instante la puerta se abrió, sólo se distinguía arriba de la escalera una pequeña luz que se iba apagando, era la silueta de Neli. Ella al ver la puerta abierta, llamó a su hijo.

- ¡Rold, deja de jugar con tu padre y conmigo!

- ¡Madre, te invito a que bajes!

- ¡Rold, tengo miedo! - Contestó Neli - ¡No veo las escaleras! ¿Por qué nos haces esto?

Apenas Neli acabó de pronunciar estas frases, vio como Rold estaba delante de ellas, ofreciéndole la mano gentilmente para ayudarla a bajar las escaleras.

- Madre, coge mi mano y baja conmigo - Dijo Rold, sonriente y galante.

- ¿Para qué quieres que baje? - Preguntó Neli muy asustada.

- ¡Madre, haz lo que te digo! - Dijo Rold pegando un grito.

Neli no resistía más el sufrimiento por el que estaba pasando y rompió en sollozos, cosa que a Rold no le importaba. Estiró de la mano de su madre, y de esa manera fue bajando de las escaleras hasta llegar al último escalón. Allí se encontró con el señor Xanders.

La puerta se cerró tras de ellos de un golpe.

Neli gritó con desespero.

- ¡Rold, te lo ruego, quiero volver arriba! ¡Y ver lo que ocurre!



Neli sintió los labios de Rold pegados en su cuello, diciéndole.

- Madre, todo a su debido tiempo.

El señor Xanders no se atrevía abrir la boca. Temblaba de la cabeza a los pies. Su respiración era agitada, su corazón iba a más de cien. Ahora estaba seguro que se encontraba delante de un enfermo loco de remate o, de un ser malvado y peligroso, dispuesto a todo.

De pronto hubo luz, era la antorcha que ardía reposando en su lugar de sostén, junto a la pared, cerca del techo alto y de cemento.

Neli y el señor Xanders buscaron con la vista la silueta de Rold. Lo tenían frente a ellos, con la mirada alta, y el rostro serio.

Neli hizo el gesto de avanzar hacia él, para abrazarlo, pero Rold se lo impidió diciéndole.

- ¡Madre, soy un hombre! ¡Basta de bobadas!

Neli se quedó parada, sólo le dijo.

- Tienes quince años, y a esa edad todavía se es un niño.

- ¡No menciones más la palabra niño! - Dijo Rold pegando un grito - ¡Cuando estaba en tu vientre, ya era yo adulto!

El señor Xanders tocó el brazo de Neli para que no dijera nada más. Rold que nada se perdía, le llamó rápidamente la atención.

- ¡No le des consejos a mi madre!

El señor Xanders negó, y permaneció con la boca cerrada. Sentía que corría peligro, si se manifestaba en algo.

- Madre ¿No me preguntas para qué te he hecho bajar? - Dijo Rold con voz suave y melosa. Utilizaba todos los tonos de voz que le convenía en cualquier momento y circunstancias.

Neli sacó un hilo de voz y obedeció.

- ¿Para qué me has hecho bajar?

Rold se movió con agilidad hacia la parte larga y estrecha del almacén. Y ordenó diciendo.

- ¡Venir los dos! ¡Acercaos aquí!

Rold estaba de pie señalando con el dedo el suelo junto a la pared.

Neli se llevó la mano a la boca para impedir que un grito saliera de su garganta.

- ¡Si madre, grita, si eso te hace sentirte feliz!

El señor Xanders se había quedado helado, y más tieso que una vela, con los ojos que no podía quitarlos del enorme agujero que había en la pared pegando el suelo. Era profundo y oscuro, más aún que aquella noche sin luna. Tanto él como Neli permanecían callados, no se atrevían abrir la boca, el miedo los invadía por todo el cuerpo.

- Madre ¿No me preguntas que es? - Dijo Rold con una sonrisa en los labios.

- ¿Para que sirve ese agujero? - Preguntó Neli con la voz partida.

- Es mi vivienda - Contestó Rold - Estos tres días que hace que estoy encerrado aquí abajo, la he construido ¿Te gusta?

Neli movía la cabeza sin saber qué decir.

- ¿No te gusta madre? - Preguntó exaltado Rold.

- Sí me gusta, pero no te enfades hijo.

Rold miraba los gestos que el señor Xanders pudiese hacer. Él trataba no moverse, y también controlar su rostro, manos y pies, con un pequeño fallo que tuviese y que no le gustara a Rold, lo iba a pagar caro. Rold le preguntó.

- ¿Qué opinas de la zanja que me he construido para dormir?

El señor Xanders tenía miedo a responder, y que no fueran las respuestas, que Rold quería oír. Y se limitó a preguntarle.

- ¿No vas a dormir más en la habitación que tienes arriba?

Rold cambió el semblante, enrojeció en cólera, y pegando un grito le contesto con rabia.

- ¡No te has fijado en la zanja!

- Bueno... si ... ya veo ... lo que es - Balbuceó.

- ¡Entra dentro! - Le exigió Rold - ¡Quiero que lo descubras tú mismo!

- ¡Por el amor de Dios hijo, no me hagas esto! ¡No tengo bien el corazón!

- ¡Rold hijo, te lo suplico! - Pidió de rodillas Neli.

- ¡Chiiist! - Madre, no hagas ruido, no puedes despertar a los clientes.

- ¿A los clientes dices? - Preguntó Neli.

- ¡Sí madre, también quiero que entres tú, y lo compruebes!

- ¡No hijo, no lo resisto! - Imploró Neli.

- ¡Si yo me encuentro bien dentro, igual lo estarás tú, madre!

- ¿Qué quieres hacer con nosotros? - Preguntó el señor Xanders - ¡Déjanos que subamos arriba!

- Es lo que estoy tratando que entendáis ¿Queréis ir al piso de arriba? ¿Y llegar a mi habitación?

- No entiendo hijo - Dijo Neli.

En ese instante se oyeron dos golpes en la puerta del almacén, seguidamente la voz de un hombre que pregunto.

- ¿Les ocurre algo?

Neli vio el cielo abierto. Alguien había delante de la puerta, y llegaba como caído del cielo. Rápidamente se dio la vuelta, aligerándose para la salida. Pero Rold la detuvo diciéndole.

- ¡Madre, no te precipites!

- Fue el señor Xanders, quién gritó.

- ¡Estamos aquí!

Se oyeron unas pisadas que mas que andar eran zancadas lo que daba la persona que se aproximaba a ellos.

Era un hombre alto y fuerte, que esa misma tarde había llegado a la posada, y pidió una habitación, también estuvo cenando.

- Perdone por presentarme así - Dijo disculpándose - Me han despertado sus gritos, y he bajado para ver que es lo que ocurre.

- ¡Estamos bien gracias! - Contestó Rold de mala manera ¡Este es un sitio privado! ¿No lo sabía usted?

El señor Xanders intervino rápidamente, colocándose delante de ese señor.

- ¡Ya íbamos a subir arriba!

- Son las cinco de la madrugada ¿No lo sabían? - Dijo este señor.

- Nos íbamos ya - Respondió el señor Xanders - ¡Vamos Neli! - Le indicó cogiéndola del brazo.

El gran deseo de Neli, era salir de aquella ratonera. Se agarró del brazo del señor Xanders, y llegaron a las escaleras acompañados de este cliente. La subieron, y al llegar arriba, allí respiraron profundamente, de la liberación que habían conseguido. Aunque el temor seguía en el cuerpo, no daban por seguro que lo sucedido terminara de esa manera. Este cliente se despidió de ella y del señor Xanders. Y fue en dirección a su habitación para seguir durmiendo las pocas horas que le quedaba para que amaneciera.

Mat con quince años había alcanzado una gran belleza. Si hubiera vestido con ropas lujosas se hubiese podido describir como una diosa venida de los jardines más lujosos de Venus. Muchos de los jóvenes que todos los domingos acudían a misa con sus padres, al verla se quedaban prendados de ella, caían rendidos a sus pies, confesándoles el amor que sentían hacia ella. Esta era una palabra que Mat no quería oír, y ni siquiera la pronunciaba, amor. Cuando algunos de los jóvenes le decían que sentían amor por ella, los miraba con crueldad. Les mantenía la mirada alta y fija en las pupilas de los que se declaraban a ella, y le respondía.

- ¡Estoy prometida!

El párroco Grant, el sacerdote que ocupó el sitio del párroco Lewis, era un hombre de cuarenta años de edad, alto, mas bien delgado y bien proporcionado, de pelo rubio, ojos azules, nariz y boca bonita.

Mat que leía en la mente de las personas que tenía frente a ella, y también en sus miradas. Advirtió los sentimientos que el párroco Grant sentía hacia ella, que más que sentimientos eran deseos de poseerla. Los jóvenes que se quedaban los domingos, después de misa, en el patio jardín de la iglesia, los echaba diciéndoles, que se pecaba con la mirada, con la mente y el cuerpo. El párroco Grant

hablaba con los padres de estos jóvenes para que les inculcaran más la palabra de Dios. De esa manera iba sacando pretendientes que se acercaban a Mat. Los sermones que cada domingo daba el párroco Grant, hablaban del deseo de la carne, y les ponía como ejemplo, Adán y Eva, como Sansón y Dalila, que fueron engañados por ellas, debido al deseo carnal que ellos sentían hacia estas mujeres.

Cada madrugada Mat saltaba de la cama para mirar detrás de la puerta de la habitación, allí en el suelo había un papel escrito de una poesía de amor que alguien sentía hacia ella. Estas poesías nunca iban firmadas, pero Mat sabía que eran escritas por el párroco Grant, y para ella.

Una madrugada, en la nota que había por debajo de la puerta, decía, que la esperaba en el jardín. Mat hacía tiempo, que esperaba esto, y deseaba que ocurriera.

Eran las dos de la madrugada cuando estaba leyendo esta pequeña carta de amor. En sus labios apareció una sonrisa maliciosa. Mat salió de la habitación abriendo la puerta muy despacio para no hacer ruido, no era conveniente que sus padres se despertaran. Llevaba puesto el camisón de dormir, blanco y con tirantes. Las noches eran calurosas en ese mes de Julio.

Detrás de un arbusto de jazmín en flor que perfumaba todo el jardín, se escondía la silueta alta y varonil del párroco Grant. Su corazón se dilató al contemplar la figura esbelta y muy femenina de la

bella Mat, que la buscaba con la mirada. El párroco Grant salió de entre el arbusto, y fue al encuentro de ella. Los dos andaban en la misma dirección, al encontrarse, sus cuerpos quedaron unidos en un beso profundo. El párroco Grant moría de amor por la bella y hermosa Mat. Sabía que ella sólo tenía quince años, pero su cuerpo era el de una mujer bien formada. Desde hacía un año la estaba reservando para él, durante ese tiempo había alejado de ella a varios pretendientes de buena familia. Nadie podía quitársela, incluso, no le importaba colgar la sotana y dejar el sacerdocio para casarse o irse a vivir con Mat. Era lo que más deseaba en la vida, a sus cuarenta años era la primera vez que se enamoraba profundamente de una mujer. Cuando empezó la carrera de sacerdote estaba convencido que era a Dios a quién quería servir. Y ahora Dios le ponía en su camino una mujer bella, lo más parecido a una diosa.

El párroco Grant necesitaba saciar esa noche su deseo de amor.

Había perdido el juicio por Mat, no sabía siquiera lo que hacía, ni era dueño de sus actos.

Besaba a Mat en los labios con ardiente pasión. En ese instante oyó una voz que retumbó en sus oídos, y que hizo eco a los alrededores de la iglesia.  
- ¡Párroco Grant! ¿Qué está usted haciendo? ¡Suelte inmediatamente a Mat!

El párroco Grant se quedó congelado, con los labios pegados a los de Mat. Poco a poco fue



despegándose de ella. La miraba extrañado, de ella no había salido esa voz, era poderosa y fuerte. Mat también lo miraba sin dejar de sonreírle con sarcasmo. El párroco Grant con la mirada confusa le preguntó a Mat.

- ¿Has oído esa voz?

Mat afirmó sin dejar de sonreírle.

- ¿La has oído? - Siguió preguntándole.

Mat se escabulló de entre los brazos del párroco Grant, esperando lo siguiente que iba pronto a suceder.

El párroco Grant que ni siquiera había advertido que Mat ya no la tenía entre sus brazos, y que el pánico se había apoderado de él, que sólo hacía que mirar por sus alrededores buscando al causante que lo había detenido en su mejor momento, y preguntó con voz trémula sin dejar de mirar al cielo, a la tierra, a su derecha e izquierda.

- ¿Señor ... eres ... tú .... Quién me ha hablado?

Esperó unos instantes, bajo la mirada alta y fija que Mat tenía en él.

- ¡No soy quien tú crees! - Dijo la misma voz de antes.

- ¿No es Dios quién se ha dirigido a mí? - Preguntó.

- No. ¡Soy el hechicero Silvey!, ¡No puedes poseer algo que no te pertenece!

El párroco Grant se quedó pensando, y de pronto reaccionó, y grito con indignación.

- ¡Donde estás viejo loco! ¡Sal de tu escondite!

- Estoy en mi cueva, y desde aquí veo el juego sucio que estás llevando con Mat. Ella demasiado bien sabe que tú no eres el hombre de su vida ¿Qué ocurre con tu sacerdocio? ¿Con el voto de castidad que juraste?

- ¡No quiero seguir hablando contigo viejo estúpido!

- ¡Yo si quiero seguir, pero en la cueva! ¡Tengo mucho que decirte! - Contestó el hechicero Silvey.

- ¡Debes de estar loco, si crees que voy a ir a verte! ¡Las cosas de Dios no se mezclan con la hechicería!

- ¿Crees que estás haciendo lo que Dios dice? ¿Y que estas cumpliendo con los diez mandamientos?

El párroco Grant soltó una carcajada sarcástica que iba llena de terror.

- ¡Ahora viejo chiflado ve diciendo a toda esa chusma que va a verte, lo que ha sucedido, no ha ocurrido nada con Mat!

- ¡No tengo que decirle nada a nadie! ¡Tú debes leer la biblia a diario! ¡No has leído cuando Jesús les dice a sus apóstoles! - ¡Por sus actos lo reconoceréis! ¡Estoy seguro que tus feligreses se han fijado en ti, y en tus acciones!

El párroco Grant tapó sus oídos con la palma de sus manos. Daba vueltas en redondo, y por último fue corriendo en dirección a su vivienda. Subió las escaleras como alma que lleva el diablo, abrió la puerta de un empujón, y la cerró pegando un portazo, fue hasta su dormitorio, y frenético de locura, se vistió con la sotana. Llegó hasta las escaleras que comunicaba a la iglesia y las bajó

rápidamente sin luz. Al entrar en la iglesia, fue hasta la pila de agua bendita, mojó bien su mano derecha, metiéndola hasta el fondo de la pila, luego la retiró y se santiguó tres veces. Después llegó hasta el altar, y delante del Cristo crucificado se hincó de rodillas, y seguidamente estiró todo su cuerpo boca abajo, y se puso con los brazos en cruz, orando y pidiéndole a Dios clemencia para su alma.

A una hora muy temprana, como cada día, el señor Listel abrió la iglesia para limpiarla y que estuviera preparada para cuando el párroco Grant bajara para hacer sus habituales oraciones. Se encontró con la sorpresa del párroco Grant estirado boca abajo y en cruz, delante del altar.

El señor Listel vio raro el argumento que había, y decidió salir de la iglesia sin hacer ruido. Se dirigió al huerto para adelantar el trabajo. Se extrañó ver a Mat sentada sobre la hierba, con la mirada puesta en un punto fijo, y una sonrisa en los labios de malicia. Se acercó a ella, y como siempre hacia, iba con mucho tacto con ella. Le preguntó.

- Hija ¿Qué haces tan temprano aquí?

Lentamente Mat apartó la vista de donde la tenía, y miró a su padre, no le respondió a la pregunta que le hizo, pero le dijo con voz tierna.

- Es guapo me he enamorado.

El señor Listel se quedó parado sin saber que responderle. Mat lo miraba fijamente.

- Hija ¿De quién te has enamorado? - Preguntó.

- De él - Respondió Mat.

El señor Listel, aunque era el padre de Mat no solía mucho hablar con ella, por miedo a ser torpe en las preguntas que le hiciera y las reacciones que ella le tuviera no fueran buenas, le preguntó.

- ¿Quién es el?

Mat mantuvo la mirada firme con la de su padre. Después de negar digo.

- No lo conoces.

- ¿Es uno de esos jóvenes que viene a misa?

- No padre.

El señor Listel estaba hecho un lío. Mat jamás había salido a ninguna parte, era imposible que estuviera enamorada de alguien que no acudía a misa. Estaba seguro que todo eso se lo estaba inventando.

- Mat hija, soy tu padre, y puedes confiar en mí.

- No sabes quién es - Contestó Mat.

- ¿Quieres hablar de esto con tu madre?

- Ella tampoco lo conoce.

El señor Listel guardó silencio. Echó la vista en dirección al sol que había subido dejando su calor en aquellos parajes. La voz de Mat hizo que la mirara.

- Dile a madre que voy a la cueva del hechicero Silvey.

El señor Listel no se atrevió a preguntarle para qué iba a la cueva, con ella llevaba las palabras contadas y meditadas antes de abrir la boca. Fue Mat que siguió diciendo.

- El hechicero Silvey me ha pedido que vaya, quiere hablar conmigo.

Esta vez tampoco preguntó nada él. Conocía demasiado bien las reacciones de su hija, y por nada del mundo quería verse envuelto en un ataque de nervios y de reacción colérica por ella.

Mat no pronunció nada más, se puso en pie y salió del huerto por una pequeña vereda que conducía al campo. El señor Listel la seguía con la mirada, hasta que alcanzó un cerro, y la bella silueta de Mat se perdió.

---

El señor Listel empezó a trabajar la tierra. Luey no tardó en reunirse con él, para preguntarle.

- ¿Has visto a Mat?

El señor Listel con la pala en la mano, donde removía la tierra, y sin mirar a Luey le respondió.

- Acaba de irse, dice que iba a la cueva del hechicero.

Luey meneó la cabeza por la decisión tomada por Mat.

- ¿Sabes para qué ha ido? - Le preguntó Luey.

El señor Listel se puso derecho, y mirando a su esposa fijamente a los ojos, le contestó.

- No se me hubiera ocurrido preguntarle.

- Esto no me gusta nada - Dijo Luey mirando hacia el lugar que conducía a la cueva.

- Últimamente la veo rara - Dijo el señor Listel.

- ¿Rara en qué? - Preguntó Luey.

- El carácter le ha cambiado.
- ¿Cómo? ¿A qué te estás refiriendo?
- El trato con ella es más suave, no se enfada como lo hacía antes, incluso, le ha cambiado la voz ¿Tú no la ves así? ¿No lo has notado?

Luey suspiró, y luego respondió.

- Trato con ella durante todo el día. Es imposible lo que dices, pero puede que sea por que se hace mayor. Es guapa, y tiene un cuerpo de escándalo, tiene pretendientes que le llueven hacia donde ella mira. Creo, que esa es la razón de que haya cambiado.

- Dentro de mí, hay algo que me dice, que todo esto va a terminar trágicamente.

- ¡Oh! - Exclamó Luey - ¿Por qué piensas eso?

- ¡Cosas mías! ¿Sabes? ¡Cosas mías!

Luey cambiando de tema le preguntó a su esposo.

- ¿Por qué no estás en la iglesia?

- ¡Otra cosa que me tiene preocupado!

- ¿Qué? ¿Qué te pasa hoy? ¡Lo tuyo son todo preocupaciones! ¡Habla y dime lo que ocurre!

El señor Listel acercó su boca al oído de Luey, y entre susurros le dijo.

- El párroco Grant estaba en la iglesia cuando yo he entrado.

Luey despegó el oído de la boca de su esposo, y mirándolo de cara le dijo.

- ¿Eso que tiene de malo?

- ¿Sabes como me lo he encontrado? - Siguió hablando entre susurros.

- No.

- Estirado en el suelo boca abajo y con los brazos en cruz. No se si me oyó entrar, no quise quedarme para no molestarlo ¿No te parece raro?

Luey meneó la cabeza. Miraba a su esposo con los ojos entornados. Después de que pasará unos instantes también ella le susurró haciéndole una pregunta.

- ¿Se estaría castigando por algo que no ha hecho bien?

- ¡No lo sé! - Respondió él - Al párroco Lewis nunca lo vi que hiciera eso.

- ¡Pero se castigaba! - Dijo Luey.

- ¿Tú como lo sabes?

Luey sonrió, y luego dijo.

- Un día ordenando sus cosas en los cajones de la cómoda de su dormitorio, vi en el cajón de arriba, un flagelo. Lo cogí por el puño, y lo levanté para mirarlo, luego lo volví a poner en su lugar. Estoy segura que con eso se castigaba.

El señor Listel asintió, luego dijo.

- No sé qué hacer, si volver a la iglesia o, quedarme aquí trabajando en el huerto.

- Las dos cosas tienes que hacerlas - Aseguró Luey.

- Sí, pero voy a esperar, a ver si sale.

- Si me necesitas para algo, estoy en su piso para hacerle la limpieza, dijo Luey alejándose.

Como de costumbre, la pradera la llenaba centenares de personas que esperaban sentadas sobre la hierba, para poder entrar en la cueva y ser curados por el hechicero Silvey, y que oyera los problemas que muchos le traían.

Mat se acercó a la entrada, y habló con Alwin el portero.

- El hechicero Silvey me está esperando - Dijo ella.

Antes que Alwin reaccionara, oyó la voz del hechicero indicándole.

- Alwin deja esa joven que entre.

Alwin obedeció, y dejó paso a Mat.

El hechicero Silvey ya tenía más de cien años, pero aún se conservaba bastante bien. Seguía sentado en su sillón de madera de cedro, con sus dos inseparables serpientes Constrictor, enroscadas en su cuerpo. Mat al llegar al borde de la gruesa alfombra persa, se detuvo. Su vista se posó en los dos reptiles, y a su mente vino el día que estuvo allí siendo todavía una niña, y la lucha a muerte que mantuvo con las dos serpientes. Los reptiles clavaron su mirada en la de Mat, y de seguro era que, también las serpientes recordaron ese momento, porque fue para no olvidarlo jamás.

El hechicero Silvey no desviaba la vista de Mat. En sus labios había una suave sonrisa de agradecimiento por haberlo ido a ver. Llamó la



atención de Mat, que aún seguía manteniendo la mirada con los dos reptiles, más que mirarse entre sí, era como un desafío que mantenían entre las tres.

- Mat - Dijo el hechicero - Eres una joven hermosa y bella. He ido siguiendo tu crecimiento todos estos años.

Mat desvió la vista de los dos reptiles, y miró al hechicero Silvey. Sus enormes y profundos ojos negros, lo revisaron, y también todo lo que había detrás de él, y en los dos laterales. Le daba igual que le dijera que era bella, ella lo sabía, había un espejo en la habitación de sus padres, y cada día se miraba, también la gente se lo decían muy a menudo. Y lo que más ansiaba en esos instantes, era que, le hablara del joven que tenía que conocer para hacer la vida juntos.

- ¿Para qué me has hecho venir? Preguntó Mat tuteándole.

- No seas impaciente - Dijo el hechicero sin perder la sonrisa - Hoy ha llegado la hora de que te hable del joven, y también del apuesto Rold que es el mismo. Pero antes me gustaría que me dijeras, aunque ya han pasado años, una pregunta, ¿Por qué te llevaste la vida del párroco Lewis?

Mat suspiró al tiempo que echaba la vista hacia arriba, en acto de paciencia.

- Tú mejor que nadie sabe la maldad que ese hombre guardaba en su corazón ¿Por qué me haces ahora esa pregunta?

- Eras una niña cuando lo hiciste ¿Te has responsabilizado de los poderes que tienes?
- ¿Vistes lo que ocurrió? - Le preguntó Mat.
- Lo fui siguiendo paso a paso.
- ¿Por qué no lo impediste?
- No podía ni puedo intervenir en tus poderes. Cada persona nacemos con libre albedrío, y lo bien o lo mal que lo hagamos, tenemos que dar cuenta de ello.
- El párroco Lewis era una mala persona, un hombre con un corazón de acero, como una noche oscura de gran tempestad. No siento remordimiento alguno por haberle causado la muerte.

Mat hizo una pausa quedando algo perpleja.

El hechicero Silvey la tranquilizó diciéndole.

- No te he llamado para acusarte de este hecho. El párroco Lewis se merecía la manera de cómo murió.

Mat asintió.

El hechicero Silvey cambió de tema.

- Rold, el joven que tú y él, tenéis que hacer una vida en común, siente los mismos deseos de conocerte. Este encuentro se va a producir muy pronto. Es necesario que unáis vuestras vidas. Yo voy a dejar esta existencia aquí en la tierra en poco más de dos meses. Soy viejo, y estoy muy cansado. Los espíritus del bosque me reclaman, mi alma necesita descanso.

Mat que no era de mucho hablar, y que carecía de sentimientos, se encogió de hombros.

El hechicero Silvey remarcó.

- Ya se que te da igual, pero mi deber es terminar algo que he llevado desde un principio.

Mat le interrumpió, preguntándole.

- ¿Cuándo y donde será ese encuentro?

El hechicero Silvey no quiso hacerle más esperar.

- Se producirá pasado cinco días, al que hace seis será luna llena, pero esa noche la luna no se verá, porque la tormenta de rayos, truenos y lluvia, la tapará. El lugar de vuestro encuentro, será en esta pradera delante de la cueva. Los dos tenéis que despojaros de vuestras vestiduras, os quedaréis cómo cuando vinisteis a este mundo, la electricidad de los rayos, despertaran vuestros sentimientos dormidos hacia el bien. El trueno hará que se pongan en funcionamiento, y el agua de lluvia para limpiaros de vuestro oscuro pasado.

Mat apuntó con el dedo al hechicero, no estaba de acuerdo en lo que decía. Le preguntó con descaro.

- ¿Quieres hacer de mi, a alguien enclenque a quién puede cualquiera hacer de mi lo que se le antoje?

El hechicero Silvey negó, luego dijo.

- Quiero hacer tanto de Rold como de ti, personas de bien. Los dos poseéis poderes muy fuertes, no conocéis vuestros limites, es a este termino a lo que quiero llegar. Los dos conocéis solo el mal, tendréis hijos, ellos serán en la vida lo que vosotros sois, lo que le enseñéis.

Mat se quedó inmóvil, mirando al hechicero sin parpadear. Una sonrisa apareció en su boca.

- ¿Sólo quedan seis noches para que conozca a Rold? - Preguntó Mat con alegría, raro en ella.

- ¡Eso es! - Especificó el hechicero Silvey - Él también desea conocerte, aunque se que, habláis por telepatía desde muy pequeños.

Mat afirmó sin dejar de sonreír.

El hechicero siguió diciendo.

- Rold y tu poseéis una sola alma, esa noche de gran tormenta, los rayos de fuego que caigan sobre la tierra, depositaran en vuestros desnudos cuerpos el alma que os falta.

Mat dejó de sonreír, y con las facciones algo tensas, dijo.

- ¡Me gusta ser como soy! ¡No pretendo ni quiero poseer otra alma de la que tengo!

- Una mitad de alma es lo que tenéis Rold y tú. Es imposible vivir en la tierra con tal escasos recursos espirituales.

Mat soltó una carcajada que enervó a las dos serpientes.

- ¿Llamas espiritualidad a las almas? - Dijo sin cesar de reírse.

- Sí. Sin alma no pueden alcanzar ninguna clase de misericordia divina ningún ser vivo.

- ¿Para que quiero yo los dones divinos? - Contestó con descaro Mat - Tengo otros que me son otorgados y que me divierto mucho usándolos.

- Precisamente los tienes que corregir - Contestó el hechicero.

Mat meneó la cabeza, y luego preguntó.

- ¿Rold está al corriente de todo este embrolló que quiere hacer con nosotros?

- Si crees que quiero crearos una confusión, vas por mal camino. Es necesario que esa noche tan especial, caiga sobre vuestros desnudos cuerpos el fuego sagrado, divino. También tengo que decirte respondiendo a tu pregunta, que Rold está al corriente, sabe para lo que viene aquí, esa noche mágica.

Mat soltó otra carcajada al tiempo que decía burlándose.

- ¡Uf! ¡Hay momentos que pareces un poeta!

El hechicero Silvey se rió, y dijo.

- No olvides de que soy poeta, en mi juventud fui trovador. La flauta y el arpa se me daban bien.

- Es curioso, dijo Mat.

- ¿Que es curioso? - Preguntó el hechicero.

Mat meneó la cabeza, luego dijo.

- Que yo esté aquí oyéndote hablar. No me imaginaba que me llamabas para esto.

- ¿Hubieses venido de haberlo sabido?

Mat se encogió de hombros, y respondió.

- Puede que sí. Siento respeto por tu persona, y por lo que eres y haces.

- Me gusta oírte hablar así - Contestó el hechicero agradecido.

- Pero hay una cosa que quiero advertirte.

- ¿Qué es? - Preguntó el hechicero.

- No puedo asegurarte que seré o me adaptaré a la persona que quieres hacer de mí.

- Sólo el tiempo es el que lo debe decir. Ahora puedes marcharte, y recuerda, tienes que traer ropa nueva sin estrenar, para esa noche y ese momento mágico, por el que Rold y tú vais a pasar.

---

Luey nada más saber la noticia fue a una tienda de telas, y compró una de color tostado, ese era el que a Mat le gustaba y el que utilizaba siempre. Le confeccionó un vestido ancho y largo tapándole los pies. Así fue como Mat lo prefirió.

---

Neli se ocupó de que el sastre le hiciera a Rold un traje a medida.

Rold había cambiado mucho en su manera de ser. Tanto Neli como el señor Xanders estaban más tranquilos con las reacciones violentas y espontáneas que Rold tenía hacia ellos. Pero el señor Xanders a pesar de todo eso, ponía atención a sus palabras cuidando su susceptibilidad de él, porque Rold por nada se enfadaba y podía llegar a hacer mucho daño.

Últimamente Rold desbordaba cortesía hacia su madre. Para Neli estaba viviendo un sueño con el comportamiento de su hijo. Era como si hubiera actuado sobre él, una varita mágica y lo hubiese transformado.

Rold estaba al corriente de haber oído a su madre decirle, que su gran amor aunque lo hubiese conocido sólo dos horas, había sido su padre. Su marido el señor Glabill nunca la trató bien, a Rold jamás le dio cariño. Y usó con ella mucha terquedad, dejándola siempre a un lado.

Las dos horas que pasó de amor con el padre de Rold, colmaba para ella casi toda una vida.

Rold había buscado a su padre, no en sí para él, sino para averiguar su paradero, si estaba casado o no, y más exactamente lo hizo por su madre.

Supo que su residencia estaba en Hammersmith, en el norte de Londres. Utilizó sus poderes para saber en qué casa vivía. Por la tarde se presentó en la gran mansión que poseía. Por lo que se podía ver, era un hombre rico. El gran portal estaba abierto, Rold lo cruzó, a su encuentro salió un hombre de aproximadamente cincuenta años. Él le preguntó.

- ¿Joven, a quién estás buscando?
- Al señor de esta casa - Respondió Rold.
- ¿Quiere hablar con el señor Fanings?

- Exacto - Respondió Rold, sin conocer el apellido de su padre.
- ¿A quién anuncio?
- Él señor Fanings no me conoce - Dijo Rold.
- Aunque así sea, debo decirle el apellido de usted.
- Me llamo Xanders, Rold, Xanders.
- Espere aquí por favor, voy avisarle.

Rold asintió sonriéndole. Estaba impaciente por hablar con su padre, por supuesto, conocerlo. También necesitaba saber, si tenía esposa.

Por el ancho pasillo venía un hombre de aproximadamente cuarenta años, bien vestido, alto y bien proporcionado, el pelo negro, pero con canas en las sienes. Según se iba aproximando, su rostro le era familiar, Rold se parecía mucho a él, incluso los andares eran los mismos, y la elegancia con qué andaba erguido, y la mirada frente a él. Según iba acercándose a Rold, se detuvo unos instantes para mirarlo, después siguió avanzando. Al llegar a Rold le extendió la mano en señal de saludo, Rold le ofreció la suya. El señor Fanings le preguntó.

- ¿Eres Rold?
- Sí, señor Fanings - Respondió con una leve sonrisa.
- ¿En qué puede ayudarte?

Rold permaneció callado unos instantes, luego humedeció sus labios y dijo.

- Necesito hablar con usted.
- ¿Prefieres que pasemos dentro?
- Sí, por favor.
- ¿Tan importante es lo que tienes que decirme?



- Para mí sí - Contestó Rold.
- Ven conmigo - Dijo el señor Fanings.

En el largo pasillo había cuatro puertas, dos en cada lateral. El señor Fanings se paró en la primera de la derecha, la empujó y entró, dejando la puerta abierta para que entrara Rold.

Era un salón decorado con muebles rústicos. De una de las paredes colgaba un cuadro pintado al óleo, donde figuraba el busto de una mujer joven y de gran belleza. En la pared de al lado, había una chimenea donde ardían varios troncos de pino, dejando el ambiente caldeado. En el medio del recinto se hallaba una mesa sin nada encima, y cuatro sillas de madera a su alrededor. Un sofá de madera decorado con cojines, se hallaba en la pared de enfrente. En los laterales de la chimenea había dos sillones de madera bastante confortables. Fue hacia ahí donde el señor Fanings se detuvo, hizo una señal con la mano derecha a Rold para que se sentara en uno de ellos, cuando lo hizo, él señor Fanings también se sentó.

Los dos se miraban, no parecía que ninguno tuviesen ganas de hablar, con mirarse sólo bastaba. Fue el señor Fanings quién rompió el silencio.

- ¡Bueno jovencito! ¿Para qué me quería ver?
- Sé que esto que voy a decirle va a parecerle pintoresco, muy extraño.

El señor Fanings sonrió, al tiempo que levantó los hombros, y contestó.

- No importa, di a qué has venido.

Rold se había fijado en el cuadro que colgaba en la pared, y en la bella joven que estaba pintada.

El señor Fanings que seguía a Rold con la mirada, le dijo.

- Era mi esposa. Murió hace cinco años, y nunca he podido reemplazarla por otra mujer.

- La quería usted mucho ¿No es cierto?

- Así es. En este salón pasábamos largos ratos del día, y también había noches que nos quedábamos dormidos aquí. Ella en el sillón donde yo estoy sentado, y yo, donde tú estás.

- ¿De qué murió? - Preguntó Rold.

- Nunca lo llegué a saber. La visitaron todos los médicos de Londres, y ninguno pudo decirme que enfermedad sufría. Lo único que se es, que las fiebres cada día que pasaba aumentaban, hasta que murió encharcada en su propio líquido.

- ¡Lo siento! - Dijo Rold - ¿Tuvieron hijos?

- No. Ella era delicada como una rosa de mayo, creo que era por esa razón que no concebía.

El señor Fanings hizo una pausa mientras miraba la imagen de su esposa en el cuadro. Era como si estuviera recordando tiempos pasados junto a ella.

La voz de Rold hizo que desviara la vista del lienzo.

- Era una mujer bellísima - Dijo.

El señor Fanings asintió. Y mirando fijamente a Rold, le preguntó.

- ¿Para qué quería hablar conmigo?

Rold se echó hacia atrás del asiento buscando una postura cómoda. Seguidamente prosiguió diciendo.

- Señor Fanings, lo que le voy a decir se remonta a 16 años atrás.

El señor Fanings frunció el entrecejo, sorprendido por el relato que Rold iba a contarle, y dijo.

- Estoy ansioso por saber que historia me vas a contar.

Rold sonrió, y siguió diciendo.

- Señor Fanings ¿Estuvo usted hace 16 años en la posada del señor Xanders situada a las afueras de Londres?

El señor Fanings sacudió la cabeza, sorprendido por la pregunta. Echó la vista a hacia arriba tratando de recordar, pero antes de responder le preguntó.

- ¿Por qué me haces esa pregunta?

- Cuando me responda, le diré porqué.

- Hace años siendo yo más joven hice un alto en varias posadas de Londres, y con seguridad, no puedo decirte si una de esas posadas era la de ese tal señor Xanders. Trata de ser más explícito para que yo pueda recordar, y ayudarte, pero no sé en qué podría hacerlo, en caso, que hubiese estado allí.

Rold sonrió, y afirmó. Luego dijo.

- ¿Le suena de algo el nombre de Neli?

El señor Fanings miraba fijamente a los ojos de Rold, no pestañeaba. Los dos mantenían la mirada.

- ¿Neli? - Dijo el señor Fanings - No recuerdo a nadie con ese nombre.

- ¿No recuerda un día de eclipse de sol total en la posada del señor Xanders, usted con Neli la camarera en la habitación de ella?

- ¡Ah! - Exclamó el señor Fanings - Sí, ahora quiero recordar ¡Era una mujer de una vez! Guapa, con un cuerpo que quitaba el sentido.

- ¿Qué ocurrió entre usted y ella en el momento del eclipse de sol?

El señor Fanings se quedó parado ante esta pregunta.

- ¿Por qué quieres saberlo? - Preguntó.

- Es importante que usted me hable de lo que ocurrió ese día entre usted y Neli.

- Un caballero jamás cuenta a otro, los momentos felices que ha pasado con una mujer.

- Estoy de acuerdo con usted - Contestó Rold - Ahora no piense que yo soy un caballero, piense que usted y yo, somos la misma persona ¿Puede usted hablarme del señor Glabill esposo de Neli?

El señor Fanings se puso algo serio, y preguntó.

- ¿De qué sabes tú todo eso? ¿Quién te lo ha contado?

Rold se mantuvo callado. Seguía echado hacia atrás del asiento, manteniendo la mirada con el señor Fanings.

- ¿Qué ocurrió con el esposo de Neli? - Preguntó Rold.

El señor Fanings se levantó de su asiento, y con cara de enfado le dijo.

- ¡Basta ya de preguntas!

Rold lo miró desde su asiento, estaba tranquilo, sabía que había tocado un punto personal de su pasado, no debía ser agradable contarle a un joven que no conocía de nada, los secretos más íntimos, y que para él, fueron vergonzosos huir por la ventana de una alcoba, huyendo de un marido celoso y traicionado por su mujer. Fue la primera y única vez que le ocurrió, y que fue bochornoso para un hombre de su clase. Aunque mereció la pena dos horas de amor con una mujer extremadamente hermosa.

Rold repuso para mejorar la situación.

- Señor Fanings tranquilícese. No he venido buscando guerra, sino todo lo contrario.

El señor Fanings se sentó, pero algo molesto. No había echado a la calle a ese joven porque desde el primer momento que lo vio, le fue simpático, y un gran parecido con él, fue lo que hizo de invitarlo a que entrara en su casa.

El señor Fanings sentía curiosidad, y preguntó.

- ¿Por qué conoces toda esta historia tan bien?

Rold no podía decirle la verdad de cómo fue engendrado. Pensaría que se estaba burlando de él. Era imposible decirle que desde el primer instante que entró en el óvulo de su madre, podía ver y oír todo lo que sucedía alrededor de ella.

- Me lo ha contado mi madre - Respondió directamente Rold.

El señor Fanings frunció el entrecejo, algo había raro.

- ¿Quién es tu madre? - Le preguntó.
- Neli - Respondió Rold con una sonrisa.
- ¿Neli dices?
- Sí.
- ¿La camarera de la posada?
- ¡Exacto!

El señor Fanings observaba con detenimiento de la cabeza a los pies a Rold. Seguidamente le preguntó.

- ¿Cuántos hermanos sois?
- Soy hijo único.

El señor Fanings se puso en pie y dio unos pasos alrededor de Rold, observándolo bien.

- ¿Cuántos años tienes? - Le preguntó.

Rold sin moverse de cómo estaba respondió.

- Quince.
- Ponte de pie - Le sugirió el señor Fanings.

Rold obedeció sin perder la sonrisa.

- ¿A que has venido?
- Necesitaba conocerlo.
- ¿Para que?
- ¡Es importante para mi saber quien es mi padre!

El señor Fanings se quedó sin respiración, su corazón palpitó a gran velocidad, respiró profundamente, y cuando se serenó, preguntó.

- ¿Tu apellido no es Xanders?
- Sí. Es mi padre adoptivo, un hombre con un corazón de oro, y a quién le debo todo.

- Neli o sea, tu madre, estaba casada con un tal...  
¿Cómo era su nombre?
- Glabill - Respondió Rold - Pero no quiso saber nada de mí. Para nombrarme, me decía bastardo.
- ¿Qué ha sido de él?
- ¡Lo eché de mi casa!
- ¿Tú? - Preguntó el señor Fanings sorprendido.
- Sí.
- ¿Por qué razón?
- Era un bruto con mi madre, la insultaba, la maltrataba. Un día no pude más, y casi acabo con su sucia vida.

El señor Fanings se rió. Lo dejó pasar como una fábula de niño. Y le sorprendió cuando Rold le dijo.

- No es una historia que me estoy inventando, no soy un niño. El señor Glabill, huyó como un cobarde, y si no lo hace, ese día acabo con su miserable vida.
- Que yo recuerde, ese tal señor Glabill era alto, y fuerte como un roble ¿Cómo podías tú haber acabado con él? ¿Qué edad tenías cuando ocurrió esto?
- Tres años - Respondió Rold.

El señor Fanings soltó una carcajada. Esto molestó a Rold, y lleno de furia fue hacia la chimenea, dio un gran soplado y apagó la gran llama que ardía. Los troncos se quedaron negros, dejando humo salir de la madera quemada.

El señor Fanings no había visto cosa igual, y lleno de espanto retrocedió para salir de la estancia.

- ¡No se vaya! - Le indicó Rold - ¡Todavía quiero decirle algo más! El día que me engendraron usted y mi madre, vi todo lo que ocurrió en el dormitorio de ella, como usted saltaba por la ventana huyendo del señor Glabill, que, apunto estuvo de cogerlos juntos.

El señor Fanings negaba. Tenía el rostro blanco como el papel, no desviaba la vista de la de Rold, para controlarlo, y no se aproximara a él, de vez encunado miraba la chimenea que seguía apagada. En ese instante, Rold le dijo.

- ¡Puedo encender la chimenea igual que la he apagado! Lo digo para que crea lo que le estoy diciendo.

El señor Fanings permanecía quieto, casi reteniendo la respiración. No se atrevía a mover los labios, era como si los tuviera sellados.

Rold sonrió, y dijo.

- Señor Fanings, no tenga miedo. No he venido aquí para asustarlo.

El señor Fanings cambió de postura, y dio tres pasos a la derecha. Luego rodeó la mesa, a esta distancia estaba más alejado de Rold. Lo seguía mirando con espanto, por encima de la mesa antigua de gruesa madera, había una pequeña campana que tenía el uso de llamar a la servidumbre. El señor Fanings hizo el gesto de cogerla, pero la voz de Rold se oyó impidiéndoselo.

- ¡No lo haga! ¡No he venido aquí para que me echen como si fuera un pordiosero!

- ¿Qué quieres de mi? - Preguntó el señor Fanings.



- Que sepas que eres mi padre, y yo, tu hijo.
- Es posible, pero no estoy seguro. Hace dieciséis años tu madre era una hermosa joven, que a pesar de estar casada tenía muchos hombres que iban detrás de ella, todos con el mismo interés.
- ¿Qué quieres decir? - Le preguntó titubeándolo.

El señor Fanings dio tres pasos más y se colocó al otro extremo de la mesa. No se atrevía abrir la boca.

Rold insistió en la pregunta.

- ¡Pido que me des explicaciones! ¿Qué has querido decir?
- ¿Sólo te responderé si me prometes que no te vas a enfadar?
- ¡No te prometo nada! Todo depende de lo que digas de mi madre ¿Sabes de algún otro hombre que ella tuviera a parte de ti?
- No te lo puedo asegurar, porque no lo se. Hacía días que yo iba a la posada con la intención que todo hombre llevamos cuando se nos cruza una mujer guapa. Y ese último día que estuve, fue cuando ocurrió lo que tanto ella como yo deseábamos.
- Sí, es cierto lo que dices - Aseguró Rold.
- ¿Cómo lo sabes? - Preguntó extrañado el señor Fanings.
- Porque mi madre te nombra mucho. Aunque te cueste creerlo, ella se enamoró de ti, y todavía sigue enamorada. Le prometí en una ocasión, que daría con tu paradero.

EL señor Fanings guardó silencio. Él y Rold se miraban fijamente. El señor Fanings hacía rato que había advertido el parecido físico que Rold tenía con él. Pero aquello era ya agua pasada, no iba hacerse cargo de un chico que posiblemente fuera hijo suyo, por dos horas de placer que tuvo con la madre de él. Si lo miraba de esa manera, seguro que debía de tener más hijos esturreados por todo Londres, y también por otras grandes ciudades. Puesto que a él, pocas jóvenes y mujeres casadas, se le resistían.

- ¿Qué pretende tu madre ahora? - Preguntó - ¿No está casada con el señor Xanders?

- Mi padre adoptivo, o sea, el señor Xanders, es un solterón empedernido, y jamás se casará. No me adoptó porque mi madre o yo le diésemos pena, sino para tener un heredero.

- Entonces ¿El dueño de la posada eres tú? ¿No es cierto?

- Cuando mi padre adoptivo muera, o sea mayor, y no pueda llevar el negocio. También poseo una casa con un amplio jardín, y unas tierras ¡Como verás! No he venido para pedirte nada. Lo he hecho mayormente por mi madre. Pero le diré que, deje de pensar en ti, porque no vales la pena.

Rold dio la media vuelta para marcharse, y cuando estaba llegando a la puerta, la voz del señor Fanings hizo que se detuviera.

- ¡Rold, todavía no me has dicho como has hecho para encontrarme!

Rold dio la vuelta, y mirándolo de frente, le respondió.

- ¡De la misma manera que he apagado el fuego de la chimenea!

El señor Fanings frunció el entrecejo al tiempo que negaba.

- ¡No entiendo lo que me has querido decir!

- Por mucho que te explique no lo ibas a entender.

- Quiero que quedemos como buenos amigos ¿Qué te parece? - Propuso el señor Fanings.

Rold avanzó hacia él, con el semblante serio y la mano derecha extendida para ofrecerle su amistad. El señor Fanings también había extendido su mano para estrechársela a Rold. En el momento de estrecharse los dos la mano, y tomar contacto, el señor Fanings estiró de su mano a tiempo que se quejaba de dolor. Cuando pudo liberarse, miró la palma de su mano y con asombro gritó.

- ¡Me has quemado! ¡Me has achicharrado la mano! ¡Tengo toda la piel levantada! ¿Qué clase de persona eres?

Rold con la vista levantada mirando fijamente al señor Fanings, le respondió.

- ¡El caso es que, no se si soy persona u otra cosa!

- ¡No es posible que tu seas hijo mío! - Dijo con indignación - ¡Yo no podría haber engendrado un monstruo!

En esos instantes hizo su aparición una mujer de unos cincuenta años aproximadamente. Llevaba

uniforme de servidumbre. Ella dirigiéndose al señor Fanings le preguntó.

- Señor es la hora del té.

- Jisse, lo tomaré yo sólo pero en mi despacho.

La sirvienta sin replicar dio la vuelta y salió.

El señor Fanings solo hacia que mirarse la palma de su mano derecha. La tenía escocida, a punto de salirle vejigas. Él exclamó diciéndole.

- ¡Tienen que curármela! ¡Mañana tendré la mano hinchada como una bota!

- ¡No llegará la sangre al río! - Dijo Rold - ¡No soportas nada! ¿Te Has debatido en duelo con otro hombre alguna vez?

El señor Fanings se sorprendió al oír a Rold decir eso, y de la misma manera le respondió.

- ¡Qué tiene que ver, que yo me haya debatido con alguien, a esto que acabas de hacerme!

- ¡Te lo digo por la sencilla razón de qué, saltaras por la ventana huyendo de otro hombre!

- ¡No te entiendo! - Dijo bastante sorprendido.

- ¡Huiste como un cobarde del señor Glabill!

- ¡Es que eso, no era un hombre! ¡Era una bestia!

Rold quería dar por terminada la visita, y se despidió diciendo.

- ¡Soy tu hijo, y tu lo sabes! ¡De ti no quiero nada! ¡Solo lo he hecho por mi madre!

El señor Fanings no sabía que responderle, y permaneció callado, mirando como Rold salía del recinto. Seguidamente cogió el mango de la campanilla con la mano izquierda, y la hizo sonar

repetidas veces. Apareció en el salón el mayordomo de antes. El señor Fanings le dijo mientras miraba la palma de su mano derecha.

- ¡Artie, trae el botiquín por favor!

- ¿Le ha sucedido algo señor? - ¿No puede mover la mano?

- No es nada Artie.

- ¿Ha sido el joven que acaba de marcharse?

- ¡Te he dicho que no es nada, tráeme el botiquín!

- Sí señor, vuelvo enseguida.

Neli esperaba impaciente la llegada de su hijo Rold. Esta vez le había dicho donde iba, y para qué. Sentía grandes deseos de saber que había sucedido y como era en la actualidad el padre de él, también de qué manera lo había recibido.

Neli sabía de qué manera era Rold, pero no hasta donde pudiera llegar, su hijo no tenía límites, desconocía la manera que utilizaba para encontrar y hacer las cosas. Esta era una de ellas, encontrar a su padre, el señor Fanings. Ella tampoco sabía que tenía este apellido. Neli estaba orgullosa de tener ese hijo, pero no en todos los conceptos. Había sufrido tanto ella como el señor Xanders horrores con él, hasta el punto de volverlos locos, de no saber que iba hacer con ellos. Y ellos tampoco sabían que iba a sucederles en esos arrebatos de ira o de locura por la que él estaba pasando.

Neli respiró de alivio cuando vio a Rold entrar por la puerta de la posada. Por el semblante que traía sabía que no había ido bien. No era porque trajera la mirada baja y triste, nunca Rold se sentía así. Era una expresión que ella conocía bien de su hijo. Los pómulos le salían más de lo normal, la mirada seca y severa, los orificios de la nariz hinchados, la boca cerrada. Los brazos caídos a lo largo del cuerpo y los puños cerrados.

Neli lo miraba como se iba acercando a ella. No sabía si preguntarle que había pasado con el que él decía que era su padre, o esperar a que él le comentara algo.

Rold pasó por delante de su madre, la miró de reojo, no se paró, y subió a su habitación. Neli oyó como entraba y seguidamente, el golpe de cerrar la puerta con rabia.

El señor Xanders estaba al corriente de la visita que fue hacer Rold. También vio como entró en la posada. Se acercó a Neli, y al oído le dijo por lo bajo.

- No ha debido de acabar bien la entrevista.
- Tengo miedo preguntarle, si su padre lo ha aceptado. Pero viendo la reacción que ha tenido todo indica que no.
- ¿Qué ocurrirá esta vez? - Preguntó bastante preocupado el señor Xanders.
- Ahora no le tengo tanto miedo como antes. Es mi hijo, y no lo conozco como debería ser, pero sé, que ha cambiado. Hace un año no le hubiese importado matar despiadadamente a la persona que se le metiera entre ceja y ceja. Estoy segura, ha cambiado cada vez para mejor.
- ¡Que Dios te oiga, y nos asista en unos de sus ataques! ¡Yo no confío en él, como tú! ¡Lo tuyo puede que sea amor de madre!
- Es amor de madre, pero a parte de todo eso, ha cambiado y mucho.

El señor Xanders levantó la mirada al cielo, y mientras se alejaba hacia una mesa que uno de los clientes le hizo una señal para que se acercara, susurró.

- ¡Dios mío cuando va a terminar este calvario!

Neli se estremeció al escuchar la voz aguda de Rold que la llamaba.

- ¡Madre, sube!

- Ya voy hijo - Respondió con suavidad.

Neli subía las escaleras con mucho miedo, no sabía que le reservaba en la habitación de al lado. No le dio tiempo a avisar al señor Xanders, cuando su hijo, decía ¡ya! Tenía que ser al instante.

Rold lo estaba esperando en el umbral de la puerta. Neli miró el rostro de su hijo, por las facciones que tenía, conocía porqué trance estaba pasando, y qué le esperaba. Se tranquilizó al verlo sereno.

Rold se puso a un lado para hacerle paso. Cuando Neli estaba dentro de la habitación Rold cerró la puerta, y mirando fijamente a su madre, le dijo.

- No tengas miedo por lo que te voy a mostrar. Mira la pared que hay frente a ti.

Neli hizo lo que le pidió.

Se llevó las manos a la boca para evitar el grito. Rold le volvió a recordar.

- ¡Madre, te he dicho que no tengas miedo!

La pared blanca y vacía que había, ahora no era de esa manera. Dentro se hallaba un hombre bien



vestido, sentado en un sillón al lado de una chimenea encendida. Entre sus manos sostenía un libro abierto que leía.

Neli estaba muy aturdida. Miraba el fondo de la pared y al mismo tiempo a su hijo.

- ¿Quién es ese señor? - Le preguntó ella.

- ¿No lo recuerdas madre?

- No, aunque debo decirte que tiene gran parecido contigo.

- Es mi padre - Dijo Rold - No ha querido reconocer que soy su hijo, y por lo tanto quiero presentártelo.

- ¿Qué vas a hacer? - Preguntó con inquietud Neli.

- ¡Madre, no te entrometas en mis cosas! ¡Mira, y escucha!

Rold se cruzó de brazos, y mirando descaradamente al fondo de la pared, dijo con voz gruesa y aguda.

- ¡Señor Fanings!

El señor Fanings se estremeció, el libro que sostenía entre sus manos cayó al suelo, y no hizo gesto para cogerlo, pero sí miró hacia la puerta de entrada al salón rústico. En ese instante, Rold le volvió a repetir con la misma voz.

- ¡Señor Fanings, mira a tu izquierda!

Él se puso de pie. No se había repuesto del primer susto, que ahora empezaba otro peor. Fijó su vista en la pared de la izquierda, allí estaba el joven que sólo hacía tres horas se había marchado de allí. Estaba acompañado de una mujer. El señor Fanings la reconoció al instante, aunque ya habían pasado

dieciséis años, su belleza aún perduraba. Y al instante supo que se trataba de la madre de Rold. Las dos imágenes se aproximaron tanto que parecía se pudiesen tocar. El señor Fanings hizo el gesto de querer salir del salón rústico, pero al instante, la voz potente de Rold se lo impidió.

- ¡No te muevas de donde estás! Durante dieciséis años, mi madre los ha pasado pensando en ti, y este es el momento de que ella te vuelva a ver.

- ¡Todo esto es una confusión! - Dijo el señor Fanings con bastante temor.

- ¿Estas tratando de decirme que yo no soy tu hijo?

El señor Fanings levantó los hombros en señal de no entender lo que estaba pasando.

- Es que tu madre cuando era más joven, los hombres se la rifaban. Y no se con cuantos estuvo antes que conmigo.

En ese instante, el cuadro que colgaba de la pared del salón rustico, y que contenía el busto de la esposa desaparecida del señor Fanings, se descolgó y cayó al suelo. El marco se abrió por los cuatro lados, y el lienzo quedó de cara pegado en el suelo.

El señor Fanings buscaba un sitio donde esconderse, y la voz de Rold lo sobresaltó.

- ¡No sabía que yo tuviera un padre tan cobarde!

- ¡Déjame tranquilo, no me persigas! ¡Mátame aquí si quieres! - Suplicaba.

- ¡Puede que quizá quieras ir hacerte compañía a tu querida esposa! ¿Es eso lo que deseas?

- ¡Si me dejas en paz, te hago dueño de esta gran mansión que poseo!

- ¡No quiero nada de ti! ¡Mira a tu derecha y verás quien hay!

El señor Fanings con el pánico en su rostro, fue girando la cabeza hacia donde Rold le estaba indicando. A su lado se hallaba de pie su difunta esposa, vestida de negro, con la cara pálida de la muerte. Las manos las tenía extendidas para que su esposo las cogiera.

El señor Fanings angustiado, y negando al mismo tiempo, gritó.

- ¡Quiero vivir!

- ¡No hagas que se enfade tu querida esposa! - Dijo con mucho enfado Rold - ¡Ha venido para llevarte con ella! ¡No la hagas esperar!

El señor Fanings se hincó de rodillas, y con las manos cruzadas le pidió clemencia a Rold.

- ¡Perdóname por lo que he dicho de tu madre!

El señor Fanings se sobresaltó al sentir que algo o alguien tocaba su hombro derecho. Miró hacia ese lado, y con horror vio que su difunta esposa tenía su fina mano blanca encima. Ella con voz suave dijo.

- Esposo mío, acompáñame.

- ¡No!... ¡Nooo! ¡Quiero vivir!

La voz de Rold hizo que lo mirara.

- ¡También viven donde ella está! Dijo Rold.

El señor Fanings se tiró al suelo, y con el vientre iba avanzando hacia la salida. Y de súbito se

interpuso entre su camino su joven esposa. Ella volvió de nuevo a recordarle.

- ¿Mi amante esposo, no quieres acompañarme?

- ¡He dicho que quiero vivir! - Seguía gritando con la cara descompuesta.

En ese preciso instante, la puerta se abrió, y apareció el mayordomo. Al ver al señor Fanings tendido boca abajo en el suelo con la cara blanca y llorando, con asombro le preguntó.

- ¿Señor, qué le ocurre? ¿Por qué está gritando?

- ¡Artie, te lo suplico, sácame de aquí!

El mayordomo se agachó, y muy cerca de la cara del señor Fanings le preguntó.

- ¿Se ha desmayado?

El señor Fanings lloraba de impotencia y de miedo. No podía por más tiempo aguantar la situación, miró a Artie, y con lágrimas en los ojos le suplicó.

- ¡Sácame de aquí lo más rápidamente posible! ¿Estás viendo a la señora?

- ¿A qué señora se refiere? - Preguntó el mayordomo totalmente confuso.

- ¡A mi esposa!

- ¡Señor, la señora hace años que está muerta!

- ¡Y al joven que ha venido esta tarde! ¿Tampoco lo ves?

- Señor, déjeme que le ayude a ponerse de pie.

El señor Fanings se enfureció al no responderle el mayordomo a la pregunta. Y le grito.

- ¡No ves al joven que ha venido hoy! ¿A mi esposa tampoco la ves?

El mayordomo se puso de pie, y busco por todos los rincones del salón, los dos personajes que le indicaba. Lo único que vio en desorden y roto en el suelo fue, el cuadro de la señora tirado y roto. Y exclamó.

- ¡Oh! Perdóneme señor mi torpeza, es grave al no darme cuenta que el cuadro de la señora está roto en el suelo.

El señor Fanings trataba de ponerse en pie, y mientras lo hacía, dijo con enfado.

- ¡Eres un gran inútil! ¡Me podría haber matado y yo, aquí solo!

El mayordomo dejó de buscar y fue a ayudar al señor Fanings a ponerse de pie. Y para justificarse dijo al tiempo que lo agarraba de un brazo.

- Señor, tiene usted razón, soy torpe, muy torpe.

Ya de pie el señor Fanings, de un estirón se separó de la mano del mayordomo que oprimía su brazo. Avanzó hacia la pared donde hacía escasos minutos estaba hablando con Rold, también al mismo tiempo estaba viendo a su difunta esposa que lo invitaba a que lo acompañara. El mayordomo iba siguiéndolo detrás. El señor Fanings se paró a un metro de distancia de la pared, y dirigiéndose al mayordomo, le dijo apuntando con el dedo de su mano derecha.

- ¡Ahí estaba el joven que ha venido hoy!

El mayordomo temblaba de la cabeza a los pies. Era la primera vez que veía al señor Fanings en ese estado de locura. Tenía que seguirle el juego, poniendo atención a lo que le decía. Le pregunto.

- Señor ¿A dónde dice usted que estaba ese joven?

- ¡En esa pared, pero donde estaba era en su casa con su madre!

- ¡Y la señora! ¿Dónde la ha visto?

- ¿No me crees? - Preguntó el señor Fanings ofendido - ¡La señora estaba en el lugar donde tú estas ahora!

- Señor perdóneme, pero no veo nada en la pared. Está lisa como siempre. Permítame recoger el cuadro de la señora, mañana lo llevaré a que le ponga un marco nuevo.

El señor Fanings cansado, dio la vuelta para ir a sentarse en el sillón donde estaba leyendo un libro. El mayordomo se agachó, y cogió el libro del suelo, lo depositó sobre la mesita que había al lado del sillón. Luego preguntó.

- Señor ¿puedo retirarme?

El señor Fanings le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

El día sexto había llegado, tanto Rold como Mat deseaban que llegará la noche para poder encontrarse y conocerse.

Al llegar la tarde empezó el cielo a oscurecerse, a lo lejos se veían relámpagos, hacían eco los truenos que lo seguían. Llovía despacio pero el agua que caía era abundante.

Mat se había vestido con antelación, era lo más parecido a una novia, aunque el vestido no fuera blanco, de todos modos esa noche se unirían en amor con el también guapo y apuesto Rold.

---

Rold vistió con el traje que le habían confeccionado. Neli lo miraba y sonreía orgullosa del hijo que tenía, y que hacía la admiración por donde iba. Había señoras que tenían hijas, y se habían fijado en Rold como futuro yerno de ellas. Muy a menudo le comentaban a Neli, el hijo tan guapo que tenían. Esta señora desconocía totalmente el proceder de Rold, y de cómo era, lo que más miraba era que, un día heredaría la posada de su padre el señor Xanders, y de que era de lo más apuesto que había entre todos los jóvenes, y amable con la gente.

Rold se despidió de su madre diciéndole.

- Tengo cita esta madrugada con el hechicero Silvey.

Neli desconocía el porqué Rold iba esa noche a la cueva, tampoco sabía para qué, ni porqué, tenía que ir con el traje nuevo. Esa noche estaba diluviando, la tormenta hacía rato que había empezado, y por lo que se veía, cada vez iría en aumento.

- ¿Esta noche tienes que estrenar el traje? - Le preguntó Neli.

- Madre, no hagas preguntas.

Neli como lo conocía, no siguió preguntándole, y se limitó a decir.

- Hijo, todo lo que hagas lo veré bien.

Rold aproximó su boca a la frente de su madre, y le dio un beso. Seguidamente sin decir nada salió de la posada.

El señor Xanders se fijó en como iba vestido, se aproximó a Neli que se había quedado pasmada, y le preguntó.

- ¿A dónde va Rold con tanta etiqueta?

Neli meneó la cabeza, luego contestó.

- Me ha hablado del hechicero Silvey, pero no sé nada más. Ya sabe usted como es, no se le puede hacer preguntas, porque de lo contrario enloquece.

---

La noche era oscura, pero los relámpagos hacían el camino difícil que conducía a la cueva.



Mat iba subiendo la pendiente, con una lluvia que le había calado los huesos. El vestido lo llevaba empapado y pegado al cuerpo. Los cabellos para retorcer. Con el vestido arremangado por encima de las rodillas subía hacia la pradera con mucha dificultad, el barro impedía seguir subiendo, y resbalaba a cada instante. Pero estaba contenta, porque en pocas horas iba a conocer, y a unirse en amor, con su otra parte, también recibiría el alma que les faltaba a los dos. Después de más de una hora de camino alcanzó la pradera. Todo estaba solitario, la entrada a la cueva estaba cerrada. Nadie se veía a la redonda. El agua que caía era cada vez más, y más gruesa, era lo más parecido a agua que caía a cantaros. Los rayos abundaban cada vez más, los truenos hacían temblar todo aquél alto y rocoso lugar. Mat daba vueltas buscando una señal o, algo que la guiara.

De pronto un rayo encendido de luz roja, se clavó en la tierra de la pradera, y al instante, el trueno hizo temblar hasta la hierba más pequeña. Apareció delante de ella el hechicero, vestido con túnica blanca con las dos serpientes enroscadas, de la cintura hasta los hombros, en su mano derecha llevaba su bastón de mando.

De la cueva se vio una silueta que salía. Era Rold, el hechicero lo había trabajado durante la noche. Según se iba acercando Mat, clavó su mirada en la de él. Le sonrió, y fue para acercarse. El hechicero Silvey la detuvo al instante, diciéndole.

- ¡Aún no! Los dos tenéis que estar limpios de cuerpo y alma. Despojaos de vuestras vestiduras y quedaos completamente desnudos.

El hechicero colocó a Rold y a Mat desnudos a diez metros de distancia uno del otro. Los dos se quedaron como el hechicero los colocó. El rostro levantado hacia arriba, los ojos cerrados, los brazos a lo largo del cuerpo, las piernas ligeramente separadas.

La lluvia caía cada vez más fuerte, los rayos más abundantes, los truenos hacían temblar la tierra.

El hechicero se colocó detrás de ellos, y al igual, a diez metros de distancia, de esta manera estaba formando un triángulo. Su voz se oyó que dijo.

- En estos instantes va a caer en medio de vosotros dos un rayo fulminante, entrará dentro de vuestro ser, es el alma que necesitáis, para que hagáis aquí en la tierra una vida limpia y de ayuda a los demás.

El hechicero Silvey nada más acabar de pronunciar esta última frase, el cielo se iluminó de rojo, y de él salió un rayo de siete colores, y fue a clavarse en la tierra justo en medio de Rold y de Mat. Ellos no pudieron aguantar esta enorme presión y explosión, y al llegar el trueno, cayeron desplomados sobre la tierra encharcada de agua.

La tormenta fue cesando. Los relámpagos se iban alejando llevándose los truenos.

El hechicero fue hasta Rold y Mat. Habían caído de lado quedándose en forma de feto y casi

pegados uno al lado del otro. El hechicero se puso en medio de los dos, colocó su mano derecha sobre la cabeza de Mat, y la izquierda sobre la de Rold. Solo tardaron unos minutos en que Rold y Mat recobraran el conocimiento. Abrieron los ojos y se encontraron cara a cara, y delante del hechicero. Mat se fijó en las serpientes, ahora al mirarlas no les producía ninguna ira contra ellas. El alma nueva que había recibido y que era limpia y blanca inmaculada, los temores le habían desaparecido. Cuando era niña hizo una lucha a muerte con las dos serpientes, por la maldad que traía al nacer, y esto le hacía ser frágil y débil.

Los reptiles también se quedaron tranquilos.

- ¡Poneos en pie! - Dijo el hechicero Silvey - Entrar en la cueva con vuestra respectiva vestidura.

Rold y Mat, así lo hicieron.

Dentro de la cueva los esperaban las dos mujeres, que ayudaban cada día al hechicero. En un lateral en la parte trasera de la cueva había una chimenea encendida. Los chopos gruesos ardían con fuerza para calentar todo aquél gran recinto. Estas dos mujeres llevaron a Rold y a Mat hasta la chimenea para que se calentaran. Mientras tanto ellas pusieron a secar las vestiduras de Rold y de Mat.

Ellos mientras se secaban, mantenían la mirada, y sonreían.

Las dos mujeres no tardaron mucho en llevarle las ropas secas para que se vistieran.

Encima de la leña que ardía, había un caldero donde se estaba cocinando un gran caldo vegetal. Cuando estuviera hecho tomarían este alimento.

El hechicero Silvey hizo acto de presencia, iba cambiado de ropa. Se acercó a la chimenea, se puso en medio de Rold y de Mat, les echó los brazos por encima de los hombros, y les dijo.

- Ahora ya os conocéis, y también estáis limpios de todo mal. Yo os bendigo para que seáis felices, y que los hijos que tengáis sean justos, buenos y honestos.

Rold y Mat apenas habían hablado. Fue Rold el primero en decir.

- Yo haré todo lo posible para que sea como usted lo dice.

- También yo procuraré que sea así, pero por naturaleza soy salvaje, sigo mis propios instintos, y la mayoría de veces no son buenos, soy consciente de ello, pero no puedo ser de otra manera - Dijo Mat.

Había amanecido con un sol radiante. El trabajo con Rold y con Mat, el hechicero lo había acabado. Les dio su bendición, y los dos se marcharon.

El matrimonio Listel no estaba al corriente de lo que esa madrugada había sucedido en la alta pradera. Se sorprendieron mucho al ver a Mat que llegaba acompañada de un joven apuesto y guapo. Mat se lo presentó.

- Es el hombre que voy a compartir el resto de mi vida y se llama Rold.

El señor Listel que no era de muchas palabras, agachó la cabeza, y no dijo nada. De nada iba a servir decir algo, puesto que Mat no atendía a razones cuando algo se le cruzaba.

Luey que era la que más tiempo pasaba con su hija, les preguntó a los dos.

- ¿Cuándo pensáis casaros?

Rold y Mat se miraron. Fue ella quien respondió.

- Madre, estamos casados.

Luey se quedó parada. Mat siguió diciendo.

- El hechicero Silvey, nos ha casado.

Luey no sabía como decírselo pero se atrevió.

- El párroco Grant no va aceptar que viváis de ese modo.

- No vamos a vivir aquí - Dijo Rold.

Mat se sorprendió, puesto que no habían hablado en donde iban a vivir. Rold concluyó.

- Tengo una casa con jardín a las afueras de Londres, allí viví con mi madre siendo yo un niño. Esa será

nuestra vivienda, y que a partir de hoy, vamos a ocupar.

Mat se despidió de sus padres, y se marchó con Rold.

---

En la posada igualmente de extrañados se encontraron Neli y el señor Xanders al ver entrar por la puerta a Rold acompañado de una joven muy bella. Ellos jamás la habían visto antes. Neli en esos instantes recordó, las veces que Rold le hablaba de una niña que había nacido el mismo día y a la misma hora que él.

Rold y Mat estaban cerca de ellos. Neli los recibió con una gran sonrisa. El señor Xanders, se quedó como estaba, esperaba las presentaciones.

- Madre - Dijo Rold - Ella es Mat mi esposa.

- ¡Oh! - Exclamó Neli - ¿Dices que es tu esposa?

- Si madre, esta madrugada nos ha unido el hechicero Silvey.

El señor Xanders seguía sin abrir la boca.

- ¿Un hechicero? - Preguntó extrañada Neli.

- Si - Contesto el señor Xanders.- Es un viejo loco que vive desde siempre refugiado en una cueva, y que recibe cada día centenares de personas para que los cure de las enfermedades del cuerpo y del espíritu.

Rold no soportó que al hechicero lo tratara mal.

- ¡Retira lo de viejo loco! - Le dijo cogiéndolo de un brazo - ¡Es cierto que es viejo, pero no está loco! ¡Es un hombre santo!

El señor Xanders se separó de la mano de Rold, y a un metro de distancia rectificó.

- De acuerdo, lo retiro.

Rold y Mat subieron las escaleras seguidos de la mirada de Neli y del señor Xanders.

Él dijo a Neli.

- ¡Por lo visto van a quedarse a vivir aquí!

Antes de que Neli respondiera se oyó como bajaban las escaleras. Rold llevaba en su mano derecha una gruesa llave, dijo.

- Vamos a vivir en la casa de mi infancia. Y cada día vendré a trabajar, y llevar la contabilidad de mi negocio.

El señor Xanders enfureció al oírlo. Él nunca se hubiera atrevido contrariar a Rold, pero ya estaba más que harto de soportar la actitud posesiva de él. Nunca había hecho nada porque creciera las ventas de la posada, lo único que sabía hacer era pasearse entre las mesas preguntando a los clientes, si estaban bien servidos, mientras que él, Neli y Clovis trabajaban sin descanso desde el amanecer hasta altas horas de la noche.

Encarándose con Rold, le dijo.

- ¡Este negocio no es tuyo hasta que yo muera! ¡Y si no trabajas aquí, no percibirás ningún dinero!

Mat sonrojó de ira, y le preguntó a Rold.

- ¿Quién es este impertinente?

- ¡Mi padre adoptivo!
- ¿Y para no ser tu padre dejas que te hable así?
- ¡Es un pobre viejo que no sabe lo que dice!

El señor Xanders se retuvo, pues, ahora no tenía a Rold en contra de él, también a Mat que por lo poco que pudo observar de ella, era mucho peor que él. Desde hacía un tiempo, Rold venía muchas veces a razones, cosa rara en él. Y estaba seguro, que teniendo a Mat a su lado, lo iba a volver peor.

Todo el esfuerzo que hizo durante años el hechicero Silvey, no iban a servir de nada. Quién nace con una condición, muere de la misma manera.



La luna llena iluminaba la gran pradera. El hechicero Silvey a duras penas y sin poder casi andar salía de madrugada sin dejarse una. Esperaba cada noche la llegada de la diosa muerte.

Sus pies, ya no sostenían su cuerpo, su bastón de mando lo ayudaba a caminar muy despacio, con sus dos perros mastines a cada lado, sus dos fieles amigos inseparables lo seguían despacio. Los dos animales presentían que muy pronto su amo se tendría que ir. Ellos y las dos serpientes se quedarían sin amparo de nadie.

De pronto, algo sucedió inesperadamente. La gran esfera plateada de la luna, había posado su brillo en la figura del anciano hechicero. Él, con sus ojos cansados y llorosos, vio a sus dos seductoras serpientes ponerse entre él y la luna. En el aire mantenían un baile armonioso y amoroso. Los dos reptiles estaban procreando, la hembra era necesario que dejara esa misma noche los huevos, para que se quedaran en la tierra, puesto, que era la última noche para ellas.

El hechicero Silvey estaba seguro que era la última noche para él. Sus dos hermosas y bellas serpientes, le estaban dando la señal que así era.

Los dos mastines, con la mirada puesta en la luna aullaron repetidas veces, también ellos iban acompañar esa noche al hechicero a su última

morada. La diosa muerte, no permitiría separarlos de él.

La silueta oscura de la diosa muerte avanzaba hacia el encuentro del hechicero Silvey. Sus viejos ojos llorosos y apenas sin luz, la miraba sonriente, la esperaba con respeto y con ganas de que llegara a él. Por último, miró los montes y la larga y ancha pradera, y musitó al viento.

- Gracias bellezas de la tierra. No me despido para siempre de la madre tierra, solo quiero decirlos, hasta pronto.

Las dos serpientes habían finalizado su prelude de amor. Bajaron del aire igual a serpentinas entrelazadas, para posarse en un agujero del monte más cercano. La hembra depositó cincuenta huevos para su prosperidad. Los cubrió bien, como si fuera ella quién lo estaba encubando. Seguidamente junto al macho regresaron al lugar donde el hechicero Silvey esperaba con los dos mastines, a que llegara a ellos la diosa muerte.

El hechicero feliz y lleno de magia, buscaba por sus alrededores a los duendes del bosque. Serían ellos quien se encargarían de cubrir su cuerpo terrenal, con ramas y hojas de los árboles, para llevárselo al bosque y dejarlo allí. Él, sonrió al ver a un centenar de duendes, llevando en las manos ramitas y hojas para cubrirlo, y que volviera su cuerpo a la madre tierra, como la ley cósmica manda. Y su alma volvería a las alturas, convertida en paloma blanca.

La diosa muerte estaba frente al hechicero. Esa bella dama elegante y llena de clase, sonrió al anciano hechicero, su bello rostro cubierto de encaje negro al igual que sus brazos y manos. Tocó con su mano derecha la frente del hechicero Silvey, y con voz tierna y suave le dijo.

- Hijo, has llegado a ser en la tierra un semi-dios, un espíritu Divino lleno de bondad y de humildad. Tu sabiduría la has sabido respetar hasta el final de tus días, la has administrado dándola a pequeñas dosis. La otra gran parte de la sabiduría que va contigo, es para la próxima vez que vuelvas a la tierra, la traigas para el progreso del mundo.

El hechicero Silvey se mantenía a duras penas sosteniéndose con las dos manos sobre su bastón de mando. El cuerpo le temblaba de la cabeza a los pies. Las fuerzas lo habían abandonado, las manos iban resbalándose de su bastón, y su cuerpo iba cayéndose despacio hacia atrás.

La diosa muerte le ayudó a caer sobre la fría hierba. Al quedarse tumbado, la diosa muerte con sus finas manos cerró los ojos de él, y con voz suave le dijo.

- Adiós, hechicero sabio, que tengas buen viaje.

El hechicero respiró por última vez. Su pecho quedó tranquilo al igual que su rostro reflejando paz y amor. La vida salió de su cuerpo unida a su alma, y volaron al cielo.

La diosa muerte tocó a las dos serpientes, y en el acto quedaron sin vida, las colocó sobre el cuerpo

del hechicero. Hizo lo mismo con los dos mastines blancos, ya sin vida colocó a cada uno del animal a cada lado del hechicero Silvey. Luego agitó la mano derecha en señal de saludo hacia los duendes, y les dijo.

- Ya podéis ocuparos del hechicero más sabio que ha pisado la tierra.

Dicho esto, la diosa muerte se fue alejando hasta que desapareció en la noche, pero iluminada por la madre luna, que iba dejando su sombra por donde pasaba.

Los duendes tenían mucho trabajo para hacer esa noche, y lo debían dejar todo acabado antes que llegara el día. Sus cuerpecitos pequeños y delgados, aparentaban tener poca fuerza y bastante débiles, pero no era cierto. La habilidad era una de sus grandes virtudes, y la fuerza también. Después de cubrir el cuerpo del hechicero Silvey, con ramas de cedro y hojas de abedul, ellos se colocaron debajo del cuerpo del hechicero sosteniendo su peso. De esa manera y despacio, llegaron al bosque. El rey y la reina de los duendes con muchos más, los estaban esperando. Los duendes portadores del cuerpo del hechicero, iban agotados y sudorosos del peso y el esfuerzo que habían hecho.

En el frondoso bosque habían preparado los duendes, una especie de tumba hecha de barro y de ramas de toda clase de árboles. Esta sería la morada del hechicero Silvey, y ahí descansaría su cuerpo junto con sus cuatros animales y su bastón de

mando. Entre más de doscientos duendes que entre todos eran, entonaron una dulce canción que hablaba de la historia del mundo desde el principio hasta el fin. Con todo el respeto debido metieron los restos del hechicero en su última morada. Cubrieron la entrada con ramas, hojas y flores.

Empezaba a rayar la luz del día. A menudo había gente que cruzaba el bosque, pero estas personas lo conocían bien, aunque habían oído hablar a los duendes que lo habitaban, nunca nadie había visto alguno.

Los duendes son muy astutos, y cuando oyen las pisadas de un humano que se aproxima, se esconden detrás de una hoja de árbol, también entran en una flor o también simplemente suben con rapidez por el tronco de un árbol y se quedan en la copa mirando quien pasa.

La tumba del hechicero Silvey, estaba bien escondida para que nadie la encontrara. De esa manera la hiedra, la berberana y las jaras la cubrieron con el tiempo.

---

La cueva del hechicero Silvey siguió abierta por mandato de él. Las dos mujeres que habían sido sus ayudantas, se quedaron al cargo de recibir gente. Habían trabajado muchos años al lado de él, y en todo ese tiempo aprendieron sobretodo, a escuchar a los que llegaban con problemas, ellas le aconsejaban. También aprendieron a curar los males

del cuerpo, pero no como el hechicero lo hacia. Con él se llevó los más grandes misterios.

Mat pronto pariría a su hijo Aleno. Ella le estaba confeccionando ropa de tejidos oscuros y negro. Era a un muñeco de trapo a quien vestía, lo había vestido con uno de estos trajes, que era de pantalón largo con peto, y capa negra.

La cara del muñeco era horrible, a parte de haberle cosido los ojos con hilo rojo, y la boca con negro. Las mejillas las cosió igual a cicatrices, la frente y la barbilla también. Sólo le puso una oreja hecha de tela negra. Las manos grandes en comparación a su cuerpo, y los pies pequeños, demasiado pequeños.

Rold seguía todo este trabajo macabro que Mat llevaba a cabo, él no podía impedirselo aunque lo quisiera, porque a pesar de ser los dos iguales, cada uno poseían poderes diferentes. No era más uno que otro, sino, de distinta manera. No estaba de acuerdo con lo que hacía, pero se tenía que callar. Él se había convertido en un buen hombre, amante de su esposa, de su hogar y de toda la gente que lo conocía. Con su madre se llevaba muy bien, cada día le mostraba su cariño.

Neli estaba más que satisfecha del hijo que tenía, amable y respetuoso con todos quién lo conocían.

Al señor Xanders lo llamaba padre, cosa que de niño y de mayor no había hecho. El señor

Xanders confiaba en él, cien por cien, y para demostrarle que así era, le puso a su nombre la posada, la casa y las tierras que poseía. Rold era dueño absoluto de todo.

Mat desde el día que se unió a Rold y se fueron a vivir a la casa, no había hecho nada por ir a ver a sus padres. El matrimonio Listel, se mantenía en su sitio, por nada del mundo harían nada para dar ellos el primer paso conociendo a Mat. Tampoco sabían que ella estaba esperando un hijo. El matrimonio Listel vivían de esta manera más tranquilos desde que Mat no estaba. Los miedos que tenían se les habían ido, era un matrimonio que dentro de su pobreza vivían bien, y eran felices.

---

Mat quería dar a luz en su casa, sabía la clase de hijo que iba a parir, esa era la razón de que el alumbramiento fuera allí. Tampoco quería que alguien a parte de Rold interviniera en el parto. Este hijo que muy pronto iba a nacer nadie tenía que verle la cara, ni como era su cuerpo.

Rold no aceptaba que fuera así, e iba hacer todo lo posible para hacerlo a su manera. En una cosa estaba de acuerdo en que Mat pariera en la casa, pero atendida y ayudada por una comadrona. Las discusiones entre ambos a causa de estas dos diferencias, eran cada día más grandes. Mat utilizaba la fuerza física, mientras discutían, Rold la verbal, con buenas palabras quería llegar a un entendimiento



con ella, pero Mat no aceptaba tal oferta. El hijo en que en cualquier momento iba a nacer, sólo lo quería para ella, tan siquiera admitía que alguien lo viera, a excepto de Rold. Él amaba mucho a Mat, incluso demasiado, estaba seguro que por sí sola podría salir bien del parto, pero él, no lo aceptaba, para su mayor tranquilidad era necesario que alguien con experiencia estuviera presente. Y lo primero que hizo fue, sin que Mat lo supiera, ir al hospital para hablar con el doctor Burdi, que ya era bastante mayor. Él fue el que trajo a Mat al mundo y la conocía bien.

Tanto Neli como el señor Xanders estaban al corriente del próximo alumbramiento de Mat. Ellos sólo la habían visto una vez, el día que Rold y ella se unieron y se fueron a vivir a la casa. Estaban al corriente de cómo era Mat, y de lo contrario a Rold, ella no había cambiado, incluso, era peor, su maldad había crecido, y seguiría creciendo cada vez más.

El doctor Burdi que era un hombre inteligente y muy astuto, tranquilizó a Rold diciéndole.

- Por las cuentas que tengo hechas, pasado mañana será el día que Mat tenga a su hijo. Me presentaré en vuestra casa, y fingiré haber pasado por delante para saludarla.

Rold meneó la cabeza desaprobando la idea.

- Mat es muy lista - Dijo Rold - Se va a poner furiosa cuando lo vea entrar.

El doctor Burdi asintió, luego respondió.

- Sí, lo se, pero es la única manera de que yo la pueda ayudar. De todos modos, si ella no lo aceptara, la veo capaz de dar a luz ella sola sin necesidad de nadie.

Rold como no tenía más alternativa que esa, aceptó. Salió de la consulta del doctor Burdi, y fue directamente a su casa. Buscó a Mat en el salón, y al no hallarla, fue hasta el comedor, sin resultado, y por último entró en el dormitorio. Allí tampoco estaba, se quedó plantado con los brazos en jarra pensando donde podría encontrarla, puesto que Mat no salía de casa, lo más, iba hasta el jardín y se sentaba en uno de los dos bancos que había. Pero tampoco estaba en el jardín, él acababa de entrar y no la había visto. Lo último que le quedaba por mirar era, en una habitación que siempre había permanecido cerrada. Dentro no había nada, solo unos pocos muebles viejos que el señor Xanders hacía años había guardado allí por no tener donde meterlos. Dentro de esa leonera, Mat no debía estar, allí no tenía nada que hacer.

Rold la llamó varias veces.

- ¡Mat! ¿Dónde estás?

Un golpe le hizo rodear la cabeza, justamente en la habitación que estaba cerrada. Se dirigió hasta este lugar, y se paró delante de la puerta. La palma de su mano derecha la posó sobre la puerta, y empujó con fuerza para abrirla. Estaba bien ajustada, pegó un golpe y la puerta cedió. Los ojos de Rold se agrandaron al ver a Mat que estaba convirtiendo esa

habitación cochambrosa en una sala de estar, con dormitorio incluido. A pesar del enorme vientre que tenía, la agilidad era grande, se movía llevando muebles viejos y pesados de un lado a otro de la estancia abandonada. La oscuridad era casi absoluta, solo entraba un poco de luz por la ventana cuadrada y sin rejas ni postigos, que había al final de la pared pegando al techo.

Mat se quedó plantada mirando a Rold cómo la observaba. Ella se dirigió a él diciéndole.

- ¿No me preguntas que estoy haciendo?

Rold que se había convertido en un pedazo de pan, sólo se limitó a decirle.

- No entiendo que estás haciendo aquí, y para que estás separando estos muebles viejos y rotos a un lado de la instancia.

Mat que cariñosa no era, esta vez se mostró amable y Melosa con Rold, se aproximó a él y lo besó en los labios. Él la miraba algo extrañado, no era de esa manera Mat. Ella le dijo.

- Estoy preparando el dormitorio para nuestro hijo, es aquí donde voy a parir, y se quedará en el dormitorio y salón para Aleno. Aquí es donde vivirá.

Rold se separó algo de Mat, y con el entrecejo fruncido, le preguntó.

- ¿Pretendes que nuestro hijo viva en esta ratonera?

- ¡Por supuesto! - Afirmó Mat - No estoy dispuesta a dejarlo que le dé la luz del día. En esta habitación nacerá, y en ella vivirá el resto de su vida.

- ¿Por qué esa decisión tan cruel? - Preguntó Rold.

- ¿Crees que soy despiadada? - Preguntó Mat con sarcasmo - ¿Me estás llamando mala madre?

Rold se llevó las manos a la cabeza, horrorizado.

- ¿Por qué has decidido esto? - Le preguntó con enfado.

- ¿Cariño, te das cuenta de lo que estás haciendo? - ¡Todavía nuestro hijo no ha nacido, y ya nos estamos peleando por él! - Dijo Mat ofendida - ¿Crees que no sé de donde vienes? ¡Es por esa razón que voy a parir en esta abandonada habitación yo sola!

Rold se enfadó, y gritó diciendo.

- ¡Has roto nuestro pacto! ¡Dijimos y juramos, que seríamos igual a otras personas! ¿Por qué has roto la palabra que nos dimos?

- ¿No crees que me estás haciendo demasiadas preguntas? ¿Cómo has podido creer que yo iba a mantener un juramento?

Rold muy indignado pegó un puñetazo en la pared, el golpe fue tan fuerte que se hizo sangre en los nudillos. Preguntó con rabia.

- ¿Dime por qué quieres hacerle daño a nuestro hijo? ¡Desde el momento que empezó a formarse en tu vientre, le has hecho la existencia imposible! Estás haciendo que seas malo, que haga maldades, que nos odie, y lo que es peor de todo, que se odie así mismo. El día que se mire a un espejo y se vea, será mejor pedir ayuda al cielo, porque acabará con nuestras vidas.

Mat no podía apartar la mirada de la mano ensangrentada de Rold y sin poder contenerse, se aproximó a él, le cogió la mano poniendo mucho cuidado, acercó su boca, y lamió la sangre que le chorreaba.

Rold la miraba atónito, se había quedado callado, con espanto no cesaba de mirarla como lamía y tragaba la sangre que goteaba de su mano. Rold de un estirón se separó de ella, y totalmente desconcertado, le preguntó.

- ¿Qué estás haciendo?

Mat se había quedado embelesada mirando la mano todavía ensangrentada de Rold.

- ¡Mat, te estoy hablando! ¿Me oyes? - Gritó Rold.

Mat estaba totalmente ausente de las palabras de él. Acercó su mano a la de Rold para cogerla de nuevo. Rold no tenía otra alternativa que salir rápidamente de la cochambrosa habitación, y se dirigió a la cocina. En un rincón en el suelo había un barreño con agua turbia de haberla echo servir para otros menesteres. Introdujo las manos en el agua y las estuvo lavando. Luego fue hacia el botiquín, cogió una botella que contenía alcohol y se puso en la mano. Poco después, la mano no sangraba.

Rold se había quedado bastante preocupado por el hecho ocurrido con Mat. Él no se espantaba de nada referente a ella, pero esto último, no llegaba a entenderlo. Era preciso que lo hablara con ella, y se dirigió a la fea, sucia y oscura habitación.

Mat estaba preparando una vieja cama de hierro. Rold llegó hasta ella, y con suavidad le dijo.

- Tenemos que hablar.

Mat se sentó sobre la vieja y destartalada cama.

- ¿De qué quieres que hablemos? - Preguntó ella.

Rold no se andó con rodeos.

- ¿Desde cuando te gusta la sangre humana?

Mat también fue directa.

- Nuestro hijo me pide, y me está dejando seca por dentro, es por esa razón que necesito beber.

Rold se enfadó y dijo muy alterado.

- ¡Has creado a un monstruo asesino! ¡Necesitará sangre para vivir! ¿Por qué lo has hecho? - Rold pegó un grito desgarrador - ¡Habíamos hecho un pacto de paz con toda criatura viviente!

Mat enrojeció de locura. Su rostro de gran belleza se transformó cogiendo forma de demonio. La mirada la tenía desviada, rojiza oscura, la boca deformada, mostrando una dentadura picuda y amarillenta.

Rold conocía demasiado bien en el estado en que se encontraba Mat, también él, había pasado por ese trance indeseable, que en ese instante no era dueño de su cuerpo, el control lo perdía. Sus ojos se agrandaron al ver que Mat se avanzaba sobre él. Rold no iba a luchar contra ella, su fuerza de hombre se quedaba pequeña al lado de la de Mat. Tenía la fuerza de veinte hombres juntos en el momento que le daban esos arrebatos de locura endemoniada. Rold

salió de la vieja habitación corriendo todo lo que sus largas piernas le permitían. Llegó hasta el jardín, y allí respirando con agitación, miraba la puerta de salida de la casa, esperando ver de un momento a otro salir a Mat, si lo hacía, él saldría del jardín y se marcharía hasta que pasara un rato, que era el tiempo que a Mat le duraba el enloquecimiento. Él la amaba, los dos se querían, pero Rold no podía hacer nada para que ella cambiara.

Llevaba en el jardín aproximadamente media hora, esperando a que Mat saliera, pero no fue así. Pasado ese tiempo, oyó a Mat que daba fuertes alaridos. Rold corrió en su ayuda, entró en la casa y se dirigió a la vieja habitación. Su sorpresa fue enorme al ver que Mat estaba pariendo sola. Ella tenía cogida entre sus manos la cabeza del niño, estiraba de ella hacia arriba, al tiempo que retenía un grito. Rold no sabía que hacer en ese momento inesperado. Era claro que a Mat no le iba a preguntar, qué podía hacer.

Mat había preparado una canasta con la ropa del niño, y trozos de sábana para los pañales. Fue estos enseres lo que Rold cogió y los dejó a un lado de la vieja cama de hierro oxidado.

Mat había llegado a una total tranquilidad.

Su hijo Aleno había nacido, lo tenía a un lado de la cama junto a ella. El crío no lloró en ningún momento, sus grandes ojos rojizos miraba a Mat, también se detenía en cada rincón de la vieja y oscura habitación. Rold se fue acercando poco a

poco para mirarle la cara. Por el muñeco que Mat había confeccionado, sabía como era, pero ahora en carne y hueso, era curioso lo que le sucedía. Aleno era un recién nacido, y siendo así, le tenía miedo. Se iba acercando a la cama a paso lento, y con cuidado de no hacer ruido con las pisadas de la vieja madera comida por la humedad.

Mat que hacía rato había cogido su forma normal, seguía de guapa como siempre. Ella sonriéndole a Rold, le dijo mientras estaba cerca.

- Este es nuestro hijo Aleno, estoy segura que lo vas a querer mucho. Acércame su ropita que lo vamos a vestir.

La canasta con la ropa negra y oscura del recién nacido, la cogió Rold y la posó sobre la cama. Le costaba mucho trabajo mirar a su hijo a la cara. Mat que no se perdía detalle, con su mano derecha agarró la barbilla de Rold, y fue girándole la cara hasta llegar al punto de donde estaba Aleno. Los ojos de Rold se quedaron como platos al mirar al recién nacido. Tan sólo tenía una hora, le habían crecido los dientes o, quizás nació con ellos. La boca la tenía abierta, los labios negros como Mat se los cosió al muñeco. El rostro del pequeño era horriblemente feo, tanto que Rold no pudo soportar la mirada atravesada y rojiza del pequeño, y salió a prisa de la vieja, sucia y oscura habitación.

Mat le pegó un grito, ordenándole.

- ¡Rold, ven inmediatamente aquí!



Rold había llegado hasta el jardín, y encima de la pila de lavar estuvo vomitando. Su sorpresa fue aún mayor al ver a Mat salió a buscarlo, y muy enfadada le reprochó.

- ¡No eres un buen padre! ¡Nuestro hijo nos está esperando encima de la cama y desnudo!

Rold se mantuvo derecho y de espalda contra la pared, con la respiración agitada. Mat estaba vestida, como si nada hubiese sucedido.

Rold tardó unos minutos en reponerse del shock.

Su hijo Aleno era aún más feo de lo que se pensaba, la maldad la llevaba reflejada en su cara. También su cuerpo era exageradamente desastroso, y en lo único que pensaba era ¡Qué iba a ser de ese niño!

Dentro de la habitación vieja, sucia y oscura, esperaba el recién nacido en cueros encima de la cama. No había llorado, no se le oía, sólo hacía que observar los rincones de la vieja, oscura y sucia habitación, mal oliente. Rold no soportaba estar dentro, una tos aguda y un sofoco se apoderó de él. A parte de la olor tan mala que hacía, el recién nacido había desocupado su vientre, encima de las sabanas negras.

Mat inició esta tarea para ella y para Rold.

- ¡Este hijo es tuyo y mío! - Le dijo a Rold - Los dos tenemos que colaborar en tan difícil tarea.

Aquí empezó a discutir la pareja.

- ¡Voy a trabajar todos los días en la posada! - Dijo Rold - ¡Eres tú la madre, y quién tiene que cuidar de este niño!

- ¡No creo que lo soporte! - Gritó Mat - ¡Acaba de nacer y me tiene alterada! ¡Y cuando acabe con mis nervios, soy capaz de estrellarlo contra la pared!

Rold sonrió con ironía.

- No te creo capaz de hacerlo - Dijo.

- ¿Por qué está tan seguro? - Preguntó Mat.

- ¡Porque es tú obra, y no la vas a destruir! Tu quisiste que tuviera el físico que tiene, construiste un monstruo ¿Qué razón te llevó hacerlo?

Mat se quedó callada. Rodeó la cabeza y miró a su hijo, que también el, recién nacido la miraba a ella con temor, era como si supiera y entendiera lo que su madre quería hacer con él.

- Está temblando de miedo - Dijo Mat mirando a Rold - Tienes razón al decirme que he construido a un monstruo, pero es que yo lo soy ¿Qué podría haber creado sino?

Rold estaba de acuerdo con Mat, ella no aceptó cambiar en el momento de hacerlo, y seguiría así hasta el resto de su vida. Él quería cambiarla, que fuera una esposa buena, cosa que estaba lejos de conseguirlo. Quería que también fuera una buena madre, y casi estaba seguro que no llegaría a conseguirlo. Pero la amaba, también ella a él, pero a su manera.

El recién nacido necesitaba ser atendido por toda la suciedad que se le había acumulado, la cama

que ya estaba sucia, ahora no se podía respirar, y armándose Rold de valor, cogió al niño por las axilas y lo llevo en el aire, lo sacó de la vieja y oscura habitación, y lo llevo hasta el jardín para meterlo dentro de un barreño con agua, para lavarlo. Mat que en ese preciso momento salía de la casa, se horrorizó al ver al pequeño Aleno en el jardín dándole la luz del día. Se enfadó enormemente, y fue rápidamente a quitarle a Rold de las manos al recién nacido.

- ¡Insensato! - Le grito - El niño no puede ver la luz del día, yo lo preparé para que así fuera.

Mat con el niño en brazos entró en la casa, y se dirigió a la habitación sucia y oscura. Allí tenía todo lo necesario para asear a su hijo.

Dos horas hacía que había nacido. El niño lloró por primera vez, su llanto era agudo y desgarrador.

- Tiene hambre - Dijo Rold.

Mat sin responder, se sacó un pecho y se lo puso a su hijo en la boca. La criatura se agarró con desesperación. Mamaba haciendo un ruido espantoso. Mat con lo fuerte y decidida que era, le cogió miedo, por los dientes pequeños y afilados que le habían crecido o, que nació ya con ellos.

Mat hizo el gesto de separarlo, pero al instante, el niño cogió con sus dos manos grandes y deformadas el pecho de ella, y cuando acabó toda la leche que tenía en ese pecho, cogió el otro. Mat estaba atormentada, la cara se le encendió de ira.

Gritó a Rold diciéndole.

- ¡Quítame este bicho raro de encima!

El recién nacido separó su boca del pezón de su madre, y con la mirada torcida la fijó en Rold. Él, estaba decidido a ayudarlo, retrocedió tres pasos y negó.

- ¡No puedo! - Dijo - ¡Te lo advertí en el momento que lo estabas construyendo! ¡Era imposible que de esa cosa, saliera algo bueno!

- ¡Poco importa ahora lo que digas o pienses! - Contestó Mat con la cara roja como una fresa - ¡Sé que he hecho un ser destructor y despreciable! ¡Y quiero ahora destruirlo!

Al instante de terminar de decir esto, el recién nacido saltó del regazo de su madre, y dando un salto se posó en el suelo. Corría a gran velocidad buscando la salida de la habitación oscura.

Más que un recién nacido, parecía un muñeco eléctrico con ruedas en los pies.

- ¡Hay que impedir que no se escape! - Gritó Mat.

- ¡Demasiado tarde! - Respondió Rold.

- ¡Nadie puede verlo! - Seguía gritando Mat - ¡Irán a cazarlo como sea!

- ¡Los humanos no podemos crear a otros humanos!  
¡La genética ya se encarga de hacerlo!

- ¡No me vengas ahora con teorías! - Dijo Mat - ¡No puedo salir de casa!

Rold y Mat salieron de la habitación sucia y oscura. La entrada de la casa estaba abierta, lo más seguro era, que hubiera llegado hasta el jardín, y estuviera escondido detrás de algún matorral.

Rold se puso a buscar por un lado y Mat por otro. No se dejaban lugar alguno, los dos buscaban como desesperados. En sólo dos horas que Aleno tenía de vida, los dientes le habían nacido, andaba, corría y entendía todo lo que se le decía. Hablar era lo que no hacía, al menos no lo habían oído.

De pronto un olor espantoso inundó todo el jardín. Rold se tapó la nariz, y cerró la boca.

A Mat se le oyó gritar.

- ¡Está aquí!

Rold fue rápidamente a su encuentro. Mat estaba junto a una orza de barro, con sus manos cubría la boca de esta vasija, impidiendo que su hijo se pudiese escapar de nuevo.

El recién nacido, pegaba grandes saltos intentando salir de la orza, su fuerza era superior a su peso. Su enorme y desproporcionada cabeza daba chocando en las palmas de la mano de Mat. Rold había llegado al sitio, y rápidamente intervino para coger la cabeza de Aleno. Y de pronto, una enorme mano dotada con ocho y largos dedos, cogió la de Rold. Él no se esperaba ver un fenómeno tan extraño. Los ojos se le agrandaron, en su cara había repugnancia, y a su garganta aparecieron grandes arcadas que no pudo retener. En ese instante Mat acudió a la boca de la orza, para evitar que Aleno se escapara, pero era ya demasiado tarde, el cuerpo larguirucho del recién nacido, salió de la vasija pegando un brinco, y echó a correr dando largas zancadas. Rold y Mat trataron de impedirle la salida,

pero fue imposible. Aleno salió del jardín por la puerta de entrada, y desapareció por el largo y ancho campo. Mat corría más rápido que Rold, casi volaba, fue la que se ocupó en ir detrás de Aleno. Mat se detuvo a un lado de un mojón de gruesas piedras, era imposible que estuviera en otro lugar. Rodeó el ancho mojón, y en uno de los laterales vio que había un grueso agujero, miró buscando una señal que identificara a su hijo. Oyó como respiraba haciendo un fuerte ruido parecido a ronquidos agudos. Mat con voz potente le ordenó diciéndole.

- ¡Sal rápidamente de ahí, desgraciado!

El estruendo que se oyó dentro del mojón de piedras era grande, y los alaridos que Aleno lanzaba, también. Mat sin pérdida de tiempo se puso a retirar peñascos, y de pronto salieron del centro del mojón, varias culebras largas y finas, huyendo de su lugar de escondite, para buscar otro. Aleno seguía metido dentro sin hacer caso a la llamada de su madre. Mat sin pérdida de tiempo metió la mano derecha tanteando el cuerpo resbaladizo de Aleno, cuando tuvo un brazo cogido estiró fuerte, y de esa manera, lo sacó de ese nido de culebras. Aleno miraba a su madre con espanto y pavor, de hecho sabía qué, le esperaba por haber jugado con ella del modo que lo hizo.

Rold venía al encuentro de ellos. Se paró en seco, cuando vio que Mat estaba golpeando a Aleno de una manera brutal en la cabeza, y en todo su

grasiento cuerpo larguirucho y mal formado. Le repetía con enfado y voz chillona.

- ¡La próxima vez que lo hagas, te quito la vida!

Rold llegó a tiempo de quitárselo de las manos, aunque la mala olor que desprendía lo impidiera, su deber como padre era salvarlo de una muerte espantosa que a Mat no le importaba darle. Rold no sabía si debía cogerlo en brazos o de la mano para que caminara, puesto que con sólo unas horas que tenía de vida, andaba y corría.

Mat no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo. Rold optó por cogerlo de la mano, ya que era imposible llevarlo entre su pecho. Las manos de Aleno eran más grandes que las de su padre. En esos instantes algo ocurrió inesperado para Rold. Sintió en su mano izquierda un gran grosor, algo que abultaba enormemente en la palma de su mano. Tenía que mirar y ver que era. Mat había advertido que algo raro estaba ocurriendo, y junto a Rold miraron. De la mano de Aleno sobresalía dos dedos más, si es que se podían llamar dedos, por la forma horrenda que tenían.

Rold al ver esos dos dedos que acababan de salirle, soltó la mano de su hijo, y con un gesto de asco dijo dirigiéndose a Mat.

- ¡Coge a tu hijo de la mano! ¡No quiero saber nada más de este monstruo que a cada instante que pasa le va cambiando su cuerpo!

Tanto a Rold como a Mat se llevaron una gran sorpresa. Por primera vez oyeron la voz de Aleno maldiciéndose.

- ¡Ojala no hubiera nacido! ¡Ojala no fuera Mat mi madre! ¡Ojala me muriera aquí mismo!

Mat cogió del brazo a Aleno y con rabia lo zarandeó de tal manera que lo estrelló contra el suelo, al tiempo que le gritaba diciéndole.

- ¡Cállate demonio!

- ¡Soy un demonio, porque tú has querido que lo fuera! - Gritó Aleno - ¡Cuando estaba dentro de tu vientre sentía el dolor que me producías en los ojos, la nariz, en las orejas y en la boca!

- ¡Malditos seas, cállate! - Gritó Mat.

Rold que estaba presenciando todos los reproches que Aleno le hacía a Mat, intervino diciéndole a su hijo.

- Es cierto lo que dices, tu madre ha querido que seas diferente a los demás niños, ha hecho de ti un excremento repugnante, pero yo voy a remediar ese mal que ella te ha causado.

- ¿Te crees Dios? - Le preguntó Mat muy enfadada.

- Sólo soy un hombre que busca el bien para sus semejantes - Contestó Rold - ¿Qué va a ser ahora de esta criatura?

- ¡No lo llames criatura! - Le reprochó Mat.

Aleno seguía en silencio la conversación de sus padres, por sus ojos grande y saltones resbalaron dos gruesas lágrimas. A pesar del temor que sentía por su madre, se hartó de valor y le preguntó.



- ¿Qué soy?

Mat lo levantó del suelo sin miramiento, lo dejó clavado de pie en el suelo, y le respondió.

- ¡Eres algo que no se puede nombrar!

- ¿Soy peor que un demonio? - Le preguntó Aleno.

- ¡Aún peor! - Le respondió Mat - Un demonio puede entrar en el cuerpo de una persona porque lo acepta esa persona, pero a ti, nadie te aceptaría, es más, tendrás que vivir recluido toda tu vida dentro de casa, nadie te puede ver, incluso, no tienen que saber que has nacido, tu no existes. La habitación oscura donde has nacido, será el lugar donde residas para siempre hasta que mueras.

Aleno seguía llorando al tiempo que lanzaba grandes berridos, y entre algunos sollozos preguntó.

- ¿Madre, porqué me has hecho así?

- ¡No me llames madre! - Grito Mat - ¡No has nacido como un niño normal!

- ¿Cómo debe llamarte?

Mat empezó a andar con Aleno de la mano indiferente a la pregunta que le hizo.

Rold le preguntó a Mat.

- ¿Cómo debe llamarte nuestro hijo?

Mat le echó una mirada de reproche, se mantuvo callada sin para de andar. Al llegar a la casa entró con Aleno de la mano. El recién nacido se opuso a entrar en la habitación sucia y oscura, estiraba de la mano de Mat, y echó a correr dando saltos. Mat salió tras de él, los saltos que ella daba mientras corría eran enormemente grandes, hasta

que lo alcanzó. Aleno se defendió, y atacó por sorpresa a Mat. Se tiró a ella, con sus largas y fuertes manos la agarró por la garganta con la intención de ahogarla. Mat lo arrancó de un estirón, y para castigarlo, lo cogió por los pies y empezó a pegarle porrazos contra el suelo lleno de piedras. Según Mat iba golpeándolo, Aleno iba creciendo. Cuando Mat se dio cuenta del proceso que iba teniendo. Cogió a Aleno por la cintura, si es que cintura se le puede llamar a algo que no tiene forma. Lo llevo debajo de su brazo bien cogido para que esta vez no se escapara, y de esa manera entró en la casa.

Rold que se había convertido en un bendito de Dios, sintió pena por esa criatura desgraciada, y del futuro desdichado que le esperaba.

Mat llegó hasta la habitación sucia y oscura. En un rincón de la habitación había en el suelo unas cadenas viejas y oxidadas, con ellas encadenó a su hijo a una fuerte barra de hierro que estaba bien clavaba en la pared.

Rold llegó corriendo hasta el lugar, no salía de su asombro, ver a su hijo, por llamarlo de alguna manera, encadenado como un animal salvaje, de hecho, eso es lo que era. Rold sabía que de nada iba a servir que dijera algo. Mat así lo había decidido, y nada la iba hacer cambiar, incluso, podría enfadarse mucho, si Rold tratara de impedirselo.

Aleno quedó encadenado por los hombros y la cintura. Lloraba desconsoladamente, gritaba con agudos berridos. Mat no hacia caso de él, y salió de

la habitación sucia y oscura cerrando la vieja y pesada puerta. A parte de Rold nadie podía oírlo gritar, la casa estaba alejada de Londres. Los únicos que podrían pasar eran los forasteros que viajaban en sus caballos, y tampoco pasaban cerca de la casa, lo hacían por el camino que daba más arriba.

Habían transcurrido dos años. En ese tiempo, Aleno creció y se desarrolló mucho. Su físico era horrible al igual que su cuerpo, deformado y pegajoso, que carecía de piel. Seguía encadenado igual que un animal. Mat era la encargada de lavarlo, lo hacía con mucho asco, también le llevaba la comida y se la dejaba en el suelo a un lado para que comiera. Sentimientos de madre no tenía, no sentía pena por nada. Y desde que nació Aleno se iba convirtiendo en peor persona, tirana y despiadada.

Rold no podía hacer nada para remediar la desgraciada vida que le había tocado vivir a Aleno. Sentía mucha pena por él, tanto era, que tenía prohibida la entrada por Mat, a la habitación sucia y oscura. El olor que salía de la habitación era terriblemente malo, sin apenas ventilación y la puerta siempre cerrada. Había ratos que era insoportables los alaridos agudos que Aleno lanzaba. Llegada la madrugada era imposible dormir, para Rold era una tortura. Mat se mantenía tranquila, andaba por la casa como si no oyera nada, con la sangre fría como el hielo.

Desde hacía un tiempo, Rold tenía en mente que Mat se quedara embarazada, pensaba que esto sería el remedio para que recapacitara y tuviera sentimientos de madre. Pero esta vez llevaría Rold

las riendas de la criatura que nacería. Quería que fuera niña y sería él quien decidiera cómo iba a ser físicamente. Y se puso antes de nada a confeccionar una muñeca de trapo. Cada día trabajaba en ella dándole mucha belleza. Los cabellos se los puso rubios, los ojos azul violeta, una nariz bonita, boca grande y labios carnosos de un rojo fresa. Un cuerpo bonito y muy sexy.

Mat había concebido, y sabía por el trabajo que Rold estaba haciendo, que sería una niña y muy guapa la que pariera. Al igual que Rold no pudo hacer nada para impedir que Aleno naciera horriblemente feo, ella tampoco podía impedir que tuviera una hija guapa y hermosa como un rayo de sol.

Rold conocía el misterio de sus poderes, aunque ya no ejercía ninguno. El hechicero Silvey le hizo comprender que solo en determinada y en muy pocas ocasiones, y con un motivo muy evidente, los podía emplear. Era por esa razón que Rold no provocaba a Mat en la situación que estaba viviendo con su hijo Aleno, que era un ser que había nacido sólo para sufrir dentro de la habitación sucia y oscura. Si provocaba a Mat, las consecuencias serían terribles. Dentro de ella, habitaba un ser maligno, preparado para hacer un hecho horrendo si alguien trataba de impedir que hiciera su voluntad. Estaba seguro que la niña que naciera, traería alegría a la casa, incluso, la existencia de Aleno sería más llevadera. Era también por eso, que deseaba que

naciera esa niña. En esta ocasión Mat no podría hacer algún daño, porque era creación de él. Llevaría a la niña nueve meses en el vientre de ella, pero no tendría poder para hacerle ningún mal. Rold ya se encargaba de eso, utilizaba a diario uno de sus dones, era mirar dentro del vientre de Mat, y comprobar que el feto se estaba formando bien. Ella como estaba al corriente, dejaba que la niña naciera bien. Otra cosa que Rold hizo, fue no dejar a Mat en esos nueve meses de gestación, de que entrara en la habitación sucia y oscura. Era él quien se encargaba de darle la comida y de limpiar a Aleno, que con sólo dos años que tenía, había desarrollado un cuerpo fuerte, de una gran estatura, un cuerpo gordo y mal formado. La cara era horrible, cada día que pasaba se deformaba más.

Rold también se encargó de limpiar a fondo la habitación, y la aseaba cada día. Pero aún así, olía muy mal. El cuerpo de Aleno desprendía una olor horrible, casi insoportable.

Aleno al igual que Mat, carecía de sentimientos, pero se daba cuenta que Rold era diferente. También tenía mucha astucia y maldad. Y empezó a emplearla con Rold, sabía que era su padre y trató seducirlo con palabras, diciéndole.

- Padre, tengo el cuerpo dolorido de las cadenas que me oprimen.

Rold lo miró con pena. Era cierto lo que decía, y si por él hubiera sido, nunca lo hubiese encadenado Mat, pero Aleno fue creación de ella.

- Hijo, siento mucho lo que te ocurre, y sabes bien que yo no puedo hacer nada para evitarlo.

- Sólo te pido que me las quites por una hora o dos para que mi cuerpo descanse.

Mat que veía y oía a través de las paredes, gritó desde el salón donde estaba sentada en el sofá.

- ¡Rold, no lo hagas! ¡Si lo intentas entro en la habitación!

Rold que la creía capaz de todo, salió rápidamente de la habitación para tranquilizarla.

Aleno lo llamaba a grito pelado, mientras se retorció en el suelo tratando quitarse las gruesas cadenas que lo sujetaba.

- ¡Padre! ¡Padre, ven en mi ayuda! ¡Quítame estas miserables cadenas que están acabando con mi vida!

Rold había llegado al salón donde Mat se levantaba del sofá para dirigirse a la habitación. Rold la detuvo, y se disculpó diciéndole.

- No temas que suelte a Aleno. Te pido perdón por escucharlo, Aleno es un niño y no sabe lo que dice.

Mat palideció, y pegando un grito agudo dijo.

- ¡Aleno no es un niño! ¡Es... es... un grave error que yo he cometido!

Rold sintió pánico por la niña que estaba creciendo en el vientre de ella. Las malas vibraciones de Mat, su hija las estaba sintiendo, las estaba sufriendo, y nada de eso quería para su hija.

- ¡No volverá a suceder más! – Dijo Rold – Mat, no grites, no te alteres. No quiero que mi hija nazca con algún defecto físico o enfermedad.

Mat se volvió a sentar. Inclino la cabeza hacia el pecho, y ocurrió algo inesperado para Rold y para ella misma, algo que jamás le había sucedido. Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus rosadas mejillas, y que fueron a caer encima de su vestido color teja. Rold se quedó asombrado, era la primera vez que la veía llorar. Estaba tan emocionado y feliz al mismo tiempo, que se hincó de rodillas junto a Mat, cogió entre sus manos las de ella, las llevó hasta sus labios y con ternura las besó repetidas veces.

Mat también estaba sorprendida por ese sentimiento tan natural que estaba descubriendo en ella. Era la primera vez que lloraba, no entendía a la gente que derramaba lágrimas por alguna razón. Ella se había encontrado siempre mejor cuando veía a las personas sufrir, cuando les venía una desgracia. Mat de esa manera era feliz. Siempre había deseado el mal para los demás.

La madrugada que el párroco Lewis entró en el río Támesis, fue un gran disfrute para ella verlo como se hundía y se ahogaba.

Rold muy emocionado le dijo.

- ¡Estás llorando! ¿Eres consciente de lo que te está ocurriendo?

Mat asintió, y con el filo de su vestido, secó las lágrimas de sus mejillas.

- ¿Qué te está ocurriendo? – Le preguntó Rold.

Mat negó con la cabeza gacha, y luego dijo.



- No lo sé, pero lo que sí puedo decirte es, que me siento mejor después de haber llorado ¿Crees que volverá a sucederme otra vez?

- Espero que sí – Respondió Rold aún emocionado.

Rold no sabía qué momento era bueno para hablar con Mat, para preguntarle el porqué de tantas cosas que había hecho a propósito mal. Ella al igual que Rold, leía el pensamiento, y pasó a decirle.

- Aleno yo quería que fuera un hijo malo, un niño malvado y sin entrañas, un ser feo y despreciable. Pero jamás lo hubiera imaginado que fuera como es, todavía peor ¿Crees que no siento pena por él?

Rold abrió los ojos de tal manera que Mat se sorprendió, y le dijo.

- Es normal esta reacción en ti, pero la primera sorprendida soy yo.

Rold sabía la verdad del porqué, y se la comunicó.

- Cissy te está convirtiendo en una madre buena.

Mat lo miró, y luego le preguntó.

- ¿Cissy es el nombre que llevará nuestra hija?

- Así se llamará – Respondió con una sonrisa Rold.

- ¿No será mala y perversa? – Preguntó extrañada.

De nuevo Mat se sorprendió. Amor era una palabra que ella nunca había pronunciado, ni había oído pronunciar a nadie, incluso le molestaba.

- No creo que las dos nos llevemos bien - Dijo ella.

- Yo opino todo lo contrario – Respondió muy seguro él.

- Cissy es un nombre que no me gusta – Dijo Mat – Será una niña delicada y enclenque. Quien la conozca hará de ella lo que quiera.

- En lo de, delicada, tienes razón – Contestó Rold – Pero en lo de enclenque no estoy de acuerdo contigo. Cissy será fina y elegante como una espiga en un trigal, su corazón tendrá el color de las amapolas, que sólo con mirarlas, cautivan.

Dos lágrimas volvieron a resbalar por las mejillas rosadas de Mat. Esta vez miró a Rold de frente, para que viera que le había hecho llorar sus dulces palabras.

Rold la rodeó con sus brazos y la besó en la frente.

En esos instantes se oyó la voz aguda y desentonada de Aleno llamando a Rold.

- ¡Padre, quiero hacer de vientre!

Rold soltó a Mat y se dirigió a la habitación oscura. Siempre que Aleno pedía una necesidad, antes de que llegara Rold, se lo había hecho encima. Cada vez que Rold entraba en esa habitación, se ponía un pañuelo a la nuca, que le cubría a la nariz. El mala olor que había dentro era insoportable, aún tapándose la nariz había veces que vomitaba, era algo que no podía remediar.

Rold se acercó a Aleno, no podía soportar la olor que había, no olía a podrido, olía a algo mucho peor. Costaba trabajo limpiarlo, Aleno tenía unos glúteos grandes y redondos, el vientre lo reposaba en el suelo, los muslos con el resto de las piernas

apenas las podía levantar. Sus ojos grandes saltones y sus pupilas rojizas, hacían de la criatura un ser indeseable.

Rold tenía la convicción que todo cambiaría para Aleno cuando naciera Cissy, había puesto en la niña toda su fe y esperanza.

Cissy cuando naciera necesitaba ropa y zapatitos de lana para que le cubriera los pies. Mat tenía prohibido por Rold de confeccionarle cualquier cosa, y como quedaba sólo tres meses para que naciera, se lo pidió a Neli su madre.

Neli estaba al corriente del nacimiento de Aleno, pero nunca lo había visto. Rold tampoco le habló de su hijo, era como si no existiera. Neli como era muy prudente, tampoco le pidió verlo, si no se lo llevaba sería por alguna razón. Ella era feliz confeccionando vestidos para su nieta. Neli como conocía bien a su hijo, tampoco le preguntó, porque sabía que lo que naciera sería una niña.

En los tres meses que quedaba para que Cissy naciera, Neli confeccionó cuatro vestiditos, cada uno de un color diferente, como lo indicó Rold. También los zapatitos haciendo juego con los vestiditos.

Compró bastante tela blanca para hacerle los pañales, también le hizo en lana con agujas, dos gorritos para que no pasara frío, puesto, que nacería en el mes de Enero.

Cuando Rold llevó el ajuar de la niña a su casa, Mat se escandalizó al ver tanta ropita moderna y de tantos colores, lo encontró una cursilada, y así se lo dijo a Rold.

- ¡No me gusta la ropa que tu madre le ha hecho a la niña!

Rold con toda la paciencia del mundo, le respondió.

- He querido yo que fuera de esta manera, mi madre sólo ha hecho que obedecerme.

- ¡Es que la niña no es una muñeca! – Respondió Mat bastante ofendida - ¡Ya te dije en una ocasión que las dos nos íbamos a llevar mal!

Rold no respondió, no quería seguir hablando del tema. Tampoco le había dicho a Mat que sería el Doctor Burdi quién le asistiría en el momento del parto. Rold no quería que su hija naciera como Aleno, sólo y sin ayuda. Esta vez sería diferente, Cissy nacería con toda la ayuda necesaria. Hasta que llegara el momento no se lo comunicaría a Mat.

---

El matrimonio Listel no sabía nada de Mat, no tenían noticias, tampoco buscaban saber donde vivía ni que era de ella. Desde el día que se fue con Rold, sus vidas habían cambiado, vivían más unidos y los problemas eran menos. Gente que iban los domingos a misa, preguntaban por Mat. El matrimonio Listel respondía, que se había casado y trasladado a otro lugar.

Los padres de Mat desconocían que ella tuviera un hijo, y que muy pronto iba a ser madre por segunda vez. La experiencia que vivió a su lado, los dejó traumatizados para siempre. Luey por ser madre pensaba mucho en Mat, la recordaba todos los días. Este recuerdo lo guardaba para ella, a su

marido el señor Listel, nunca le hablaba de Mat. Él había sufrido mucho más que Luey, quizás fuera porque no la comprendía, y por el miedo que le hizo pasar en muchas ocasiones.

---

Rold sabía el día y la hora que Mat se pondría de parto. En el dormitorio de ellos, todo estaba preparado para cuando surgiera la hora del parto. El doctor Burdi también estaba avisado para ese momento. Él tenía una difícil papeleta para resolver con Mat, pero aún con eso, esperaba que todo saliera bien.

Hacía una semana que no paraba de nevar. La ciudad y los campos estaban blancos. El frío calaba los huesos. Rold no dejaba que la chimenea de la casa se apagará, tenía chopos que ardían las 24 horas.

A las nueve de la mañana, nacería Cissy. El doctor Burdi hacía una hora que esperaba fuera de la casa, y dentro de su carruaje. Los campos estaban blancos, los árboles majestuosos con un blanco esplendor, era la única casa que había por aquellos parajes, los tejados brillaban por la blancura de la nieve. Sólo esperaba el doctor Burdi que Rold saliera fuera y le hiciera una señal para que entrara en la casa.

Mat había roto aguas, rápidamente se dirigió al dormitorio para dar a luz ella sola. Rold salió fuera e hizo una señal al doctor Burdi. Este cogió su

maletín, bajó de su carruaje y se aproximó a grandes zancadas, dejando las huellas de sus pisadas hundidas en la blanca nieve.

Mat sentía fuertes dolores, notaba como la niña estaba a punto de salir. De pronto, algo interrumpió sus esfuerzos, el doctor Burdi se había presentado en su dormitorio sin avisar. Desgreñada y con la cara llena de furia, gritó.

- ¡Fuera de aquí, no lo necesito! ¡Rold, échalo fuera!

Rold ya estaba a su lado, la miraba con ternura.

Mat rápidamente reaccionó reprochándole.

- ¡Me has engañado! ¡Sabes que no quiero a nadie en mis partos!

- ¡Señora! – Dijo el doctor Burdi – Cada mujer necesita en estos momentos tan hermosos, a alguien para que le ayude a parir.

- ¡Yo no necesito a nadie! – Respondió gritando.

Mat miró a Rold y lo amenazó diciéndole.

- ¡Me vengaré de este juego sucio que has cometido conmigo!

Otro dolor muy fuerte, era para que la niña naciera. Mat se agarró fuertemente a los barrotes de la cabecera de la cama, y con fuerza empujó. El doctor Burdi estaba preparado para recibir a la niña en sus manos.

El llanto de Cissy confirmó que acababa de nacer.

Mat estaba sudorosa, con las pelijas tapándoles los ojos, la mirada pérdida y rabiosa. La indignación que sentía hacia Rold era inmensamente grande. No

le iba a perdonar la mala jugada que le había hecho, lo calló y sólo porque se trataba de Cissy, su hija preferida. Lo era para él, pero no para ella, y se lo iba a demostrar.

Terminada la labor del doctor Burdi, se marchó. Iba muy preocupado por la reacción de Mat, no se fiaba de ella. La había visto nacer, él fue quién la trajo al mundo, también conocía las fechorías que había hecho cuando vivía con sus padres. Cissy era una niña preciosa, temía por su vida en manos de su madre.

Por todo Londres se hablaba de la indomable hija de los sacristanes de la iglesia situada a las orillas del río Támesis, incluso habían escrito una historia de ella. Una leyenda horrible de una niña muy guapa, pero que estaba endemoniada.

---

Neli la madre de Rold no se atrevió a ir a su casa para conocer a Cissy. A Mat la había visto sólo una vez, y ni siquiera intercambiaron palabras. Hasta la posada llegaban las historias macabras que contaban de ella, y que, a quién miraba de reojo y con maldad, era seguro que moría de una muerte horrenda.

Neli sentía mucha pena por Cissy, en manos de una madre malvada. Rold trabajaba todo el día en la posada, y todo ese tiempo era el que Cissy pasaba con Mat.



Rold tampoco se quedaba tranquilo, después de haber visto lo que Mat había hecho con Aleno. Ella creó e hizo de la criatura un monstruo indeseable. Rold deseaba desde lo más profundo de su alma, que Mat respetara la creación de él. Al igual que no la dejó que entrara en la habitación oscura cuando estaba embarazada de Cissy, tampoco quería que lo hiciera con la niña amamantándola cómo estaba. Era Rold que seguía ocupándose de Aleno, por la mañana antes de irse a la posada, lo lavaba de toda la suciedad que había hecho durante la noche, y seguidamente le preparaba el desayuno y se lo daba. Igual hacía al mediodía y a la noche.

Hacía más de un año que Aleno no había visto a Mat entrar en la habitación oscura y sucia, no entraba desde que Rold se estaba ocupando de él. Aleno no echaba a faltar a su madre, tampoco él, le tenía cariño, y prefería que fuera Rold quién se ocupara. Mat le gritaba, y le pegaba, y desde que Rold se estaba ocupando de él, todo iba mejor, Aleno estaba más tranquilo, y aunque seguía sujeto con cadenas, dormía mejor y descansaba las 24 horas.

Por orden de Rold, Mat tenía que bañar a Cissy todos los días, cambiarle los pañales después de que hiciera sus necesidades, ponerle un vestido de lana que le había confeccionado Neli, y amamantarla. Para Mat esto significaba mucho sacrificio, demasiada entrega a una criatura que era pequeña, que no tenía dientes, ni hablaba. Para ella era una niña muy distinta a Aleno, él con sólo dos horas de vida, corría, los dientes le habían salido y hablaba. Mat pensaba que la creación de Rold no había salido bien, no era lo que ella esperaba que fuera. Y por todo eso, le había cogido manía y rabia a la niña.

Una mañana después de haberla bañado, vestido y haberle dado el pecho a Cissy, que parecía una muñeca preciosa y de las más bellas. Mat decidió entrar con la niña en la habitación oscura para que la conociera Aleno, su venganza sería terrible. De todas maneras eran hermanos, aunque cada uno de distinta manera. Sabía que no estaba haciéndolo bien, y que iba contra la voluntad de Rold. Estaba celosa, muy celosa de que Rold se volcara más hacia Cissy que hacia ella. Su venganza la iba a llevar a cabo, esto se lo prometió a Rold el día que estaba pariendo a Cissy, y ahora estaba a punto de cumplirlo.

La habitación estaba fría como el hielo, y oscura cómo una noche de frío invierno. El chirrido

de la puerta al abrirla, hizo que Aleno girara la cabeza para haber quien entraba. Al descubrir que se trataba de Mat, portando en sus brazos algo que no distinguía desde esa distancia, se alarmó. Quiso ponerse en pie para echarse a correr, pero en seguida se dio cuenta de la fuerza de las cadenas que lo sujetaba, y gritó.

- ¡Madre, no me pegues! ¡Esta vez no he hecho nada!

- ¡Cállate ridículo insensato! – Le recriminó Mat.

Ella se fue acercando hasta quedarse delante de Aleno. Él la miraba con miedo y preparado para cualquier cosa.

- Quiero que conozcas a tu hermana – Dijo Mat.

- ¿Mi hermana? – Preguntó Aleno totalmente confundido - ¿Qué quieres decir con eso?

Mat lo miró con altanería, y le dijo.

- ¡No te mereces que la conozca!

- ¡Madre! ¿Por qué me tratas de esa manera?

- ¡No me llames madre! – Gritó diciendo indignada - ¡Sabes que te lo tengo prohibido!

Aleno que sólo tenía tres años, sabía más que un hombre de cuarenta. Sin haber salido de esa habitación, que más que un dormitorio parecía una mazmorra, cambió el modo de hablarle a Mat. Él estaba convencido que al cumplir los cuatro años, su fuerza se iba a multiplicar, también su estatura. Las cadenas que lo sujetaba, las rompería, y sería libre. Para que eso ocurriera sólo faltaba unos meses. De esto Mat, no sabía nada, lo llevaba Aleno en secreto.

Nunca se había mirado a un espejo, no sabía que rostro tenía.

Aleno hizo a Mat otra pregunta.

- ¿Puedes mostrarme a mi hermana?

Mat sonrió. Extendió los brazos hacia el cuerpo de Aleno, y con la venganza reflejada en sus ojos, le dijo.

- ¡Mira que criatura más bella!

- ¡Oh! – Exclamó Aleno después de mirar a Cissy -  
¿Qué es? – Preguntó.

La mirada de Mat se encendió.

. ¡Eres tan feo como torpe! – Le dijo - ¡Es tu hermana, una niña cursi y enclenque!

Aleno se emocionó al verla tan dulce y guapa. Extendió sus largas, gruesas y sucias manos, y dijo.

- Quiero verla más de cerca, ponla sobre mis manos.

- ¡Cógela! – Dijo Mat - ¡Ten cuidado de no hacerle daño! Lo digo por Rold, se daría cuenta si la niña tuviera una marca de tus torpes manos.

- ¡Tendré cuidado! – Contestó Aleno con voz temblorosa por la emoción que tenía.

Mat depositó en las gruesas y largas manos de Aleno, a la pequeña Cissy, que de lo pequeña que era hacía cuna en las manos enormes de él.

Aleno se reía contento de tener tan cerca a una miniatura de niña con la carita como una rosa. Era la primera vez que veía un bebe. De su enorme y gruesa boca salió una carcajada de la misma alegría que sentía en esos momentos de exaltación, por el lado derecho de la comisura de la boca, salió una

enorme baba que resbaló y cayó sobre el pecho de Cissy. Mat al verlo, se alteró, y retiró rápidamente a la niña de las manos de Aleno. Se enfadó enormemente, y gritó diciendo.

- ¡Miserable asqueroso! ¡Ahora tengo que cambiarle el vestido!

Aleno se enfadó mucho y gritó.

- ¡Dame mi juguete! ¡Quiero jugar con esa niña!

A los gritos que Aleno daba, Cissy se asustó y comenzó a llorar. Sus ojos color violeta se llenaron de lágrimas. Su llanto era tan fuerte que Mat se alteró aún más de lo que ya lo estaba. Llevó a Cissy hasta su cuna de madera, dentro, Mat le quitó el vestido blanco mojado de baba de Aleno. El desespero de Mat había llegado al límite. No aguantaba, ni tenía paciencia para seguir oyendo llorar a Cissy y, Aleno gritar cómo un desesperado pidiendo su juguete.

Mat tenía que darse prisa en cambiar de ropa a Cissy, por la hora que era Rold no tardaría en llegar, y si observaba algo extraño en la niña se enfadaría mucho, más de lo que ella pudiese imaginar.

Aleno se había emperrado en conseguir su juguete. Se estaba debatiendo con las cadenas, estaba quitándose las, no le importaba hacerse daño, incluso, perder un brazo en el intento.

Mat fue rápidamente hasta la puerta de la habitación oscura, y la cerró dando un golpe. Los chillidos de Aleno la estaban volviendo loca. Su cabeza estaba hecha un lío. Después de cerrar la

puerta volvió a la cuna donde había dejado a Cissy, no cesaba de llorar. Todo esto le estaba causando problemas y trabajo. Antes de quitarle el vestidito blanco a Cissy, fue a por otro. Al llegar al lavadero, su sorpresa fue grande al descubrir que los otros tres vestiditos que Cissy tenía, los había lavado un día antes y aún estaban mojados. Quedaba poco tiempo para que llegara Rold. Su desesperación empezó a aumentar. Cogió a la niña en brazos sin saber que hacer con ella, el vestidito blanco que tenía aún puesto, lo había ensuciado la baba de Aleno, el gran manchurrón sobresalía del blanco immaculado del vestidito. Mat trató quitarle la mancha con la ayuda de un paño mojado en agua y jabón. Era inútil seguir intentándolo, la gruesa mancha no se iba, y el vestidito se estaba mojando.

Aleno seguía gritando y pidiendo que Mat le devolviera su juguete. El ruido de las cadenas para quedarse libre de aquellas ataduras, era grande, retumbaban en el suelo golpeándolo.

Mat sin saber lo que hacía y para que todo ese tormento acabara lo más pronto posible, entró en la habitación sucia y oscura, con Cissy en los brazos. Esta vez su deseo era darle un escarmiento a Aleno para que dejara de gritar y parara con el ruido de las cadenas. Cissy con tanto alboroto no cesaba de llorar. Para Mat era un momento de verdadera locura. Ella que a nada ni a nadie le tenía miedo, en esos instantes sintió temor de encontrarse frente a frente con Rold, porque él, lo primero que hacía al

llegar a la casa era, ir a ver a Cissy, la revisaba de la cabeza a los pies para ver que estaba bien, que su limpieza era correcta en todos los aspectos. Y todo iba a cambiar cuando viera la mancha en el vestido de Cissy, y lo mal que olía. Rold no atendería a razones, e iba a sacar la maldad de antes, y su cólera sería horriblemente mala. Ella nunca lo había visto de esa manera, pero se imaginaba, cómo podría ser.

Mat se iba aproximando a Aleno. Él seguía pegando gritos agudos y desesperados, pidiendo su juguete. Mat colocó a Cissy en su brazo izquierdo, y con la mano derecha agarró a Aleno por los gruesos y grasientos pelos largos. Le estiraba de un lado hacia otro para castigarlo y hacerlo callar. En uno de esos meneos, Aleno se giró hacia Mat y de un tirón le arrebató de su brazo a Cissy. La niña lloraba con desespero. Mat al ver lo que había sucedido, se tiró a Aleno para quitarle la niña, al tiempo que le decía gritando.

- ¡Asqueroso insensato, dame la niña!

- ¡Es mía, es mi juguete! – Respondió Aleno –  
¡Nunca he tenido uno!

Cissy en las manos llena de dedos de Aleno, no se veía, sólo se oía su vocecita de bebe llorando desconsoladamente.

Mat que a pesar de lo fuerte que era, de su rapidez y de su astucia, no podía con Aleno, trataba por todos los medios quitarle a Cissy de las manos, su intento se quedaba en nada. Ni siquiera podía

acceder a tocar a la niña. Aleno la apretaba cada vez más contra su enorme pecho y abultado vientre.

Era la primera vez que Mat se desesperaba, no se reconocía ni ella, que siendo niña había mantenido una lucha en el aire con las dos serpientes del hechicero Silvey. Ahora no podía con Aleno de lo fuerte y grueso que estaba, no podía rodearlo con sus brazos, también era imposible porque su piel gelatinosa resbalaba. Mat seguía probando de mil maneras, de mil posiciones para quitarle a Cissy. Aleno seguía gritando con voz aguda defendiendo su juguete.

Mat dio por terminado el rescate de Cissy era sólo un bebe y estaba a punto de morir asfixiada entre las manos y el cuerpo sudoroso de Aleno. Lo que vio más correcto de hacer, era ir rápidamente en busca de Rold, él, era quién se encargaba de limpiar y de darle la comida, y con mucha suerte podrían rescatar a Cissy de las manos de Aleno.

Mat salió rápidamente de la casa, corría todo lo que sus piernas le permitían, por el ancho y largo campo en dirección a la posada. Nunca había estado tan alterada, tan confusa, y sobretodo tan ridícula y poca cosa. Ella que hacía de lo imposible posible. Su respiración era muy agitada mientras corría. Sintió un dolor en el pecho, y se paró, apoyó las manos en sus rodillas, y de esa manera pudo respirar profundamente, hasta relajarse para seguir corriendo.

El sonido de un galopar de caballo, hizo que rodeará la cabeza para mirar. Se quedó derecha



esperando que el jinete se acercara, cuando estuvo junto a ella, paró el caballo. Era un hombre de unos treinta años de edad. Miraba a Mat con picardía, vio que era una mujer joven, guapa y de un bonito cuerpo, aunque bien arreglada no estaba. Los cabellos revueltos, la hacían aún más atractiva, allí en el medio del campo sólo estaban ellos dos. Si ella gritaba nadie la podía oír, eso fue lo que él pensó.

Mat se dio cuenta de lo que este imbécil de hombre pensaba hacer en esos momentos con ella, y esperó a que bajara del caballo.

Lentamente este jinete lo hizo. Con sonrisa en los labios se acercó a Mat, tenía la mano extendida para acariciar el rostro de ella. Mat sin mediar palabra, le pegó un revés que lo tiró de lado al suelo, y con la rapidez del rayo, saltó sobre el caballo y partió a galope en dirección a la posada.

El jinete se había quedado mareado del tortazo que Mat le pegó, y también porque su cabeza dio con una piedra y se hizo una herida en la sien derecha. Cuando se reanimó, Mat ya estaba lejos, casi llegando a la posada.

Mat detuvo el caballo en la puerta del establecimiento, y de un salto bajó al suelo. Sin pérdida de tiempo, con los cabellos alborotados y con la cara descompuesta, entró en la posada. En ese preciso instante Rold está hablando con el señor Xanders, o sea con su padre adoptivo. Mat desde la entrada llamó a Rold pegándole un grito.

- ¡Rold!

Él rodeó la cabeza, y al ver a Mat se sorprendió. Dejó al señor Xanders con la palabra en la boca y corrió rápidamente al encuentro de ella. Rold se puso en lo peor, y le preguntó muy exaltado.

- ¿Qué le ocurre a Cissy?

- ¡Vamos rápidamente a casa! – Contestó Mat.

Sin hacer ninguna pregunta más, y poniéndose Rold en lo peor, montaron los dos en el caballo de él, y salieron a galope tendido.

A la mitad del camino en dirección a la posada iba caminando despacio, el jinete herido, tapaba la sien con un puñado de hierba que había arrancado en el campo. Se quedó atrás, el caballo de Rold galopaba como una centella.

Al llegar a la casa, Rold y Mat de un salto bajaron del caballo, él sin hacer ninguna pregunta entró en la casa seguido de Mat. Ella gritó para ir más rápido.

- ¡Rold, dirígete a la habitación oscura!

Había un gran silencio, sólo se oían las zancadas que Rold daba, y las de Mat que iba a su lado.

Se detuvieron en el umbral de la oscura habitación. En el fondo del rincón, estaba Aleno, dormido, con la cabeza apoyada en la pared.

Rold no entendía nada. Aleno estaba tranquilo. Mat no se atrevía a decirle a Rold que, Aleno se había quedado con la niña, se la había arrebatado del brazo, cuando ella se acercó a él, para que la conociera.

Rold hizo el gesto de salir de la habitación oscura, para dirigirse al dormitorio de ellos. Mat lo detuvo, no encontraba las palabras para decírselo, pero no tuvo más remedio que decirle.

- Cissy no está en nuestro dormitorio.

- ¿Qué estás diciendo? – Interrogó Rold cogiéndola por los hombros, al tiempo que la zarandeaba - ¡Dónde está Cissy! – Gritó.

Mat entró en la habitación oscura, y se paró junto a Aleno.

Rold que no salía de su asombro, la siguió, y se detuvo junto a ella.

- ¡Qué está ocurriendo! – Preguntó Rold chillando.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas de Mat. Y desde su garganta salió un grito que despertó a Aleno.

- ¡Se ha comido a la niña!

Rold cerró los ojos y apretó los puños. Y sin mirar a Mat le preguntó con voz ronca y trémula.

- ¿Mat ... que .... has.... hecho con Cissy?

Era la primera vez que Mat lloraba a grito vivo, sus lágrimas y sus lamentos eran reales.

- ¡Perdóname Rold! – Respondió entre sollozos.

- ¡Cuéntame que has hecho! – Insistió Rold.

- ¡Te pido que me perdones! – Seguía pidiendo clemencia Mat - ¡Soy mala esposa, y peor madre! ¡He querido vengarme de ti! ¡Pero no llegué a imaginarme que iba a llegar tan lejos!

- ¿Por qué razón has querido vengarte de ese modo tan cruel?

Mat agarró la mano derecha de Rold, la llevó hasta su boca y la besó repetidas veces. Luego dijo.

- ¡Yo he creado un monstruo! ¡A una criatura repugnante! ¡Estaba llena de celos y de odio, porque tú habías creado una niña divina y encantadora! ¡Sólo tenías palabras bonitas y miradas para ella! ¡Yo que soy un ser maligno, prometí vengarme, pero no de esta manera! ¡Yo tampoco creía que Aleno podría comérsela!

Rold pegó un estirón y se soltó de las manos frías y temblorosas de Mat. Despacio se fue acercando a Aleno, a su lado estaba el vestidito blanco de Cissy, manchado de sangre y rasgado.

Rold miraba a Aleno con asco. Aleno lo miraba a él, sonriente, como si nada hubiese pasado. Rold con la garganta seca y la voz ronca, le preguntó.

- ¿Dónde está Cissy?

Aleno abrió la enorme boca mostrando sus largos dientes afilados, y contestó sin malicia.

- Me la he comido. Tenía hambre, era mi juguete.

Mat sabía que había perdido la batalla. Rold jamás se lo perdonaría, jamás sería ya su marido, ni siquiera amigo. Aquí fue cuando Mat se dio cuenta lo mucho que quería a Rold. Sus celos se habían convertido en odio y dolor, la destruyeron para siempre.

Rold se agachó, y cogió del suelo el vestido blanco, y manchado de sangre de Cissy. Los llevó a su rostro y lloró sollozando como un niño. Salió de la habitación sucia y oscura, con el vestido entre sus manos, se dirigió al jardín, allí se sentó en uno de los bancos de piedra conteniendo su ira.

Mat en esos momentos estaba perdida, su aturdimiento era tanto, que estaba segura que a Rold lo había perdido para siempre, y sin él, ella no quería seguir viviendo. Él era y sería su único amor, y sin su perdón no quería vivir. Una locura le vino de inmediato a la mente, sería su única salida y escapatoria para que su alma se purificara.

Mat miró a Aleno con desprecio y angustia. No sentía por ella ni por su monstruoso hijo ninguna piedad, de hecho nunca había sentido ninguna compasión por nadie, ni siquiera hacia ella.

En un rincón de la habitación sucia y oscura había amontonado muebles viejos y rotos. Lo fue llevando al rincón donde se hallaba encadenado

Aleno, cuando hubo un montón que lo cubría, se dirigió a la chimenea donde habían troncos de leña que ardían con fuerza, cogió dos que contenía la llama ardiendo. Se dirigió a la habitación sucia y oscura, y sin despedirse de Rold que era lo que más quería, se metió con los troncos ardiendo debajo de los muebles viejos, y junto Aleno. Pronto los muebles empezaron a arder con fuerza. Los cuerpos de Mat y de su hijo Aleno se estaban quemando vivos.

Una olor fuerte a quemado y una nube de humo, hizo que Rold se levantara del asiento y mirara a su alrededor. Dejó sobre el banco el vestidito de Cissy, y con gran inquietud entró en la casa pensando en el peor. Al llegar a la entrada del pasillo donde se hallaba las habitaciones no pudo continuar avanzando. El humo lo estaba dejando sin respiración, la misma nube no dejaba ver nada. Tuvo que salir con gran rapidez al jardín para respirar aire.

La casa empezó a arder a grandes llamaradas. Rold desde fuera y lejos, veía como toda se estaba quemando de una manera rápida. Sentado sobre la hierba miraba las paredes humeantes de la vivienda. En esos instantes no sentía nada, su mente se había quedado bloqueada. Lo único que sentía era tranquilidad. El sufrimiento para él había acabado. Ya no pasaría miedo como le ocurría cada día cuando dejaba a Cissy, de que manera la encontraría. También sentía lo mismo por Aleno, ya no lo tendría que limpiar tres veces al día. Con la boca cubierta

por un pañuelo, por la peste que desprendía todo su grasiento cuerpo.

Pensaba en Mat, él la seguía queriendo, y no la sentía culpable de nada. Su alma era pobre, con necesidad de aprender cosas buenas y nuevas. Al coger la opción de ella quemarse deshizo con el fuego la maldad con la que había nacido, ese mismo engaño y dolor hizo de que ella fuera mala.

La noche había llegado fría y oscura. Rold se quedó en el lugar donde estaba, como si estuviera velando el cuerpo de Mat. Esperaba que se hiciera de día para entrar en las ruinas de la casa, y ver lo que quedaba de Mat y de Aleno.

Ya con el día bien entrado, Rold se armó de valor, y se dispuso para entrar en lo que había quedado de casa. Las paredes como eran de cemento seguían de pie, pero negras como el carbón. Las puertas de las habitaciones se habían quemado dejando la entrada libre.

Rold se quedó en la entrada de la habitación oscura, observando el panorama desolado que había quedado. En el rincón donde Aleno había estado tres años y meses, se podía ver las cadenas sujetas a la pared. Delante quedaba un montón de escombros quemados.

Se adelantó y llegó hasta el sitio. En el fondo de aquél montón de escombros calcinados, tendría que hallarse algunos restos del cuerpo de Mat, al menos eso era lo que él pensaba. Retrocedió y salió de la habitación oscura. Se dirigió al jardín, allí tenía

las herramientas para trabajar la tierra. Cogió una pala y volvió a entrar en las ruinas de la casa. Dentro de la habitación oscura, se puso a buscar con la pala en el montón de escombros carbonizados. No esperaba encontrar nada, pero el filo de la herramienta, chocó con algo duro. Escarbó, y sacó el cráneo de Mat, sabía que era el de ella, por la forma que tenía, también sacó algunos de sus huesos. Los mantuvo juntos a un lado de la habitación oscura. Siguió escarbando, buscando algunos restos de Aleno, y cuando ya lo escarbó todo, comprobó que de Aleno se había quemado todo totalmente.

Sacó fuera de la casa el cráneo y los huesos de Mat, y los dejó en el jardín. Con la ayuda de la pala, hizo en el suelo del jardín un agujero profundo, y dentro enterró los restos de Mat. Lo iba haciendo tranquilo, poniendo en cada detalle mucho amor y cariño. En el lugar donde enterró los huesos de Mat, plantó un rosal. Se quedó de pie observando el rosal que estaba a punto de brotar varios capullos. Recordó todo el tiempo que había pasado junto a ella. De pronto le vino a la mente, la noche que el hechicero Silvey los casó, en aquella tempestad de rayos y truenos. Lo hermosa y tímida, que estaba esa noche a parte de que fueron elegidos los dos para que unieran sus vidas. A él, Mat a parte de su hermosa belleza, lo sedujo la timidez, al verse los dos frente a frente desnudos. Esas imágenes siempre las había tenido en la mente.

---



En esos instantes ocurrió algo inesperado.

El hechicero Silvey estaba frente a él, cómo en el tiempo que lo conoció casándolo a él y a Mat. Vestía su túnica habitual, en su mano derecha llevaba su bastón de mando apoyado en el suelo. Los cabellos largos reposando en sus altos hombros. Sus ojos azules miraban con intensidad a Rold.

- Rold – Dijo el hechicero con voz suave y tranquilo- Tenía que ser de esta manera. Mat hizo bien en prenderse fuego junto a su hijo Aleno. Había creado a un ser maligno y destructor. Destruyéndose con el fuego, se han purificado, sobretodo Mat que no podía seguir viviendo por más tiempo en la tierra, enfrentada diariamente al mal. Es por esa razón que despreciaba a Cissy, aunque nunca pensó que llegara hasta el punto de que Aleno se la comiera. Este fue el principio, cuando Aleno hubiera crecido también te hubiese comido a ti y a Mat. Hubiese sembrado el pánico por todo Londres y por donde fuera, y el final hubiese sido horrible para él. Los habitantes de Londres hubiesen ido a la caza, hasta que le hubieran dado una horrenda muerte.

Rold escuchaba las palabras sabias del hechicero, con humildad, las había colocado dentro de su corazón. Acataba la ley divina por que así se lo exigía su entendimiento. Él también había nacido para hacer el mal, pero esta misma ley divina, lo

hizo razonar para que viviera el amor y para el amor. Rold fue obediente y muy sensato al escuchar la voz de su alma que lo acompañaba para que hiciera el bien. También él llevado por la soberbia construyó una muñeca para que naciera una niña como él quería. La justicia divina quiso que Aleno se la comiera, porque el ser humano, es sólo eso, humano, es decir, un ser imperfecto.

La soberbia hace que se hagan criaturas que no ha creado el reino de los cielos ni la divina madre naturaleza, y de eso, no puede salir nada bueno.

Rold quiso preguntarle al hechicero antes que desapareciera de allí.

- Lo único que quiero saber es, si Mat ha encontrado la paz acabando quemándose.
- El fuego purifica el cuerpo y el alma. Ella vive en otra esfera dentro del sol para que aprenda de la luz.

Rold sonrió, y luego dijo.

- Amé mucho a Mat, y cuando yo muera me gustaría reunirme con ella.

El hechicero Silvey también sonrió, le respondió.

- La verás mucho antes de que eso ocurra.

Rold se sorprendió, y preguntó.

- ¿Qué puede suceder?
- Mat no terminó el tiempo de la vida que tenía que hacer en la tierra. Tiene que volver para acabarla.

Rold echó la vista al cielo, y pasado esos instantes, miró al hechicero, y le preguntó.

- ¡No entiendo lo que quieres decirme con eso!

- Pasado un año, Mat volverá otra vez engendrada por otros padres. Ella entrará en el vientre de la que será su madre, y cuando cumpla dieciséis años, irá a buscarte.

Rold echó la cuenta mentalmente. Y cuando la tuvo dijo.

- Yo tendré 36 años, ella 16. ¿No me encontrará demasiado mayor?

- No actúes con miedo, las decisiones del destino quieren que así sea.

Rold asintió con el deseo de que pronto pasaran esos años.

El hechicero Silvey se despidió diciendo.

- Hijo, yo te bendigo, y te pido que seas paciente hasta que pase ese tiempo.

- Gracias mi buen amigo. Contestó Rold bastante emocionado. Y también contento de saber que más tarde volvería a encontrarse con Mat, pero ella tendría otro nombre, y también otro físico.

La visión del hechicero Silvey desapareció de la vista de Rold.

Neli estaba contenta y más tranquila desde que Rold vivía en la posada. Se quedó con la pena de no haber podido conocer a Cissy. Rold le habló mucho de la niña cuando aún vivía. Después, no le comentó nada más de ella. El dolor que Rold sentía era grande, y aunque iba pasando el tiempo, su rostro estaba marcado por la tragedia.

El señor Xanders que ya era de avanzada edad, dejó todo el peso de la posada a Rold. Con 25 años que tenía, llevaba la administración, los contratos del personal y el trato con los clientes. Se ocupaba de todo, y un día decidió hacer obras en la posada, puesto que siempre estaba repleta de clientes que se quedaban a dormir una noche o dos. Las habitaciones estaban viejas y llenas de humedad, el bar y comedor aún más viejo y en mal estado, pues era en ese lugar donde más tiempo pasaban los clientes. La fachada de la posada también la quiso cambiar, y ponerla más moderna.

Todo fue un cambio en el nuevo local. Rold era dueño absoluto de todo, y como era bueno para los negocios, le salió todo bien.

Un año tardaron en reconstruir toda la posada. Las habitaciones quedaron bonitas, y hasta parecían más amplias. También el comedor y el bar. Los

viajeros clientes, dieron la voz de que allí se dormía bien y se comía mejor. Y pronto empezaron a llegar nuevos clientes que iban de paso, y otros se quedaban en Londres por asuntos de negocios.

---

La casa donde Rold vivió con Mat, hizo que se derribara, e hicieron en el mismo lugar un palacete, lo construyeron con mucho realce y de lo más moderno que se conocía por toda la ciudad de Londres.

Rold en sus ratos de descanso, iba a esta lujosa mansión, decorada y amueblada con mucho gusto. Él junto a los jardineros iban plantando flores, venida de los cuatro continentes. El jardín que estaban haciendo era lo más parecido al Edén.

Este palacete era un lugar de descanso para Rold. Cuando quería evadirse, dejaba de jefe a Clovis, era el hombre de confianza, hacía casi treinta años que trabajaba en la posada llevando el negocio a la perfección.

Rold no se había olvidado de los padres de Mat, y un día fue para hacerles una visita. Sabía lo mucho que habían sufrido con su hija, y ahora quería recompensarlos.

Subido en su caballo se trasladó a la otra punta de Londres. Hacía casi diez años que no se habían visto, de hecho sólo los vio una sola vez, el día que se unió con Mat en matrimonio. Mat nunca le habló de ellos.

Paró el caballo a un lado de la iglesia, y lo sujetó a una barra de hierro que había para ese menester. Llegó hasta la puerta de la sacristía, llamó con la palma de la mano derecha, y esperó. La puerta del piso de arriba se abrió, y apareció Luey. Aún estaba joven y guapa, salió al rellano y preguntó a Rold que era lo que quería.

- ¿A quién está usted buscando?

Rold levantó la vista. Delante tenía a la madre de Mat, aunque solo lo hubiera visto una sola vez, su rostro se le quedó grabado en su mente. Aunque habían pasado bastantes años, su belleza perduraba.

- ¡Me llamó Rold! – Respondió - ¿Es usted la señora Listel?

Luey antes de responderle observó detenidamente al joven bien vestido y guapo que se había presentado.

- Si soy yo – Contestó con voz tímida - ¿Qué desea?
- Necesito hablar con usted y con su esposo.

Luey encontró extraño que un hombre tan elegantemente vestido, quisiera hablar con ellos, y respondió.

- Mi esposo está trabajando en el huerto ¿Quiere usted ir para hablar con él?

- Necesito hablar con ustedes dos ¿Es posible?

Luey se secó las manos con el delantal, y luego cerró la puerta del piso del párroco Grant. Bajó las escaleras despacio sin retirar la vista de Rold, pensando si lo conocían, pero su físico no lo recordaba de nada. Al llegar a Rold le dijo.

- Voy a llamar a mi marido y ahora vuelvo.

Rold asintió con una sonrisa, viendo a Luey salir fuera.

Cinco minutos tardaron en que el matrimonio volviera. Él tenía el semblante serio, como si esperara que ese joven le trajera malas noticias.

Luey metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de la vivienda de ellos. Dentro olía a humedad, en la pobreza que se podría ver, todo estaba limpio y en orden.

El señor Listel, antes de invitar a Rold a que se sentara, le preguntó.

- ¿Quería usted hablar con nosotros?

- Sí.

- ¿Sobre qué? – Siguió preguntándole el señor Listel.

- No me he presentado a ustedes – Dijo Rold – Su hija Mat y yo vivimos una historia de amor.

- Sí lo recuerdo – Contestó el señor Listel.

Luey cogió una silla y se sentó. El señor Listel hizo lo mismo y señaló otra silla a Rold para que se sentara.

- No sabemos nada de nuestra hija Mat, dijo Luey -  
¿Cómo está ella?

- ¿Porqué no ha venido con usted? – Preguntó el señor Listel.

Rold tragó saliva antes de responder.

- Mat murió hace años – Dijo Rold.

El matrimonio Listel se miraron sorprendidos.

- ¿Dice usted que Mat ha muerto? – Preguntó Luey.

- Sí señora – Respondió Rold.

- ¿Está usted seguro? – Preguntó el señor Listel.

- Sí.

- ¿De qué murió? – Preguntó Luey sin mostrar pena alguna.

- Se quemó, se prendió fuego ella misma – Dijo Rold sin dar más detalles.

El señor Listel meneó la cabeza y dirigiéndose a Luey le dijo.

- Te dije que Mat acabaría mal, y muchas veces te aseguré que habíamos engendrado un demonio.

- ¿Cuánto tiempo hace que se quitó la vida? – Preguntó Luey.

- Cinco años.

- ¿Después de cinco años viene usted a decírnoslo? – Dijo el señor Listel.

- Sí, y lo he hecho porque sabía que a ustedes les daba igual.



- ¿Porqué está tan seguro? – Preguntó Luey.
- Porqué los dos nacimos el mismo día, y a la misma hora. Porque éramos almas gemelas. Y porque fui tan malo o peor que ella.

El matrimonio Listel miraba con curiosidad a Rold. Fue él quién le preguntó.

- Si los dos eran almas gemelas ¿Por qué usted no se quemó con ella? ¿Por qué sigue vivo?
- Éramos almas gemelas, pero Mat no quiso seguir siéndolo cuando tuvimos que recuperar cada uno nuestra alma.

El señor Listel se encogió de hombros, haciendo ver que no entendía nada de lo que Rold le estaba diciendo. Pero Rold quiso explicarse para que lo supieran.

- ¿Han oído hablar de las almas gemelas?

El matrimonio Listel, con honestidad, negaron.

Rold lo entendió puesto que se trataba de gente humilde y sencilla. Pero aunque no lo comprendieran, quería explicarles de qué se trataba.

- Dos almas gemelas son cuando dos personas nacen el mismo día y a la misma hora, estén cerca o lejos. Muchos somos almas gemelas y no lo sabemos, porque nunca llegamos a encontrarnos, y si da la casualidad que ocurre, cada uno tenemos un destino distinto, como pasó con Mat y conmigo, que aunque nacimos para encontrarnos, cada uno tenía su destino, y éramos de diferentes caracteres. Nos amábamos pero los dos sabíamos que vivir juntos

era un tormento, incluso, un sacrificio, por se los dos iguales.

Luey que parecía haber entendido más que su esposo, preguntó.

- ¿Para que sirve que dos almas gemelas se encuentren sino van a poder vivir juntos?

Rold miró a Luey, y le sonrió, y luego asintió.

Al señor Listel esa historia lo estaba aburriendo, tenía mucho trabajo para hacer en el huerto y en el jardín, y no podía seguir por más tiempo oyendo palabras que no entendía. También ya sabía que Mat estaba muerta, fue algo que no le chocó y que esperaba a que sucediera en cualquier momento. Se puso en pie como para marcharse.

Rold en ese momento intervino para decirle.

- Señor Listel, he venido sobretodo para prestarles mi ayuda, y ofrecerles una casa digna para que ustedes vivan hasta el resto de sus días.

El señor Listel al oír decir esto, se volvió a sentar.

El rostro de Luey se llenó de alegría. Hacía casi treinta años que vivían en esa habitación medio a oscuras, y sin ninguna comodidad. Con la sonrisa en los labios, espero a que Rold hablara.

- Quiero comprarles una casa para que vivan siempre, y también ofrecerles un trabajo.

El señor Listel intervino diciendo.

- Este trabajo de sacristán me gusta.

Luey también habló, y dijo.

- ¡A mi no!

- ¿No? – Dijo con asombro su esposo – ¡Nunca te has quejado!

- De nada sirve que te dijera las aberraciones que tengo que pasar con el párroco Grant.

Rold y el señor Listel se miraron. Él le dijo a Rold.

- No le haga caso, desde que dio a luz a Mat, hice cosas extrañas.

Rold aunque era mucho más joven conocía más el mundo y lo malo que hay dentro.

- Señora Listel – Dijo Rold – Hábleme de esas aberraciones por las que está pasando con el párroco Grant.

El señor Listel muy enfadado se puso de pie, y dirigiéndose a Rold le dijo.

- ¿Sabe usted por qué parió a una loca? ¡Me estoy refiriendo a Mat! ¡Porque mi esposa es una bruja mala, y no está bien de la cabeza!

Rold negó, y luego respondió.

- ¡Mat no estaba loca! ¡Fue creada por la oscuridad al igual que yo! ¡Es por esa razón que éramos almas gemelas!

Rold dirigiéndose a Luey le dijo.

- Señora Listel por favor, hábleme del párroco Grant.

Luey bastante asustada le respondió.

- ¡No puedo! ¡Mi esposo me lo tiene prohibido!

- ¡No sabes lo que dices, demonio de mujer! – Dijo gritando el señor Listel - ¡Te sacas muchas cosas de la cabeza!

Luey estaba abochornada, sus mejillas enrojecieron, y armándose de valor le preguntó a Rold.

- ¿Conoce al doctor Burdi?

- ¡Muy bien!

- ¡Él es testigo de la violación que sufrí por parte del párroco Lewis! ¡Estaba yo embarazada de Mat!

El señor Listel se alteró aún más. Y gritando dijo a Rold.

- ¡No la escuché! ¡Hace tiempo que la debía haber encerrado en un manicomio!

Rold no puso atención a las palabras del señor Listel y mirando a Luey le preguntó.

- ¿Que fue del párroco Lewis?

- ¡Tuvo una muerte misteriosa! ¡Después de estar desaparecido tres días, su cuerpo apareció ahogado ahí enfrente en el río! ¡Y le sucedió el párroco Grant! Hay hechos graves que intentó de hacer con Mat!

El señor Listel pegó una patada a la silla, al tiempo que decía encendido por la ira.

- ¡Esto es lo último que me quedaba por oír! ¿Qué hombre se habría atrevido con Mat? ¡Has olvidado de que era una pantera rabiosa!

- ¡Mi esposo no está al corriente de esto, pero yo como madre, sí! – Dijo Luey.

- Señora Listel ¿Por qué me ha hablado del doctor Burdi?

- ¡Porque fue testigo de cómo me dejó después de violarme el párroco Lewis! ¡Él fue quién cortó la hemorragia que me había producido!

- ¡Tenías que haber abortado a la bicha rabiosa que llevabas en tu vientre! – Dijo el señor Listel - ¡Ojala que no hubiera nacido! ¡Casi termina con la vida de todos!

Rold entendía muy bien las quejas del señor Listel hacia su hija Mat. También el señor Xanders, y Neli su madre, lo pasaron muy mal por él.

Rold había oído demasiados reproches por parte del matrimonio Listel. Sólo quería saber una cosa más por parte de Luey, y le preguntó.

- Señora Listel ¿Cómo se comporta el párroco Grant con usted? ¿La obliga hacer algo que usted no quiere?

Luey miró a su esposo que seguía de pie, con los puños cerrados, y las mandíbulas contraídas. Estaba segura, que lo iba a decir, sería un escándalo. Ahora Rold les daba la oportunidad de regalarles una vivienda digna, y quizá también un trabajo. Ya estaba harta de soportar al párroco Grant, y quería atajarlo.

Luey mirando de frente a Rold, y sin ningún pudor, le dijo.

- Cada mañana cuando subo a su piso para hacerle la limpieza, me pide que lo acaricie en sus partes más íntimas. Me dice, que si no lo hago, nos deja sin trabajo a mi marido y a mí.

El señor Listel no pudo más, y gritó diciendo.

- ¡Cállate zorra! ¡El párroco Grant es un hombre santo! ¡Siempre lo encuentro en la iglesia rezando!

Rold intervino diciendo.

- Señor Listel ¿Su esposa está mintiendo?

- ¡Sí, seguro! ¡El párroco Grant es un hombre de gran fe!

Luey no aguantó esa presión, y cortó diciendo.

- ¡Cada mañana tiemblo cuando tengo que subir al piso! ¡Y cada vez le digo al párroco Grant que estamos pecando! ¡Él me responde que no es pecado transmitirse amor!

Después de unos segundos de pausa, dijo Rold.

- Señor Listel ¿Por qué no cree usted a su esposa?

El señor Listel agachó la cabeza y guardó silencio.

Rold y Luey se miraron.

El señor Listel sin dejar de mirar hacia abajo, dijo.

- Soy un hombre apocado. Aquí tenemos un trabajo seguro, y ésta habitación que nos permite vivir.

- ¿Qué quiere decir con esto? – Le preguntó Rold.

- Pues, eso que acabo de decir – Respondió con timidez.

- ¡Hay algo que usted esconde! ¿Tan grave es que no lo quiere contar?

El señor Listel levantó la vista y miró a Luey, seguidamente a Rold. Tragó saliva y respondió.

- Esto que voy a decir, nos va a costar el puesto de trabajo.

- No se preocupe – Dijo Rold – Yo estoy dispuesto a ofrecerle uno, y una mejor vivienda.

El señor Listel aclaró su garganta, y con su nerviosismo habitual, dijo.

- Estoy al corriente de todo. El párroco Grant me dijo hace años, que viera lo que viera entre mi esposa y él, me mantuviera callado, si quería conservar este trabajo. Y que de nada serviría decirlo, sería peor para mí, la gente no me iba a creer, sólo creerían lo que él dijera.

En ese momento llamaron a la puerta con los nudillos. Luey marcó diciendo en voz baja.

- Es el párroco Grant.

El señor Listel que estaba más cerca de la puerta, abrió. Delante se encontraba el párroco Grant, con el semblante serio y seco. Con la mano derecha empujó la puerta y la abrió.

Luey al verlo se levantó de su asiento como reverencia de respeto, esperando una orden de él.

El párroco echó una ojeada mirando, lo que había dentro de la habitación. Miró con descaro a Rold que permanecía sentado. Y luego dirigió su vista hacia Luey, y con voz seca y firme le dijo.

- ¡Señora Listel! ¡Suba de inmediato a mi vivienda, y termine lo que estaba haciendo! – Y dirigiéndose al señor Listel le preguntó de la misma manera - ¿Qué hace aquí? ¿Por qué no está trabajando en el huerto?

El señor Listel agachó la cabeza, y contestó.

- Voy rápidamente párroco Grant.

Luey se apresuró para salir de la habitación. Rold la retuvo por el brazo y le dijo.

- ¡Este hombre los está explotando!

El párroco Grant palideció, miró descaradamente a Rold, le preguntó.

- ¿Quién es usted?

Rold se puso de pie por cortesía, y luego respondió.

- ¡Soy un amigo del matrimonio Listel!

El párroco Grant negó, y dijo.

- ¡Ellos no tienen amigos! ¡Y aún menos, a un hombre rico! ¿Qué busca usted aquí?

- ¿Y usted? – Le respondió Rold.

El párroco Grant enrojeció de soberbia. Clavó sus pupilas azules en las oscuras de Rold, y con la misma soberbia le preguntó.

- ¿Acude usted a menudo todos los domingos a misa? ¿Se confiesa con frecuencia?

Rold sin perder la calma le preguntó.

- ¿Para qué sirven esas dos cosas que ha mencionado?

El párroco Grant se santiguó horrorizado. Levantó el índice de su mano derecha diciendo.

- ¡Usted no es un buen cristiano, si no va a misa! ¡Y tampoco cumple con los mandamientos de Dios, si no se confiesa y comulga!

Rold permanecía tranquilo ante la mirada llena de ira del párroco Grant, que no parpadeaba con la intención de humillarlo.



- ¿Párroco Grant, es usted un buen católico? – Le preguntó Rold con la misma serenidad.

El párroco Grant con el grito de una hiena, respondió.

- ¡Está usted ofendiendo a Dios si me pregunta eso!

- ¿Por qué se esconde usted tras la palabra de Dios cuando no sabe responder a una pregunta?

El párroco Grant se quedó sorprendido, y preguntó.

- ¿Quién es usted? ¿Cómo es su nombre?

- ¡Es verdad, no me había presentado! – Dijo Rold con ironía.

- ¡Me llamo Xanders, Rold Xanders!

El párroco Grant lo miró de la cabeza a los pies, observando el modo distinguido que Rold tenía para vestir. Y seguidamente le preguntó.

- ¿Es usted un hombre rico?

- ¡Puedo decir que sí lo soy!

- ¡Supongo que siendo usted rico, dará limosna a los pobres! ¿Es así?

Rold guardó silencio sin quitar la mirada de la del párroco Grant. Y pasados unos segundos respondió.

- ¡Doy trabajo a quién viene a pedírmelo! ¡Y ahora en estos instantes le estoy dando a usted limosna!

- ¿Qué? – Gritó otra vez como una hiena herida el párroco Grant - ¡Yo no necesito limosna de nadie! ¿A qué limosna se está refiriendo?

- ¡A conocimientos y comportamientos divinos!

- ¿Qué quiere usted decir? – Volvió a gritar del mismo modo.

- ¡Párroco Grant! ¡Usted y los demás católicos, todo lo que hacen bien o mal, es poniendo a Dios por delante! ¡Como si Dios fuera el culpable de todo el daño que hacen la mayoría de ustedes!

El párroco Grant lleno de ira levantó el puño contra Rold, pero antes de descargarlo sobre su mejilla izquierda, Rold lo paró con su mano derecha. El puño se lo retorció, dejándose oír un grito de dolor del párroco Grant. Rold lo soltó de su mano. El párroco Grant más enfurecido que antes, gritó diciendo.

- ¡Señor Xanders! ¡Lo voy a llevar a los tribunales, por todos estos falsos testimonios que está levantando contra la iglesia católica!

- ¡No estoy levantando nada! – Respondió Rold - ¡La iglesia católica ha cometido horribles crímenes, la historia así los escribe, en el nombre de Dios, y que dan miedo, un miedo espantoso! ¡Y si Dios es como la iglesia lo describe, no tiene nada de bueno!

El párroco Grant tuvo que callarse a estos hechos que realmente existieron y que aún la iglesia lo seguía haciendo, y todo en el nombre de Dios.

El párroco Grant lleno de soberbia, y con la ira en su mirada, hecho la vista hacia el señor Listel, y con la misma crueldad que lo caracterizaba, le ordenó diciéndole.

- ¡Vaya al huerto, holgazán! – Y dirigiéndose a Luey le dijo - ¡Suba al piso y continúe su trabajo!

Rold se interpuso diciéndole al párroco Grant.

- ¡El matrimonio Listel no tiene porqué obedecer sus órdenes de militar!

El párroco Grant se dio la vuelta para mirar de frente a Rold, con el semblante seco como un palo, y señalándolo con el dedo, le advirtió.

- ¡Ándese con cuidado! ¿Cree que no he estado escuchando todas las mentiras que estos dos infelices le han estado contando?

- ¿Porqué me esta amenazando párroco Grant? ¿Me tiene miedo?

El párroco Grant miró a Rold con desprecio, y seguidamente dijo.

- ¡Si usted es un hombre rico, yo represente la iglesia católica! ¡Mi palabra vale más que la suya! ¡Le doy un consejo! ¡Aléjese de estos dos ignorantes!

- ¡Lo haré si ellos me lo piden, pero no porque usted me lo diga, párroco Grant!

Rold dirigiéndose al matrimonio Listel les dijo.

- Ahora es el momento de que ustedes decidan, si quieren quedarse aquí o, venir conmigo. Les he ofrecido una vivienda digna, también un trabajo y un salario para que puedan vivir bien.

Luey dio dos pasos y se colocó a la derecha de Rold. El párroco Grant la miró sorprendido. Giró su vista hacia el señor Listel que se había quedado parado sin saber qué hacer. Luey le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Él no se atrevía a dar dos pasos hacia delante. No apartaba la mirada a la del párroco Grant. Este, aprovechó la ocasión para

extorsionar la relación del matrimonio. Y como solución le dijo a Rold.

- Tanto usted como yo, hemos ganado esta batalla. Usted se lleva a la señora Listel, y yo me quedo a su marido, ¿Le parece bien?

El señor Listel que era más corto que las mangas de un chaleco, bajó la cabeza como afirmación. Luey que no esperaba esa reacción de su esposo, le preguntó algo nerviosa.

- ¿No vas a venir conmigo?

El señor Listel permanecía callado.

Luey le volvió a preguntar algo angustiada.

- ¿Vas a quedarte con el párroco Grant? El señor Listel miró a Luey de frente, y respondió.

- ¡Me quedo con él!

- ¿Quieres que nos separemos? – Le preguntó Luey exaltada.

- ¡La decisión la has tomado tú! – Le reprochó su esposo.

- ¡Es necesario que haya un cambio en nuestras vidas! ¡Es importante que salgamos de esta ratonera!

El párroco Grant se exaltó y dijo algo enfadado.

- ¡Señora Listel! ¿A qué llama usted ratonera?

Luey no se reprimió, y contestó diciendo.

- ¡A esta habitación llena de humedad! ¡Los huesos de las muñecas y de las rodillas, me duelen!

El párroco Grant le hizo un gesto de desprecio, y dijo.

- ¡Los dolores que tiene es de la edad! ¡Y le advierto! ¡No está cumpliendo con su función de esposa!

Luey se alteró, y dijo todo lo que hacía años estaba callando por miedo a que se vieran en la calle.

- ¡Párroco Grant! ¡Usted no puede reprochándome de ser mala esposa! ¡Lo que ocurre, es que ahora no me tendrá cada día para sus caprichos y placeres!

El párroco Grant levantó la mano para descargarla en la mejilla de Luey, pero a tiempo estuvo Rold de pararlo, diciéndole.

- ¡Párroco Grant! ¡No demuestres su cobardía con una indefensa mujer!

El párroco Grant lleno de ira respondió.

- ¡Es un demonio! ¡Igual que su hija Mat que un día desapareció y no se sabe nada de ella! ¡Seguro que estará viviendo en el infierno con los demonios!

A Rold le cambió el semblante, pero supo contenerse para hacerle varias preguntas.

- ¡Párroco Grant! ¿Conoció usted bien a Mat?

- ¡Demasiado bien! – respondió exagerando.

- ¿Qué edad tenía Mat cuando usted llegó aquí?

El párroco Grant se mosqueó, y requirió.

- ¿Por qué me hace tantas preguntas sobre Mat?

- ¡Sólo quería saberlo!

- ¡Me ha preguntado por Mat, como si usted la hubiese conocido! – Dijo el párroco Grant muy seguro.

El señor Listel le dio toda pista.

- ¡Estuvo casado con ella!

- ¿Qué? – Dijo alarmado el párroco Grant - ¿El señor Rold Xanders se casó con Mat?

- Sí – Respondió el señor Listel - ¡Pero de aquella manera! ¿Sabe usted que quiero decirle?

- ¿A qué manera se está usted refiriendo?

Fue Rold que intervino para responderle.

- ¡Nos unió el hechicero Silvey!

- ¡Santo Dios! – Exclamó el párroco Grant - ¿Me está diciendo que los casó el mismo diablo?

Rold lo miraba fijamente, y con una sonrisa en los labios, le preguntó.

- ¡Párroco Grant! ¿Conoce usted muchos demonios?

El párroco se retrajo ante esa pregunta. Miró a Luey con recelo, y luego al señor Listel, y aunque estaba seguro de que él permanecería con la boca cerrada, hizo el ademán de marcharse, y dijo.

- ¡No tengo tiempo para más charlas!

Al llegar al umbral de la puerta, Rold lo llamó.

- ¡Párroco Grant! ¿No quiere usted hablar de sus demonios? ¿De esos que guarda escondidos dentro de usted?

El párroco Grant se puso violento, y contestó con el grito en el cielo.

- ¡No voy hablar con alguien que no sabe nada de Dios, ni del diablo!

- ¡Está usted muy equivocado! – Dijo Rold mirándolo de frente y acercándose más a él - ¡Sé mejor que usted los deseos de Dios, y también los del demonio!

- ¡Usted sólo alardea! – Contestó el párroco Grant.

- ¿Quiere que le diga la clase de demonios que van con usted? ¿Los que han ocupado su mente y su cuerpo?

El párroco Grant encendido de ira pegó un grito ordenándole a Rold.

- ¡Salga inmediatamente de aquí! ¡Y llévese con usted a esa mujer! ¡Los dos hacen buena pareja!

Luey miró con pena a su esposo. Él agachó la cabeza para no encontrarse con la mirada de ella, y dijo.

- Mi sitio está junto al párroco Grant, me necesita.

Luey se dio cuenta que su esposo nunca la había amado, y aún más segura estaba de pensar que él, estaba al corriente de todos los devaneos que el párroco Grant se traía con ella.

Luey no tuvo que hacer maleta para marcharse, puesto que tenía, quita y pon. En un pañuelo cuadrado y grande, metió la poca ropa que poseía, hizo dos nudos atravesados, y lo engancho en su brazo derecho, ese era todo su equipaje. Se acercó a su esposo, y sin que él se moviera, ella le dio un beso en la mejilla, y le dijo.

- El destino ha querido que nos separemos. Estoy segura que estaré mejor a donde Rold me lleve.

El señor Listel no abrió la boca, y tampoco miró a Luey. Sólo lo hizo el párroco Grant reprochándole su ida.

Rold salió de la habitación sin despedirse de ninguno de los dos hombres. Fuera esperaba su caballo, para Luey no era fácil subir sobre el lomo

del animal. En ese mismo instante pasaba un joven subido en su carro, tirado por un asno. Rold le hizo una señal para que pararan, el joven detuvo el carro.

- ¿Qué se le ofrece señor? – Le preguntó el joven.

Rold metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, y sacó varias monedas, se las ofreció al joven, diciéndole.

- Lleva a esta mujer a la posada Xanders ¿Sabes donde está?

- ¡Sí señor! – Respondió contento, y contando las monedas que tenía en la palma de su mano.

Rold ayudó a Luey a subir al carro.



Tanto el señor Xanders como Neli, no estaban al corriente de lo que Rold había proyectado. Y a media mañana, Luey se presentó en la posada. Aunque tenía cincuenta años, no los representaba, su belleza seguía radiante en su rostro, cómo en su cuerpo. Avanzó con timidez llevando colgado su atillo y su brazo derecho. Su vista se iba de derecha a izquierda mirando a los clientes que comían en sus respectivas mesas, y que hablaban alto y reían.

El señor Xanders que se hallaba detrás de la barra y junto a Neli, le dio con el codo en su brazo para que mirara a la mujer que acababa de entrar.

Neli le contestó.

- Vendrá a pedir un plato de comida.

El señor Xanders no respondió, y esperó a que Luey se aproximara a ellos.

Luey llegó hasta la barra, y dirigiéndose al señor Xanders y a Neli, les dijo con timidez.

- Me envía Rold.

El señor Xanders y Neli se miraron sorprendidos. Fue Neli quién le preguntó.

- ¿Conoce a Rold?

- Sí señora – Respondió Luey con el mismo gesto de timidez.

En ese instante, Rold entraba por la puerta, y rápidamente llegó hasta la barra del bar. Hizo las presentaciones.

- Luey, son mis padres, y dirigiéndose a ellos, les dijo, esta mujer es la madre de Mat.

Neli se sorprendió mucho. Tenía delante a la madre de un monstruo endemoniado, igual que había sido su hijo Rold, pero que gracias al cielo, se había convertido en un hombre bueno y justo. Neli mirando a Luey le sonrió al tiempo que recordaba, que las dos concibieron y parieron a la vez, el mismo día y a la misma hora.

El señor Xanders esperaba a que Rold dijera para qué había llevado allí a la madre de Mat. Aunque pocas explicaciones tenía que darle al ver llegar a Luey con su atillo colgado en su brazo, era señal de que iba para quedarse allí.

Rold dirigiéndose a sus padres, les dijo.

- Por ahora, Luey se va a quedar a vivir aquí – Y mirando a Neli su madre, le dijo – Dale una de las mejores habitaciones, e incorpórala al trabajo tuyo de cada día. Luey será una más de la familia.

Tanto el señor Xanders como Neli, sabían de lo que Rold decía, se tenía que hacer.

Neli necesitaba saber de antemano para mejor información de ella, que causa había llevado a Luey hasta la posada. Y le preguntó a Rold.

- ¿Luey se ha quedado viuda? ¿No tiene a nadie?

- Tiene un esposo, que no la quiere ni la respeta. Él se ha quedado de sacristán al otro lado del Londres, en la iglesia que está junto al río Támesis.

El señor Xanders afirmó, y luego dijo.

- ¡Sé donde está, hace años cuando aún tú eras pequeño, el cura párroco que había, lo encontraron ahogado en este río! – El señor Xanders miró a Luey, y le preguntó - ¿Estaba usted en aquella época de sacristana allí?

- Sí – Respondió Luey con la mirada baja.

- ¿Recuerda lo que pasó exactamente? – No, señor Xanders – Respondió Luey para no encontrarse cara a cara con la verdad que había vivido.

- Por aquél entonces nadie creyó que se trataba de un suicidio – Dijo el señor Xanders, el diario Londines, hablaba de una muerte misteriosa, y que algo oscuro y secreto, rodeaba el entorno de este sacerdote ¿Llegó usted a conocerlo bien?

Luey guardó silencio. Selló sus labios manteniéndolos pegados.

Rold dirigiéndose al señor Xanders le dijo.

- Padre, no le hagas más preguntas – Y mirando Neli, le recordó.

- Madre, acompaña a Luey a su habitación, y que baje contigo para que te ayude en tus menesteres.

Neli sonrió a Luey, y haciéndole un gesto de subir las escaleras, le dijo.

- ¡Vamos, Luey!

La habitación era amplia bien amueblada, y con mucha luz que entraba de un gran ventanal que daba a la calle principal.

Luey se quedó admirada al ver tan lujosa estancia, era mucho más de lo que ella había pensado. No se parecía nada a la habitación de la sacristía, aunque era grande, pero no tenía apenas luz del día, y por si eso fuera poco, estaba llena de humedad, era por eso que le dolía todos los huesos del cuerpo.

Luey aún encandilada por la amplia y limpia habitación, depositó su atillo sobre una de las sillas de madera blanca y recién hecha.

Neli la seguía con la mirada. Estaba contenta de que Luey estuviera allí, y segura de que iban a ser buenas amigas, también la edad coincidía con las dos, años más o menos daba igual.

Luey respiró con alivio, y dijo.

- Neli, voy a confesarte algo, pero no quiero que por eso te sientas ofendida.

- ¡Claro que no! – Respondió Neli con una gran sonrisa.

- ¿Sabes que quiero a Rold como si fuera mi propio hijo?

- ¡Todos quien lo conocen, lo quieren! ¡Pero Rold no es ahora como había sido antes! ¡Recuerda, que Rold y Mat eran almas gemelas!

Luey asintió con tristeza recordando el tiempo vivido al lado de su hija.

- ¡Fue horrible la muerte que tuvo! – Dijo Neli.

Los ojos de Luey se llenaron de lágrimas, aunque Mat se hubiera portado mal con ella y con su esposo, era su hija. Estaba segura que Mat la poseía un ser maligno, fue por esa razón que acabó con su vida, suicidándose en la hoguera, junto a otro ser maligno que ella había creado, su hijo Aleno.

- ¡Pobre hija mía! – Musitó Luey - ¡Tampoco yo la supe entender! ¡Era muy rara!

Neli se acercó a Luey. Le acarició su canoso cabello recogido atrás de la nuca con un moño. Y le dijo.

- Ninguna de las dos somos culpables de haber parido a nuestros hijos de esa manera ¡Debía de ser la voluntad de Dios!

La presencia de Rold en la habitación hizo que las dos mujeres rodearan la cabeza. Él se acercó a ellas, y con gesto cariñoso, puso sus manos en el hombro de las dos, y les dijo.

- ¡Sabía que ibais a congeniar!

Luey le dijo a Rold en agradecimiento.

- ¡Esto es mucho más de lo que yo me esperaba! ¡Es a partir de ahora cuando voy a empezar a vivir!

Habían transcurrido diez años. Rold tenía treinta y cinco, con esta edad era más atractivo que en su juventud. Su belleza varonil resaltaba de lo habitual. Sólo él sabía que faltaba un año para encontrarse con Mat. Por supuesto que no tendría este nombre, ni su físico sería el de antes. Ignoraba totalmente de que manera se produciría el encuentro, y donde. El hechicero Silvey no le dio tantos detalles.

Rold había tenido oportunidad en varias ocasiones de enamorarse. De hecho lo estuvo de una joven condesa que fue tres veces a la posada acompañada de su padre, y se quedó a dormir. Esta joven de sangre real, le dio pruebas a Rold del amor que ella también sentía hacia él. Pero Rold hombre de palabra, lo dejó pasar este amor, estaba seguro de que lo habría hecho feliz. Pero esperaba el regreso de su amada Mat. Creía en la reencarnación, y por supuesto, en las palabras del hechicero Silvey. Si por segunda vez tenía que reencarnarse, era por alguna razón.

---

El señor Xanders había llegado a una edad muy avanzada, con cerca de ochenta años, su salud no era buena. Había pasado toda su vida trabajando en su posada. Las piernas le dolían mucho, la memoria también le fallaba, hasta el punto de no reconocer a Neli ni a Rold. Tenía metido en la cabeza que eran forasteros, y estaban allí para quitarle su posada. Tampoco reconocía a Luey que desde hacía diez años vivía y trabajaba con Neli.

Aunque apenas podía andar ni se sostenía de pie. Una mañana después de que desayunara, no dijo nada a nadie ¡Y cómo el que está dando un paseo, salió de la posada sin ser visto!

A la hora de la comida fue cuando Neli y Luey advirtieron que el señor Xanders no estaba en la posada. El comedor repleto de gente que comían. Clovis y dos ayudantes más no paraban de llevar a las mesas platos llenos de comida, que entre Neli y Luey cocinaban. Rold no se encontraba en aquellos momentos allí, otro deber lo mantenía fuera.

Corría prisa que alguien saliera en la búsqueda del señor Xanders, y nadie mejor que Clovis, conocía bien sus pasos, y hasta donde podía llegar. Como apenas podía andar no estaría lejos. Clovis salió corriendo calle abajo sin pérdida de tiempo. Estuvo mirando en el parque más cercano. Al comprobar que allí no estaba, no perdió más tiempo, y fue directamente a la comisaría más cercana. Por allí, todos conocían al señor Xanders, y los guardias aún más, de ir a la posada para verificar el libro de

entrada y salida de los viajeros que se quedaban a dormir. Le recomendaron a Clovis que se marchara tranquilo, ellos lo encontrarían, y lo llevarían a la posada.

Clovis de regreso comunicó a Neli y a Luey que, la búsqueda del señor Xanders había empezado.

Era de noche, y del señor Xanders no había noticias. Rold no tardaría en llegar y se encontraría con esta desagradable sorpresa. Tampoco los guardias habían acudido a la posada, ellos seguían buscando.

Ya muy entrada la noche, el sonido de los cascos de un caballo, alertó a Neli y a Luey. Se habían puesto a rezar para que apareciera el señor Xanders sano y salvo.

Rold al conducir a su caballo a la cuadra, advirtió que por la ventana de la habitación de su madre, salía luz de la gruesa vela que cada noche ella encendía al retirarse para irse a dormir. Le chocó, por la hora que era, y algo no bueno presintió. Se apresuró para entrar en la posada y al subir las escaleras se encontró con Neli y con Luey que iban a su encuentro. Las dos manifestaban gran nerviosismo.

- ¿Qué ocurre? – Preguntó Rold.

Las dos mujeres iban a responder a la vez, pero Luey se calló para dejar que hablara Neli.

- ¡Tu padre ha desaparecido!

- ¡Madre! ¿Qué quieres decir?



- ¡Los guardias lo están buscando desde esta mañana! ¡Después de que le diera el desayuno, salió de aquí, sin que nadie se diera cuenta!

Rold se sorprendió enormemente, y dijo.

- ¡No os preocupéis! ¡Voy ahora mismo a buscarlo!

- ¡Hijo! ¿Has visto la hora? Es más de media noche. ¡Sin luz! ¿A dónde lo vas a encontrar?

- ¡Con noble, mi caballo recorreré todo Londres! ¡Y te aseguro, que esta misma noche lo traigo!

Sin pérdida de tiempo, Rold volvió a la cuadra. Noble empezaba a comer su ración de pienso. No tuvo tiempo de seguir comiendo, Rold volvió a ponerle la montura, subió sobre el lomo de Noble, y a paso ligero se puso a buscar al señor Xanders por la ciudad.

Rold llevaba dos horas buscando sin resultado. Hacía años había hecho un pacto con Mat, de no utilizar nunca más sus poderes. Esa noche estaba dispuesto a romper ese pacto, era por una buena causa. El señor Xanders, su padre adoptivo, había hecho por él, todo lo que era, y poseía, todo se lo debía a él. No iba a dejarlo abandonado en ningún lugar, y menos en un rincón en la calle. Esa noche lo iba a llevar a la posada porque debido a su edad, tenía una enfermedad mental y también física, que le impedía andar, y lejos de allí no debía estar.

Rold paró el caballo, y sin bajar del asiento puso en movimiento su poder visionario. Delante de él, apareció una humilde casa, y dentro de un pequeño recinto, se encontraba el señor Xanders

tendido en una cama vieja y suciedad, a su lado, una mujer y un hombre de mediana edad. La llama de una vela que se iba apagando, era la única luz que había. Esta pareja hablaba, Rold conectó su oído, y oyó que él le decía a la mujer.

- ¡Es un hombre rico podemos pedir por él mucho rescate!

- ¡Esto no me gusta nada! – Contestó ella temerosa- ¡Puede que esta operación nos salga mal!

- ¿No querías una vivienda digna para vivir? – Gritó el - ¿Verdad que te gusta mucho el dinero?

- ¡Si es cierto! – Contestó ella - ¡Tú no sabes nada de esta familia, yo se mucho!

- ¿Qué sabes? – Preguntó él, alardeando.

- ¿Conoces a su hijo?

- Sí ¡Lo conozco muy bien! ¡Es uno de los hombres más ricos de Londres! ¡Es por esa razón que va a tener que pagar un millón de libras si quiere ver vivo a su padre!

- ¿Un millón vamos a pedir por este pobre hombre que le falta poco para morir?

- ¡No te conozco! – Dijo él mirándola fijamente a los ojos - ¿Por qué tienes ahora tantos escrúpulos? ¡Fue tuya la idea de que lo raptáramos!

Ella miro como dormía el señor Xanders con la boca entreabierta y los ojos medio cerrados.

- ¡Algo me dice que esto no va a salirnos bien! – Dijo ella - ¡Estoy arrepentida de que nos lo trajéramos aquí!

Él soltó una carcajada que despertó al señor Xanders. Miró casi sin fuerza a su alrededor. Se fijó en el hombre alto, fuerte y rudo, que reía, y dirigiéndose a él, le preguntó balbuceando.

- Rold... ¿Por qué... ríes tan fuerte?

- ¿Qué dice este viejo chalado? – Dijo el hombre.

Ella se puso de pie, y desapareció de allí.

Rold tenía que encontrar esa casa rápidamente. Sintió que a su padre le quedaba poco tiempo de vida, no quería verlo morir cerca de esos dos miserables, aprovechados y sin escrúpulos, que lo habían cogido para pedir un rescate.

La noche era oscura y fría. La niebla se había extendido por casi todo Londres, pero eso no importaba para que Rold visualizara el lugar donde se encontraba el señor Xanders.

Un barrio pobre y oscuro apareció delante él, era una calle estrecha, de pequeñas casas en ruinas, los tejados, la mitad caídos. La fachada ennegrecida por la humedad, las puertas de madera agujereadas de viejas. Rold no conocía esta barriada, Londres era grande, y también sus barrios, y este era uno de los más pobres. Su visión le daba que era la parte sur de la ciudad. Advirtió que no estaba lejos de allí, con las riendas del caballo en las manos, lo giró hacia esa dirección, y siguió buscando la calle. No tardó en encontrarla, y se dio cuenta que casi todas las viejas casas que por allí había, eran iguales de forma, de sucias y rotas.

En una de estas casas se oía discutir a un hombre y una mujer. Rold estaba seguro que se trataba de una pareja que tenía secuestrado a su padre. Sin hacer ningún ruido bajo del caballo, acarició el cuello y el lomo de Noble para que estuviera tranquilo y no se asustara. Llegó despacio hasta la puerta, y sin pensarlo dos veces, con la pierna derecha le pegó una patada, la puerta cedió y cayó plana al otro lado.

Rold pasó por encima de la endeble madera. En un rincón del recinto frío y oscuro, se hallaba acostado y respirando muy lentamente, el señor Xanders. Su frágil cuerpo lo cubría una manta fina, sucia, rota y oliendo mal. La pareja que lo había secuestrado huyó despavorida por el hueco que había quedado de la entrada de la casa.

Rold se acercó a la pequeña y cutre cama donde el señor Xanders reposaba apenas sin fuerzas.  
- ¡Padre! – Le dijo Rold juntando su cara a la de él -  
¡Vamos a casa!

El señor Xanders con los ojos entornados, dijo.  
- ¡Que está pasando!

Rold no respondió, de nada servirá decirle lo que ocurría puesto que no lo entendería. Lo cogió en brazos, apenas pesaba. Salió de la casa, y fue hasta donde esperaba Noble. Tenía que llevar al señor Xanders sentado delante y Rold sujetándolo por detrás. De esta manera llegaron a la posada, aunque tardaron más de dos horas, por la lentitud que Rold llevaba al caballo.

---

Neli y Luey seguían rezando para que Rold volviera con el señor Xanders. Al oír los cascos del caballo en el silencio de la noche, las dos se miraron, conocían bien las pisadas de noble, eran inconfundibles. Las dos mujeres pensaron en lo mismo, en los rostros mostraban una esperanza, de que Rold trajera con él, al señor Xanders. Noble pisaba lentamente, de lo contrario vendría a galope. Ese era el modo que Rold tenía de llegar a la posada, aunque estuviera casi amaneciendo.

Neli agarró el candelabro de tres velas que ardía, y se dispuso a salir de la habitación acompañada de Luey, y aludió.

- ¡Gracias Dios mío!

Las dos se dispusieron a bajar las escaleras apresuradamente. Al llegar abajo, Rold entraba por la puerta de la posada llevando al señor Xanders en sus brazos. Era como si llevara una pluma, de lo poco que pesaba y quedaba de él.

- ¿Dónde estaba? – Preguntó Neli bastante nerviosa.

- ¡Madre, es largo ahora de contar! – Contestó Rold mientras miraba el rostro casi desmayado del señor Xanders - ¡Es necesario que ahora tome algo caliente!

- ¡Sí, desde luego! – Confirmó Luey – Rápidamente caliente caldo de pollo y de verduras para que se lo tome.

Rold sentó al señor Xanders en una silla de dos brazos. Enseguida Luey llevaba en la mano un bol de sopa humeante, lo depositó sobre la mesa donde al señor Xanders lo había dejado sentado Rold. Cuidaba que no cayera hacia delante. Luey había dejado una cuchara de madera dentro del bol. Estaba contenta de ver que el señor Xanders que había llegado a casa. Le fue dando cucharadas de sopa, que él, iba comiendo lentamente.

El señor Xanders tenía momentos lúcidos, que reconocía bien a su familia, o sea, a Rold a Neli y a Luey, para él, ella también era su familia, puesto que era Luey quien lo cuidaba dándole la comida todos los días, lo lavaba y lo vestía. Luey se sintió culpable de que el señor Xanders se alejara de la posada, puesto que era ella la responsable de cuidarlo, y de que no se alejara de la puerta. Fuera había una silla de dos brazos para que el señor Xanders se sentara los días de sol. Luey vivía confiada de que no se alejaría de la puerta.

---

Había transcurrido un mes de este suceso. El señor Xanders iba cada vez a peor, ya apenas comía, para que ingiriera algo, Luey estaba obligada a

abrirle la boca. Tampoco podía ella sola levantarlo y vestirlo, era ya un cuerpo muerto que apenas se podía mover. Neli la ayudaba, y entre las dos conseguían levantarlo, lavarlo, vestirlo y darle la comida.

Un doctor que trabajaba en el hospital, dio ya casi por muerto al señor Xanders. Dijo que no podía hacer nada por él. Su avanzada edad y su enfermedad, iba cada día acabando con su débil vida.

El doctor Burdi hacía años que había muerto. Rold decía, que el doctor Burdi era necesario que estuviera vivo, porque era una eminencia de hombre. Todos quienes lo conocían, lo querían, por lo honesto y bondadoso que había sido con todos los pacientes que acudieron a él. Muchas fueron las veces que en su consulta no cobraba la tarifa puesta, puesto que mucha gente era pobre. Y también muchas veces fueron las que les daba unas monedas para que comiera ese día.

---

Durante toda la noche estuvo lloviendo a cántaros. Entre Neli y Luey pusieron en la cama del señor Xanders una manta más, para que no pasara frío.

A la mañana siguiente, Neli y Luey decidieron no levantar de la cama al señor Xanders. Su estado

no era bueno, los ojos no los abría, la boca la tenía medio abierta porque respiraba con dificultad.

Neli mandó a Clovis a que fuera en busca del doctor Wual. Una hora tardó CLovis en volver con el doctor, cuando escultó al señor Xanders, previno a Neli y a Luey del estado grave en qué se encontraba, y que podía morir de un momento a otro. Decidió el doctor Wual quedarse hasta que el señor Xanders dejara de respirar.

Rold ese día no estaba en la posada, otro trabajo de negocios requería su presencia en otra ciudad. Quería mucho a su padre adoptivo, y el no estar a su lado en el último momento de su vida, sería un golpe muy fuerte para él.



La noche que Rold utilizó de nuevo sus poderes, para encontrar al señor Xanders, la puerta de esa dimensión la dejó abierta.

Eran las doce del mediodía, Rold estaba a punto de firmar un contrato con una empresa de nuevas viviendas, casas humildes para gente obrera. Rold pagaría el coste del material y la mano de obra, quería regalar estas viviendas, a los más necesitados. Sólo acababa de firmar cuando oyó la débil voz del señor Xanders que lo llamaba.

- ¡Rold, hijo mío, necesito verte por última vez!

En ese instante, Rold se despidió del constructor, y se marchó en su caballo a galope. A noble le iba a dar un buen trote, y aún de esa manera tardaría cinco horas en llegar a la posada.

A la mitad del camino, noble no podía continuar más, su cuerpo temblaba de hacer tan rápido recorrido por campos difíciles, llenos de zanjas y de peñascos.

Rold bajó del lomo de noble, no estaba dispuesto perder a su mejor amigo, de todas maneras, no iba a ver a su padre adoptivo con vida, y prefirió, despedirse allí de él.

Rold había dejado a noble debajo de un grueso árbol para que comiera hierba y descansara. Después

de haber comido una buena ración de hierba fresca, noble se recuperó.

Rold había visualizado la habitación de su padre. Yacía en su lecho muriendo. El doctor Wual no se movía de su lado, escultando la parte izquierda de su cuello. Al otro lado de la cama se encontraba Neli y Luey llorando, y rogando a Dios que recogiera su alma.

Rold de donde estaba también siguió la muerte de su padre adoptivo y derramó lágrimas, pidiendo al cielo que Dios lo acogiera en su seno.

Noble descansó una hora, y seguidamente emprendió con Rold el camino de regreso a la posada.

A las siete de la tarde ya era de noche. La lluvia había cesado de caer, pero hacía un frío que calaba los huesos. Rold llegó hasta el establo, quitó a noble el aparejo, le acarició la cabeza y el lomo mientras le decía.

- ¡Descansa amigo mío!

Noble relinchó en respuesta.

Rold entró en la posada, en las mesas apenas nadie las ocupaba. Al igual que otras veces había un gran vocerío, esa noche estaba todo en silencio, sólo se oía el ruido que los clientes que hacían ruido comiendo con los cubiertos y las jarras de vino. Clovis había anunciado que el señor Xanders había muerto esa misma tarde. Muchos clientes no quisieron quedarse a cenar y se marcharon.

Todas las miradas fueron hacia Rold, los clientes que ya eran asiduos viajeros fieles, se levantaron de sus asientos para darle el pésame a Rold.

Arriba en el rellano de las escaleras, Neli y Luey lo estaban esperando, sin poderse contener las lágrimas. Rold se abrazó a ellas, luego entró en la habitación donde yacía en la cama el cuerpo sin vida del señor Xanders. Rold se acercó, y en su frente fría le depositó un beso, y luego acercándose a su oído le dijo.

- Gracias padre, por todo el bien que me has hecho, y por tener tanta paciencia conmigo. Estoy seguro que Dios ya te ha cogido en su reino.

Toda la noche estuvieron velando el cuerpo del señor Xanders, Rold, Neli, Luey y Clovis.

Al día siguiente, se inició su entierro.

Para Neli el señor Xanders había representado toda una vida, de vivir juntos situaciones desesperadas e insostenibles. Para Rold, el padre que nunca tuvo, y el que le dio todo a cambio de nada. Para Rold, había sido el señor Xanders un hombre santo, y en realidad así lo era.

---

El fin de año llegó con mucho frío, lluvia y nieve. El último día, era cuando más tranquilo se estaba en la posada, se notaba que la gente prefería

no viajar, y pasárselo al lado de sus familiares o amigos.

La estampa de Londres era una postal de navidad, con los tejados de las casas de un espesor blanco, junto a los árboles y calles, que desde hacía días y por el frío congelador que hacía, la gente se quedaba en sus casas al lado de la chimenea.

El recorrido que había desde la posada hasta la casa Palacete que Rold había hecho construir, se marcaba sobre la nieve las pisadas de Noble. De tanto frío como había hecho ese invierno, la gran casa estaba helada y podía coger humedad. Rold iba para encender las chimeneas que eran tres, la casa se calentaba. Se quedó dos días allí, hasta que las paredes del palacete se habían calentado.

Ya de regreso a la posada, se encontró por el camino viajeros que iban a Londres. El nuevo año había empezado muy esperanzador para todos los pequeños y grandes empresarios, y por su puesto, también para quien buscaba trabajo. Estaba llegando gente de pueblos, para trabajar en la ciudad.

Londres se abría al mundo como una ciudad próspera y con muchos recursos de vida.

Rold tenía en la posada cinco obreros trabajando, dos mujeres en la cocina y para la limpieza de las habitaciones, no paraban en todo el día. También dos hombres con Clovis para llevar el bar y el comedor.

Rold a los cinco obreros les había dado una vivienda de las que hizo construir. Reservaba otras tantas más, para quien lo necesitara.

Llegó a la posada un hombre de aproximadamente cuarenta años. Fue Clovis quién lo atendió, este hombre pidió hablar con Rold, pero Clovis se encargó de decirle, que Rold tenía otros asuntos y que era él, quien estaba al frente del negocio de la posada.

- ¡Busco trabajo por favor! – Suplicó el recién llegado.

- No necesitamos a nadie – Respondió Clovis.

Neli y Luey que siempre estaban juntas, y que vigilaban el ir y el venir de los clientes, pusieron oído para escuchar que era lo que quería este humilde hombre que tanto rogaba a Clovis.

- ¡Tengo una hija, y dos varones gemelos de diez años para alimentar! ¡Hace dos años que me he quedado sin esposa, ella murió repentinamente!

- ¡Siento mucho su desgracia! – Contestó Clovis.

- ¡Por favor, necesito hablar con el señor Rold Xanders! ¡Se corre la voz de que es un hombre de gran corazón!

Clovis quería razonar lo mejor posible con este hombre que tanto pedía rogando trabajar allí. Y le dijo con mucha tranquilidad.

- Soy yo quien estoy al frente de este negocio, y por ahora no necesitamos más personal.

Neli se levantó de su asiento, y fue hasta donde estaba Clovis y el hombre que pedía trabajo, y dirigiéndose a Clovis, le dijo.

- En la cocina falta alguien para que friegue los platos y las ollas.

- ¡Señora! – Dijo Clovis sorprendido - ¡En la cocina no hace falta nadie!

- ¡Yo te digo que sí! – Contestó Neli - ¡Dale un delantal a este hombre para que empiece ya a trabajar!

- ¡Si señora, como usted mande! – Dijo Clovis.

Neli se giró hacia este hombre, y le preguntó.

- ¿Cómo se llama usted?

- ¡Austin señora! ¡Le doy las gracias por este gran favor que acaba de hacerme! ¡Le estaré eternamente agradecido!

En ese instante Clovis llegaba con un delantal de tela gruesa y gris oscuro. Se lo entregó a Austin a tiempo que le ordenaba diciéndole.

- ¡Vaya a la cocina y empiece a trabajar!

- ¡Si señor! – Contestó Austin con alegría reflejada en su rostro.

- ¡No me llames señor! Llámeme Clovis! – Dijo él.

- ¡De acuerdo, lo llamaré Clovis!

Neli sonrió y meneó la cabeza. Fue a sentarse donde estaba junto a Luey. Ella le preguntó.

- ¿Por qué le has dado trabajo a ese hombre?

- Me ha dado pena de oír la situación que está viviendo.

Había llegado la primavera, y presentaba buen tiempo. Los árboles en flor majestuosos mostraban su hermosura en su mayor esplendor. Los campos estaban adornados de florecillas salvajes, dejando en el suelo alfombras de mil colores.

Hacía cuatro meses que Austin trabajaba en la posada, de friega platos y de todo lo que se le mandaba para hacer. Estaba contento de que le dieran ese trabajo, de esa manera podía pagar la pequeña vivienda, y que comieran sus tres hijos. Los gemelos le causaban muchos problemas, no había día que no se insultaran acabando a puñetazos, siempre tenían los dos la cara marcada por sus desavenencias.

Austin en los cuatro meses que hacía que trabajaba en la posada, solo había visto a Rold en dos ocasiones, las que fue allí. Apenas Rold se fijó en él, ni siquiera preguntó, si era un nuevo empleado. Confiaba en Clovis, en Neli y Luey que eran las que llevaban la contabilidad del negocio.

Después de un mes que Rold no apareciera por la posada, una mañana temprano se presentó. Sobretudo lo hacía para estar con Neli y para contabilizar los pagos de contribución, él se encargaba de ir a pagarlos.

Rold estaba desayunando con Neli y Luey en una mesa del comedor. También desayunaban otros clientes en sus respectivas mesas. De pronto, una joven entró por la puerta de la posada gritando.

- ¡Padre! ¡Padre!



Rold se fijó en ella, tenía un rostro realmente bello, y aún se lo hacía más el cabello alborotado, el rostro algo sucio de no haberse lavado. Se fijó en su cuerpo lindo como una de esas flores que habían nacido por aquellos campos. El vestido viejo y remendado, le hacía ver mejor su silueta salvaje. Las sandalias que calzaba viejas y rotas, los dedos de los pies tocaban el suelo.

Rold clavó sus ojos en ella, la rodeó con su mirada. Neli que desayunaba a su lado, observó el gesto de su hijo, le dio con el codo en el brazo de él, pasó unos instantes para que Rold rodeara la cabeza para mirar a su madre.

La joven llegó hasta las mesas, seguía gritando.

- ¡Padre, ven rápidamente!

Clovis se le acercó, y le preguntó.

- ¿Quién es tu padre? ¿Cómo se llama?

- ¡Austin! – Contestó ella con un gran estado de nervios.

Rold se levantó de la silla y se acercó a la joven que seguía con la mirada buscando Austin. Él salió aprisa de la cocina, secándose las manos en el delantal, y al llegar a su hija le pregunto.

- ¿Qué ocurre?

- ¡Mis hermanos han tenido una gran pelea! ¡Los dos se han batido con navaja en mano! ¡Se han cosido a puñaladas! – Contestó la joven desesperada y llorando.

Austin se llevó las manos a la cabeza y con lágrimas dijo clamando al cielo.

- ¡Díos míos! ¡Este percance me esperaba que sucediera un día u otro!

- ¡Padre, los dos están muertos en la puerta de la casa!

- ¿Cómo sabes que han muerto? – Preguntó Austin.

- ¡Porque no se mueven, ni respiran! – Contestó la joven entre gritos y nervios.

Rold se compadeció de ese hombre que apenas conocía, y de esa joven que aunque la veía por primera vez, se había enamorado de ella. Se comprometió a que corriera por su cuenta el entierro de los dos hijos de Austin. También le ofreció una de las pequeñas casas de las que había hecho construir para sus obreros.

Rold no dejaba de pensar en la hija de Austin, que ni siquiera sabía cómo se llamaba. La edad de ella era aproximadamente de dieciséis años, era la que el hechicero Silvey le dijo que Mat tendría cuando los dos volvieran a encontrarse.

Había transcurrido un mes de este hecho. Rold sabía donde podría encontrar a la hija de Austin, puesto que fue él, quien le ofreció una casita a las afueras de Londres. Cada día pensaba en ella, en su belleza salvaje y mal cuidada, por la pobreza que estaba viviendo junto a su padre.

Una noche llegó Rold a la posada, tenía la intención de dormir allí, y al día siguiente por la mañana, hablar con Austin sobre su hija.

Neli conocía bien a su hijo. Desde el día que vio a la hija de Austin, había cambiado su carácter por completo. Ella se dio cuenta de cómo miraba a la joven, de cómo la iba siguiendo con la vista. Neli no podía comprender que Rold se enamorara de una joven pobre y de aspecto mísero. Había rechazado a otras jóvenes bellas, ricas y de buena familia, por ninguna de ellas se interesó.

Por la mañana, Rold entró en la cocina, encontró Austin en el fregadero limpiando platos que habían ensuciado de servir los desayunos a los clientes.

- Austin, quiero hablar con usted – Dijo Rold – Pero fuera de la cocina.

- Sí señor, como usted mande – Respondió Austin secándose las manos con su delantal. Siguió a Rold hasta el comedor, y a parte del griterío de los clientes, Rold le preguntó.

- ¿Qué edad tiene su hija?

- Dieciséis años señor.

- ¿Cómo se llama? – Siguió preguntando Rold.

- Gentle, señor ¿Ha encontrado un trabajo para ella?- Preguntó Austin contento de que le diera a su hija un empleo digno.

- ¡No, Austin! – Contestó Rold – Necesito hablar con ella. El día que su hija vino a buscarlo aquí, era

la primera vez que yo la veía, y sin embargo, su rostro me era familiar, y también de cómo hablaba.

Austin miraba fijamente a Rold. En sus labios apareció una sonrisa, y dijo.

- Lo mismo que usted me está diciendo, me ha comentado ella, que también lo ha visto en algún lugar.

- ¿Qué fue lo que le dijo? – Se apresuró Rold a preguntarle.

- Me contestó, que ha usted ya lo conocía, que lo había visto en algún lugar, pero no recordaba dónde. Yo me extrañé, puesto que Gentle no ha salido de casa nunca, siempre estuvo con su madre, y cuando murió ella, se quedó al cuidado de sus dos hermanos gemelos, que desgraciadamente, acabaron trágicamente matándose el uno al otro - También otro detalle siguió diciendo Austin. – Gentle no conocía el sitio donde hallar esta posada. Y conocía el lugar donde está.

Rold se apresuró a decirle.

- ¡Necesito ver a Gentle, hoy mismo! ¡Tengo que hablar con ella! ¿Está en su casa?

- Si señor – Contestó Austin un poco despistado por el orden de cosas que iban saliendo – Gentle no sale apenas de casa. Le coge mucho tiempo las muñecas de trapo que está haciendo.

- ¿Cómo dice? ¿Qué es lo que ella hace? – Preguntó Rold bastante perplejo.

- Señor, hace muñecas para una tienda, le pagan muy poco pero nos hace falta el dinero para vivir.

- ¿Desde cuando hace muñecas? – Preguntó Rold todavía bastante confuso.

- ¡Desde que era una niña! ¡Ella misma se hizo la suya propia! ¡Tiene mucho arte para confeccionarlas!

Rold miraba Austin pensando en Mat, en la otra vida anterior, de la manera que confeccionó el muñeco, y que era la misma imagen de Aleno.

Austin se asustó del modo en que lo miraba, y le preguntó poniendo tacto en sus palabras.

- ¿Le ocurre algo señor?

Rold volvió de sus pensamientos, y contestó.

- No ocurre nada. Vuelvo a repetirle que necesito hablar con Gentle.

- ¿Señor, quiere que la traiga aquí?

- ¿No le importa que yo vaya a su casa?

- ¡No señor! ¡Mi casa es su casa, aunque humilde!

- De acuerdo, tengo su permiso para visitar a su hija Gentle.

- ¡Sí señor! – Confirmó Austin con una sonrisa.

Rold fue hasta la cuadra, y aparejó a Noble. El animal en cada momento le demostraba a Rold su alegría de poder servirlo, relinchaba cada vez que lo veía entrar a la cuadra, y se volvía juguetón cuando Rold lo acariciaba, se quedaba tranquilo, y aún más cuando le dedicaba unas palabras cariñosas.

Rold atravesó la ciudad de Londres en una hora, eran muchos los viajeros que circulaban a caballo y en carruaje, seguro que los que transitaban a pie iban más a prisa.

La casita donde vivía Austin con su hija Gentle, se podía distinguir de las demás otras, era pequeña con dos habitaciones limitadas para poner camas pequeñas. El recinto era algo más grande con chimenea.

Rold paró el caballo delante de la casa. Bajó del lomo de Noble, y se apresuró a llamar dos veces con los nudillos de la mano derecha. Su corazón latía con fuerza. En sólo tres minutos la puerta se abrió. En el umbral estaba Gentle, una sonrisa triunfal se podía ver en los labios, era como si estuviera esperando la visita deseada de Rold. El modo de peinarse era el mismo de cuando Rold la miró por primera vez. Los cabellos negros como el azabache, revueltos y enredados, era como si no se peinara nunca, porque no tenía peine. Sus ojos verde mar, resaltaban del negro de sus cabellos. La nariz pequeña y respingona, labios carnosos y bien perfilados, hacía de ella una bella mujer. Rold la estaba revisando de la cabeza a los pies. El vestido viejo y remendado, por lo visto era el único que poseía, y el calzado también.

Gentle, fue la primera en hablar.

- ¿Quiere usted pasar? – Le preguntó.
- ¿Me das tu permiso?
- ¡Sí, entre! – Dijo Gentle, poniéndose a un lado para dejarle paso.

Rold tuvo que agacharse para poder entrar por la puerta de la casa. Se detuvo a mirar la humildad de los pocos muebles que había. Una mesa cuadrada de madera vieja, algunas sillas del mismo valor, un aparador lleno de carcoma. Había encima una jarra de cerámica, con el filo roto y escarcochado, también dos platos hondos con algunas grietas, y dos cucharas de madera dentro.

Rold rodeó la cabeza y miró a Gentle. Ella trataba ponerse bien los cabellos, peinándolos con los dedos de sus dos manos. Ella dijo.

- ¡Perdone señor que no lo reciba de otra manera!

Rold hizo un gesto con la boca de no importarle.

- Gentle, quiero hablar contigo – Dijo Rold.

Gentle le señaló una de las sillas para que se sentara.

- ¿Quiere sentarse?

Rold eligió una, y cogió asiento. Gentle se sentó frente a él. Rold continuó diciendo.

- Gentle, quiero que seamos buenos amigos.
- ¿Usted y yo? – Preguntó sin perder la sonrisa.
- ¡Por cierto! – Dijo Rold - ¡Me ha comentado tu padre, que haces muñecas para una tienda!
- ¡Sí señor, ayer las entregué todas!
- ¿Te gustan las muñecas?

- ¡Sí mucho! Sobre mi cama tengo a mi muñeca, se llama Sali.

- ¿Cómo dices que se llama? – Preguntó Rold muy sorprendido.

- Sali. ¡Fue ella quien me pidió que la llamara así! Sabe muy bien lo que quiere.

Rold se echó hacia atrás del asiento, miraba a Gentle con curiosidad. Y siguió preguntándole.

- ¿Recuerdas a Sali? En una ocasión oí decir que de niña tenías una muñeca con ese nombre.

Gentle también se echó hacia atrás del asiento, y con sonrisa de complicidad respondió.

- ¡Usted no llegó a conocer a la primera Sali! ¡Esa muñeca me obedecía en todo! ¡Las dos hablábamos de nuestras cosas! ¡Fui yo quien le dio vida!

Inesperadamente apareció por la puerta del dormitorio de Gentle, la bella e inconfundible Mat. Se quedó de pie en el umbral con la mano izquierda apoyada en el quicio de la puerta. Miraba a Rold con una espléndida sonrisa. Rold no se esperaba esa aparición. Del mismo asombro se levantó del asiento, formando tal estruendo que la silla cayó hacia atrás pegando un golpe en el suelo. Gentle lo miró sorprendida, rodeó la cabeza, y cuando vio de quién se trataba, echó la vista hacia Rold que permanecía de pie como clavado en el suelo. Y dijo sin darle importancia.

- ¡Es Sali! ¿Se da cuenta cuando le digo que no me obedece? ¡Hace lo que ella le gusta, y lo que quiere!



Rold tenía los ojos puestos en los de Mat, y ella en los de él. Rold no sabía que hacer en esos instantes, si quedarse o marcharse. Él que no sentía miedo por nada, y que había pasado por muchas y muy grandes situaciones, se encontró en un callejón sin salida envuelto en un mundo que hacía tiempo había dejado, y no tenía pensamientos de volver. Su mirada la tenía puesta en la esbelta silueta de Mat, le chocó la manera de vestir, no configuraba con esa época, era otra más avanzada, más moderna. Vestía una blusa color rojo, ajustando sus redondos senos, cuello camisero, abotonado hasta el canalillo. Una falda beig de capa hasta media pierna, y cintura de avispa. Calzaba zapatos beig de medio tacón. Una gran cabellera rubia ondulada reposaba sobre sus hombros.

La que figuraba ser Mat, hizo a Rold un gesto con la mano para que se acercara a ella. De pronto Rold y sin que lo advirtiera, vio como él se levantaba del suelo, y se inclinaba yendo casi volando hacia Mat. A tiempo estuvo Gentle de cogerlo y pararlo. Se giró hacia la figura de Mat, y regañándole, le dijo.

- ¡Sali, no hagas eso con el señor Rold Xanders!

Rold sacudió la cabeza para despejarla del hecho que le acababa de suceder. Ya algo más tranquilo le preguntó a Gentle.

- ¿Conoce tu padre a Sali?

- La conoce, pero no con este físico, y tampoco como mujer, sólo como muñeca.

Rold estaba hecho un lío, siendo un hombre de treinta y seis años, no estaba al nivel de Gentle, tenía que utilizar sus poderes sobrenaturales, y seguir como antes estaba. Rold no quería hacerlo, se negaba rotundamente a romper su pacto, sólo lo haría por algo justo y de mucha importancia, cómo lo utilizó, la noche que buscaba a su padre adoptivo el señor Xanders.

Sali sólo hacía que provocar a Rold, con su larga y atractiva mirada, con un gesto sonriente en sus bonitos labios, mostrando su esbelto cuerpo modernamente vestido.

Sali avanzó unos pasos dirigidos hacia Rold. Aquí fue cuando Gentle se levantó de su asiento, y con enfado se enfrentó a Sali diciéndole.

- ¡Sali, no des un paso más!

Sali sin miedo agarró a Gentle por los hombros, y la estampó contra la pared. El rostro también bello de Sali se deformó, tanto que sus ojos se convirtieron en los de una cobra, su nariz y boca en la de una ave rapaz, también sus manos, sus uñas largas y punzantes deseaban clavarse en el cuerpo desvalido, por el golpe que le dio a Gentle. Del pico de este ser deformado, salieron bramidos que hizo temblar las paredes y techos de la casa. Se había dislocado este maligno ser, con la mitad de cuerpo de animal y la otra mitad de mujer.

Gentle yacía en el suelo recuperándose del golpe, y tratando de ponerse en pie, pero rápidamente se recuperó y lanzando un grito de

guerra se lanzó de un salto hacia Sali, que miraba con ojos de tortura y martirio a Rold que no la perdía de vista, y preparado para cualquier movimiento de ataque por parte de ella. De pronto, Sali empezó a subirse por las paredes, y corría por el techo sin ninguna dificultad.

Gentle, la estaba esperando abajo, con el rostro encendido, con las manos abiertas, mostrando también sus enormes garras que, eran sus dedos y uñas fuertes y largas.

La que era Sali lanzó otro bramido, pero esta vez para Rold y luego otro más fuerte. Le estaba mostrando la puerta de salida para que se fuera rápido de allí. Rold no aceptó no iba a dejar a Gentle sola, aunque pudiera defenderse bien de ese ser creado con maldad por ella misma. Gentle para demostrarle a Rold que no tenía miedo de la deformada Sali, le ordenó, pero esta vez tuteándolo.

- ¡Rold, sal de aquí rápidamente!

- ¡No lo voy aceptar! – Respondió él - ¡Sé que esa cosa que es tu obra, no podrás con ella tú sola!

Rold sabía que era el momento de que sacara sus poderes, no quería hacerlo pero la situación lo requería.

En ese preciso instante, la que era Sali, saltó sobre Rold, y con agudos bramidos, picó el pecho de él. Rold se convirtió en un ser horrible, de apariencia terrorífica, de ojos blancuzcos transparentes, de enorme cabeza llena de pelo lacio, áspero y tieso. La nariz y boca grande, dientes largos y muy anchos, el

cuerpo grande y peludo, el atuendo que vestía desapareció, el cuerpo que adquirió de una bestia salvaje quedó desnudo.

La casa le quedó pequeña, con su enorme cabeza destrozó el techo, y el tejado saltó en trozos. En esos instantes, el caballo que esperaba en la puerta de la casa, relinchó de miedo, y huyó a galope perdiéndose por aquél paraje.

Las manos de Rold se habían transformado en garras picudas al igual que sus pies. De un zarpazo y lanzando grandes berridos, agarro por el largo cuello a la cosa que se había transformado en Sali. Los dos estaban llevando una lucha cuerpo a cuerpo y a muerte. La transformación de Sali era terrible, su enorme fuerza podía con todo lo que le pusieran por delante. A todo esto Gentle miraba con ojos de pantera quien de los dos ganaría esa horrible batalla. Tan fuerte era que se batían destrozando toda la casa, no quedo habitación sin derrumbar, y con los techos destrozados.

La bestia que Rold llevaba dentro, se enfureció de tal manera que agarró a Sali por el cuello y la cintura, y con ella daba vueltas pegándose por las paredes, ya casi echas ruinas, y por los techos abiertos. Sali daba agudos bramidos, hasta los ojos se le iban desprendiendo del sitio, la cabeza la tenía destrozada con grandes overturas. Por último la bestia de Rold la tiró al suelo y se subió encima de ella pataleándola, allí fue cómo acabó destrozándola, reventándola, y poco a poco dejó de oírse sus

enormes bramidos y, quedó reducida en pequeños trocitos.

La bestia que Rold llevaba dentro, se tiró al suelo boca arriba, respirando con gran agitación. Gentle fue acercándose muy despacio, y cuando estuvo a su lado lo miró con los mismos ojos de pantera. Rold se dio la vuelta para que ella no lo viera con ese aspecto tan horrible. Fue poco a poco que Rold iba recobrando su estado normal, y cuando ya ocurrió, miró sorprendido en el estado que había quedado la casa. Se levantó del suelo con su físico de antes, o sea normal, y el atuendo destrozado, hecho gajos. Gentle necesitaba hablar con él, no sentía ni una pizca de miedo al verlo visto convertido en una fiera salvaje, es más, le había gustado, y se prendó de él. Rold se había dado cuenta, sólo una mujer enamorada, podía mirar a un hombre del modo que ella lo estaba haciendo.

Rold se incorporó, y con aspecto de bonachón, dijo a Gentle.

- No puedes quedarte a vivir aquí, la casa ha quedado destrozada y en ruinas. Tengo una gran mansión, y quiero que vengas conmigo para que la habitemos juntos.

Gentle sonrió, y seguidamente respondió preguntándole.

- ¿Es una declaración de amor?

Rold sonrió y luego respondió.

- ¡Lo es! ¡He venido para pedirte que te cases conmigo!

- Sabía que me lo tenías que pedir – Contestó Gentle.

- ¡Ya lo se! – Respondió Rold -¡Pero esta vez nada de muñecas! ¿De acuerdo?

- Nada de muñecas – Respondió Gentle mucho más tranquila – Quiero que tengamos muchos hijos sanos, fuertes y guapos.

Rold llevó a Gentle a la posada, le encargó a su madre Neli y a Luey, que prepararan para ella y para él un baño de agua caliente con perfume a lavanda.

Neli y Luey fueron las encargadas de bañar y lavar bien de la cabeza a los pies a Gentle, y de prepararle ropa limpia hasta que la modista más prestigiada de Londres, le confeccionara varios vestidos. También encargaron al zapatero más moderno, hacerle a su medida un par de zapatos y otro de botas.

Sería en el palacete donde Rold y Gentle fijarían su residencia. Todos los preparativos de los futuros esposos los estaban haciendo allí, cómo era tan grande esa gran mansión, Rold contrató a dos jardineros para que mantuvieran limpio y hermoso el jardín, y los árboles frutales cómo era debido, también contrató a las esposas de ellos para que se ocuparan de la limpieza de la casa. Y a una experta cocinera.

Rold quería mantener cerca de él a Gentle y ver todo lo que hacía. Aunque ella le había asegurado que nunca más haría muñecas y que todo lo que el matrimonio consiguiera sería por la vía normal, y con el esfuerzo que conllevaba, Rold quería asegurarse de que fuera así. Cómo Rold se

trasladaba mucho de un lugar a otro por razones de su trabajo, en vez de viajar a caballo, lo haría en carruaje, quiso que fuera así por los hijos que tuvieran, cuando se trasladaran, lo harían de esta manera.

El vestido de novia de Gentle, fue confeccionado por la modista que le hizo los otros dos vestidos. El traje de novio de Rold por su sastre particular, que le confeccionaba toda la ropa que llevaba puesta.

Neli, Luey y el padre de Gentle, también confeccionaron para ellos, atuendos adecuados para la celebración.

Rold quería que esta vez su boda con Gentle fuera sonada, y celebrada en el catedral romana de San Jorge, cerca del río Támesis, muy cerca se hallaba la otra iglesia donde había trabajado el matrimonio Listel, y que aún seguían trabajando él.

Rold invitó al convite a todas sus amistades, que eran muchas, tanto de Londres como de otras grandes ciudades. Llegaron mucha gente, tanto de clase alta cómo media.

La posada estuvo abierta toda la noche, dando comida y bebida a todos lo que entraban, aunque no hubieran estado invitados a la boda.

Rold y Gentle estuvieron presentes en la ceremonia toda la noche hasta que amaneció.

CLARA EISMAN



